just
this
once
LENA HENDRIX

El presente documento es una traducción realizada por **Sweet Poison**. Nuestro trabajo es totalmente sin fines de lucro y no recibimos remuneración económica de ningún tipo por hacerlo, por lo que te pedimos que **no subas capturas de pantalla a las redes sociales del mismo**.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro en cuanto esté disponible en tu localidad, si tienes la posibilidad.

Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros.

Sinopsis

Whip King no puede ser el hombre para mí.

Los bomberos engreídos y con piercings son perfectos para las comedias románticas nocturnas, pero en la vida real no dan más que problemas. Sobre todo cuando descubres que trabajan para tu papá, después de haberte *acostado con ellos.*

Se suponía que mudarme al pequeño pueblo de mis papás iba a ser el nuevo comienzo que estaba buscando. Cuando un desastroso San Valentín desemboca en un encuentro inesperado con un sexy desconocido y termina con la noche más caliente de mi vida, no pensé que volvería a ver a Whip.

Imagínate mi sorpresa cuando uno de mis alumnos de sexto grado tiene una urgencia médica y es Whip quien aparece, con un aspecto de lo más sexy, para salvar el día. Debería avergonzarme por cómo dejamos las cosas, pero en lugar de eso me enfurece que no parezca acordarse de mí.

Así que rasco mi orgullo del suelo, levanto la barbilla y finjo que no hay nada entre nosotros, pero eso solo puede durar un tiempo. *Las miradas furtivas se convierten en caricias prohibidas y, una vez que caemos en la tentación, no podemos apartar las manos el uno del otro.*

Nunca me sentí tan bien, pero mi corazón precavido no me deja creer en el "felices para siempre" con un hombre como él. Abrirme a Whip puede que sea lo más difícil que he hecho nunca, y cada vez que acordamos una última vez, ambos sabemos que es mentira.

¿Cuántas veces podemos repetirnos a nosotros mismos que es solo esta vez antes de darnos cuenta de que, cuando se trata de amor, una vez nunca es suficiente?

The Kings, libro 1.

A las chicas buenas, a las chicas nerds, a las chicas a las que les gustaban más los libros que los chicos, a Whip King le gustaría hablar con ustedes.

Nota de la autora

Just This Once hace referencia a la muerte de uno de los papás (fuera de página/no detallada, pero referenciada), a una mamá que abandona a sus hijos y a sospechas de negligencia/abuso infantil (fuera de página).

Este libro también contiene escenas de sexo explícito con un personaje principal que luce un piercing en forma de escalera de Jacob. (Muchas gracias a Tabitha por llamarlo "polla brillante" y cambiar mi vida para siempre). Hice toda la investigación necesaria para que no tengas que hacerlo tú... En serio, tuve que blanquearme los ojos después de eso. Busca en Google bajo tu propia responsabilidad. Para los que no estén familiarizados, el piercing de Whip es un conjunto de tres barras en la parte inferior de su glorioso *ejem*.

¿Qué te parece... si vemos por qué tanto alboroto?

1

Emily

¿Por qué me conformo con un hombre medio feo que no deja de mirarme las tetas?

Me cuestioné todas las decisiones de mi vida. Lo *seguro y predecible* me resultaba menos atractivo al ver cómo mi cita se regaba salsa de espagueti en la barbilla. Culpé a mi mamá. Ella insistió en que una cita a ciegas el día de San Valentín era exactamente lo que necesitaba para seguir adelante con mi vida después de todo lo que pasó el otoño pasado.

Más bien un descenso en espiral hacia la nada absoluta.

Inserta a Dickie Johnson.

La mamá de Dickie trabajaba con la mía como auxiliar administrativa en la comisaría local, y ambas habían urdido el plan para emparejarnos.

Dickie. Jodido. Johnson.

Después de que mis papás se mudaran a Outtatowner, un pueblo costero del oeste de Michigan, aprendí rápidamente que casi todo el mundo que vivía ahí tenía algún apodo estrafalario. Incapaz de ocultar mi expresión de horror, mamá me aseguró que los apodos parecían estar reservados a quienes crecieron en Outtatowner y no a una profesora sustituta que apenas había superado la primera semana de su nueva residencia.

Mis papás decían que los apodos eran una de las muchas cosas que gustaban de su pequeño y encantador pueblo. Dickie podría haber sido Richard o Rick, o incluso Bob, pero en el pueblo se le conocía

únicamente como Dickie. La gente de aquí llevaba sus apodos como una insignia de honor.

Después de llegar veinticinco minutos tarde, se resintió no una, sino dos veces, en el corto trayecto desde la entrada del restaurante hasta nuestra mesa apartada. Por si fuera poco, Dickie no paró de hablar de su licencia inmobiliaria sin hacer ni una *sola* pregunta sobre mí. Sinceramente, estaba bien, porque cuanto menos supiera de mí, mejor. Lo único que tenía que averiguar era cómo salir con elegancia sin que mi mamá me dijera que interrumpí la cita.

—Cerré la venta en este mismo escaparate. —Dickie agitó una mano en el aire—. Así que, si estás pensando en el postre —me guiñó un ojo—, tengo un descuento que puedo acumular con mi cupón.

Asentí con la cabeza y tarareé una respuesta, pero sus palabras no me llegaron, ya que no podía dejar de mirar las salpicaduras anaranjadas de salsa que se aferraban al mechón cuadrado de pelo que tenía bajo el labio inferior.

—¿Me estás escuchando siquiera? Estaba destacando mis proezas financieras, pero veo que estás distraída. —Dickie se rió y se chupó el labio inferior, con su lengua recorriendo los pelos—. Es un guardador de sabor.

Levanté los ojos hacia los suyos. Movió las cejas y se me encogió el estómago.

Parpadeé y negué con la cabeza. Seguramente no lo escuchó bien.

—Lo siento… ¿un *qué*?

El índice y el pulgar le alisaron el vello áspero de debajo del labio.

—¿Nunca has visto un mouche? —Sus ojos recorrieron mi frente y volvieron a subir, sus palabras calaron hondo.

Un guardador de sabor.

—Okey. —Forcé una sonrisa tensa, luego retiré suavemente la servilleta de mi regazo y la coloqué junto a mi plato—. Creo que es hora de irse. —Me eché hacia atrás y el ruido de las patas de la silla contra el suelo de madera llenó el restaurante.

Dickie se levantó y se metió la mano en la chaqueta para sacar la cartera.

—Sí, okey. —Su risita rebotó en mi espalda—. Sí, hagámoslo.

Enarqué las cejas y negué con la cabeza mientras recogía el bolso y metía los brazos en el abrigo.

—Um... no. No. Gracias por lo de esta noche. Fue... interesante. Buenas noches, Dickie.

Sin esperarlo, me dirigí hacia la puerta tan rápido como me permitían mis tacones de aguja.

—Oye. ¡Espera! —gritó Dickie detrás de mí, pero yo estaba decidida a escapar del restaurante lo antes posible. El viento de febrero me atravesó cuando el encargado abrió la ornamentada puerta con una floritura. Mi plan de huir de mis problemas ya empezaba a morderme en el trasero cuando me di cuenta de que incluía *correr de verdad* en el crudo invierno de Michigan. Bajé la cabeza y me rodeé la cintura con los brazos para protegerme del frío.

—Espera, por favor. Tengo una cosa más que preguntarte.

Mi paciencia era escasa, pero la mirada absolutamente patética de sus ojos me agotó.

—¿Qué pasa? —Me ericé contra el frío.

Respiró hondo y levantó las palmas de las manos.

—Déjame preguntarte algo: ¿estás cansada de la rutina de nueve a cinco? ¿Estás buscando una manera de conseguir la independencia financiera y vivir una vida de libertad?

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

Dickie se balanceaba sobre sus talones expectante, completamente ajeno al hecho de que me estaba congelando en mi vestido.

Extendí las palmas de las manos.

—Um, creo que estoy bien.

Se inclinó hacia mí.

—Simplemente bien *no* es suficiente, Emily. Te mereces lo mejor, y por eso quiero presentarte una increíble línea de suplementos para la salud. Estos productos son cambiadores de juego. Mejorarán tu energía, tu sistema inmunológico, tu claridad mental... ¡básicamente todos los aspectos de tu vida!

Gemí internamente...

Sacudí la cabeza.

—Oh, vaya... eso sí que es... algo. —Asentí—. Entonces... me voy.

Dickie me siguió paso a paso mientras me apresuraba por la acera.

—Oh, Emily, no lo entiendes. No se trata de dinero, ¡se trata de invertir en tu salud! Piensa en eso. ¿Qué es más importante que tu bienestar?

Me estremecí y atajé por la calzada, donde sabía que había estacionado el auto.

—Bueno... mi cuenta bancaria, para empezar.

Cuando un auto nos tocó el claxon, se limitó a hacer un gesto con la mano.

—¡Ja! Eres muy graciosa, pero en serio, nuestros productos son una auténtica ganga por el valor que ofrecen, y lo mejor es que, si te unes a mi equipo, puedes ganar comisiones vendiendo estos productos a tus amigos y familiares.

Apreté la mandíbula, intentando evitar que los ojos se me fueran a la nuca y se me quedaran pegados para siempre. Tarareé entre dientes apretados.

—Parece un sueño. Tu auto está por ahí.

Señalé hacia la calzada, y su sonrisa se borró de su cara.

—Oh. Bueno...

Levanté una mano en señal de saludo.

—¡Buenas noches!

Sabía muy bien que mi auto estaba estacionado a dos manzanas en la *misma* dirección que el suyo, pero alargar esta cita infernal era lo último que necesitaba, así que salí corriendo en dirección contraria.

Dickie dijo a mi espalda:

—¡Ni siquiera escuchaste la mejor parte! Tus diez primeros clientes se llevan un kit de inicio gratis.

Le ignoré y mis tacones golpearon la acera como si todos los edificios de Copper Street estuvieran ardiendo. Sentía su mirada detrás de mí, pero no me atreví a mirar atrás. En busca de refugio, doblé la esquina de Main Street y me escondí detrás de una de las grandes jardineras de concreto que flanqueaban la calle principal.

Aún temblando, esperé unos minutos antes de asomarme por la esquina.

Por suerte, no se le veía por ninguna parte. Exhalé un suspiro de alivio mientras mi cuerpo se hundía contra la tosca jardinera de concreto. Una suave luz amarilla se derramaba por los grandes ventanales frente a mí. El letrero de *King Tattoo* brillaba y me detuve. Mi mirada patinó sobre las relucientes sillas negras y las baldosas a cuadros blancos y negros.

Podría hacerlo. Podría liberarme y tatuarme algo delicado e inesperado, porque sí. Algo solo para mí...

La indecisión me bloqueó mientras temblaba de frío. Mis ojos se adaptaron a la luz mientras miraba a través del escaparate. Dos hombres estaban dentro, uno detrás del mostrador y el otro inclinado sobre él.

Ambos tenían una constitución tan impresionante que no pude evitar quedarme mirando. Me llamó la atención el que estaba inclinado sobre el mostrador y señalaba. Mis ojos se movieron hacia arriba, desde sus botas hasta la musculatura de sus gruesas piernas, antes de detenerme en la curva de su trasero.

Ningún hombre debería tener un trasero tan fantástico.

Como si sintiera mis ojos clavados en él, el hombre se enderezó y empezó a girarse. Salí de mi estupor y me apresuré a bajar por la acera.

Durante mi intento de escapar de la cita infernal, me di cuenta de que el único lugar abierto la noche de San Valentín era un almacén.

Necesitaba refugio. Calor. *Chocolate.*

Cuando abrí la puerta, el timbre repiqueteó contra el cristal y una ráfaga de aire caliente recorrió mi piel quebradiza. Mis tacones bailaron sobre el piso mientras escalofríos helados me sacudían el cuerpo.

El hombre que trabajaba detrás de la caja solo asintió con la cabeza antes de volver a su revista.

—Buenas noches.

Le dediqué una sonrisa de disculpa antes de sacar el celular del bolso. Por supuesto, la batería de mi celular estaba casi agotada de tanto ver vídeos sin sentido mientras esperaba a que Dickie apareciera. Mi auto estaba a solo unas manzanas, pero yo estaba helada hasta los huesos y no podía arriesgarme a que me esperara. Mi dedo se posó sobre el contacto de mi padrastro. Él me rescataría en un santiamén, y yo podría preocuparme de recoger mi auto mañana.

Cerré los ojos, plenamente consciente de que el hombre me lanzaba miradas de preocupación detrás de la caja registradora.

No necesitas ahorrar. No necesitas a nadie.

Respiré hondo y recordé la sonrisa de mi padrastro cuando me contó sus planes de cocinar para mamá y compartir su propio San Valentín romántico en casa. Después de casi veinte años juntos, mi mamá y mi padrastro seguían muy enamorados, y yo siempre consideré a mi padrastro como "papá". Era algo que daba un poco de esperanza a mi amargado corazón de veinticinco años. Mi mamá encontró su segunda oportunidad en el amor como mamá soltera, así que no había ninguna buena razón por la que no pudiera haber *alguien* ahí afuera para mí.

¿Verdad?

Tienes que dejar entrar a alguien si quieres que conozca tu verdadero yo. Para amar a la mujer que intentas ocultar.

Las palabras de mi mamá retumbaban en mi cabeza. Dejar entrar a alguien significaba exponerse.

Ser vulnerable.

Eso es jodidamente un gran no.

Ya lo hice una vez y no tenía ninguna prisa por volver a hacerlo. Además, tenía una carrera exitosa y satisfactoria como profesora de secundaria. En mi distrito anterior, participé en todos los comités y era una fuerza a tener en cuenta en el sindicato de profesores. Un día iba a ser directora. Tenía grandes planes. Sueños. Ninguno de los cuales dependía de un hombre. Especialmente uno con un *guardador de sabores*.

Solo necesitaba un minuto para recomponerme, descongelarme un momento mientras esperaba a que Dickie se fuera, y luego podría dirigirme de vuelta hacia el restaurante y encontrar mi auto. Cuando me adentré en la tienda, el olor dulce y pegajoso del cremoso chocolate con leche me golpeó como una pared. Los peluches rosas y rojos se esparcían por las estanterías metálicas, aferrándose unos a otros con ojos esperanzados. Al pasar junto a un par de monos, le di un golpecito a uno en el globo ocular de plástico.

Al final del pasillo, vi los dulces de San Valentín a mitad de precio y decidí que ahogar mis penas en azúcar era la única opción lógica. Me rugió el estómago cuando me acerqué a los estantes vacíos. La mayoría de las cosas buenas habían sido compradas, dejando corazones con frases y un puñado de naranjas de chocolate. Escudriñé los estantes, agachándome para ver si había algún rastro de chocolate negro escondido en alguna parte. Frustrada, empujé las cajas y algunas cayeron al suelo.

Mis ojos se fijaron en una pequeña bolsa oculta de cuadros de chocolate envueltos individualmente.

¿Caramelo de chocolate negro con sal marina? ¡Bingo!

Apreté el paquete contra mi pecho antes de ponerme de puntillas para mirar por encima de la estantería metálica. Por suerte, el empleado que estaba detrás de la caja perdió todo interés en mí mientras hojeaba las páginas de una revista. Solo necesitaba un minuto.

Hundiéndome hasta mi trasero, me alisé la falda por encima de las medias y me quité los tacones. Abrí el paquete lo más discretamente que

pude y saqué de la bolsa un decadente cuadrito. Después de desenvolverlo, cerré los ojos y dejé que el bocado de chocolate se derritiera en mi lengua. El sabor amargo y la sal peleaban con el cremoso caramelo.

Gemí.

Mirando el bocado de chocolate negro salado, suspiré.

—Parece que vas a ser el único placer que voy a tener esta noche así que... maldita sea, voy a disfrutarte.

Pasé la lengua por el caramelo salado que cubría mi boca.

—Dios, eres bueno.

Un carraspeo desvió mi atención de devorar el chocolate. Un ritmo constante de pesadas botas avanzó por el pasillo y mis ojos se posaron en un par de botas de trabajo desgastadas que se detuvieron a mi lado. Mi mirada siguió el largo rastro, de unos jeans muy gastados, por encima de unas caderas recortadas y un pecho ancho y masculino antes de posarse en el rostro del hombre de la tienda de tatuajes.

Sus ojos eran penetrantes, tan azules que parecían casi grises. Contrastaban con la espesa mata de cabello que le colgaba de la frente. Sus rasgos eran fuertes, pero no severos. La elevación de la comisura de sus labios confirmó que me escuchó casi llegar al orgasmo por un trozo de chocolate.

El corazón se me atascó en la garganta cuando el apuesto desconocido me miró con una sonrisa devastadora.

—El robo es un delito punible, ya sabes.

2

Whip

Lo último que esperaba era ver a una mujer de infarto el día de San Valentín destrozando el pasillo de los caramelos como un mapache salvaje buscando en la basura.

La reconocí como la chica despampanante que se paró delante de la tienda de tatuajes de mi hermano antes de salir corriendo. Cuando entró en el almacén, aproveché para dar un pequeño rodeo de camino a casa.

Desde el final del pasillo, la vi apartar agresivamente los caramelos hasta que agarró una bolsa de chocolates de la estantería con una sonrisa triunfal en la cara. Cuando se agachó y rompió el paquete ahí mismo, en el suelo del almacén, me quedé más que intrigado. El gemido cuando el chocolate se deslizó por su lengua llegó directamente a mi polla.

Definitivamente no era una pueblerina. Viví en Outtatowner toda mi vida, y habría reconocido a alguien tan dolorosamente hermosa como ella.

Me crucé de brazos para no reírme mientras sus grandes ojos me miraban fijamente al ser sorprendida. El color de sus ojos me atrajo. No eran azules, pero tampoco verdes, sino más bien ahumados. *Muy interesante*.

—Mmm... —murmuró en torno al chocolate antes de limpiarse las comisuras de los labios con una tímida carcajada.

Levanté una mano, y ella se movió para levantarse.

—Oh, no te preocupes por mí —le dije—. Pero yo sí pienso pagar mi chocolate con descuento. —Me acerqué un poco más y observé las estanterías casi vacías antes de mirarla con el ceño fruncido.

Gruñí y me crucé de brazos.

—¿Qué? —preguntó con la boca llena de chocolate.

Mi ceño se frunció.

—Me robaste el último.

La mujer tragó saliva y los músculos de su delicado cuello se agitaron.

—No robé, es una compra inminente.

—Ah. —Asentí con la cabeza, descartando la triste variedad de caramelos a mitad de precio. Tomé un recipiente de plástico lleno de maíces de caramelo con rayas rojas, rosas y blancas y lo levanté—. ¿Qué crees que es el Maíz de San Valentín?

La mujer levantó la vista, con una tímida sonrisa cargada de humor.

—Tenía demasiado miedo de averiguarlo.

Volví a colocar el envase en la estantería junto a una caja de corazones con frases y suspiré.

—Probablemente sea una apuesta segura —dije.

Ella agitó la bolsa delante de mí.

—¿Quieres uno?

Mi boca se enganchó en una sonrisa.

A la mierda.

Señalé el espacio que había a su lado.

—¿Estás segura? Hace un minuto parecías totalmente salvaje. No quiero provocar a un animal salvaje.

Se echó a reír y se movió hacia un lado, apartando una naranja de chocolate errante y enviándola a toda velocidad por el piso, y luego palmeó el espacio a su lado.

—No muerdo.

Me instalé junto a la desconocida, dejándole espacio suficiente para que se sintiera cómoda, antes de meter la mano en la bolsa que me tendía y sacar un trozo de chocolate envuelto.

—Gracias.

Tragó saliva y asintió.

—Realmente voy a pagar por estos. Lo prometo. —Sus hombros se hundieron cuando tomó otro trozo y se lo metió entero en la boca.

—¿Un día duro? —Me metí el trozo de chocolate en la boca y reprimí la curiosidad de saber a qué sabría su beso.

Exhaló un suspiro.

—No tienes ni idea.

Enarqué una ceja, animándola a continuar.

Señaló su coqueto vestido de flores y sus piernas enfundadas en medias.

—Cita a ciegas. —Resopló—. No salió bien.

Asentí con la cabeza.

—¿Cita a ciegas en San Valentín? Un movimiento arriesgado.

Se rió, y el sonido fue rico y cálido.

—Créeme, aprendí el error en el camino.

Me encogí de hombros, apoyé la espalda en los estantes metálicos y disfruté del suave tono de su voz.

—Dímelo a mí.

Me echó una mirada de reojo antes de acomodarse un mechón suelto de cabello rubio oscuro detrás de la oreja. Lo llevaba recogido en un moño apretado en la parte superior de la cabeza, pero me picaban los dedos por tomar el mechón que se le soltó. Me quedé con las manos en el regazo.

—Mmm, mi mamá me arregló una cita con un tipo llamado Dickie Johnson...

—¿Dickie Johnson? —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. No existía ninguna versión de ningún universo en la que Dickie Johnson fuera digno de una cita con esta mujer. Su cara de asombro me hizo reflexionar, así que me aclaré la garganta antes de corregirme—. Quiero decir, ¿no es un poco... viejo para ti?

Entrecerró los ojos, pero no contestó. Dickie tenía treinta y un años, igual que yo, y *sin duda* era demasiado mayor para alguien tan joven y vibrante como esta mujer. Una mujer cuyo nombre aún desconocía. Me limpié la palma de la mano contra los pantalones antes de tenderle la mano.

—Whip.

Me miró la palma de la mano con recelo antes de apartar la bolsa de chocolate y pasarse la mano por la falda. Su palma quedó empequeñecida por la mía.

—Emily.

Dulce sonrisa y puntos extra por no ser una pueblerina.

Mi sonrisa se amplió.

—Es un placer conocerte, Emily.

Un sonrosado rubor tiñó sus mejillas mientras sus ojos se movían sobre mí.

—Entonces, ¿qué te trae a este buen establecimiento?

Una risa malhumorada retumbó en mi interior. No iba a admitir que fue *ella* quien me trajo al almacén.

—Tenía el día libre y quería pasar a tomar un tentempié antes de volver a casa.

Sus ojos me recorrieron lentamente bajo sus espesas pestañas negras antes de desviarse.

—¿No tienes planes románticos para San Valentín?

Una sonrisa se enganchó a mi boca. Me gustaba lo tímida y reservada que parecía. Incluso el vestido algo modesto y abotonado me gustaba.

Me encogí de hombros, dejándome llevar por la alegría de cómo se estaba desarrollando mi noche.

—No lo sé. Encontré a una bibliotecaria solitaria devorando chocolates a mitad de precio. La noche aún es joven.

Emily levantó la barbilla con un dedo.

—Definitivamente no es bibliotecaria —corrigió con una sonrisa y un gesto seco de la cabeza.

—Maldita sea. —Sacudí la cabeza y fruncí el ceño—. Realmente me gustan las bibliotecarias —bromeé.

Sonó una carcajada mientras me empujaba juguetonamente el hombro con el suyo. El contacto me calentó. Una advertencia me arañó el interior del cabeza: había algo diferente en esta chica.

Especial.

En lugar de huir de la sensación como debería, dejé que mi hombro se apoyara en el suyo y, cuando ella no se apartó del contacto, me hundí en la sorprendente comodidad de nuestra conexión.

Me moví y le tendí la mano.

—Entonces... definitivamente no-bibliotecaria Emily, ¿te conformarías con rehacer la cita de San Valentín?

3

Emily

Me quedé mirando su mano extendida, con su ancha palma y sus largos dedos esperando a que tomara una decisión.

¿Lo hago? Dios, esto no es propio de mí.

Un chillido amenazó con salir de mí cuando puse mi mano en la suya. Whip me dio un suave apretón antes de levantarse y hacerme subir con él. Esbocé una rápida sonrisa para ocultar mis nervios. De su mano, seguí a Whip a través del desértico almacén y salí a la fría noche. Me estremecí y él me soltó la mano para quitarse la chaqueta de los hombros. Antes de que pudiera protestar, me envolvió en la chaqueta y la jaló para cerrarla.

—Te congelarás —argumenté, apreciando cómo sus bíceps tensaban las mangas largas de su Henley.

—No. —Sacudió la cabeza—. Estoy hecho para el frío.

Whip se alzó sobre mí, todo líneas anchas y bordes duros, mientras caminábamos. Tenía un cuerpo que prometía a gritos una piel caliente y abrazos protectores.

Tragué saliva mientras Whip me guiaba por la acera hacia los sonidos apagados de la música y las luces neón. Me sacudí mis pensamientos errantes cuando mis pies se detuvieron en seco.

—¡Mierda! Olvidé pagar los chocolates.

Whip sonrió.

—Mi primo es el dueño del almacén. Me aseguraré de cuadrar con él antes de que empiece a imprimir los carteles de Se Busca.

Me sentí aliviada.

—Gracias.

—No hay problema. —No pude apartar la mirada de él mientras sonreía—. Ladrona.

Mi risa sonó en el aire fresco del invierno con una nube blanca hinchada. La emoción bailaba bajo mi piel mientras caminábamos.

Toda mi vida tomé la decisión correcta. Fui la chica buena. Era agotador, y por primera vez quería desplegar mis alas, dejar de pensar doce pasos por delante en cualquier escenario y *vivir*.

—Conozco un sitio por aquí. —Whip siguió caminando por la acera, cambiando su posición para situarse en el lado más cercano a la calzada, y yo lo seguí, deleitándome con el gesto sutilmente protector.

Cuando nos detuvimos, miré el cartel neón que había junto a la pesada puerta de madera. Un alegre esqueleto me sonrió.

—¿El Grudge Holder[1]? —pregunté. Los músculos del brazo de Whip ondulaban a través de su camiseta mientras se inclinaba hacia adelante para abrir la puerta. Me deslicé junto a él mientras me la abría—. Bonito nombre.

Se deslizó a mi lado y el calor del bar nos envolvió.

—Sí, es una especie de broma interna en este pueblo.

Me dirigí hacia una mesa alta vacía cuando los largos dedos de Whip me rodearon suavemente el hueso de la cadera y me detuvieron. Ningún hombre me había tocado nunca de un modo tan benigno mientras destilaba una masculinidad tan descarnada. Me obligué a no doblar las rodillas.

Su aliento flotó sobre la concha de mi oreja.

[1] El Guardián del Rencor.

—Por aquí. —Con la cabeza señaló hacia el extremo opuesto del bar—. Mi familia solo se sienta en el lado este.

Levanté las cejas.

—Oh.

Whip me ayudó a sentarme en el taburete de una mesa alta y golpeó la madera con un nudillo.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? Mi hermano tiene una cervecería local y la venden aquí. Es bastante buena.

—Una cerveza estaría genial. Gracias.

Whip se dirigió hacia la gran barra del fondo y yo aproveché para mirarle el trasero sin cesar. Ningún hombre tenía derecho a ir tan bien vestido con unos simples jeans y un jersey de manga larga. *Totalmente injusto.*

Aparté la mirada de él antes de que me atrapara y aproveché para echar un vistazo al bar. La música salía de un tocadiscos situado en un rincón y los carteles anunciaban la actuación de varios grupos los próximos fines de semana. En el escenario había una pancarta rosa y roja con una tipografía cursi. *El amor está en el aire, intenta no respirar.* Me reí y me impregné del ambiente agradable y acogedor.

Curiosa, miré a través de la pista de baile hacia el lado oeste del bar. Algunas miradas recelosas se dirigieron hacia mí, y parecía como si todo el mundo se mantuviera en su propio lado. *Curioso.*

Whip se acercó a mí y me dejó dos cervezas, una clara y otra negra.

—No estaba seguro de tus preferencias. —Señaló la oscura—. Porter de vainilla, una de mis favoritas. —Su dedo se dirigió a la otra—. Hefeweizen con notas de malta y caramelo. La elección de las damas.

Mis ojos bailaron de placer.

—Realmente conoces tus cervezas.

Se encogió de hombros.

—En realidad es de Abel, pero he aprendido un par de cosas.

Sonreí mientras deslizaba al taburete delante de mí.

—Gracias.

Whip me guiñó un ojo, y las mariposas se enredaron en un revuelo dentro de mi estómago. Bebí un sorbo para calmar los nervios.

—Así que no bromeabas, ¿verdad?

Se deslizó hasta el taburete de al lado.

—¿Sobre qué?

Agudicé la voz y me incliné hacia adelante.

—Mi familia solo se sienta en el lado este.

Se rió de mi imitación.

—Oh. No, definitivamente no estaba bromeando sobre eso. —Se pasó una mano por el muslo vestido de jeans—. El nombre de este lugar, El Grudge Holder, proviene de una antigua disputa entre dos familias del pueblo: los King y los Sullivan.

Me incliné hacia adelante en el taburete, apoyando la barbilla en la mano y abriendo los ojos.

—Dime. Cuéntamelo. Todo.

El estruendo de su profunda carcajada hizo que el calor se agolpara entre mis muslos, y suavemente metí las piernas debajo de la mesa para no retorcerme.

Se encogió de hombros.

—Tonterías de pueblo. Hace años nuestras familias decidieron odiarse, y ahora pasamos un tiempo y un esfuerzo ridículos superándonos en bromas. Supongo que nunca nos lo hemos quitado de la cabeza. —Hizo una pausa, con la cerveza a medio camino de la boca—. Aunque mi hermana Sylvie es la que más se ha acercado. Está con Duke Sullivan, así que ahora están en medio.

—Seguro que a tus papás les encantó. —Mi risa murió cuando los hombros de Whip se pusieron rígidos ante la mención de sus papás. Tampoco me perdí el sutil tic en el rabillo del ojo.

Al parecer, hablar de los papás es una zona prohibida. Tomo nota.

Me apresuré a redirigir la situación, aferrándome al ambiente relajado que habíamos estado disfrutando.

—Así que si sus familias se odian tanto, ¿por qué no ir a bares separados? Evitarlo todo.

La picardía volvió a los penetrantes ojos de Whip.

—Bueno, eso le quitaría toda la diversión, ¿no?

Me reí antes de darle un sorbo a mi cerveza, dejando que los sutiles sabores a vainilla y malta se fundieran en mi lengua.

—Sí, supongo que tienes razón en eso.

Volví a echar un vistazo al bar. Si uno no supiera nada de la disputa, vería un típico salón de baile, pero si se fijaba un poco más, la división entre la gente era bastante obvia.

—Okey, dame un ejemplo. —Me senté más recto—. Háblame de una travesura que hayas hecho.

Me miró con atención y frunció suavemente los labios mientras consideraba mi pregunta.

—Hmm —tarareó—. ¿Cómo sé que no eres una espía de los Sullivan? ¿Usando tu encanto y belleza para desentrañar todos nuestros secretos?

Mis mejillas se calentaron ante su sutil cumplido, pero fingí sorpresa, dejando que las yemas de mis dedos se arrastraran por mi clavícula.

—¿Yo? ¿Una espía? —Parpadeé inocentemente.

Whip sacudió la cabeza y se burló.

—Puede que no seas un espía, pero seguro que eres peligrosa.

El placer me recorrió las venas. *¿Cuándo fue la última vez que me sentí tan a gusto en presencia de un hombre?* Casi había olvidado lo que era coquetear y *dejarse llevar* durante un minuto.

Sinceramente, no recordaba la última vez que me sentí tan libre. Whip era seguro y sexy. Divertido, y de alguna manera su atención me hizo

sentir como si fuéramos las dos únicas almas en aquel bar destartalado. Me hizo sentir a gusto. Cómoda en mi propia piel. *Eléctrica.*

Cuando la música cambió a una canción country popular que estaba sonando repetidamente en la radio, di una palmada y salté del taburete.

—Baila conmigo.

Whip le dio un sorbo a su cerveza antes de dejar la botella frente a él, pero no se levantó. Levanté las manos.

—¿O bailar va en contra de algún código de chicos geniales que desconozco?

Se rió entre dientes y se colocó a mi lado, dejando que las yemas de sus dedos se arrastraran desde el interior de mi codo hasta la palma de mi mano en un suave movimiento mientras se inclinaba hacia mí.

—Créeme. Que me vean con una mujer como tú me convierte en el tipo más genial de este agujero de mierda.

Me reí mientras Whip me llevaba hacia la pista de baile. Mis pies tropezaban, pero él consiguió guiarme al ritmo y nuestro improbable paso doble no estuvo nada mal. Me tendió una mano y me rodeó la cintura con la otra mientras nos movíamos al ritmo de la música. Mientras bailábamos, Whip me susurró al oído secretos del pueblo y me contó historias de los clientes habituales *pueblerinos* como él los llamaba mientras nos abríamos camino en aquel viejo suelo de roble.

Me pregunté si tendría alguna anécdota divertida sobre mis papás si hubieran estado ahí.

La música volvió a cambiar y por los altavoces sonó una melodía melancólica. Sin perder un segundo, Whip me acercó. Apretó su duro cuerpo contra el mío y me quedé mirando su cincelada mandíbula. Apoyó mi mano en el pequeño espacio que quedaba entre nuestros cuerpos, acercándola a su pecho. Su corazón palpitaba contra mis dedos.

¿Él también sentía esto?

Su palma cálida y callosa rozó la mía y un cosquilleo recorrió mi piel. Los minutos se convirtieron en horas y me ahogué en este misterioso desconocido.

Había algo en él que me resultaba familiar y reconfortante, pero a la vez excitante y embriagador. Cuando salí a tomar aire, el cantinero anunció la última llamada: nuestras copas, abandonadas hacía tiempo.

Whip me ofreció el calor extra de su abrigo, y esta vez metí los brazos en él sin dudarlo. Mientras lo seguía fuera del bar, me quedé mirando su espalda cincelada y me acerqué el cuello a la nariz, llenándome los pulmones con su masculino aroma a jabón y salvia.

Una vez fuera, señalé en dirección a mi auto, estacionado a una manzana de distancia. Su brazo me rodeó los hombros, ayudándome a protegernos del frío de febrero.

Me estremecí.

—¿Seguro que no tienes frío?

Me miró, sus ojos se posaron en mis labios solo una fracción de segundo.

—Estoy perfecto.

El paseo fue demasiado corto, y los músculos de mi estómago se tensaron mientras señalaba hacia mi auto.

—Bueno... este es el mío.

Whip me acompañó al lado del conductor y me quité el abrigo antes de devolvérselo.

—Gracias. Creo que este puede haber sido el mejor y más sorprendente San Valentín que he tenido.

Whip se pasó una mano por la nuca y la sonrisa que me dedicó me hizo temblar las rodillas.

—¿Mejor que Dickie Johnson?

Le sonreí.

—¿Dickie quién?

La intensidad oscureció los ojos de Whip mientras se inclinaba hacia mí, envolviéndome en su calor.

—Emily, ¿crees que podría llamarte alguna vez?

Mis entrañas gritaban. Lo último que quería era volver a casa, a un apartamento solitario y aún sin desempacar. Whip se acercó de forma imposible. Bajé las pestañas y reuní todo mi coraje antes de mirarlo a los ojos azules como el acero.

Desperdicié tantos años haciendo lo bueno. Lo correcto con los hombres equivocados. Puede que Whip tampoco fuera el hombre adecuado, pero había algo en él que me atraía.

Me importaba una mierda si estaba mal.

Yo lo quería.

Lo anhelaba.

—¿Sabes? Realmente aprecio que no hayas llamado a la policía. Creo que puedo agradecértelo... —Tragué saliva y me esforcé por que no me temblara la voz—. Quizá en tu casa.

4

Whip

Tenía los nudillos blancos de tanto agarrar el volante. Miré por el retrovisor para asegurarme de que Emily me seguía en el corto trayecto desde el centro hasta mi casa.

Esta mujer es totalmente sorprendente.

Lo último que esperaba era que la tímida y modesta mujer me pidiera llevar las cosas a mi casa.

Luché por mantener mi polla bajo control desde que sentí sus suaves curvas mientras me balanceaba con ella al ritmo de la música. Era imposible que no sintiera lo duro que me puso su cercanía.

A las afueras del pueblo, me metí por un camino rural sin señalizar, mirando por el retrovisor para asegurarme de que giraba. La suciedad y la grava volaban bajo los neumáticos de mi camioneta. Hacía un tiempo que no estaba con una mujer, y me obligué a calmar los nervios, pero *Dios, cuánto la deseaba*.

Su auto se detuvo junto al mío y me apresuré a abrirle la puerta.

Emily estaba de pie junto a su auto, mirando mi casa. La construí en las afueras de mi pequeño pueblo y me enorgullecía de su funcionalidad y diseño. Puede que fuera una casa de soltero, pero tenía clase, maldita sea. La casa de estilo ranch Craftsman se extendía a lo largo de tres acres y estaba rodeada de bosques y campos de arándanos.

Lejos de los ojos curiosos de mis vecinos, era el único lugar donde podía escapar.

—No sé... en cuanto nos metimos por esa carretera oscura, pensé que quizá intentabas asesinarme. —Se le escapó una risita nerviosa—. Quiero que sepas que no suelo hacer...

En dos largas zancadas, corté su risa mientras mi boca se estrellaba contra la suya, tragándose el resto de su frase.

Gimió contra mí, con las tetas presionándome el pecho mientras la acercaba. Doblé las rodillas y la agarré por detrás de los muslos, empujándola contra mí. Me dolía la polla y la apreté contra la bragueta de los jeans.

Ella gimió y se movió más arriba, subiéndome como un puto árbol mientras mis manos recorrían su trasero.

El áspero viento de febrero no se dejó sentir mientras el fuego ardía en mis venas. Subí los escalones del porche y sostuve su peso con un brazo, sacando las llaves del bolsillo.

—Nunca hago esto —jadeó.

—Me importa una mierda. —Mi lengua recorrió su cuello—. Incluso si lo hicieras, no pararía esto.

Sus suaves zumbidos y gemidos mientras nos besábamos aumentaron la tensión. Emily era suave y dulce. Parecía el tipo de mujer que merecía un hombre que se tomara su tiempo y prestara atención a cada inclinación de sus curvas bajo las yemas de mis dedos.

—Te dije que me gustan las bibliotecarias —bromeé.

Su zumbido gutural fue casi mi perdición. Mi sangre zumbaba con frenesí. No tenía suficiente. Quería estar sobre ella, debajo de ella, a su alrededor, *dentro de ella.* Una mujer que había conocido apenas unas horas antes me consumía por completo y de forma abrumadora.

Una vez dentro, la volví a apretar contra la pared, inmovilizándola con mi cuerpo mientras mis manos exploraban.

—Y yo te lo dije, *no* soy una bibliotecaria. —Se arqueó contra mí—. Hablas mucho para ser alguien llamado *Whip*. ¿Es un nombre o una promesa?

Me reí entre dientes. Esta mujer tranquila y sin pretensiones tenía un fuego oculto que inexplicablemente *anhelaba*. Arrastré los dientes por la fina piel de su clavícula.

—Puede ser lo que tú quieras.

La respiración desesperada de Emily me rozó la oreja.

—Dios, hueles tan bien. ¿Por qué hueles tan bien?

Mis uñas se arrastraron por la parte posterior de sus muslos, odiando las medias que cubrían sus piernas. La puse de pie, apoyándome en la pared detrás de ella.

—Quítate los zapatos.

Emily me miró, repentinamente tímida. Sus dientes se hundieron en su regordete labio inferior.

—Deberías saber que no soy muy buena en esto.

Estudié su rostro.

—¿Esto... ?

—Sexo. —Se sonrojó aún más antes de apartar la mirada—. Es algo que un antiguo novio me dijo una o dos veces y se me quedó grabado. Normalmente no hago esto con alguien que no conozco, y pensé que tal vez debería decírtelo antes de tiempo. —Se frotó las palmas de las manos, con los nervios a flor de piel—. Mierda. Lo siento si arruiné el ambiente o lo que sea.

Mis dedos jugaron con el dobladillo de su falda, acariciando el interior de su muslo.

—No has estropeado nada. Basándome en lo que ya sé, ese idiota no sabía de qué demonios estaba hablando. —Mis manos subieron—. ¿Esto está bien?

Los ojos confiados de Emily se encontraron con los míos y asintió.

Una sonrisa burlona se dibujó en la comisura de mis labios.

—Bien. Ahora quítate los zapatos.

Se pasó la lengua por los labios, me miró con los ojos muy abiertos y obedeció. Se quitó los zapatos y yo me arrodillé. Mis manos subieron por sus piernas, se deslizaron por debajo de su falda y encontraron la tira superior de sus medias. Con cada jadeo, ralenticé mi ritmo hasta descender tortuosamente por cada pierna, dejando que las yemas de mis dedos recorrieran sus muslos mientras le quitaba las medias.

Una vez que sus piernas estuvieron libres, mis manos empujaron la falda de su vestido de flores hacia arriba. Solo la cubría una fina franja de sedosa tela negra. Apreté la cara contra la tela mientras ella levantaba una pierna con una fuerte inhalación. Desde ese ángulo, pude ver la mancha de humedad que se le había filtrado.

Presioné con el pulgar la mancha húmeda.

—¿Ya estás mojada para mí, Emily?

Bajó la rodilla mientras un tímido rubor rosaba sus mejillas. Mi polla palpitaba bajo mis jeans, odiando cada momento en que no estaba enterrado hasta el fondo dentro de esta mujer hermosa y embriagadora.

La miré desde mis rodillas.

—No te avergüences. No conmigo.

Sus brazos me cubrían los hombros mientras sus ojos azules y verdes me miraban.

—Si quieres saber lo mojada que estoy... —Ver cómo aumentaba su confianza era lo más sexy que vi nunca. Me dolió cuando su ceja derecha se levantó—. Puedes comprobarlo tú mismo.

Mi mandíbula se tensó mientras arrastraba la palma de mi mano por su coño cubierto. Estaba empapada.

Gemí con una exhalación áspera.

—*Mierda, Em.*

5

Emily

Mierda, Em.

Dos palabras, pronunciadas en un delicioso y torturado gemido, habían sido mi perdición. Con el café en la mano, me apoyé en la encimera de la sala de profesores mientras removía la crema, recordando cómo aquellas dos palabras me provocaron un cosquilleo eléctrico desde el cuero cabelludo hasta los dedos de los pies antes de que Whip me echara al hombro, al estilo bombero, y se dirigiera a su dormitorio.

Esa debería haber sido mi primera pista.

Apenas salimos a tomar el aire en toda la noche. Se mostró firme y atento. Ni siquiera le importó la expresión de asombro que se me dibujó en la cara cuando se despojó de sus jeans para dejar al descubierto su piercing.

Sí.

Whip King tenía un piercing. En. La. Jodida. Polla.

Solo vi uno en el porno o en búsquedas nocturnas aleatorias en Google, pero encontrarme con un pene que se parecía al suyo, largo, grueso y con venas, y descubrir que también tenía una escalera de Jacob... me sorprendió.

Me temblaron los muslos al recordarlo y apreté las piernas, aspirando profundamente al ver cómo...

—Tierra a Emily.

Me sobresalté al sentir una mano presionando entre mis omóplatos, salpicando café sobre el borde de mi taza.

—¡Ay! Mierda. —Me sacudí la mano, haciendo volar gotas de café.

—¿Estás bien? —Rachel me evaluó de la cabeza a los pies, con la preocupación pellizcando sus cejas—. Te llamé por tu nombre, pero parecía que estabas en otro mundo.

Sí. Un mundo en el que estaba inmovilizada bajo Whip King mientras me penetraba una y otra vez con esa gloriosa polla deslumbrante.

Me aclaré la garganta.

—Sí, lo siento. —Dejé escapar una risa nerviosa—. Perdida en mis pensamientos, supongo.

Rachel se echó el cabello rubio hacia atrás.

—Bueno, la campana va a sonar en tres minutos. Tenemos que entrar. *La Alcaide* no puede llegar tarde.

Tomé un puñado de servilletas del dispensador, limpié el derrame e intenté disimular la vergüenza que me producía mi apodo indeseado, como si ser una profesora con *normas* fuera algo malo.

—Okey. En este momento voy.

Será mejor que me ponga las pilas. Necesito este trabajo.

El rumor que circulaba por la sala de profesores era que la señora Kirk no pensaba volver después de su baja por maternidad. Eso significaba que había muchas posibilidades de que este trabajo en Outtatowner Junior High se convirtiera en una verdadera carrera. Por el momento, estaba considerando mi trabajo como sustituta de maternidad como una especie de entrevista prolongada.

Podría clavar esta actuación y conseguir ese trabajo.

Oh Dios... pero entonces tendría que enfrentarme a él otra vez.

Agarré la taza de café con las dos manos y dejé que el calor se filtrara en mis dedos antes de respirar tranquilamente.

—Rachel —dije. Ella se giró y sonrió mientras me apresuraba a alcanzarla—. Espérame.

Caminamos codo con codo por los pasillos de la escuela hasta que llegamos a nuestras puertas, una enfrente de la otra.

—Feliz viernes. —Chocó su taza de café contra la mía—. Otra semana más. ¿Sabes? Algunos de nosotros iremos a la hora feliz después de la escuela. ¿Te apuntas?

—Suena divertido. ¿A dónde vas?

Rachel le sonrió a la señora Kuder, la bibliotecaria septuagenaria y malhumorada que empujaba su carrito entre nosotras. Reprimí una risita, recordando el querido apodo de la señora Kuder: *Scooter Kuder*.

Negué con la cabeza mientras ella se alejaba arrastrando los pies. *Esta mierda no la puedes inventar, lo juro.*

—Vamos al Grudge Holder. Es un sitio local. ¿Quieres ir? —Rachel me miró expectante.

El nudo de mi estómago se tensó.

—Sí, lo pensaré. —Sorbí mi café para ocultar el desliz de mi sonrisa—. Puede que salga esta noche.

Yo no iba a salir.

Rachel pudo ver a través de mi mierda cuando inclinó la cabeza y levantó las cejas en una mirada que decía, *Sí, claro.*

—Vamos. Han pasado casi dos meses desde que te hiciste cargo de la clase de Kirk. Ahora eres una de nosotros. Deberías salir. Dados los estudiantes con los que terminaste este año, definitivamente te lo has ganado.

Me reí entre dientes mientras miraba por encima del hombro y cruzaba la puerta de la clase. No bromeaba: mi clase de niños de once y doce años era, sin lugar a dudas, un manojo de nervios. Incluso corría el rumor por la escuela de que la señora Kirk se enteró del grupo de alumnos que había en su clase y programó su embarazo a la perfección.

Los alumnos eran revoltosos y alborotadores y necesitaban una mano firme pero amable si queríamos hacer algo este año escolar.

Eran perfectos.

Mis ojos se posaron en un escritorio.

—Oye, ¿qué sabes de Robbie Lambert y su familia?

Rachel siguió mi mirada. Era menuda, pero lo que le faltaba en altura lo compensaba con creces en entusiasmo. Su melena corta y rubia rebotó cuando inclinó la cabeza.

—No mucho, ¿por qué? ¿Es un alborotador?

Sacudí la cabeza.

—No, todo lo contrario. Es un ángel, muy dulce, pero muy callado. Tengo la sensación de que *le* pasa algo. La semana pasada vino a la escuela sin calcetines y el otro día se le olvidó el abrigo.

Se encogió de hombros.

—Los niños son olvidadizos. Probablemente no sea nada.

Apreté los labios y contuve el malestar que sentía en el estómago.

—Probablemente tengas razón.

Rachel dio un paso hacia su salón.

—Esta noche. Por favor, considéralo.

Le sonreí.

—Lo pensaré. Lo prometo.

Me señaló con una larga uña cuidada.

—Más te vale. No me mienta, alcaide.

Levanté la mano en señal de rendición.

—*Nunca* lo haría. Te prometo que lo pensaré.

Levantó su taza de café en señal de saludo por un nuevo día dando forma al futuro. Me reí, levanté mi taza con la suya y bebí otro sorbo de mi café matutino.

Una vez dentro, mi mirada se posó en los veintiséis pupitres de los alumnos, cuidadosamente colocados alrededor de mi aula.

Mi aula.

Respiré con decisión y exhalé, rechazando todo pensamiento inoportuno sobre Whip King.

—Okey, hagámoslo.

Mis dedos repiqueteaban a un ritmo nervioso contra la parte exterior de mi muslo mientras mis ojos recorrían el Grudge.

Es una idea terrible.

Durante casi dos meses evité con éxito este lugar, rechazando cualquier invitación a salir por la noche o a tomar algo después del trabajo por miedo a encontrarme con él. Seis de nosotros estábamos afuera, y me metí en medio del grupo de profesores con la esperanza de pasar desapercibida. La gente ya se congregaba en pequeños grupos por todo el bar. Un letrero anunciaba un grupo de música en vivo, y parecía que los demás tenían la misma idea que nosotros de relajarse después de una estresante semana laboral.

Me desplacé hacia el lado este, buscando una mesa lo bastante grande para acomodar a nuestro grupo.

—Hay una ahí —nos dijo Rachel, señalando una larga mesa pegada a la pared del lado oeste—. ¿Tiene buena pinta? —preguntó.

—Tú elegiste la última vez —replicó Becca, profesora de séptimo—. ¿Piedra, papel o tijera?

Observé con asombro cómo dos mujeres adultas bombeaban sus puños y coreaban: "¡Piedra, papel, o tijera!"

—¡Ja! —Rachel vitoreó cuando su papel venció a la piedra de Becca—. Lado de los Sullivan para la victoria.

—Bien, vamos a sentarnos —gruñó Becca—. Supongo que realmente no importa de todos modos.

Yo creo que es muy importante.

A pesar del calor que me punzaba en la línea del cabello, seguí al grupo y tomé asiento con la espalda apoyada en la pared del fondo para poder mirar hacia la barra y la pista de baile.

Rachel se sentó a mi lado, sacando un menú de plástico de entre el dispensador de servilletas y la botella de ketchup.

—¿Has estado alguna vez aquí? —preguntó mientras ojeaba el menú—. Tienen una comida estupenda y una música aún mejor. Suele ser un lugar agradable.

Becca se inclinó sobre la mesa con una sonrisa de satisfacción.

—También hay increíbles caramelos para los ojos. —Ella sacudió la cabeza hacia el centro de la habitación—. Los hombres de por aquí son otra cosa. Juro que tiene que haber algo en el agua del lago Michigan.

—Por eso —Rachel enarcó las cejas—, nadie se pone de acuerdo sobre qué lado elegir. En cuanto empieza la temporada turística, el atractivo visual es aún mayor, aunque no lo creas. —Mueve los hombros—. No hay nada mejor para el fin de las clases que una aventura veraniega.

Una fina sonrisa se dibujó en mis labios.

—No me importaría tener una aventura con alguien *así*. —Becca levantó la barbilla hacia la esquina más alejada del bar.

Conocía esos hombros anchos, su delgada cintura. Mis manos habían recorrido cada curva de su musculoso trasero. El calor me subió por la garganta y las mejillas mientras intentaba hundirme más en mi asiento, usando el cuerpo de Becca para esconderme.

Whip estaba hombro con hombro con otro hombre, inclinado sobre la barra de roble y ofreciéndome una vista perfecta de su trasero. Cuando su homólogo se giró, parpadeé sorprendida. Whip habló de hermanos, pero las similitudes entre estos dos eran asombrosas.

Cuando Whip se quitó los jeans y la camiseta de manga larga, dejó al descubierto unos hermosos tatuajes que recorrían sus brazos y su torso. El hombre que estaba a su lado estaba muy cubierto y tenía el mismo brillo peligroso en los ojos que me atrajo de Whip. Me acordé de cuando

lo vi en la tienda de tatuajes. Se inclinó hacia él y le dijo algo a Whip. Ambos se rieron mientras Whip se giraba hacia el espacio abierto del Grudge.

—¿Por qué actúas raro? —Rachel se inclinó para unirse a mí en mi escondite detrás del menú de plástico.

—No estoy siendo rara —susurré.

Definitivamente estaba actuando como una maldita lunática.

Bajó el menú de plástico.

—¿Y a quién sigues mirando?

—¡Shh! —La regañé—. Basta. Nada. A nadie.

—¿Es al papi tatuado de ahí? —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿O es el leñador que está a su lado? ¿Le gusta alguien a la alcaide?

No pude evitar reírme.

—Dios, para, y no me llames así. —Volví a mirar a Whip y recé por no haber llamado la atención. Por suerte, parecía ajeno a mi crisis en el rincón de atrás.

—Son King, ¿sabes? —La voz de Rachel tenía un aire de asombro.

—Todo el mundo conoce a los King —añade Becca—. Quizá no los conozcas a todos, pero has trabajado con uno o has crecido con otro. —Se encogió de hombros—. ¿Quién no conoce a los King?

Rachel se quedó mirando fijamente cuando Becca volvió a centrar su atención en el menú. Aspiró cuando la comprensión iluminó sus facciones. Su dedo con manicura me tocó el brazo.

—*Sí* lo conoces. —Se acercó un poco más, rozando el suelo con la silla—. Cuéntamelo todo o te juro que me subiré a esta mesa y montaré una escena. —La sonrisa diabólica y el desafío en los ojos de Rachel me advirtieron de que no estaba bromeando.

Para ser una profesora con fama de dura, Rachel tenía una vena salvaje kilométrica. Cuando la miré fijamente pero no respondí, se movió, apoyando un pie en el asiento de su silla.

La agarré por el antebrazo y la jalé hacia abajo.

—Okey, te lo diré, pero cállate. No el papi tatuado, sino el que está a su lado —susurré, rezando para que mis colegas estuvieran demasiado absortos decidiendo qué comida pedir para la mesa como para prestarme atención.

Incliné la cabeza hacia Whip.

—Nos enrollamos justo después de llegar al pueblo. No quiero que me vea.

Se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Whip King? ¿Por qué demonios no?

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Es terrible en la cama? ¿Tiene un micro-pene? ¿Era todo martillo neumático y nada de delicadeza?

—No. Cállate. —Se me escapó una risita—. Sinceramente, fue *realmente* increíble. —Incluso admitirlo en voz alta me parecía prohibido y me hacía querer abanicarme las mejillas.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Acércate a él y ten un segundo round. —Sus brazos se abrieron en señal de invitación, como si fuera a ser tan fácil.

Jalé su brazo hacia su regazo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Exhalé un suspiro frustrado.

—Es bombero.

Rachel abrió mucho los ojos.

—Oh mierda, es cierto.

Me hundí más en mi asiento.

—Sí, y no lo supe hasta después de que... —Mi mano rodó en círculos entre nosotros—. Ya sabes.

—¿Trabaja para tu papá? Eso es jodidamente sexy. —Rachel se quedó mirando a Whip al otro lado de la barra.

Puse los ojos en blanco a pesar de la presión que crecía entre mis piernas.

—No es sexy, es estúpido. —Más que una estupidez, una auténtica cagada. Mi padrastro era el jefe de bomberos de Outtatowner y sin duda tendría *mucho* que decir sobre que me enredara con uno de sus chicos. Papá no solo era un poco sobreprotector, sino que yo crecí con todas las historias entre bastidores sobre las tendencias temerarias y peligrosas de los hombres con los que trabajaba. También conocía de primera mano el tipo de hombres de su profesión.

Rachel frunció el ceño.

—¿Y no hablaron de sus trabajos antes de ir a la Ciudad del sexo?

Mi mirada se desvió en su dirección y bajé la voz.

—No hablamos mucho exactamente.

Rachel ululó.

—Oh, sucia zorra. Me encanta. —Golpeó su codo contra el costado de mi brazo—. Sabía que eras un buen huevo.

Un mesero se acercó y me apresuré a pedir una cerveza de vainilla antes de volver a centrarme en Rachel.

Me fulminó con la mirada.

—Ya eres mayorcita. Tu papá no debería opinar sobre con quién coqueteas.

Me encogí de hombros.

—Lo sé. Solo es protector, y siempre me ha advertido sobre los bomberos. Además, sé por experiencia que todos son mujeriegos e infieles o adictos a la adrenalina. A veces los tres están envueltos en un paquete adictivamente sexy. Hay algo en ese tipo de hombre que se deja llevar por la emoción. —Me mordí el labio—. Pero en realidad eso no es lo peor.

Los ojos muy abiertos de Rachel me incitaron a continuar.

—Vi su uniforme en el armario y *lo supe*. —Exhalé un suspiro—. Y en lugar de hablar de eso, me asusté por completo. —Arrugué la cara—. Le choqué los *cinco* y me fui. —Enterré la cara entre las manos.

—¿Hiciste *qué*? —Rachel se quedó boquiabierta.

—Sí, choqué los malditos cinco, y luego me vestí más rápido que en toda mi vida, salí de su casa y nunca miré atrás.

Rachel asintió y se rió, luego se sentó.

—Así que lo ignoraste.

Mi cabeza se echó hacia atrás.

—No lo ignoré. Simplemente... no volví a hablar con él.

—¿Supongo que no dejaste tu número? —Su mirada sosa no me impresionó.

Me encogí.

—Prácticamente salí corriendo por la puerta principal cuando aún se estaba subiendo la cremallera de los pantalones. —La vergüenza me invadió. Era una mujer adulta, totalmente capaz de tener una aventura de una noche sin compromiso, pero no podía evitar sentirme *mal* por Whip. Fue encantador y divertido, y dejarlo sin ningún tipo de explicación me dejó una sensación incómoda en el estómago. El hecho de que mi reacción inmediata fuera *salir corriendo* decía mucho de lo cerrada que me volví.

Tal vez Craig tenía razón sobre mí después de todo. Maldita sea.

Mi única esperanza era que mi padrastro tuviera razón y un hombre como Whip no me diera importancia. Lo cual, pensándolo bien, empeoraba *aún más* mis complicados sentimientos.

Me crucé de brazos y dejé caer la cabeza sobre los antebrazos con un gemido.

El mesero sirvió una ronda de aguas para nuestra mesa junto con nuestras bebidas, y Rachel la tomó y bebió un sorbo.

—Bueno, hay cosas peores que chocar los cinco, ya sabes.

Quería estar en *cualquier sitio* que no fuera escondida en una mesa trasera del Grudge, dejando que la vergüenza de mi torpe salida me invadiera.

Rachel me golpeó el hombro.

—Bueno, relájate, Casper. Parece que te has librado.

Levanté la cabeza y se me revolvió el estómago. Una guapa morena pasó juguetonamente el brazo izquierdo por la espalda de Whip. Él se rió de algo que ella dijo y le sonrió. La mirada estaba llena de simpatía y afecto.

No debería haberme importado. Después de todo, fui yo la que se había abalanzado sobre él, pero las náuseas seguían invadiéndome. Mi mirada se clavó en ellos mientras entablaban lo que parecía una conversación amistosa y cómoda. Whip se levantó de la barra y, junto con su hermano y la misteriosa mujer, se dirigió hacia la salida.

No tenía derecho a preguntarme quién era o si se iría a casa con él. No era asunto mío, pero una pequeña parte de mí la odió de todos modos. Entre mi nuevo comienzo y mi papá, cualquier tipo de futuro con Whip, de una noche o no, estaba completamente descartado.

Mientras veía al trío salir del Grudge, no pude evitar preguntarme si las cosas en mi vida podrían ser diferentes.

Solo por esta vez.

6

Emily

—¡Señorita Ward! Michael se metió mi lápiz en la nariz y ahora hay mocos en mi página de matemáticas.

Hice una pausa, con las fosas nasales dilatadas para reprimir una sonrisa, y me giré hacia Samantha.

—¿Michael se metió el lápiz en la nariz y tú seguiste usándolo?

La pelirroja hizo un mohín.

—Bueno, es *mi* lápiz y tengo derecho a...

Levanté una mano. *Lo juro, algunos días se siente como en primer grado en lugar de sexto...*

—Okey. Está bien. ¿Por qué no tomas un lápiz nuevo del bote y tiras el lápiz con mocos de Michael a la basura?

Una mirada incrédula torció sus redondas facciones.

—Pero si es un lápiz nuevo. Parece un despilfarro... ¿te parece bien matar más árboles?

Parpadeé y le ofrecí una sonrisa amable.

—Creo que, solo por esta vez, podemos sacrificar un lápiz nuevo.

Frunció el ceño, pero se levantó del pupitre y fue a tirar el lápiz a una papelera cercana. Volví a mi clase, agradecida de que la recién descubierta rectitud de Samantha no hubiera ido a más; cualquier otro día habría preparado una protesta en toda regla.

Pulsé el botón de la esquina de mi mesa y dejé que sonara un timbre para alertar a mis alumnos.

—Recuerden administrar bien su tiempo de trabajo independiente. Necesitaré al grupo cuatro atrás con su cuaderno de escritor y un lápiz. —Enarqué una ceja en dirección a Michael—. Uno limpio.

Él se sonrojó, recogió sus provisiones y se dirigió hacia la mesa con forma de frijol del fondo de la sala. Sonreí a la espalda del joven. Con sus rizos castaños sueltos y rebeldes, Michael era uno de esos alumnos de corazón tierno, pero lleno de travesuras.

En el poco tiempo que llevaba siendo su profesora, había llegado a sentir afecto por todos mis alumnos. Unos pocos conseguían ocupar un lugar especial en mi corazón, y Michael, con su sonrisa traviesa, era uno de ellos.

El tiempo se ralentizó cuando Michael tropezó en su camino hacia el fondo del aula. Sus tenis chirriaron y su mano se posó en la esquina del pupitre de Talisha antes de resbalar. Se desplomó en el suelo.

Mis ojos se clavaron de inmediato en la asistente de servicios médicos de Michael.

—Llama a la enfermera.

Con voz tranquila y autoritaria, le di instrucciones a mis alumnos:

—Clase, en fila afuera del aula en el pasillo inmediatamente. Tal y como hemos hablado. Todo está en orden.

Adentro, no todo iba bien.

Michael tenía problemas médicos documentados, incluido un historial de convulsiones. Según sus papás, que estaban encantados en su última reunión, hacía más de un año que no sufría convulsiones.

Tenían la esperanza de que su nuevo medicamento fuera un punto de inflexión para recuperar parte de su independencia en el aula. Ser un preadolescente con una enfermera siguiéndolo todo el tiempo había hecho mella en la posición social de Michael.

Aspiré con fuerza por la nariz mientras mi mente se ponía a trabajar y me despojé de la chaqueta. Conocía al pie de la letra el plan de atención de su ataque y mi cuerpo tomó las riendas, colocando su cabeza encima de mi chaqueta para mantenerlo a salvo mientras miraba el reloj para calcular la duración de este episodio.

Al cabo de unos instantes, la enfermera y la asistente estaban a mi lado. La enfermera me miró a los ojos y yo negué con la cabeza.

—Ya queda poco. Un minuto cuarenta y cinco.

Observé impotente cómo la convulsión sacudía el joven cuerpo de Michael. Como parte de su plan de cuidados en caso de crisis epiléptica, había que llamar a los servicios de emergencia si el episodio duraba más de tres minutos.

En muchas situaciones, tres minutos parecen un abrir y cerrar de ojos: un cóctel entre amigos, una puesta de sol abrazado a tu amante, un día de playa en el que el sol calienta la piel.

Tres minutos.

Observé impotente cómo tres minutos parecían tres días. La asistente de Michael estaba junto a mi mesa con el teléfono en la mano, preparada para hacer la llamada.

Me quedé mirando el reloj mientras pasaban los segundos.

—Es demasiado tiempo. Llámalos.

Marcó el último número para avisar a los servicios de emergencia mientras esperábamos, sentí alivio al saber que los profesionales médicos vendrían a ayudarlo. Di instrucciones a la asistente de Michael para que llevara al resto de la clase a la biblioteca. Probablemente me reclamaría la vieja bibliotecaria, pero intentaba darle a Michael un poco de dignidad.

Por suerte, Outtatowner era lo suficientemente pequeño como para que el zumbido de las sirenas de ambulancia en la distancia llegara rápidamente. La adrenalina corría por mis venas mientras esperábamos.

Me quedé boquiabierta cuando Whip King irrumpió por la puerta con una autoridad imponente. Dos trabajadores del servicio médico de

urgencias, un hombre y una mujer, lo seguían de cerca con una camilla. Nuestras miradas se cruzaron sin que sus apuestos rasgos mostraran el menor atisbo de reconocimiento.

Una mezcla de alivio y sorpresa llenó mi pecho. La atención de Whip se centró únicamente en su paciente. Avanzó a toda velocidad, apartando los pupitres a medida que se acercaba. Sus pantalones tácticos azul marino y su camisa de manga corta le oprimían los músculos. Whip se agachó para evaluar a Michael. A escasos centímetros de distancia, estudié su perfil mientras su mirada recorría a Michael en lo que solo podía suponer que era el protocolo estándar para evaluar la respiración del chico.

Mis ojos se cerraron. *Por favor, ayúdalo.*

Cuando volví a abrir los ojos, vi que todos los movimientos de Whip eran seguros y firmes. Estaba claro que mantenía la calma en medio del caos mientras trabajaba con rapidez. Se comunicó claramente con su equipo, dándoles instrucciones sobre lo que necesitaba exactamente, y ellos seguían sus órdenes sin vacilar. Las yemas de sus dedos apartaron suavemente un mechón de cabello del rostro de Michael, y se me aceleró el corazón.

Otro paramédico deslizó una almohadilla bajo la cabeza de Michael y sustituyó mi chaqueta.

—La coloración de la piel y las vías respiratorias se ven bien.

No estaba seguro de si Whip me hablaba a mí o a su equipo, pero asentí de todos modos. El equipo médico siguió comprobando sus constantes vitales mientras el cuerpo de Michael se calmaba lentamente.

—¿Se golpeó la cabeza? —Whip miraba fijamente a Michael pero me preguntaba a mí.

—Es posible. Cayó muy fuerte.

El equipo continuó su tratamiento mientras nosotros observábamos impotentes. La mamá de Michael había llegado a la escuela y, a pesar de su experiencia con sus convulsiones, las lágrimas corrían por su rostro.

La señora Marsh se arrodilló junto a su hijo y le agarró la mano inerte. Yo me quedé de pie, dándole a la mamá su momento con su hijo. La enfermera de la escuela y la asistente de Michael me flanquearon.

—Se pondrá bien. —La confianza en mi voz era vacía.

Observamos impotentes cómo Michael salía de la neblina del ataque. Whip y su mamá lo ayudaron a sentarse. Whip le examinó la cabeza en busca de puntos sensibles. Michael se había orinado encima y se desplomó contra su mamá. Las lágrimas me quemaban la nariz mientras me dirigía al armario de abrigos de mi clase. Siempre tenía a mano unos cuantos juegos de pantalones y camisetas de repuesto para cuando se derramaba el almuerzo o el balón se llenaba de lodo.

Con cuidado, coloqué junto a ella un pantalón deportivo de repuesto doblado. Las lágrimas brillaron en los ojos de la señora Marsh.

—Gracias.

Solo pude asentir con firmeza. Estaba segura de que mi voz estaría cargada de emoción. Me di la vuelta y me aclaré la garganta, palmeándome discretamente las húmedas comisuras de los ojos.

—Esto es tuyo. —El profundo rugido de Whip me sobresaltó, y me giré hacia él.

Sus claros ojos azules me clavaron en el sitio. Atónita, busqué cualquier atisbo de reconocimiento, pero sus rasgos eran duros e inmóviles. Miré por encima de su hombro y vi a la señora Marsh de pie junto a Michael, rodeando a su hijo con el brazo mientras los demás paramédicos charlaban con ella. Michael era casi tan alto como su mamá, pero tras el ataque parecía delgado y frágil.

Al volver a centrarme en el hombre que tenía delante, mis ojos se posaron en la chaqueta que llevaba en la mano.

Cuando la tomé, nuestros dedos se rozaron y un chisporroteo de electricidad recorrió mi palma y mi antebrazo. Me metí la chaqueta bajo el brazo mientras la doblaba sobre el pecho.

Ningún reconocimiento. Nada. No me recuerda.

—Gracias. —Ni siquiera podía mirarlo. La noche más caliente de mi vida y yo era completamente olvidable. Quería plegarme sobre mí misma y disolverme antes de tener que enfrentarme a él de nuevo.

Whip sacó un bolígrafo de su uniforme y levantó el portapapeles que llevaba en la otra mano.

—Será entregado a su mamá.

Asentí, incapaz de hablar.

Sin decir una palabra más, Whip y su equipo salieron por la puerta y se alejaron de mi vida para siempre.

7

Whip

Me presioné el pecho con el talón de la mano, deseando que se me pasara el dolor. Me sorprendió irrumpir en un aula para atender una emergencia médica y encontrarme con la mujer con la que me había obsesionado.

Por suerte, me quedé mirando solo una fracción de segundo antes de que el instinto me dominara.

—Siempre es peor cuando es un niño. —Lee Sullivan miraba por el parabrisas de la ambulancia.

Dejé caer la mano.

—Sí.

Lee y yo estábamos en bandos opuestos de la disputa King-Sullivan, pero cuando se trataba de trabajar, lo que importaba era el trabajo. Normalmente guardábamos nuestras tonterías para la sala de descanso o fuera del trabajo. Además, joder con él era algo menos atractivo ahora que sabía que mi hermana me patearía el trasero si lo llevábamos demasiado lejos. Aún así, eso no me impidió envolver la camioneta entera de Duke Sullivan con papel de dinosaurio en honor del inminente cumpleaños de mi sobrino.

Me reí para mis adentros. Nuestro pueblo pasó por delante del camión mientras rodábamos por la carretera de vuelta a la estación.

—¿Qué te hizo cosquillas, Bill? —Lee Sullivan me miró de reojo desde el asiento del copiloto.

Apreté los dientes, sabiendo muy bien que si Lee se enteraba de que yo estaba detrás de la broma contra su hermano, haría de la venganza su misión personal.

—Nada... solo recordaba lo divertido que fue verte como una tortuga sobre su caparazón cuando resbalaste en aquel charco.

Hace unos meses, durante el incendio de una casa, Lee estaba quitando el revestimiento del edificio cuando perdió el equilibrio y cayó de espaldas en un estanque koi poco profundo. El peso de la botella de aire le impidió girar sobre sí mismo. Se quedó atascado como una tortuga sobre su caparazón, moviendo los brazos y las piernas y rodando para intentar enderezarse.

—No me jodas. Sabes que esos tanques de aire pesan una mierda, y no es culpa mía que el barro estuviera tan resbaladizo que no pudiera darme la vuelta. Podrías haberme ayudado antes, ya sabes.

Sonreí al imaginarme al engreído Lee Sullivan de espaldas, moviendo los brazos y las piernas en un intento desesperado por darse la vuelta. Lo miré y me reí durante cinco minutos antes de levantarlo y sacarlo de aquel charco poco profundo.

Atravesamos nuestro pequeño pueblo, devolviendo saludos y sonrisas a nuestro paso. Lee sonrió y disfrutó de la atención. En otro pueblo, en otra vida, Lee y yo podríamos haber sido amigos, pero teniendo en cuenta quién era mi papá y la historia de nuestra familia, había pocas probabilidades de que eso ocurriera.

Demasiado agotado para seguir con nuestras típicas bromas, me quedé callado mientras conducía el camión el resto del trayecto hasta la comisaría.

En nuestro pequeño pueblo, los hombres y mujeres de mi equipo habían recibido formación como bomberos y paramédicos, y servir en mi ciudad tenía sus ventajas -café gratis y apretones de manos de felicitación, sonrisas amables mientras esperabas en la cola del supermercado-, pero también significaba que las personas que necesitaban tu ayuda eran familiares, amigos o vecinos. Cada llamada

conllevaba el peso de saber que podías llegar en el peor día de la vida de alguien a quien querías.

Una vez estacionados el camión de bomberos y la ambulancia, el equipo se puso a trabajar para reponer suministros y limpiar. De vuelta en la comisaría, me dediqué a preparar el almuerzo para el equipo y a esforzarme por no pensar en los suaves estremecimientos de la respiración de Emily cuando se corrió en mis dedos ni en la flexible curva de sus caderas.

Me pasé una mano por la cara y suspiré. *Maldita sea.*

La realidad era que ella consumió mis pensamientos durante los últimos dos meses. Emily y yo bailamos y reímos y tuvimos lo que yo consideraba la cita accidental más increíble de mi vida antes de que ella entrara en pánico y saliera corriendo por la puerta.

¿Qué demonios hice mal?

Repasé cada momento que podía recordar, desde la tienda hasta el Grudge, pasando por las horas enredados en mis sábanas, intentando encontrar el momento exacto en que la cagué. A pesar de mi obsesión por descubrirlo, no podía precisar qué hubo en mí y en nuestra noche juntos que la hizo huir.

Ni siquiera su salida apresurada o el chocar los cinco me impidieron intentar localizarla. A pesar de su insistencia en que no era bibliotecaria, llamé a las bibliotecas cercanas y busqué en sus páginas web para ver si había alguien llamado Emily entre el personal. Por supuesto, no encontré nada. Intenté preguntar sin hacer demasiadas preguntas, pero en un pueblo turístico me resultó imposible.

No fue hasta que me encontré cara a cara con ella que se encendió una pequeña chispa de esperanza. La mujer desapareció como un eco en el viento, pero de alguna manera estaba de vuelta en Outtatowner y enseñando en la escuela.

No una bibliotecaria.

Debería haberlo sabido. Su cara de asombro dejó claro que me reconoció, pero mi instinto me dijo que no estaba muy feliz, así que no insistí. Probablemente debería haberla dejado en paz, pero su inmediato

rechazo me carcomió. Normalmente yo era el primero en abandonar cuando las cosas empezaban a ponerse serias, así que fue un golpe para mi ego que ella se me adelantara.

Después, me senté en la cama y me sentí tan... *usado*.

—William. —La voz del jefe Martin me sacudió de mis pensamientos y tiré a un lado el paño de cocina—. A mi oficina. En este momento.

—Sí, señor.

Seguí a mi jefe hacia la fila de oficinas de la estación de bomberos. Lee levantó la barbilla en mi dirección y yo le hice un gesto con el dedo medio, ganándome una sonrisa de su parte.

Cuando entramos, el jefe Joseph Martin estaba de pie detrás de su escritorio. Era bajito, fornido pero fuerte, con mechones blancos que aclaraban su cabello castaño. El jefe era el tipo de hombre que se cuidaba, incluso hacía ejercicio durante nuestros turnos si tenía tiempo. Era un hombre que exigía lo mejor de su equipo, pero nunca le pedía a nadie que hiciera un trabajo que no estuviera dispuesto a hacer él mismo.

—Cierra la puerta, hijo.

Me giré, ignorando el atizador caliente que se clavaba en mis costillas cada vez que me llamaba así.

—Me informé con el capitán Jones sobre la llamada en la escuela hoy. Me alegró saber que todo salió bien.

Asentí con la cabeza.

—Sí, señor.

Me miró con ojos penetrantes y me enderecé, no quería que me viera retorcerme bajo su mirada.

—Jones dijo que tomaste la iniciativa y mantuviste la calma. Eso no es fácil cuando hay niños de por medio, pero es exactamente el tipo de liderazgo que necesitamos en un teniente.

Un zumbido silencioso me llenó la cabeza.

—La verdad es que no te estás haciendo más joven —continuó el Jefe—. Pero tienes un verdadero futuro aquí… *si* lo quieres.

Se me apretó el interior. *¿Lo quería?* Ascender en el escalafón sería tan jodidamente satisfactorio, pero cada vez que pensaba en eso, las visiones del propio ascenso social de mi papá empañaban la sola idea. Tener un hijo como teniente sería el tipo exacto de cosa que Russell King explotaría en su beneficio.

Me incorporé.

—Realmente no lo consideré, señor.

El jefe se rió.

—Pues deberías. ¿Mi consejo? Mantén la cabeza baja. No dejes que las rivalidades familiares o las mujeres te distraigan de lo importante. Demasiados miembros de nuestra unidad se olvidan de lo que es realmente importante, se dejan llevar por la atención y las palmaditas en el trasero que conlleva el trabajo. Concéntrate y el ascenso será tuyo.

Contar con el respeto de alguien a quien tenía en alta estima era desconcertante. *¿Por qué demonios me tendría en cuenta?*

Hace tiempo que aprendí que siempre que me hago ilusiones, la gente me defrauda. Aún así, sabía que discutir con mi jefe no tenía sentido.

—Gracias, señor.

El Jefe arrojó su bolígrafo sobre el escritorio.

—Muy bien. Ahora vete de aquí.

Con una sonrisa y un alegre saludo, giré sobre mis talones y me dirigí a terminar de preparar el almuerzo.

Concéntrate y el ascenso será tuyo.

Por primera vez en lo que me pareció una eternidad, la esperanza de algo mejor floreció en mi pecho.

Tiré del cuello demasiado apretado de mi camisa. De pie en la sala de banquetes, los brillantes zapatos negros de mi uniforme de gala de clase A me pellizcaban los dedos de los pies.

El banquete anual de premios de Outtatowner Emergency Services era una excusa para que todos los miembros de nuestro departamento se reunieran y celebraran nuestros logros del año. Entre los premios se encontraban el de bombero del año, el de mérito y el de la Compañía del Jefe, un grupo de hombres y mujeres seleccionados a mano que recibían ese título honorífico como reflejo de un servicio ejemplar y de quién querría el jefe Martin en su compañía. Estas eran las personas que nuestro jefe consideraba lo mejor de lo mejor.

Sin embargo, el premio más codiciado se reservaba para el final.

Hace unos años, mi compañero bombero Connor estaba de compras de segunda mano con su novia cuando se encontró con una réplica de la estatua de mármol de Hércules y Diomedes. Homenaje a la fuerza y masculinidad de Hércules, la estatua italiana representaba a Hércules luchando con Diomedes y venciéndolo... todo mientras Diomedes le jalaba la polla.

El codiciado premio al Imbécil se reservaba a alguien que hubiera hecho una estupidez ese año. Todos llevábamos la cuenta de las cosas graciosas que ocurrían a lo largo del año. La advertencia era que, si recibías el premio, tenías que tener la vulgar estatua expuesta en un lugar destacado de tu casa.

El premio en sí añadía un poco de ligereza a una carrera por lo demás estresante. Aunque nadie quiere meter la pata en una llamada, saber que tienes a tu unidad detrás, apoyándote para que te recuperes, siempre ayuda.

Puedes estar seguro de que el nombre de Lee Sullivan fue nominado más de una vez. No perdí el tiempo y tuve el placer de nominarlo para el Premio a la Imbécil tras el incidente del tanque-tortuga. Claro que podría haber ayudado, pero en lugar de eso me reí y, más tarde ese mismo día, escribí su nombre para el premio.

—Parece que estás a punto de salirte de tu piel. Relájate y tómate una cerveza, hombre. —Connor se paró a mi lado, dándome una cerveza y observando la habitación. Era más amigo de Lee, y yo no tenía energía para socializar esta noche. Se le veía muy cómodo con su uniforme de gala, el cabello rubio oscuro corto y una mano metida en un bolsillo.

Me moví en mis zapatos.

—Los de clase A no son mis favoritos.

Sonrió.

—Sí, pero a las chicas les encantan. —Connor inclinó la barbilla y mi mirada se desvió en esa dirección. Al otro lado de la sala de banquetes, dos mujeres se inclinaban susurrando entre ellas, mientras lanzaban miradas de reojo y esperanzadas en nuestra dirección.

El banquete era para los bomberos y sus familias. Nunca invité a mi familia por miedo a que mi papá aprovechara la ocasión para ampliar sus contactos en el pueblo. Además, nunca salí con nadie el tiempo suficiente como para justificar una invitación.

Volví a mirar a las mujeres. También tenía cuidado de no cagar nunca donde comía.

—Son todas tuyas, hombre. Estoy bien aquí.

Di un largo trago a la botella de cerveza.

—Te lo estás perdiendo, hermano. —Connor se rió—. Hay algo que decir acerca de una mujer que entiende el trabajo por turnos y las exigencias del trabajo. No hay que explicar o disculparse por estar fuera durante largos períodos de tiempo.

Me encogí de hombros, aceptando la verdad de su afirmación.

—Supongo.

Connor chocó su hombro contra el mío.

—Pero me siento picante esta noche. Creo que voy a ligarme a la hija del jefe.

Mi cara se torció.

—La hija del jefe Martin tiene como doce años. —Lo sabía a ciencia cierta, ya que en su oficina había una foto de la escuela en la que aparecía una niña con aparatos de ortodoncia en plena adolescencia.

Connor se giró hacia mí.

—Hombre, ¿de qué demonios estás hablando? La hija del jefe Martin es un espectáculo.

Señaló con su botella de cerveza al otro lado del pasillo, hacia el jefe Martin, de pie y orgulloso junto a su esposa, conversando y estrechando la mano de un semicírculo de personas. A medida que la multitud se desplazaba, la voz de Connor se desvanecía hasta convertirse en un eco sordo en el fondo mientras el zumbido de la sangre martilleaba en mi cabeza tras ver a Emily. Su vestido de satén azul marino se ceñía a sus caderas. Los finos tirantes se hundían en un escote que le caía por debajo de la clavícula de una forma elegante, pero sutilmente sexy.

—Oí que se mudó de Virginia. El rumor es que está cuidando su corazón roto, y no estoy por encima de ayudarla a curar esas heridas, si sabes lo que quiero decir.

Desde su mirada en el suelo, los ojos ahumados de Emily se movieron mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Maldita sea, es guapa. —Connor se rió a mi lado.

Le lancé una mirada furiosa.

—Es la hija del jefe. Ten un poco de puto respeto.

Yo le había faltado al respeto lo suficiente por los dos. Muchas, muchas *veces, mientras sus apretadas paredes internas ordeñaban mi polla.*

Connor se rió de mi mal humor, y su risita me crispó los nervios.

¿Cómo demonios era Emily la hija del Jefe Martin?

Entonces caí en la cuenta: su mirada recorrió mi armario abierto solo unos instantes antes de que se echara el vestido de flores a la cabeza y saliera corriendo de mi casa como si no pudiera escapar lo bastante rápido.

Ella lo sabía.

Ella jodidamente lo sabía.

Podría haber dicho algo en ese momento, explicando por qué enrollarnos era una mala idea, y yo le habría dado la razón.

Probablemente.

En lugar de eso, me pasé semanas castigándome por haber avanzado demasiado deprisa con una chica que parecía sacada de mis fantasías. Pasé noches en vela tratando de averiguar cómo pude meter la pata tan rápido.

Normalmente, las mujeres se quedaban el tiempo suficiente para darse cuenta de que un King no valía la pena antes de huir, pero Emily no duró ni siquiera ese tiempo antes de hartarse de mí.

Me bebí la cerveza de dos tragos.

—Necesito algo más fuerte.

No esperé la respuesta de Connor antes de dirigirme a la barra. El larguirucho mesero me saludó levantando la barbilla.

—Whisky solo. —Apoyé un codo en la barra y me giré hacia la multitud.

Emily seguía junto a su papá, riendo y disfrutando de la conversación que fluía a su alrededor. Sus facciones se animaban al gesticular. Todo el grupo estaba pendiente de cada una de sus palabras. Estaba radiante y seductora, y eso me molestaba.

Después de que el mesero deslizara mi whisky por la barra, deposité una generosa propina en su jarra. Pensaba tomarme unos cuantos más y no me importaría el trato preferente que me daría una propina decente. El primer sorbo de whisky me quemó la garganta y me calentó el estómago.

Sabía que mi mirada era oscura e intensa, pero no me importaba. Quería que me viera.

Como si pudiera oír mis pensamientos, sus bonitos ojos se movieron y se clavaron en los míos. El asombro se reflejó en sus delicadas facciones, pero en un instante desapareció.

Emily se inclinó hacia mí, susurrando algo a la señora Martin antes de excusarse del grupo con una pequeña sonrisa. Me quedé plantado donde estaba, dejando que se acercara a mí. Me ignoró mientras se acercaba a la barra y pedía un vino blanco. Le dio las gracias al mesero con una sonrisa sincera, dejando una generosa propina en su jarra, y se giró hacia la sala de banquetes.

Con una sonrisa tensa en su lugar, se aclaró suavemente la garganta.

—Um... hola.

Resoplé y decidí joderla.

—¿Eso es... eso es un fantasma? —Me enderecé y dejé que mi mirada se desenfocara mientras miraba por encima de su cabeza—. Habla, aparición.

Un gruñido exasperado salió de sus labios.

—¿De verdad? ¿Citando películas infantiles? Deja de hacer el ridículo.

Molesto por que captara tan fácilmente mi referencia a *Megamind*, le di la espalda.

Se aclaró la garganta con más agresividad esta vez y apretó los dientes:

—Me sorprende verte aquí.

Negué con la cabeza, dando un generoso sorbo a mi whisky antes de girarme hacia ella.

—Apuesto a que no estás tan sorprendida como yo. —Me bebí el resto del whisky y le hice una señal al mesero para que me sirviera otro.

Emily enarcó las cejas.

—No sé por qué estás tan molesto. Entraste en mi clase y ni siquiera te acordaste de mí.

¿Acordarme de ella? Llevaba semanas obsesionado con ella, pero no iba a darle la satisfacción de admitirlo.

—¿Hubieras preferido que ignorara las necesidades médicas urgentes de un niño enfermo y entablara conversación contigo en su lugar?

Un ruido de disgusto salió de su bonita garganta mientras ponía los ojos en blanco.

—Claro que no, pero vi tu cara. No tenías ni idea de quién era.

Un zumbido incrédulo fue mi única respuesta. Quería dejarlo pasar, pero no podía.

—¿Cuándo lo supiste? —La irritación latía justo debajo de la superficie—. ¿Cuando pasaste por la tienda de tatuajes y me viste por primera vez? ¿O quizá en el almacén? ¿Alguien en el Grudge te habló de nosotros, los King, mientras yo iba por nuestras bebidas? ¿En qué momento supiste *exactamente* quién era yo?

Los hombros de Emily se movieron hacia mí. En sus ojos brilló un destello desafiante.

—Seguro que recuerdas mucho de esa noche para alguien que me trató como si fuera totalmente olvidable.

Sacudí la cabeza.

—*Tú* me engañaste, Prim —me quejé.

—¿Prim?

Reprimí una sonrisa y me incliné hacia ella.

—Te comportas como un primor, pero tengo que ver cuánto de mí puedes aguantar antes de que se te humedezcan los ojos.

La ira y el deseo se reflejaron en sus facciones y el color rosa inundó sus mejillas. Probablemente, mi crudeza había cruzado más de una línea, pero me gustaba esta versión irritada de ella. La situaba de lleno en territorio enemigo y la sacaba de las pequeñas grietas de mi pecho en las que antes intentó escarbar.

—No sé qué tiene que ver tu apellido, pero te juro que no sabía que eras bombero. —Su voz vaciló, pero solo un poco antes de endurecerse de nuevo—. Pero entonces vi tu uniforme en el armario, y no fue difícil sumar dos y dos. Mi papá es *tu jefe*.

—Supongo que eso explica tu elegante salida. —En ese momento, su torpe chocar los cinco fue gracioso y entrañable. Ahora solo pinchaba en un punto de presión entre mis costillas.

Al otro lado del pasillo vi a Connor charlando con las dos mujeres que señaló antes. Me terminé el whisky, disfrutando del embotamiento que me invadía el cerebro.

—Bueno, eso fue divertido, Prim, pero tengo que irme. —Con cara de sabelotodo, levanté la mano para chocar los cinco. Las fosas nasales de Emily se dilataron, y me reí entre dientes—. ¿No? Genial.

Me alejé hacia Connor, pero sentí el escalofrío de sus bonitos ojos de cristal de mar en mi espalda.

8

Emily

Aparentemente Whip King es un imbécil.

Un imbécil de grado A con un trasero bien hecho y un piercing en la polla *ponte de rodillas y pide otra degustación.*

Pero maldita sea, le quedaba bien el uniforme de gala.

Cuando lo vi al otro lado de la sala de banquetes, aspiré agudamente al sentir cómo se me contraía el corazón, extrañando instintivamente la sensación de no poder estirarme a su alrededor mientras me agarraba por la garganta y me penetraba con fuerza.

Me pellizqué el puente de la nariz. *Mi única noche de rebelión y me follé a una bandera roja andante.*

Contuve la irritación ante la respuesta instintiva de mi cuerpo. La parte lógica de mi cerebro sabía que estaría en el banquete anual de entrega de premios, pero a pesar de que fingí dolor de cabeza e intenté hacer otros planes, mi mamá insistió en que era importante para mi papá y me obligó a venir. Cuando nuestras miradas se cruzaron en la sala y el reconocimiento -además de la sorpresa-, inundó sus facciones, no pude evitar acercarme a él en la barra y ver si realmente se acordaba de mí después de todo.

Debería haberlo dejado pasar. Una yo más inteligente lo habría dejado ganar ese asalto. Fue grosero y un imbécil. Se marchó, y ese podría haber sido el final. Estaba claro que las líneas marcadas de su cuerpo y su boca sucia me habían vuelto estúpida.

Dejé mi copa sobre la barra con un chasquido y atravesé la pista de baile, sonriendo educadamente y esquivando a un grupo de bomberos que bailaban la Macarena. Whip y otro bombero se reían y me compadecí de las dos mujeres que aún no conocía. La rubia ladeó la cabeza cuando me acerqué, mientras la morena seguía riéndose de algo que decían los hombres.

Carente de todo decoro, pegué una sonrisa brillante.

—Hola —interrumpí—. Lo siento *mucho.* ¿Puedo hablar un minuto con Whip? —Puse las yemas de mis dedos en el interior de su codo, y se puso rígido.

Las mujeres miraron confundidas mientras los ojos de Connor rebotaban entre Whip y yo.

Whip trató de alejarse.

—Estamos en medio de algo.

A la mierda que lo estás...

Apreté con más fuerza el interior de su brazo y respiré con una sonrisa.

—El jefe Martin esperaba que habláramos. —Jalé su brazo más cerca de mí—. ¡Volvemos enseguida!

Con un gruñido que no debería haberme provocado un hormigueo, Whip me siguió. En cuanto caminamos en dirección contraria, solté la mano de su brazo.

—¿Qué quieres, Prim? —preguntó secamente.

—Deja de llamarme así.

Se le escapó una risita despreocupada. *Está disfrutando con esto.*

—Bien, *señorita Martin*, ¿qué puedo hacer por usted?

—Cállate y ven aquí. —Encontré el rincón más oscuro de la sala de banquetes y me incliné en el pasillo—. Es Ward.

—¿Qué?

—Mi nombre. No soy Emily Martin. Soy Emily *Ward*.

Whip parpadeó y escrutó mis rasgos.

—Es mi padrastro, pero él me crió. —Levanté la barbilla—. Así que aunque me hubiera presentado aquella noche como Emily Ward -pero, sinceramente, ¿quién hace eso siquiera?-, no habría cambiado nada.

Whip apretó los labios mientras reflexionaba. Su mandíbula se tensó.

—Entonces, ¿por qué la única foto que el jefe tiene de ti en su oficina es de cuando eras niña?

El calor inundó mis mejillas.

—Dios, odio esa foto. Es como de quinto grado, y papá siempre decía que era su foto favorita de mí, que siempre sería su Melly.

Las cejas de Whip se alzaron.

—¿Melly?

—Maloliente Melly. —Le clavé una mirada punzante—. Era una niña rara, ¿okey?

Sonó su risa y lo hice callar. Me rechinaron los dientes.

—Lo siento. ¿Tenías algo que decir sobre los apodos, *Whip*?

Su mirada plana no delataba nada.

—¿Querías algo de mí?

Mis ojos se desviaron hacia sus labios carnosos. Lo que yo quería, lo que mi cuerpo quería y mi cabeza sabía que era inteligente, eran dos cosas *muy* distintas.

Mi exhalación fue temblorosa.

—No quería que pensaras que lo sabía... —Me encontré con su mirada—. Antes.

Sus ojos encontraron el punto de mi cuello donde estaba segura de que los latidos de mi corazón martilleaban a través de la fina piel.

—Deberías haber dicho algo.

—¿Cómo qué, Whip? ¿Qué se supone que tenía que decir? "Oh, hey, por cierto, ¿saluda a mi papá mañana en el trabajo?" Sé realista. Entré en

pánico y salí corriendo. —Mis manos se alzaron en señal de énfasis— Como uno podría hacer en esa situación.

Sus brazos se cruzaron y su mirada me recorrió.

—Maloliente Melly.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Dios, por favor, olvida que te dije eso. —Exhalé e incliné la cara hacia el techo.

—Creo que Prim te queda mucho mejor. —Su voz era terciopelo sobre la grava, envolviéndome en la oscuridad protectora.

Mi cuerpo zumbaba por él. Como llamas que chisporrotean y bailaban alrededor de la otra antes de fundirse en una llamarada que destruye todo a su alrededor, me sentía atraída por él.

Las sombras oscurecieron la intensidad de sus ojos y no pude apartar la mirada. Su mirada me mantuvo cautiva contra mis propias emociones.

Dio un paso adelante, ocupando mi espacio y agarrando mis caderas a través de mi vestido de satén azul marino.

—No puede volver a ocurrir. —Su cálido aliento flotó sobre mi piel hormigueante.

—Lo sé. —El tirón entre nosotros me acercó, pero agité la mano entre nosotros—. Tienes que mantenerte a ti y a *esa* cosa lejos de mí.

—¿Cosa? —Se rió en voz baja, sin perturbar nuestra cámara de eco de contención y tensión—. ¿Por qué sigues haciendo gestos a mi polla, Prim?

Me burlé.

—Dios, no estoy *haciendo gestos a tu polla*. —Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie pudiera oírnos.

Una comisura de sus labios se levantó mientras su mirada flotaba sobre mi boca.

—Quiero decir... más o menos lo hiciste.

Dejé escapar un suspiro exasperado.

—Te lo juro, eres igual que los hombres de los que mi papá siempre me advertía.

Whip sacudió la cabeza. Con su altura, se alzó sobre mí, llenando mi visión solo con *él*.

—Y tú eres exactamente el tipo de mujer que distrae de la que *me* advirtió tu papá.

Me enderecé.

—Esto —señalé entre nosotros—, no es nada. —Mi mente quería retroceder, pero mi cuerpo se quedó inmóvil mientras Whip borraba los centímetros que nos separaban.

Un gruñido vibró en su garganta.

—En absoluto. No soy amigo tuyo, Prim.

Me pesaba el pecho.

—Ni siquiera me gustas. Eres un imbécil. —El gruñido de su risa suave hizo que el calor se acumulara entre mis piernas.

—Bien.

Un centímetro más y su boca devoraría la mía. Le agarré el antebrazo, los músculos duros que se tensaban y agolpaban bajo el saco.

—¿Emily? ¿Estás aquí? —La voz de mi mamá me sobresaltó y me incliné sobre el ancho hombro de Whip.

Iba a empujarlo cuando su mano me agarró el brazo. En la oscuridad, sus ojos azules formaban intensos charcos negros. Levanté la barbilla y me esforcé por que no me temblaran las rodillas.

—Esta conversación terminó.

Un suave rumor llenó el espacio entre nosotros mientras su aliento acariciaba la concha de mi oreja.

—Apuesto a que si te levantara el dobladillo de la falda en este momento, encontraría tus bragas empapadas, solo para mí.

Jalé mi brazo, molesta porque tenía toda la razón.

—Te equivocas. —Tragué más allá del nudo que se me hizo en la garganta y me incliné hacia él. Una sonrisa malvada se dibujó en mi rostro cuando mis labios rozaron la concha de su oreja—. Porque no llevo ninguna.

No me arriesgué a mirar hacia atrás y recé para que Whip -y el secreto que compartíamos-, permanecieran ocultos en las sombras.

9

Whip

El zumbido de la sierra de mesa llenaba el aire mientras el serrín salía por la puerta de mi taller. La madera nueva estaba ordenada en montones, pero mis piezas favoritas -madera de barniz recuperada, vigas viejas, una mesa centenaria a la que le faltaba una pata-, esperaban pacientemente mientras yo decidía cómo usar los materiales. El aire de la madrugada de mayo aún era frío, pero apilar tablas y arrancar tablones para mi próximo proyecto me hizo sudar la gota gorda.

Al principio de mi carrera como bombero aprendí que, aunque la flexibilidad de mis turnos era agradable, también significaba un aumento del tiempo de inactividad, tiempo de inactividad que me hacía sentir ansiedad y estancamiento.

Pescar era demasiado aburrido, hacer paddleboarding dejaba los inviernos improductivos y un segundo trabajo en otro sitio carecía de la libertad y la flexibilidad que yo ansiaba. No tenía talento artístico como mi hermano Royal, ni la pasión por dirigir mi propio negocio como Abel. Caí en la fabricación de muebles por accidente después de construir mi casa. Cuando me mudé, me di cuenta de que las mesas auxiliares de aglomerado sueco y los taburetes de cajón de leche no le hacían justicia a la casa.

Así que leí libros, seguí a Instagramers y vi en YouTube todos los episodios de *This Old House* para aprender una nueva habilidad. Requería paciencia y puesta a punto, y la atención necesaria al detalle garantizaba que mis pensamientos no se desviaran.

Significaba que no tenía que pensar en mantener las apariencias para satisfacer las expectativas de papá ni en mujeres irresistibles con el

cabello rubio oscuro y ojos que prometían ver más allá de todas tus tonterías.

No.

Definitivamente no pensaba en ella.

En cambio, imaginé los ojos de mi hermana Sylvie cuando arrastrara mi última pieza terminada hasta la casa que compartía con Duke Sullivan. Mi proyecto era un regalo para mi sobrino y el baúl, de estilo rústico, estaba hecho a mano con madera de roble. El pequeño Gus podría apilar todos sus juguetes dentro, o tal vez se convertiría en el mejor escondite del mundo para él. Como quería poner a prueba mis habilidades con la madera, usé madera de álamo para hacer un borde de contraste incrustado en la parte superior.

Era funcional y atemporal, y me daba la oportunidad de compartir un poco de mí con mi sobrino sin tener que mantener una conversación con mi hermana sobre su relación con un Sullivan. Su relación no debería haber funcionado nunca, pero era innegable el amor que había en los ojos de Duke cuando miraba a mi hermana menor. El hecho de que ni siquiera pudiera llegar a odiarlo solo por principio me daba ganas de darme un puñetazo en la cara.

O tal vez fue solo la comprensión de que un amor como ese no estaba destinado a un hombre como yo.

Ah, a la mierda.

Dejé que el tablón de madera golpeara contra el suelo. Me pasé una mano frustrada por la nuca sudorosa, agarrando la tensión que ahí residía.

—Veo que aún no has dominado ese temperamento. —La voz de mi papá llenó el taller vacío y lo encontré de pie en la puerta. El tiempo y el estrés lo habían envejecido. Sus hombros eran poderosos y cuadrados, pero el comienzo de una barriga dejaba al descubierto una vida detrás de un escritorio caro y no la de su papá, un obrero. Russell King hizo todo lo posible por escapar de sus raíces obreras.

Las puntas de sus brillantes mocasines no traspasaron el umbral, como si el mero hecho de entrar en el espacio de un trabajador fuera

indigno de él. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón azul marino mientras se balanceaba sobre sus talones.

Las visitas inesperadas de Russell King siempre eran señal de problemas, si no para ti, seguro que para alguien más.

—Hola, papá. —Tomé un trapo e intenté frotar los restos de mancha de las yemas de mis dedos.

Russell King era un hombre de negocios despiadado, sumamente inteligente y astuto. Había muy pocas cosas que no movieran la marea a su favor. La gente del pueblo lo veía como un astuto hombre de negocios. Era lo bastante astuto como para saber dónde gastar su dinero de forma que arrojara la mejor luz posible sobre la familia King.

Si jodía a alguien o un trato se iba a la mierda, simplemente hacía una enorme donación para renovar la biblioteca pública, lo que le valía un bonito artículo en las noticias de Outtatowner y eclipsaba por completo cualquier fechoría.

Vivía su vida de tal manera que nadie creería una mala palabra dicha sobre Russell King, pero sus hijos sabían la verdad. También lo sabían los Sullivan, y supongo que por eso la enemistad de varias generaciones no solo había persistido, sino que se agudizó cuando mi papá tomó el timón de los negocios de la familia King.

—¿Qué es todo esto? —El asco era evidente en su rostro mientras miraba el baúl de juguetes.

Me moví para impedirle ver mi trabajo.

—No es nada importante.

Frunció los labios.

—No deberías querer ser otra cosa que bombero. Es un trabajo honorable. Hace que la familia se vea bien al tener un héroe. No pierdas el tiempo en cosas que no importan.

Asentí con la cabeza, sin saber si estaba de acuerdo con él o no sabía qué decir a continuación.

Todo lo que hacía Russell King tenía que ver con la óptica, nunca con el impacto duradero que sus acciones tenían en sus hijos. Era una maravilla que solo uno de nosotros hubiera acabado en la cárcel, e incluso entonces, con la ayuda de nuestro papá y algo de trabajo duro, Abel se las arregló para salir adelante.

No había mundo en el que un King fracasara.

La única persona que superó a Russell King era nuestra mamá, y era la más lista de todos nosotros. Le ganó simplemente dejando el juego -y a sus hijos-, atrás.

—Vi el artículo en el periódico sobre la selección de la Compañía del Jefe. Felicidades.

Se me tensaron los hombros. Fui uno de los pocos seleccionados para el premio de la Compañía del Jefe. Estaba gratamente sorprendido, y el orgullo de haber sido seleccionado no hizo más que aumentar cuando miré a Emily a los ojos. Le guiñé un ojo y saboreé el rubor de sus mejillas mientras estrechaba la mano de su papá y aceptaba el premio.

Pero como siempre lo hacía, mi papá tenía una forma única de extraer la alegría de cualquier logro. Se me revolvió el estómago.

—Gracias, señor.

Era importante quedar bien con un hombre en el poder.

—Quizá algún día pueda decir que mi hijo es teniente de bomberos y no lacayo.

Apreté los labios. No tenía energía para alimentar su ego contándole mi conversación con el jefe Martin.

Mi papá se ajustó el puño de su suéter de cachemira y su anillo de oro en el dedo meñique brilló bajo la luz.

—¿Sabes? La esposa del jefe Martin está en la junta de la Asociación Histórica del Condado de Remington.

Y ahí estaba.

Siempre estaba buscando algo.

—JP y yo estamos trabajando en un acuerdo, y se han convertido en un pequeño problema.

Levanté una ceja pero no contribuí a la conversación.

—El edificio al que le eché el ojo sería un activo, un activo que pienso adquirir. —Por fuera parecía tranquilo, pero pude ver cómo se agitaba su molestia antes de contenerla—. El problema es que la sociedad histórica está empeñada en declararlo monumento histórico.

—¿Lo es?

El labio de mi papá se curvó.

—¿Acaso importa? Va a ser mío. —Sus ojos oscuros me miraron de arriba abajo. Con el paso de los años había dominado el arte de no retorcerme bajo sus apreciaciones, pero aún se me erizaba la piel—. Las mujeres siempre han tenido debilidad por tu encanto. Quizá convenga presionar un poco.

Reprimí una maldición.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

Las fosas nasales de papá se dilataron, pero se mantuvo firme y ofreció una pequeña sonrisa.

—Lo que es bueno para la familia es bueno para ti, William. No lo olvides nunca.

Bueno para la familia.

Toda mi vida era un bucle interminable de elecciones y decisiones tomadas en el mejor interés de la familia King: aumentar nuestra riqueza, guardar las apariencias. Ni una sola vez porque fuera algo que cualquiera de nosotros quisiera o necesitara en su vida.

Debería indignarme su manipulación, pero la verdad era que mi papá era la única persona de mi vida que nunca se había ido.

Y por eso, se lo debía.

Tiré el trapo sobre mi mesa de trabajo.

—La esposa del jefe Martin no suele estar por la estación de bomberos.

—Marilyn Martin era un encanto, siempre sonriendo y trayendo postres a la estación de bomberos. Cuando te miraba, sus ojos desprendían una calidez maternal fascinante.

Papá sonrió.

—Ah, pero seguro que hay ocasiones en que la ves. —Se encogió de hombros—. Solo una pequeña conversación si encuentras tiempo. Eso es todo.

Eso es todo. Sí, claro.

Sabía que mi papá pretendía que disuadiera a la señora Martin y a la sociedad histórica de reclamar el edificio para poder comprarlo. Conmigo, veía una oportunidad y no tenía miedo de explotarla.

Derrotado, me encontré con su mirada.

—Claro.

Me quedé de pie, aún inseguro de a dónde ir con esta conversación. Conocía a este hombre de toda la vida y aún no encontraba la forma de conectar realmente con él.

Mi papá rompió por fin el silencio.

—Bueno, dejaré que vuelvas a… —hizo un gesto despectivo con la mano sobre mi taller—, lo que sea esto.

Se dio la vuelta y mis hombros se desplomaron. Había hecho tanto para asegurarme de no parecerme en nada a Russell King como para no tener nunca las agallas de ser realmente diferente.

Yo: *¿Trabajas hasta tarde esta noche?*

Royal: *Estoy supervisando al nuevo aprendiz pero luego estoy libre. ¿Qué pasa?*

Yo: *Estaba pensando en tomar unas cuantas en el Grudge. ¿Te apuntas?*

Royal: *¿No puedes conseguir tus propias citas?*

Yo: *Vete a la mierda.*

Royal: *¿Quizá esperas encontrarte con cierta bibliotecaria?*

Yo: *Nunca debí decírtelo.*

Royal: *Pero lo hiciste... nos vemos ahí a las 9.*

NUEVE.

Mierda, me estaba haciendo viejo si mi cuerpo gritaba ante la idea de salir a las nueve de la noche de un sábado. Royal estaba acostumbrado a trasnochar en su tienda de tatuajes, pero mentiría si no admitiera que ser bombero me jodía el horario de sueño. No solo estaba conectado a horas extrañas, sino que también podía quedarme dormido casi en cualquier sitio cuando la fatiga me golpeaba.

Los últimos días estaba cansado como un perro.

Estaba atribuyendo mi fatiga a la nueva rutina de ejercicios que Brooklyn empezó para nuestro turno y no a la gimnasia mental que estaba haciendo con respecto a Emily.

El jefe tenía razón: en este momento no necesitaba distracciones, y una mujer escandalosa con labios besables y mala actitud era sin duda una *gran* distracción.

Aun así, me pasó por la cabeza la posibilidad de que ella saliera esta noche. Su distracción no me impidió esforzarme un poco más y combinar mis botas desgastadas con unos jeans nuevos y una camiseta que sabía perfectamente que me quedaba media talla justa de bíceps.

Con la esperanza de despejarme, paré mi camioneta en el estacionamiento público cerca de la playa norte. Aunque la playa estaba técnicamente cerrada, podía caminar por el muelle hacia el histórico faro de Outtatowner y dejar que el estruendo de las olas del lago Michigan ahogara el zumbido de mi cabeza.

En mi camino de vuelta por la colina hacia el pueblo, vi la odiosa camioneta negra de Lee Sullivan. Con la temporada turística empezando

antes, el tráfico por el centro seguía siendo constante incluso a esas horas de la noche. Miré a mi alrededor, pero no reconocí ninguna cara ni me pareció llamar la atención.

Al pasar junto a la puerta del conductor, probé la manilla. Para mi sorpresa, la puerta se abrió de golpe. Reprimí la risita que me salió del estómago

—Maldito idiota. —Los nervios y la excitación bailaron a través de mí.

Estaba esperando la oportunidad perfecta para vengarme de los Sullivan por su última travesura, y Lee siempre era mi objetivo favorito. Le encantaba su camioneta levantada y siempre tenía cuidado de asegurarse de que estuviera cerrada o estacionada bajo una farola, lo que la hacía casi imposible de joder.

Pero esta noche metió la pata, dejando su camioneta abierta y convirtiéndola en un blanco fácil. Eché un último vistazo a mi alrededor, asegurándome de no llamar la atención, antes de sacar la multiherramienta del bolsillo.

En menos de un minuto, tenía abierta la caja de fusibles de su salpicadero y realicé unos pequeños ajustes antes de volver a cerrarla y cerrar la puerta del conductor.

Cuando llegué a mi altura completa, me sobresalté al ver a la señora Tiny, de pie en medio de la acera, con las manos en las caderas y el ceño fruncido.

Abrí mucho los ojos. La señora Tiny era cascarrabias, pero sus alianzas se mantenían firmes en territorio King.

Asentí y reprimí mi sonrisa.

—Señora.

—No he visto nada. —Sonrió dulcemente antes de silbar y alejarse arrastrando los pies.

Exhalé aliviado. Parte de la diversión consistía en salirse con la suya con nuestras ridículas payasadas y no decir nunca quién había hecho cada una. De ese modo, tu oponente nunca sabía desde qué ángulo ibas a atacar. Una habilidad que sin duda aprendí de mi papá.

Me apresuré a subir por la acera y pasé por delante de King Tattoo, asomándome solo brevemente y continuando hacia el Grudge al no ver a Royal.

El bombo de una banda en vivo retumbó en la gran puerta de madera mientras el esqueleto neón me sonreía. En el interior, los comensales ya se habían ido y comenzó el cambio de restaurante familiar a salón de baile. La banda ya había empezado a tocar clásicos country cuando eché un vistazo a la barra.

El cuerpo voluminoso y tatuado de mi hermano destacaba entre la multitud y me dirigí hacia él.

—¿Por qué esa sonrisa de mierda? —Royal apretó su mano contra la mía.

—Nada, hombre. Mejor si no tienes conocimiento de eso. —Le devolví el apretón.

—¿Viste la camioneta de Sullivan estacionada en la calle? —preguntó Royal antes de tomar un sorbo de whisky con hielo.

Reprimí mi sonrisa.

—Sí.

—¿Te encargaste? —preguntó burlonamente, sin apartar los ojos de la pista de baile.

—Claro que sí.

La ancha palma de Royal golpeó la mesa alta.

—Bueno, está bien, vamos a conseguirte algo de beber entonces.

La banda era buena. King, Sullivan y turistas por igual se fundieron en la pista de baile. Una ruidosa despedida de soltera llamó la atención de Royal, pero yo no estaba de humor para ligar. Con un movimiento de cabeza, se apartó en busca de diversión mientras yo me enfurruñaba con mi cerveza.

Cuando regresó un rato después y yo seguía bebiendo la misma cerveza, Royal me miró con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien?

Suspiré y giré el cuello.

—Sí, solo un poco tensa esta noche. Eso es todo. —Mi dedo medio rozó la madera astillada de la mesa alta—. Papá fue hoy.

Royal sacudió la cabeza y se bebió el último trago.

—Sí, con eso bastará.

—¿Alguna vez te preguntas por qué lo hacemos?

Royal frunció el ceño.

Continué, incapaz de mirar a mi hermano mayor.

—¿Por qué dice que saltemos y nosotros preguntamos a qué altura?

Royal suspiró.

—¿Qué otra cosa vamos a hacer? ¿Dejarlo como hizo mamá? Ha hecho mucho por nosotros.

Me rechinan los dientes. *Él también se ha llevado mucho.*

No tuve el valor suficiente para expresar ese pensamiento traidor, así que me lo tragué con un trago de cerveza.

—Estás deprimido para haberme invitado a salir esta noche. —Los ojos evaluadores de Royal nunca dejaron mi cara, y me moví bajo su atención.

—Fue una semana larga.

Un gruñido bajo e incrédulo vibró en su interior, pero no me echó mierda por mi mentira descarada.

—Pensé que quizá te habías enterado de que Charles Attwater estaba husmeando con tu bibliotecaria.

Levanté la cabeza, capté su mirada y me señaló la pista de baile con la barbilla.

Efectivamente, en los bordes del estropeado suelo de madera, Emily le sonreía amablemente a Charles. Charles Attwater era un trasplantado relativamente nuevo en Outtatowner, pero en un pueblo turístico como

el nuestro no era de extrañar que su tienda boutique de vinos fuera un éxito.

En realidad, JP y mi papá estaban molestos por no haber pensado antes en ese negocio. Se decía en el pueblo que el negocio de Charles estaba haciendo dinero a manos llenas.

Tranquilo, delgado y aparentemente manso, Charles no me causó ninguna impresión especial y nunca lo vi como una amenaza, ni de negocios ni de ningún otro tipo. Eso fue hasta que vi la forma en que Emily lo miraba, con sus ojos azules y verdes captando toda su atención. Sus pantalones eran de un suave verde cazador y llegaban hasta el tobillo. Su top blanco tenía delicadas rayas negras y estaba metido en la cintura del pantalón. Comparada con la escasa ropa de bar que llevaban la mayoría de las mujeres del Grudge, era elegante y discreta, pero ninguna modestia podía ocultar sus curvas. Su cabello rubio como la arena le caía por la espalda en suaves ondas. Sabía exactamente cómo se sentía ese cabello alrededor de mi puño, y mi mano ansiaba tocarlo de nuevo.

El fuego ardía en mis entrañas mientras los observaba. El tipo nació claramente con dos pies izquierdos, y en un pueblo donde el único bar era un honky-tonk, todos aprendimos a bailar en círculos alrededor de cualquier turista que pasara por ahí.

Charles se esforzaba, y los tacones de Emily no le ayudaban en su torpeza. Más de una vez le aplastó los dedos de los pies mientras los guiaba en un brinco fuera de ritmo que nadie en su sano juicio llamaría bailar.

Aun así, Emily le sonrió.

Aparté la mirada y reprimí la opresión que sentía en el pecho. De algún modo, Emily se convirtió en una intrusa hostil que ocupaba cada centímetro de mi cerebro.

No ayudaba que sus pantalones estuvieran pintados. La suave tela se extendía sobre la curva de su trasero, y mi palma tenía ganas de agarrar otro puñado.

El silbido bajo de Royal llamó mi atención.

—Estás muy jodido, hermano.

Se me torció la cara y me encogí de hombros.

—Es la hija del jefe. No es mi tipo.

La sonora carcajada de Royal retumbó en el ruidoso bar.

—¿Por eso parece que estás a punto de arrancarle al tipo miembro por miembro y matarlo a golpes con sus propios brazos?

Me reí ante el ridículo -aunque no mala idea-, comentario de Royal. La última vez que estuve cara a cara con ella, puede que me hubiera comportado como un imbécil, pero ella me *ignoró*.

Tenía cero interés en ceder a la tentación de ella.

A pesar de todo, cuando abandonó la pista de baile y desapareció por el pasillo trasero, la seguí.

10

Emily

Charles Attwater era un bailarín terrible.

Estaba bastante segura de que también besaría fatal. Cuando acepté su invitación a bailar, no tenía ni idea de que el sommelier de voz suave sería tan inútil en la pista de baile. Había un cero por ciento de posibilidades de que confirmara mis sospechas sobre su capacidad para besar.

Mis pobres dedos se amotinaban en señal de protesta, desesperados por un descanso.

—Ya vuelvo. —Levanté las manos y sonreí amablemente.

—¿Estás segura? Esta es buena. —Charles se mordió el labio inferior y movió los hombros en lo que solo podría describirse como un mal baile de hombre blanco.

Levanté los dedos.

—Dos minutos.

Giré sobre mis talones, necesitaba un momento a solas. Mis hombros se hundieron y una profunda exhalación alivió mis músculos tensos mientras me apartaba de él y escapaba hacia el oscuro pasillo que conducía al baño de mujeres.

A pesar del ambiente ruinoso del Grudge, el baño de mujeres era espacioso y luminoso. Los dioses del baño de mujeres debían de estar sonriéndome, porque también estaba felizmente vacío.

Si mi cita no hubiera sido tan triste, casi habría sido hilarante. Mi mamá y yo pasamos por la tienda de vinos de Charles y ella nos animó a Charles y a mí a "salir y divertirnos un poco". Yo intenté tomármelo a risa, pero Charles aceptó y me llamó para concertar una cita al día siguiente. Sabiendo que necesitaba extirpar de mi cerebro a cierto bombero rudo y exasperante, acepté de mala gana.

El entusiasmo inicial de Charles fue halagador, pero enseguida me di cuenta de que era tan excitante como una manta fría y húmeda.

Tengo que dejar de permitir que me organicen citas.

La pesada puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y mis ojos se dirigieron a la entrada para saludar con educación. Mis ojos se abrieron de par en par cuando Whip entró viéndose como sexo caliente en un palo. Su pecho tensaba la tela de la camiseta. Sus jeans se amoldaban a sus muslos, y mis ojos se detuvieron, solo una fracción de segundo, en su delantera, donde sabía muy bien que residía una gruesa, perforada y gloriosa polla.

Me enderecé, con los labios entreabiertos por la sorpresa, mientras él no hacía ademán de salir del baño.

El calor y el deseo me recorrieron sin previo aviso cuando la sonrisa arrogante de Whip enganchó la comisura de sus labios.

El silencio estaba cargado de tensión. Le mostré a Whip mi expresión más fría, esperando que no notara los nervios que me invadían.

—¿Estás perdido?

Whip se apoyó en la puerta del baño, impidiendo que nadie entrara y rompiera nuestro capullo.

—Vine a averiguar por qué.

Arrugué las cejas.

—¿Por qué qué?

Whip sacudió la cabeza y lanzó un pulgar sobre su hombro.

—¿Por qué ese tipo?

Sus jeans abrazaban sus caderas recortadas y sus muslos los rellenaban de una forma que me hizo sentir un zumbido caliente. Sus brazos estaban cubiertos de intrincados tatuajes que desaparecían dentro de sus mangas de camiseta demasiado ajustadas. Nuestra noche de fiesta no me dio la oportunidad de estudiarlos, pero a la luz del cuarto de baño podía ver lo sencillos y detallados que eran.

Mis ojos se desviaron hacia los suyos y se quedó de pie, esperando pacientemente a que respondiera a su pregunta.

Parpadeé, tragándome la tensión que me había robado la voz.

—Él me llamó y me pidió una cita en toda regla.

Whip resopló pero no hizo ningún esfuerzo por moverse.

—Yo habría llamado si no hubieras huido.

Me enjuagué las manos sin más motivo que darme algo que hacer y tomé una toallita de papel, lo cual fue un error porque percibí el irresistible aroma masculino de la colonia de Whip.

—Trabajas para mi papá.

Whip pateó la puerta detrás de mí. Me quedé quieta y capté su mirada en el espejo. Su nariz rozó mi cabello e inhaló.

—¿Siempre haces lo que te dice papi?

Corrientes chisporroteantes rodaron por mi espalda.

—Estás siendo ridículo. Este es el baño de mujeres. Alguien podría entrar.

Whip se rió detrás de mí, su estruendosa carcajada hizo vibrar mi espalda.

—Solo estamos hablando. ¿Va contra las normas?

Resistí el impulso de arquearme hacia atrás y frotarme contra él como una gata en celo.

—Estás *coqueteando*.

Whip King era engreído y testarudo y sabía exactamente cómo sacarme de quicio. Me molestaba porque estaba más que intrigada. El

aire entre nosotros se volvió denso y pesado. El ruido de los bajos continuaba al otro lado de la puerta del baño. En cualquier momento podía entrar alguien y encontrarme derritiéndome por un hombre que no tenía derecho a desear.

En el espejo, pude ver a Whip pensando, sopesando sus opciones tan cuidadosamente como yo. Me miró fijamente durante un rato y pude ver cómo el humor de sus ojos se desvanecía y era sustituido por algo más oscuro.

Posesión.

Levantó la mano y me tomó la mandíbula, echándome la cabeza hacia atrás y dejando al descubierto la columna de mi cuello. Mis muslos se apretaron mientras respiraba entrecortadamente. Su mano ancha inclinó mi cabeza hacia un lado, acercando mi cara a la suya.

Mis ojos se ajustaron para ver lo dolorosamente guapo que era. Su mandíbula recortada, sus pómulos afilados y sus labios carnosos hacían que mi interior *gritara* por él. Todo lo que tenía que hacer era avanzar y *tomar*.

—¿Quieres que te bese? —Su aliento era caliente y mentolado en mis labios separados.

Mis labios se abrieron para él. Atrapada entre su duro cuerpo y el lavabo, inhalé.

A diferencia de cualquier otro hombre con el que hubiera estado antes, Whip sabía cómo guiar. Fundirme con él era fácil y doloroso.

Mi vacilación fue su respuesta, y relajó su agarre sobre mi mandíbula.

Su nariz recorrió el borde de la mía y su boca se cernió sobre mí.

—Cuando por fin estés lista para que te vuelva a besar, voy a hacer que me lo supliques.

En lugar de besarme, me pasó el pulgar por el labio inferior. Un rayo de excitación se disparó entre mis piernas. Sus palabras eran exasperantes. Arrogantes. Habladas como un sucio secreto en las sombras ocultas del baño de un bar.

Apenas podía respirar y me puse a la defensiva. Llena de frustración contenida, me puse a su lado.

—Supéralo.

Abrí de un tirón la puerta del baño justo cuando entraba otra mujer. Nos miró a Whip y a mí antes de esbozar una sonrisa burlona y agradecida.

Él es exactamente como Craig, y tú caíste en la trampa.

Otra vez.

La vergüenza inundó mis mejillas, obligando a mi voz a subir varias octavas más de lo necesario.

—¡Disculpa!

La mujer resopló y se hizo a un lado mientras el calor me punzaba el cuero cabelludo y yo me apresuraba a entrar en el anonimato seguro del abarrotado bar.

Charles puede ser un fracaso, pero Whip King no era más que problemas.

—Recuérdame otra vez que esto es por caridad.

Rachel se paró a mi lado con los brazos cruzados y ladeó la cabeza en mi dirección.

—¿Me vas a decir que no tirarías tu dinero duramente ganado a un grupo de bomberos solo para echar un vistazo a lo que hay debajo de todo ese equipo? —Frunció los labios y negó con la cabeza.

—Y tú te haces llamar feminista. —Puse los ojos en blanco y choqué un hombro con el suyo—. Solo creo que hay formas más elegantes de pedir dinero a la gente.

Se rió.

—Puede que sea cierto, pero cuando empiece el lavado de autos dentro de veinte minutos y veas la fila de vehículos que hay a lo largo de

la manzana, cambiarás de opinión. El lavado de autos hace mucho dinero, bebé.

Mis ojos recorrieron la creciente multitud. Rachel tenía razón. El lavado de autos no iba a empezar hasta dentro de unos minutos y ya se estaba formando una cola de gente impaciente.

Mi presencia no era más que una misión de investigación. Parte de mi plan para demostrar mi valía en Outtatowner Junior High consistía en ofrecerme voluntaria para dirigir la Fundación Educativa Outtatowner. Anteriormente, la fundación estaba dirigida por la bibliotecaria de la escuela, la señora Kuder, pero cuando su idea de organizar la tercera noche de bingo del año para los mayores no fue acogida con mucho entusiasmo, le pidieron que dimitiera como presidenta. Se rumoreaba que la gruñona anciana le lanzó huevos al auto del director. Dada su actitud hosca, -que era un cuento chino que creía de todo corazón-, Scooter Kuder era un comodín.

Necesitaba algunas ideas -de las buenas-, que animaran a los habitantes del pueblo a abrir sus corazones y sus carteras. Los fondos de la fundación tampoco se habían gestionado bien, así que quedaban muy pocos dólares para cosas como libros nuevos para la anticuada biblioteca, material escolar extra para los niños que no podían permitírselo o programas de financiamiento extraescolar muy necesarios. No importaba que yo fuera la nueva en el pueblo. Confiaba en poder marcar la diferencia y ayudar al director a ver que yo sería la incorporación perfecta a tiempo completo a su plantilla.

Las ideas ya se estaban madurando, pero aún no decidía *cómo* conseguir que el pueblo apoyara mis ideas.

—Aún no lo he visto —dijo Rachel, inclinándose para susurrar. Sacada de mis pensamientos, me giré hacia ella frunciendo el ceño, y ella me lanzó una mirada sosa—. Whip. Sé que es a quien buscas, pero aún no lo he visto.

Enderecé los hombros, decidida a no dejar que la mera mención de su nombre me hiciera temblar.

—Solo estoy aquí para encontrar mi *sitio*. No soy una pueblerina, así que necesito ver qué es lo que mueve este lugar. No busco a nadie, y menos a él.

Un hoyuelo apareció en la mejilla de Rachel cuando me dedicó una sonrisa incrédula.

—Si tú lo dices.

Levanté las cejas hacia mi amiga, con la esperanza de desviar la atención de mí misma.

—A lo mejor eres *tú* quien lo busca.

Rachel soltó una risita y sus delicados dedos cubrieron sus labios.

—No. —Su dedo con manicura fucsia señaló a una de las bomberas con el cabello largo y negro, recogido en una coleta alta y trenzada—. Ella es más mi tipo.

Levanté una ceja sorprendida y asentí una vez.

—Oh. Linda.

En el poco tiempo que llevaba conociendo a Rachel, no había compartido conmigo su interés por las mujeres, y una pequeña punzada de culpabilidad me asaltó por dentro. Decidí ser mejor amiga suya de ahora en adelante, preocupándome menos por mi desastrosa vida amorosa y más por llegar a conocer a una mujer que no fue más que amable y cariñosa desde que llegué a Outtatowner.

—Es hermosa. —Jugué con las puntas de mi propio cabello rubio—. Su cabello es tan brillante.

—¿Verdad? —Rachel se metió un chicle en la boca antes de ofrecerme uno—. Tan jodidamente sexy.

Nos inclinamos y nos reímos como dos colegialas enamoradas, que en realidad lo éramos más o menos.

—Señoritas. —La voz profunda y aterciopelada de Whip captó mi atención.

Me aclaré la garganta y me enderecé, rezando para que no viera el rubor que recorría mis cálidas mejillas.

Cuando por fin estés lista para que te vuelva a besar, haré que me lo supliques.

Mis ojos traidores se desviaron hacia sus labios carnosos antes de encontrar un punto en medio de su frente y quemarlo con mi mirada.

—Hola, Whip. —Rachel sonrió dulcemente—. No sabía que estarías en el lavado de autos hoy.

Sus anchos brazos se abrieron.

—Vamos, es para caridad. No me lo perdería.

—¿Escuchaste eso, Emily? —Me golpeó con el codo—. Un filántropo.

Apreté los labios e hice un gruñido poco femenino antes de sonreír dulcemente.

—Un verdadero corazón sangrante.

Whip sonrió satisfecho.

—Prestaré especial atención a tu auto, por supuesto.

Mis ojos se clavaron en los suyos mientras el calor me subía por el pecho.

—Pagaría literalmente para que dejaras de hablar.

En sus ojos plateados brillaba el humor, y mi desprecio solo pareció incitarlo a seguir adelante, ya que retrocedió unos pasos, aguantándome la mirada. Cuando me guiñó un ojo y se dio la vuelta, se me escapó un sonido de disgusto.

—Ugh, es tan molesto.

Rachel sonrió satisfecha y le miró el trasero mientras se alejaba.

—Molestamente sexy, tal vez.

Se me torció la cara.

—¿Qué demonios, Rach? Creía que estabas de mi parte.

Ella solo se encogió de hombros.

—¿Qué? Soy bisexual, no ciega.

Me crucé de brazos y puse mala cara.

—Ojalá fuera ciega, así no tendría que acordarme de todo… —mi brazo hizo un gesto salvaje delante de mí—, eso.

Como si nada, Whip se llevó la mano a la nuca, se quitó la camiseta azul marino y la tiró a un lado, mostrando toda su musculosa espalda.

Mi cuerpo se puso rígido y se me secó la boca. Dejé escapar una lenta y constante bocanada de aire por los labios.

—No me digas... —aceptó Rachel.

—¿Qué demonios voy a hacer? —Me pregunté a mí misma tanto como a mi amiga.

Rachel se encogió de hombros, haciendo estallar su chicle.

—Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones. Te rindes y sigues adelante, o dices que *sí* a más orgasmos y esperas que papi no se entere.

Mi núcleo se contrajo ante la mera mención de la palabra *orgasmo*, como si estuviera pidiendo -¡sí, *por favor*!-, la segunda opción.

Cuando empezaron a entrar los autos, Rachel se enderezó y me sonrió.

—Muy bien. Hora de ponerme en la cola y ver si por fin consigo el número de Brooklyn.

Saludé con la mano.

—Buena suerte.

—¿Vienes?

—No. Más que nada vine a ver de qué se trataba. Si no encuentro la forma de recaudar dinero para la fundación, el director Cartwright se la devolverá a la señora Kuder.

—¿Has pensado en el bingo para mayores? —El humor bailó en los ojos de Rachel.

—Oh. —Solté una risita—. ¡No pensé en eso!

La risa burbujeante de Rachel se mezcló con la mía.

—Creo que tienes que hablar con las Bluebirds.

—¿Quién?

—El Bluebird Book Club. Son las mujeres de Outtatowner que se reúnen en la librería los miércoles por la noche. Si quieres que se haga algo en este pueblo, esas señoras pueden conseguirlo. —Rachel me dejó con un gesto por encima del hombro y yo caminé en dirección contraria, negándome a girar la vista hacia Whip.

Bien. Miré totalmente. Demándame.

Los pantalones de bombero color canela se amoldaban a sus caderas recortadas. Los tirantes rojos le colgaban a los lados. Su pecho desnudo y sus brazos estaban salpicados de ricas y esponjosas burbujas. Me recordó a un vídeo porno que vi una vez, e hice una nota mental para ver si podía volver a encontrarlo. La brillante sonrisa de Whip deslumbró a una conductora tras otra mientras todas hacían cola y pagaban para que los hombres y mujeres del Cuerpo de Bomberos de Outtatowner lavaran y fregaran sus vehículos.

Era asombroso ver cuántos autos esperaban y, si mis cálculos no me fallaban, el cuerpo de bomberos haría una fortuna para la organización benéfica que habían elegido.

Si Whip y su estúpida sonrisa y sus ridículos pectorales podían hacerlo, yo también.

Necesitaba el puesto a tiempo completo en la escuela. No había otra opción. Si la fundación era la forma de conseguirlo y algún club de lectura de mujeres podía ayudarme, entonces cuenten conmigo.

11

Emily

Bluebird Books estaba enclavada entre los pintorescos escaparates del centro de Outtatowner. El letrero de madera que colgaba sobre la puerta de cristal parecía tallado a mano y recordaba a una época anterior a los smartphones, los Kindles y demás tecnología moderna.

Miré a través del cristal. La librería prometía secretos susurrados entre las pilas de libros viejos, y descubrir nuevos favoritos entre los clásicos más apreciados. A través del gran escaparate, vi asientos de felpa colocados entre altas pilas de libros. A lo largo del asiento de la ventana, unos cojines mullidos invitaban a los visitantes a descansar de la playa y el bullicio y a sentarse y relajarse con un buen libro y una taza de café o té caliente.

Ni siquiera había puesto un pie dentro de sus puertas, pero el Bluebird Book Club ya se había convertido en mi lugar favorito de Outtatowner. A pesar de que las luces estaban bajas, podía ver a algunas personas deambulando por la parte trasera de la tienda. Me paré, con los pies plantados frente en la puerta de entrada, y sonreí al ver el cartel que decía *Cerrado para las Bluebirds*.

Rachel me aseguró que este grupo único de mujeres sería el *impulso* que necesitaba para sacar adelante mis ideas de recaudación de fondos. Con su apoyo, podría reunir a los miembros de mi nuevo pueblo e impresionar a mi jefe, demostrándole que merecía un puesto a tiempo completo en su plantilla.

Tengo confianza.

Soy capaz.

Soy carismática.

Cerré los ojos y repetí mi mantra. Cuando volví a abrirlos, una sensación de calma se apoderó de mí. Acurruqué más la funda del portátil en la axila y enderecé los hombros. La energía zumbaba bajo mi piel.

La campana metálica tintineó contra la puerta de cristal, anunciando mi llegada. Seguí el murmullo de voces bajas mientras me abría paso entre las estanterías de madera hacia el fondo.

Las luces fluorescentes del techo se habían apagado y todo el espacio estaba iluminado por velas y un puñado de lámparas de sobremesa, que proyectaban una luz cálida y acogedora.

A medida que me acercaba, los latidos de mi corazón aumentaban. Más que nervios, sentía excitación. Me aclaré suavemente la garganta y levanté la barbilla, dispuesta a meterme en lo que Rachel llamaba una reunión supersecreta de un club de lectura que no tiene nada que ver con los libros, cuando el dedo del pie se me enganchó en la esquina de una estantería y perdí el equilibrio.

Me caí al suelo. El portátil se deslizó por la fina alfombra con un crujido y un rebote nauseabundos. Las rodillas y las muñecas se llevaron la peor parte de la caída y se oyó un coro de jadeos, seguido de un silencio ensordecedor.

Me quedé mirando las fibras verde caza y malva de la alfombra bereber. Mi respiración entraba y salía de mis pulmones.

Eso no acaba de suceder.

Me dolían las rodillas y la cabeza por la sacudida.

—¿Emily? —La voz de mi mamá se acercó y me sorprendió verla agachada a mi lado. Un brazo me cruzaba los hombros y el otro se hundía en mi axila en un intento de levantarme—. Cariño, ¿estás bien? ¿Qué haces aquí?

Dejé que me jalara para ponerme de pie. Se me revolvió el estómago al ver las caras de curiosidad de las mujeres que tenía delante. Giré las muñecas adoloridas y miré el portátil.

—Hola, mamá. Podría preguntarte lo mismo.

—¿Estás bien, querida? —Una mujer mayor se adelantó, con la preocupación frunciendo el ceño.

Puse la sonrisa más tranquila y falsa que pude para no llorar.

—Estoy avergonzada, pero por lo demás estoy bien. Gracias.

—¿Me necesitabas para algo? —preguntó mi mamá.

Me pasé las manos por delante del pantalón antes de levantar la cabeza. Miré al pequeño grupo de curiosas.

—En realidad, vine a hablar con todas ustedes. Escuché que acudían a las Bluebirds cuando estaban desesperados y necesitaban ayuda.

—Te dije que se corría la voz. —Otra mujer mayor parecía molesta mientras rellenaba su café.

—Deja de quejarte, Bug —le espetó la primera mujer antes de girarse hacia mí—. Eso es exactamente lo que hacemos. Soy Tootie Sullivan. —Señaló con la cabeza a la mujer de la cafetera—. Esa vieja gruñona es Bug King. No te preocupes por su actitud hosca. Hay un buen corazón en alguna parte. —Me miró y me guiñó un ojo—. Eso creemos.

Bug King.

Los pensamientos sobre Whip inundaron mi mente cuando su parecido con la mujer empezó a tomar forma.

La mano de mi mamá me rozó la columna vertebral, devolviéndome al momento presente.

—Vamos a instalarte y luego nos cuentas qué tipo de ayuda buscas.

—Gracias —susurré, aún aturdida por la vergüenza de mi entrada.

Mamá me condujo hacia una consola que hacía las veces de bar improvisado. Había cafés y tés entre una gran cantidad de bebidas alcohólicas.

—¿Café, o necesitas algo más fuerte?

Revisé mis opciones.

—Creo que esa entrada pide tequila.

Una carcajada estalló por encima de mi hombro mientras mi mamá me servía un margarita en un vaso de cristal que parecía hecho a mano.

—¡Ese es mi tipo de chica! —Me giré y vi a una mujer de más o menos mi edad que me sonreía. Me tendió la mano—. Hola, soy Julep, pero todo el mundo me llama MJ.

Tomé su mano entre las mías y la estreché.

—Emily.

MJ giró su cuerpo, abriéndose a la habitación.

—Ya conoces a Tootie Sullivan y a Bug. Ahí están Mabel, Big Barb y Martha. —A medida que señalaba, las mujeres saludaban con la mano o con sus bebidas—. Luego está mi hermana Sylvie sentada junto a Lark, Kate y Annie.

—Hola. —Saludé con la mano y mi mamá me dio la bebida, cubierta con un paraguas de papel rosa.

—Ve a sentarte con tus nuevas amigas —susurró mamá, y de repente me sentí como la niña nueva de la escuela, esperando que alguien me dejara sentarme en su mesa del almuerzo. Seguí a MJ hasta el grupo de mujeres más o menos de mi edad y esperé que ninguna de ellas fuera como Amy Winters, que en séptimo fingió ser mi amiga pero luego difundió el rumor de que llevaba bóxers de chico cuando el chico del que tenía un enamoramiento me invitó al baile de octavo.

Cuando me acerqué, las mujeres me sonrieron y se movieron para hacerme sitio en el lujoso sofá de terciopelo.

La mujer que estaba sentada a mi lado, creo que era Lark, intervino.

—En el Bluebirds, los King y los Sullivan no importan *realmente*, pero aún así tenemos que preguntar. ¿Eres una Sullivan o una King?

Se me secó la boca.

—Um...

Cinco pares de ojos esperaban mi respuesta.

—Si te hace sentir mejor, yo soy las dos cosas. —Sylvie sonrió.

Sylvie.

Me vino a la memoria la mención de Whip de su hermana y de cómo se enamoró de un Sullivan. Afirmó que ella fue la que más cerca estuvo de poner fin a la enemistad con su relación y el bebé que compartía con su esposo.

El calor inundó mis mejillas.

—Yo... ¿Creo que podría ser una King?

MJ gritó y se rió.

—¡Sí! —Ella juguetonamente le sacó la lengua a las otras mujeres—. Ahora estamos a mano, tres-tres.

—Sylvie es una de nosotras. Cuatro-dos —bromeó Annie.

—No —se rió Sylvie juguetonamente—. Soy *las dos cosas*, así que cuento por los dos lados. Cuatro-tres. Lo siento, MJ.

—Lo que sea. Es bastante cerca. —MJ jaló mi mano para que me sentara a su lado.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

MJ agitó la mano.

—Solo una pequeña competencia amistosa. Como dije, en el Bluebirds somos amigas.

Le di un sorbo a mi margarita y, *mierda*, era muy fuerte. Tosí mientras me quemaba la garganta.

Annie se rió.

—Lo siento. Creo que me pasé con el tequila esta noche.

—Está genial —chillé y volví a sorber.

Una conversación juguetona se apoderó de mí mientras observaba mi entorno. La librería pasó de ser una librería corriente y desaliñada a un lugar donde las mujeres de Outtatowner se relajaban y reían. Las sillas y los sofás estaban disparejos. Una mujer contaba una historia mientras

tejía algo en su regazo. Entre las Bluebirds había representantes de todas las profesiones y condiciones sociales.

—Las Bluebirds pueden hacer prácticamente *cualquier cosa* que se necesite hacer en este pueblo —dijo MJ—. ¿Para qué necesitas nuestra ayuda?

Volví a mirar a mi alrededor. Mi rodilla rebotó.

—No quiero desviar la atención de lo que estuvieran haciendo. ¿Estaban hablando de un libro o algo así?

Kate se echó a reír.

—Ni hablar. Solo le decimos a la gente que es un club de lectura. —Se giró hacia Annie—. ¿Cuál era el libro de esta noche?

Annie sonrió.

—*El Conquistador del Deseo*, un destripador de bras que encontró Mabel. —Se encogió de hombros—. En realidad es bastante bueno.

Sylvie se inclinó hacia ella.

—Siempre aclaramos nuestra historia por si alguien pregunta de qué libro estamos hablando.

Alcé las cejas y asentí.

—Inteligente.

—Entonces oigámoslo. ¿Cómo podemos ayudar? —MJ preguntó, su pregunta atrajo la curiosidad de la totalidad de las Bluebirds.

Me enderecé.

—Bueno, tenía toda una presentación preparada. —Bajé la mirada hacia mi portátil y recé para que arrancara después de la voltereta.

Bug King hizo un gesto con su vaso de cristal de té dulce.

—Este no es un grupo para presentaciones. Pónnoslo fácil.

Bug era directa. Sin tonterías. No sabía muy bien qué relación tenía con Whip, pero ya me caía bien.

—Sí, señora. —Me aclaré la garganta—. Quizá sepan que soy nueva en Outtatowner. Mi mamá -señalé a mi mamá, que me ofreció una sonrisa alentadora-, y mi padrastro se mudaron aquí hace unos años. Yo vivía en Virginia, pero después de un tiempo decidí que necesitaba un nuevo comienzo.

Todas me miraban. El grupo de mujeres escuchaba atentamente como si mi historia fuera fascinante. No necesitaban saber que deposité mis esperanzas en un hombre que resultó ser el peor de los mentirosos: el que tergiversa la verdad y te hace creer que *tú* eres el problema. Durante mucho tiempo pensé que si era lo suficientemente guapa, inteligente o perfecta, sería todo lo que Craig siempre había querido. Resultó que él ni siquiera buscaba mi tipo de perfección, no buscaba una clavija cuadrada, y por mucho que me contorsionara, yo no encajaría en ese agujero redondo.

Entonces me di cuenta de que siempre sería yo quien más se preocupara. Mostré mis verdaderos sentimientos y él los usó en mi contra. Fui demasiado terca para aceptar lo obvio e irme. *Nunca más.*

—Outtatowner es ese nuevo comienzo —continué, armándome de valor—. Tengo familia aquí y me enamoré de la costa en las breves visitas que he hecho. En este momento soy profesora sustituta de sexto grado en la escuela. Estoy haciendo todo lo posible para causar una buena impresión, y espero que pueda pasar a un puesto a tiempo completo. —Me esforcé por mantener la voz firme. Odiaba sentir que estaba desnudando mi alma, pero necesitaba su apoyo—. No me queda nada en Virginia.

—¿Y qué podemos hacer por ti, querida? —Los ojos suaves de Tootie hicieron que el nudo en mi garganta se hiciera más grande.

—Me pusieron al frente de la Fundación Educativa Outtatowner. Hay muchas áreas que necesitan urgentemente recaudación de fondos. Necesitamos dinero para material escolar adicional, programas de financiamiento extraescolares. Me gustaría centrarme en la biblioteca escolar. Los libros se están cayendo a pedazos, la tecnología es inexistente y no estamos preparando a los niños para la rapidez con que

cambian las cosas en el mundo. Sin este dinero, nada mejorará, y si es así, ¿qué estamos haciendo?

Bug King levantó una ceja.

—Es un discurso bastante apasionado para una turista.

Reprimí una sonrisa. Su atrevida personalidad no me disuadió en lo más mínimo. Levanté la barbilla.

—Planeo ser una pueblerina antes de que pase mucho tiempo.

Su barbilla se hundió ligeramente, y lo tomé como una victoria.

Tootie dio un aplauso.

—A mí me encanta una buena recaudación de fondos. Seguro que se nos ocurren algunas ideas que impresionarán a tu jefe y traerán un poco de emoción a nuestro pueblo.

Lark se dirigió hacia el pequeño mostrador que albergaba la caja registradora y se inclinó sobre él con el trasero al aire mientras levantaba los pies del suelo. Cuando volvió a ponerse de pie, se giró y sonrió con un bloc de papel y un bolígrafo en la mano.

—Tomaré notas.

—Muy bien, Bluebirds —anunció MJ, reuniendo al grupo—. Escuchemos sus ideas.

—¿Una venta de plantas? —Mabel ofreció.

Miré a mi alrededor y nadie -incluida yo misma-, parecía especialmente entusiasmada, pero era un comienzo.

—No hay malas ideas. —MJ sonrió—. Escríbelo, Lark.

Lark asintió y empezó a escribir.

Una a una, las ideas se fueron filtrando, y las mujeres expresaron ideas grandes y pequeñas.

—Una venta de pasteles.

—El lavado de autos suele ir bien...

—Una subasta silenciosa.

—Un paseo por las casas históricas de la zona.

Finalmente, después de anotar una idea tras otra, Bug King se puso de pie.

—¿Qué somos, aficionadas? Vamos, señoritas.

—Pensemos en lo que está por venir. Algo que realmente entusiasme a la gente. —Kate Sullivan se apartó un mechón de su sedoso cabello castaño mientras daba golpecitos con el pie.

—El Día de la Madre está a la vuelta de la esquina —ofreció Lark.

—Día *libre* de la Madre. ¿Qué les parece? —Sylvie se rió, pero a mí se me pusieron los cabellos de punta.

—¡Me encanta! —dijo mamá.

Un suave rubor tiñó las mejillas de Sylvie.

—Estaba bromeando.

—Yo no —añadió Lark—. ¿Si Wyatt me diera un día de cero responsabilidad? Le daría otro bebé solo para darle las gracias.

MJ se rió.

—Eso tiene literalmente cero sentido. —Señaló a Lark—. Pero me gusta cómo piensas.

Me golpeé el labio con un dedo. Había algo ahí, algo que nos vendría bien.

—¿Y si hacemos un catering? Un 'Día libre de la Madre' en el que puedas comprar comida deliciosa, algo así como un plato principal, unos acompañamientos y quizá una ensalada. Sin cocinar y sin líos.

Mamá sonrió.

—Me habría encantado en el Día de la Madre.

Un murmullo de entusiasmo recorrió la multitud mientras las mujeres asentían y daban su aprobación.

—Esto es perfecto. —MJ sonrió al grupo, reuniendo consenso.

—¿Qué más tenemos? —Lark tomaba notas furiosamente.

MJ se encogió de hombros.

—Podríamos preguntarle a nuestro hermano Abel sobre una noche de trivia en la cervecería. Esas siempre son divertidas.

—También creo que podemos terminar con una explosión. —Tootie sonrió y arqueó la mano—. Una feria. No hay mucho que hacer por aquí entre el 4 de julio y el Festival de la Franela junto al Fuego de otoño. Podría ser una feria de fin de verano. Como un último empujón antes del nuevo curso escolar.

Annie chilló y bailó con los pies.

—*Me encanta la* idea de la feria. Las luces y la música y los jueguitos tontos. Creo que es absolutamente perfecto.

—Está decidido entonces. —Bug asintió—. Día libre de la Madre, una noche de trivia si Abel nos da el visto bueno, y una feria. ¿Te parece bien?

Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver con perfecta claridad cómo las Bluebirds se presentaban y se apoyaban unas a otras.

—Sí, señora. Puedo trabajar con eso. —Me tragué el nudo que tenía en la garganta y miré alrededor a las caras sonrientes de las Bluebirds, posándome en mi mamá—. Gracias.

Puede que nunca haya sido la chica que encajaba, pero si alguna vez ha habido un espacio en el que he deseado poder hacerlo, fue con las Bluebirds.

12

Whip

—¿Qué demonios llevas puesto?

Mi hermano Royal miró su delantal negro. Llevaba las palabras *Me encantan las MILF*[2] en gruesas letras blancas y con un brillante corazón rojo en el pecho. Incluso se "olvido" de llevar una camiseta debajo.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Qué?

Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza, luego levanté la puerta de acero negro de uno de los asadores que varios residentes prestaron para la fiesta del Día libre de la Madre. Unas columnas de vapor blanco transportaban el delicioso olor del pollo a la barbacoa perfectamente ahumado.

—No estropees mi pollo, jovencito. —Mamá Faye me señaló con su largo y huesudo dedo al pasar—. No me importa quién sea tu papá, te voy a dar con la cuchara. —Sacó una larga cuchara de madera de su delantal y la agitó en el aire como prueba.

—Sí, señora. —Le sonreí a la mujer. Mamá Faye llevaba cocinando la mejor barbacoa ahumada del condado de Remington desde antes de que yo naciera. Tenía huesos de pájaro, arrugas curtidas en la piel oscura y una de las risas más genuinas que jamás había escuchado. Si Mama Faye estaba cerca, la gente se la pasaba bien.

Para consternación de mi papá, rechazó su oferta de abandonar la caravana Airstream plateada en la que cocinaba y alquilar uno de los

[2] Mother I'd Like to Fuck, Madre que me gustaría follar.

muchos locales de los King. A pesar de que él le aseguró que sería mejor para el negocio -y para su cuenta de resultados-, mamá Faye insistió en que nada podía superar la caravana que su querido y difunto esposo construyó para ella cuando soñaba con abrir su propio restaurante de barbacoa. En público, papá actuó como si se alegrara por Mama, pero en realidad no estaba satisfecho con su *espíritu independiente*.

Papá aborrecía todo lo que *no* podía controlar.

—Muy bien, chicos —Mama Faye sonrió y le guiñó un ojo a nuestras bomberas—, y señoras. Me gustaría dar las gracias a aquellos que donaron su tiempo o equipo. Tenemos muchos pedidos que empacar y espero que lleguen más personas de lo habitual. Pongamos algo de comida en la mesa.

Se oyeron gritos y chillidos. En el campo abierto situado detrás de la estación de bomberos, la caravana de Mama Faye se erguía orgullosa y la pancarta que anunciaba su negocio ondeaba con la brisa. El jefe Martin se puso en contacto con varios de los turnos de la estación con la esperanza de encontrar voluntarios que colaboraran en un proyecto de recaudación de fondos para el distrito escolar local. En cuanto la gente se enteró de que Mama Faye donaría un plato de comida a cambio de la ayuda, otros -como mi hermano-, se apuntaron.

Justo antes de las tres, empezaron a llegar nuestros primeros clientes. Tampoco se les podía culpar. Por diez dólares por recipiente, podías comprar medio pollo ahumado, ensalada de papas, alubias cocidas ahumadas y una ensalada de acompañamiento. Por la barbacoa de Mama Faye, era la ganga de tu vida.

Cuando el jefe Martin se acercó, me dediqué a apilar recipientes vacíos, listo para completar los pedidos a medida que se preparaba la comida.

—Seguro que huele bien por aquí.

Le sonreí.

—Mama Faye es la mejor.

—Gracias por ofrecer tu tiempo. Es bueno para el equipo ver que los suyos dan un paso al frente. Ese es el tipo de liderazgo que buscamos.

—El orgullo se hinchó en mí. Yo era un hombre adulto, pero la aprobación del jefe todavía tendía a golpearme en el centro del pecho cada vez—. También significa mucho para Emily —añadió.

Mis cejas se fruncieron.

—¿Señor?

—Mi hija, Emily. Es la nueva presidenta de la fundación educativa, y a ella y a algunas mujeres del pueblo se les ocurrieron algunas ideas nuevas para recaudar dinero para la escuela. —El jefe sacudió la cabeza—. Espera impresionar al director de la escuela, pero es tonto si no ve lo ingeniosa y testaruda que es.

Esa es Prim. Reprimí una sonrisa.

—La conocerás hoy, estoy seguro.

No queriendo engañar a mi jefe, le ofrecí una sonrisa tensa.

El jefe Martin me dio una palmada.

—Bueno, supongo que será mejor que sea útil, pero antes de que se me olvide, mi señora me pidió que te invite a cenar mañana por la noche.

Quería negarme. Era imposible estar tan cerca de Emily y no meter la pata, y lo último que quería era que el jefe Martin supiera que me había follado a su querida hija. La misma hija que se metió en mi piel y me convirtió en una versión de mí mismo que apenas reconocía.

Una inclinación de cabeza fue mi única respuesta.

Me quedé mirando su espalda mientras se alejaba. Él ignoraba por completo la historia entre su hija y yo.

Mi mano se apretó mientras la irritación se apoderaba de mí. La última vez que estuve cara a cara con Emily, estaba desquiciado, celoso del puto Charles Attwater y de sus dos pies izquierdos.

Aunque la mayoría de las veces me miró por encima del hombro como un insecto bajo su zapato, hubo momentos -como en el baño, cuando la enjaulé contra el lavabo y su trasero redondo se apretó contra

mi polla-, en los que el fuego de sus ojos se fundió en algo más hambriento.

Me sacudí la imagen del exuberante cuerpo de Emily apretado contra el mío mientras se acercaba mi primer cliente. Wyatt Sullivan era el quarterback héroe de Outtatowner que pasó a la NFL y volvió para entrenar en una universidad no muy lejos de aquí.

Su arrogante pavoneo era de todo un Sullivan cuando se puso delante de mí.

—Whip —dijo y asintió.

—GB —le respondí, sabiendo muy bien que luchaba mucho contra su apodo *de Golden Boy*.

Imperturbable, Wyatt dijo:

—Tengo cinco pedidos para recoger.

Escaneé mi lista y puse una marca junto a su nombre antes de aceptar su pago. Mientras apilaba los envases precocinados en bolsas, me picó la curiosidad.

—¿Tu niña pegó un estirón o le das de comer más estos días?

Wyatt sonrió.

—Pickle puede comerse a un linebacker en la mesa últimamente, pero también tenemos a un jugador que perdió a su mamá pasando el fin de semana con nosotros... para que no tenga que estar solo. —Se encogió de hombros—. Además, a Lark le gusta tener a los jugadores cerca.

Eso era lo que tenían los Sullivan: eran jodidamente perfectos. A diferencia de los King, fueron educados para luchar limpiamente y resolver las cosas con palabras en lugar de a puñetazos. No tenía ni idea de cómo habría sido eso.

Le entregué las bolsas al otro lado de la mesa.

Antes de girarse, Wyatt hizo una pausa.

—Lo hiciste bastante bien.

Mis cejas se alzaron.

—Recablear la caja de fusibles de la camioneta de Lee para que sonara el claxon cada vez que se ponía la intermitente —continuó riendo—. Fue una muy buena.

Mi labio se crispó. Me partí de risa cuando Lee pasó por el pueblo sin entender por qué tocaba el claxon al mismo tiempo que la intermitente.

—Ni idea de lo que estás hablando.

Wyatt levantó las bolsas en un saludo silencioso.

—Aun así. Fue entretenido.

La tarde pasó volando. No había rastro de Emily, algo que me molestó un poco, ya que estaba deseando irritarla un poco. Probablemente era lo mejor. Hice caso omiso de mi decepción e hice lo que pude para que el evento fuera lo mejor posible. Intenté dar lo mejor de mí, y el jefe no tenía por qué encontrarme suspirando por su única hija.

Un sinfín de familias recogiendo sus platos e incluso donando fondos extra para la fundación hicieron que el Día libre de la Madre fuera un éxito rotundo. Después de recoger los últimos pedidos, el resto de la barbacoa se agotó en menos de una hora. Mama Faye reservó algo de comida solo para los voluntarios, y la aceptamos con avidez.

Mi espalda estaba tensa, pero esperábamos poder quitar rápidamente los manteles de plástico blanco de las largas mesas y limpiar después del acto. Al doblar la esquina, una figura encorvada me llamó la atención. Reconocí al instante los hombros encorvados y el andar arrastrando los pies de Bootsy Sinclair.

Bootsy y su gemelo fallecido, Bowlegs, nacieron y se criaron en Outtatowner. Aunque a menudo vivían al margen de nuestro pueblo, seguían formando parte de nosotros. Eché un vistazo a mis recipientes de comida y sentí un gruñido en el estómago. Con un suspiro, levanté los recipientes de la mesa y me dirigí a la parte trasera de la estación de bomberos.

—¿Cómo estás, Bootsy?

Él se sobresaltó al oír mi saludo.

—Oh, hola. —Inclinó la cabeza—. Me alegro de verte, Whip.

Sus ojos se clavaron en el recipiente que tenía en las manos y lo levanté.

—Había un plato extra de comida. Sería una pena que se desperdiciara. No lo quieres, ¿verdad?

Bootsy era un hombre orgulloso, y supuse que alguien como él nunca querría ser visto como un caso de caridad. Bootsy se lamió los labios y dio un paso adelante.

—Si solo lo van a tirar, podría llevármelo.

Le entregué mi recipiente y asentí.

Cuando iba a girarme, me habló.

—Hay una cosa...

Me giré y esperé, con el estómago revuelto.

—Tu papá me pidió amablemente que viniera a ver cómo estabas. Quería progresos en la sociedad histórica.

Mi mandíbula se tensó y suspiré. Mi papá solía usar las circunstancias de Bootsy en su contra, ofreciéndole dinero, comida o alojamiento a cambio de que vigilara o escuchara a la gente del pueblo. Por lo visto, también se refería a sus propios hijos.

—Puedes decirle a mi papá que si tiene algo que preguntarme, puede hacerlo él mismo.

Bootsy sacudió la cabeza.

—Oh, no, jovencito. No puedo hacer eso. El señor King es un buen amigo, e hice la promesa de hablar contigo.

Un amigo, uno que requiere que lo llames señor King.

Puse suavemente mi mano en el hombro leve de Bootsy.

—Tienes razón. Te pido disculpas. Es que tuve un día muy largo. Puedes decirle que no se preocupe y que yo me encargo.

Me sonrió.

—¿Lo hice bien entonces?

Mi sonrisa vaciló, pero hice lo que pude.

—Muy bien.

Con más ánimo que antes, Bootsy agarró mi cena y se marchó. Me invadió el agotamiento. Russell King tenía el talento especial de drenar mi energía incluso cuando no estaba en la habitación.

Mis botas pisaron fuerte sobre la hierba, pero se detuvieron en seco cuando vi el redondo trasero de Emily. Agachada, luchaba con las patas plegables de una de las mesas. El pantalón se extendía sobre sus exuberantes curvas y se doblaban en la cintura. Mi polla se crispó y reprimí un gemido cuando ella se contoneó.

Odiaba la forma en que su presencia desenterraba algo carnal en mi interior. Todo en Emily Ward estaba mal, pero a mi cuerpo no le importaba. Mi mente traidora se divertía con flashes de ella boca abajo, con el trasero levantado en esa misma posición, mientras sentía cómo cada fila de mis piercings se deslizaba lentamente en su apretado coño.

Gruñí y reprimí el recuerdo antes de ponerme a su lado.

—Vas a romperla.

Su rostro se inclinó hacia un lado, haciendo que su suave cabello cayera en cascada sobre su cara. Ella sopló los mechones con un aliento molesto.

—Estoy bien y no necesito tu ayuda.

Me crucé de brazos.

—No te la estaba ofreciendo.

Resopló y se enderezó.

—Claro.

—¿Ni siquiera puedes aparecer en tu propia recaudación de fondos? —La pinché.

Sus ojos la traicionaron al fijarse en mi uniforme y detenerse un segundo más de la cuenta. Sus manos se posaron en sus caderas con un resoplido.

—Bueno, no sé cocinar y papá dijo que había muchos voluntarios, así que decidí que sería mejor que me ocupara de la limpieza. —Me fulminó con la mirada—. No es que tenga que darte explicaciones.

Maldita sea. Eso tiene mucho sentido.

Levanté un hombro con indiferencia.

—Okey. Puedes explicarle a mamá Faye cómo rompiste su mesa.

Emily me fulminó con la mirada y yo sonreí ampliamente, solo para molestarla.

—¡Hola, Prim! —Brooklyn pasó junto a nosotros hacia el estacionamiento, levantando su recipiente de comida—. Gran idea para recaudar fondos. Fue todo un éxito.

Emily giró en su lugar y me miró.

—*No* lo hiciste.

Levanté las manos inocentemente.

—Querías ser una pueblerina. Un apodo es solo parte del trabajo.

Emily me dio la espalda y se arrodilló para seguir jugando con la pata de la mesa. La oí gruñir y murmurar algo por encima del hombro sobre mí y mi *brillante polla*.

Una carcajada amenazó con brotar de mi pecho, pero la contuve, no quería que se desprendiera permanentemente de mi cuerpo. Después de dejarla forcejear un minuto más, decidí ponerme a cargar los asadores en las cajas de las camionetas de sus dueños, no sin antes erizarle el vello una última vez.

—Hey, Prim. —Ella me miró, y me agaché para que solo ella pudiera oír—. ¿Ya lo averiguaste?

Se sentó sobre sus talones y me observó mientras yo la miraba con cara divertida. Me señaló con el dedo, señalando de arriba abajo la longitud de mis pantalones cargo tácticos.

—¿Esos bolsillos funcionales son donde guardas toda tu audacia?

Me reí y su ceño se frunció. Me di la vuelta para alejarme.

—¿Sabes?... —Me giré y me froté la barbilla con la palma de la mano—. Olvidé lo bien que te veías de rodillas.

El rubor inundó sus mejillas y el fuego se encendió en sus ojos. Una sonrisa tímida se dibujó en su rostro mientras levantaba la vista de entre sus pestañas y alzaba el dedo medio.

—Disfrútalo, porque es la última vez que lo verás.

13

Emily

—Mamá. ¿Qué hiciste? —Mis dientes rechinaron mientras mi mamá colocaba otro cubierto en la mesa. A pesar de ser una comida informal, colocó con cuidado un plato de papel grueso y blanco delante del asiento adecuado.

—¿Qué quieres decir? —Parpadeó y trató de hacerse la inocente, pero pude ver a través de ella.

Suspiré.

—¿Quién viene a cenar?

Levantó el hombro, haciendo que su cabello castaño claro cayera en una preciosa cascada por su espalda.

—Solo un amigo de tu papá. Está a punto de ascender y pensé que sería hospitalario invitarlo a cenar.

Seguí con la mirada a mi mamá mientras corría alrededor de la mesa de estilo rústico. Me mordí el interior del labio.

—Siempre y cuando no sea otro de tus montajes. Después de lo de Dickie y Tall Chad, tus privilegios de casamentera quedan revocados para siempre.

—El otro Tall Chad —dijo.

—¿Qué?

—Traté de arreglarte una cita con *Otro* Tall Chad. —Ella agitó una mano en señal de despido—. Una persona totalmente diferente.

Sacudí la cabeza e intenté no reírme de lo extraño que era este pueblo. Le lancé a mi mamá una mirada mordaz.

—Por favor, dime que esta cena no es para que me organices otra cita.

—Por supuesto que no. —Batió las pestañas mientras una sonrisa se dibujaba en la comisura de sus labios—. Nuestro invitado trabaja con tu papá. Eso sería *escandaloso*. —La picardía brilló en sus ojos mientras movía las cejas.

Me presioné los ojos con las palmas de las manos. Miré por encima de mi blusa color rosa antiguo, metida por dentro de unos sencillos jeans tobilleros.

—Dime quién es para que al menos sepa si tengo que tirarme del tejado antes o después del postre.

La suave risa de mi mamá llenó el comedor a pesar de mi total falta de humor respecto a la situación.

—Se llama William, y es encantador. Yo esperaría hasta después del postre, por lo menos. —Sus ojos azules me miraron—. ¿Tal vez arreglarte un poco el cabello?

Eché la cabeza hacia atrás y emití un gemido audible hacia el techo. Nada me hacía sentir más patética que tener veinticinco años y depender de mi mamá para resucitar mi vida amorosa.

—Me gustaría que dejaras de buscarme novio, mamá.

Sus ojos se suavizaron al acercarse.

—Solo quiero verte feliz.

—Soy feliz —insistí—. Si consigo un trabajo a tiempo completo aquí, seré aún más feliz. —Tragué con fuerza, dando voz a las palabras que ensayé una y otra vez en mi mente—. En eso es en lo que tengo que centrarme. Hay objetivos que tengo toda la intención de alcanzar. Puedo hacerlo.

Mi mamá me pasó el brazo por el hombro y me abrazó. Su suave perfume floral me llenó la nariz y me hundí en su abrazo.

—Puedes hacer cualquier cosa. Solo sé lo profundo que sientes, pero que tienes miedo de demostrarlo. Odio que él te haya quitado eso.

La emoción se atascó en mi garganta. Los sentimientos eran algo que podía usarse en tu contra. Era la lección más importante que Craig me enseñó.

—No tiene nada que ver con él.

Odiaba mentirle a mi mamá, pero ella dejó pasar la pequeña mentira sin discutir.

—A veces creo que eres todo acción y te olvidas de recordar que las mejores partes de la vida no son casillas que hay que tachar, sino momentos que solo puedes atravesar *sintiendo*.

—Eso suena fatal —dije secamente mientras mi mamá me apretaba.

Su risa burbujeante rompió la tensión y acerqué mi cabeza a la suya. Sabía que tenía buenas intenciones, por equivocados que fueran sus intentos de emparejamiento.

—Solo... intenta dejarte llevar por tus sentimientos. Por mí —me suplicó.

Hice un mohín.

—Okey, pero solo porque voy a robar un brownie antes de cenar. —Con una carcajada, escapé de su abrazo justo cuando salí como loca hacia la cocina.

—¡Más te vale que no! —Me azotó con un paño de cocina y me persiguió hasta la habitación contigua.

Mi risa murió lenta y graznante, y mis pies se quedaron cortos. El cuerpo de mi mamá me impulsó hacia adelante desde atrás mientras miraba fijamente a Whip, de pie en la cocina de mis papás.

—Ahí están mis chicas. —Mi papá nos sonrió mientras se metía el resto de un brownie en la boca.

—Joseph Martin. Te dije que eran para el postre. Lo juro, Emily y tú están cortados por el mismo patrón.

Papá se limpió las manos mientras yo seguía mirando a Whip. El calor me recorría la línea del cabello y los ojos de Whip no se apartaban de los míos.

Mamá pasó a mi lado con un movimiento elegante, abriendo los brazos de par en par.

—William, es tan bueno verte.

Se me desencajó la mandíbula al ver cómo Whip envolvía a mi mamá en un cómodo y familiar abrazo. Sus ojos no se apartaron de mí mientras la abrazaba. Estaba claro que ella omitió algunos detalles de *William*, en concreto que sentía debilidad por él y que, además de ella y mi papá, todo el mundo parecía llamarlo Whip.

Sus manos se acercaron a los bíceps de él.

—Espero que tengas hambre. Joe compró demasiadas hamburguesas, como siempre. Me temo que tendrás que llevar las sobras a la estación de bomberos.

La risa de Whip era cálida y estaba impregnada de un afecto familiar.

—Dudo que nadie se queje de eso. Especialmente si queda alguno de tus famosos brownies blancos y negros.

—Eso dependerá de estos dos. —Se rió, haciendo un gesto entre su esposo y yo.

—Mamá...

Mamá se giró hacia mí.

—¿Qué? ¿Qué haces ahí de pie? —Señaló a Whip—. Ven aquí y saluda.

Di un paso dura como una tabla hacia adelante. Él iba vestido de manera informal con jeans oscuros y una camiseta blanca. Se me revolvió el estómago al ver cómo las mangas de la camiseta le apretaban los músculos.

—William, te presento a mi hija, Emily. Emily, este es William.

Whip extendió su amplia palma.

—Emily.

Los modales se apoderaron de mí mientras deslizaba mi mano en la suya.

—*William.* —Levanté una ceja, reconociendo su nombre con mi mirada de acero.

La comisura de su boca se curvó mientras me apretaba la mano. El calor se desplegó en ondas lentas por mi brazo, licuando mis huesos bajo su tacto. Retiré mi mano.

—¿Puedo echarle una mano afuera, señor? —Whip dirigió su atención a mi papá, que sostenía una bandeja de hamburguesas redondas y finas para asar.

Papá sonrió.

—Toma unas cervezas y nos vemos afuera.

Señor. Qué lameculos.

Por mi mente pasó una imagen de mí inclinada sobre la cama de Whip, con el trasero desnudo al aire mientras él quemaba un camino de besos calientes y húmedos por la parte posterior de mi muslo.

NOP. Piensa literalmente *en otra cosa que no sea eso...*

Gruñí y observé desde la seguridad de la ventana de la cocina de mamá y papá cómo mi padrastro y el hombre al que estaba decidida a olvidar se reían tomando cervezas en el patio trasero. Puede que esta casa no fuera el lugar donde crecí, pero de algún modo mi mamá la había hecho sentir como mi hogar. Fotos de nuestras vidas felices y sencillas salpicaban el pasillo, y decoró la cocina con tarjetas de recetas enmarcadas escritas por su abuela.

Era acogedora y segura, y la presencia de Whip lo estaba jodiendo todo. Estaba claro que mi papá estaba enamorado de él, y cuanto más bromeaban y reían, más me enojaba.

Los ojos de Whip se movieron y captaron los míos a través de la ventana. Profundos e intensos, me sostuvo la mirada. Su boca esbozó

una sonrisa de satisfacción cuando se dio cuenta de que intentaba espiarlo.

Mis dedos se clavaron en la encimera de granito mientras le hacía un agujero en la frente a Whip desde la ventana.

Imbécil engreído.

Mamá tarareó a mi lado.

—Vaya vista, ¿no crees? —Sonrió mientras tomaba un sorbo de su dulce té helado.

—Mamá —contesté inexpresiva y me aparté de la ventana.

Una risa satisfecha salió de ella.

—¿Qué? Estoy felizmente casada, pero no soy ciega.

—Es un imbécil. No sé cómo papá no lo ve. —Seguí estudiando a Whip por el rabillo del ojo mientras se inclinaba más cerca de mi papá. Parecía que mi papá le estaba enseñando algo sobre la parrilla o la comida. Whip asintió, hizo una pregunta y escuchó.

Mamá se movió para terminar de hacer ensalada de papas como guarnición para la cena mientras los hombres asaban.

—He visto a William en algunas funciones de la estación de bomberos. Siempre fue educado y respetuoso. Admira a Joe.

Fruncí el ceño.

—¿No tiene su propio papá? Escuché que su familia tiene más dinero que Dios y prácticamente dirige el pueblo.

Mi mamá mezcló el aliño y removió.

—Cuando nos mudamos a Outtatowner, Russell King fue una de las primeras personas en darnos la bienvenida. Por fuera parece encantador y, hay que reconocerlo, nos engañó, pero hay algo raro, algo más oscuro. Siempre tuve una sensación extraña e incómoda cuando se trataba de él. Russell siempre está buscando algo, y yo no puedo poner el dedo en la llaga. —Se encogió de hombros—. Me lo guardo para mí, ya que el papel de la mujer del jefe de bomberos es permanecer neutral, pero es algo que

también noté trabajando en la comisaría: si hay problemas, de alguna manera Russell King parece estar en el centro de ellos.

Reflexioné sobre sus palabras. La intuición de mi mamá rara vez se equivocaba.

—¿Y la mamá? ¿Cómo es?

—Hasta donde yo sé, ella no está en la foto. Escuché el rumor de que abandonó a sus seis hijos cuando eran muy pequeños. Al parecer, empezar una nueva vida sin ellos era mejor que quedarse con su esposo. Me imagino que eso es duro para cualquier niño.

Se me apretó el estómago. No quería sentir lástima por Whip y la mano jodida que le habían dado, pero estaba ahí, acechando en los bordes, no obstante.

Mi mamá empujó el cuenco hacia el centro de la isla y limpió la encimera.

—Es una maravilla, pero todos esos chicos parecen prosperar a su manera.

—Tal vez estén podridos por dentro, como su papá, pero saben montar un buen espectáculo. —La estudié mientras me apoyaba en el mostrador y me metía un tomate cherry en la boca—. ¿Qué dicen las Bluebirds de los King?

Mamá levantó el hombro.

—No mucho. Bug es la hermana de Russell, y nunca dejaría que nadie hablara mal de su familia. Es dura y leal. Aunque las Bluebirds intentan mantenerse al margen, con la disputa King-Sullivan, parece que eliges un bando y te quedas con él.

Levanté las cejas, con los ojos muy abiertos.

—¿Dices que tú eres del equipo Sullivan?

Me señaló con la cuchara cubierta de papas y me guiñó un ojo.

—Soy del equipo Vamos a Comer. Termina esa ensalada.

Le lancé una mirada juguetona y terminé de cubrir la lechuga con tomates, pepinos y un poco de queso cheddar.

Una vez hechas las hamburguesas, papá y Whip se reunieron con mamá y conmigo en el comedor. Mi padrastro se sentó en la cabecera de la mesa, con mi mamá a su izquierda. Yo me senté frente a ella y, para mi consternación, Whip ocupó el asiento de al lado. Me alejé sutilmente de él e hice todo lo posible por ignorar su presencia.

Su cuerpo irradiaba calor y su aroma limpio y masculino me distrajo más de una vez de la conversación. Participaba en la conversación cuando me hablaban directamente, pero por lo demás me pasé el tiempo echándome comida en la boca para acelerar el desastroso intento de mi mamá de establecer una relación amorosa.

Cuando la rodilla de Whip me rozó la parte exterior del muslo, casi me atraganté con un trozo de hamburguesa con queso. Tosí y balbuceé en un intento de no morir en la mesa.

—¿Estás bien? —Mamá medio se levantó de su asiento, con la preocupación espesa en su voz.

Volví a toser, pero conseguí levantar la mano y asentir con la cabeza entre toses agitadas. Un fuerte golpe en la espalda me sacudió y miré a Whip. Su ancha palma se quedó plantada en el centro de la parte superior de mi espalda. Las yemas de sus dedos me acariciaron la base del cuello.

Tragué saliva y me aclaré la garganta.

—Estoy bien —tranquilicé a mi mamá, y luego me giré hacia Whip—. Gracias.

—No hay problema. —Sus ojos recorrieron mi cara y el calor me subió por la espalda. Su mano pesaba sobre mi espalda.

Moví el hombro con la esperanza de que retirara la mano, pero no la bajó. Se inclinó hacia mí y respiré hondo.

—Tienes... —Señaló hacia su propia cara con una suave sonrisa.

El calor inundó mis mejillas mientras tomaba la servilleta del plato y me limpiaba furiosamente la boca. Una mancha de mostaza manchó el papel blanco.

Whip retiró por fin la mano y miré alrededor de la mesa. Todo el mundo se divertía con mi percance, y yo quería meterme debajo de la mesa y morir.

Papá se reclinó en su asiento y me dio unas palmaditas en la mano que tenía agarrada a la servilleta.

—Ella está bien. Melly está en buenas manos aquí si necesita la Heimlich.

Whip rió en señal de acuerdo.

—Sí, señor. Sé qué hacer si se atraganta. —Se giró hacia mí con ojos entrecerrados y cómplices.

Tómala. Ahógate con ella.

El recuerdo del profundo retumbar de la voz de Whip al pronunciar esas palabras deliciosamente sucias zumbó en mi interior.

Me levanté bruscamente, haciendo sonar la mesa tras golpearla con la rodilla.

—Estoy bien. Gracias. ¿Puedo tomar tu plato?

Recogí el plato de papá antes de que pudiera contestar y escapé a la cocina.

Pisé fuerte el suelo de la cocina. Era imposible. ¿Cómo podía excitarme tanto alguien a quien no soportaba? Whip era *todo* lo que no quería ni necesitaba y, sin embargo, cada palabra que salía de su boca licuaba mis entrañas y me convertía en un charco necesitado.

Tiré los platos de papel usados a la basura y me paseé por la cocina. Tal vez eran las hormonas. Tal vez, de algún modo enfermizo, estoy intentando vengarme de Craig por engañarme con mi supuesta mejor amiga y culparme de ser aburrida en la cama cuando no quise hacer un trío con ella. Quizá Whip me embrujó con su gigantesca polla perforada y nada de esto es culpa mía.

¡Sí! Me gusta esto. Es su culpa… definitivamente es el pene mágico.

Me agaché y me toqué los dedos de los pies, estirando la espalda e intentando volver a concentrarme. Incliné la cara hacia el techo y exhalé.

—Mierda.

—Emily —me amonestó mamá desde detrás de mí.

Me enderecé y sonreí tímidamente.

—Lo siento. —Rodé los hombros y aspiré una profunda bocanada de aire—. Es que tengo un día raro.

—Ya veo. —Esperó a que me explicara, pero permanecí en silencio. Finalmente, suspiró—. Papá va a llevar a Whip a ver el Chevelle, aunque sé que en realidad es una mentira para fumarse un cigarro. —Desenvolvió una bandeja blanca. Había montones de sus brownies blancos y negros, los favoritos de mamá. La mitad eran brownies de chocolate negro y dulce de leche con corazoncitos recortados en el centro, sustituidos por un corazón de vainilla. La otra mitad eran de vainilla con corazones de brownie de chocolate negro—. Dales unos minutos para que piensen que su secreto está a salvo y luego llévales esto, ¿quieres? Empezaré a limpiar.

Me rechinaron las muelas. Lo último que quería era ofrecerle un corazón en bandeja -con brownie o sin él-, a Whip King.

14

Whip

—Mi esposa no sabe que estos están aquí, pero no hay daño en un poco de soledad.

Miró la brasa de su puro y se rió.

—Ah, ¿a quién quiero engañar? No puedo ocultarle nada a Marilyn. —Se dio un golpecito en la nariz—. Esa mujer tiene el olfato de un sabueso, pero me hace creer que me salgo con la mía.

Tatareé en señal de reconocimiento, a pesar de que me parecía curiosa la relación que mantenía con su esposa. Estaba claro que, incluso después de tantos años juntos, seguía locamente enamorado de su esposa. Ya fuera por los largos turnos fuera de casa, por la influencia de los medios de comunicación o por el culto general a los héroes, estaba muy extendida la idea errónea de que los bomberos eran unos rompecorazones.

De algún modo enfermizo, fue probablemente lo que me llevó a ser bombero en primer lugar. Cuando dan a elegir, la gente siempre elige a otra persona antes que a mí. No necesitaba encariñarme con nadie para que decidieran que, después de todo, yo no valía la pena. La idea errónea de que por naturaleza debía ser un mujeriego me facilitaba las cosas.

Sin compromiso.

Pero la verdadera broma era para mí. En mi experiencia, los hombres y mujeres de mi equipo eran algunos de los seres humanos más leales del planeta. Joe Martin era un buen ejemplo. Lo escuché contar la historia de cómo conoció a su esposa y me cautivó al instante. A pesar

de que el equipo de vez en cuando hacía bromas y se lamentaba de sus cónyuges, el jefe nunca dijo ni una mala palabra de su mujer.

No podía recordar ni una sola cosa positiva que mi papá hubiera dicho sobre mi propia mamá.

Sanguijuela.

Ingrata.

Puta.

Ésas eran las líneas generales con las que mi papá pintó a mi mamá, la mujer que desapareció bajo el manto de la noche sin despedirse de los hijos que la habían amado.

Pero todos hicimos lo que pudimos para sobrevivir al gobierno de mi papá. Nos convertimos en triunfadores para ganarnos su aprobación. Los elogios no se repartían sinceramente como hacía el jefe, se ganaban con esfuerzo.

Miré al hombre que a menudo deseaba secretamente que fuera mi papá. Era bajito, discreto, pero poderoso. Tenía ojos amables y una risa fácil. Era duro, pero carecía del filo cortante de la malicia con la que yo crecí. No, Joe Martin era duro porque veía el potencial de todo el mundo.

Y fuiste y te follaste a su querida hija.

La vergüenza se apoderó de mí. Me senté a la mesa de los Martin, y comí su comida. Jesús, las cosas que le hice a su dulce Melly. Era un milagro que pudiera mirarlos a los ojos.

Sin darse cuenta de mi espiral interna, el jefe me tendió un puro recién hecho.

—¿Seguro que no quieres uno?

Tragué saliva por el nudo que se me había formado en la garganta.

—Esta noche no, pero gracias, señor.

Sin presionar, simplemente asintió y volvió a meter el puro en su caja.

—Fuera de la estación, puedes llamarme Joe.

Sonreí y negué con la cabeza, sin levantar los ojos del suelo del garaje.

—Lo siento, pero no creo que pueda hacerlo.

Sus ojos marrones sonrieron.

—Quizá algún día.

Le devolví la gentileza y me encogí de hombros.

—Tal vez.

Tres golpes secos en la entrada del garaje nos sobresaltaron. El jefe apagó el puro y encendió un ventilador para dispersar la espesa columna de humo por la ventana abierta. Era inútil. Todo el garaje apestaba a tabaco.

Los hombros del jefe se ablandaron cuando Emily apareció en la puerta.

—Solo soy yo —anunció, sorteando la pesada puerta y cargando con la bandeja que contenía los famosos brownies de la señora Martin. Hizo un gesto con la bandeja antes de depositarla sin ceremonias sobre un banco de trabajo a su derecha—. Mamá dice "no te olvides de cerrar la ventana, porque si no se llenará de bichos".

Las puntas de las orejas del Jefe Martin se enrojecieron y sonrió.

—Gracias, Melly.

Su sonrisa se suavizó al mirar a su padrastro.

—Claro. —Su rostro se transformó en un gruñido. Girándose hacia mí, sacó del plato un brownie de chocolate con un corazón de vainilla—. ¡Buenas noches!

Saludó por encima del hombro y salió volando del garaje con la misma rapidez con la que entró.

La risita del jefe Martin llamó mi atención. Dio un generoso mordisco a su brownie y sacudió la cabeza.

—Lo juro —musitó—, que nunca he visto una mujer más testaruda. Incluso de niña era testaruda. Siempre le gustaban las cosas *justo* como le gustaban a ella y, si no le salían como quería, era capaz de hincar sus

talones y mover montañas con pura terquedad. No sé lo que hiciste, pero estás en eso.

—¿Qué quiere decir? —El pánico aceleró los latidos de mi corazón.

Mierda. ¿Él estaba tras de mí? ¿Lo sabía?

—Algo le ha puesto los cabellos de punta.

Arranqué un brownie perfectamente cuadrado del plato.

—Yo tampoco estoy seguro —*lo estaba*—, pero creo que puede ser la profesión en general lo que la irrita.

Tomó otro bocado y lo consideró con un encogimiento de hombros.

—No te equivocarías. Aún hay una niña sensible bajo su garra y su fuerte voluntad, y nuestro tipo se la pone difícil a una persona como ella.

—¿Nuestro tipo, señor?

—El tipo de persona que puede soportar el estrés del trabajo. Las incógnitas. Las largas horas. Tratar con la muerte y el trauma día tras día. —Señaló vagamente su cabeza—. Hace que muchos de nosotros interioricemos nuestro dolor en lugar de afrontarlo de una forma sana. Emily siempre ha anhelado el orden y la previsibilidad tranquila.

No podía estar en desacuerdo con su evaluación de *nuestro tipo*, así que le di un bajo gruñido en voz baja.

Probablemente tenía razón.

Prim era una seguidora de las reglas por naturaleza, pero yo había visto una vena rebelde oculta de la que sabía que su papá no sabía nada. Era un hecho que ella merecía mucho más que un hombre como yo, pero no era más que un masoquista, así que no pude evitar empujar al oso.

No buscaba ser el esposo de nadie, pero si alguna vez me ofrecía otra aventura de una noche, no tendría fuerza de voluntad para rechazarla.

Ya era bastante malo no poder dejar de pensar en lo desesperadamente que deseaba volver a tocarla. No podía dejar de pensar en la intensidad de nuestra conexión aquella noche, y me impedí una docena de veces caer de rodillas y rogarle que me dejara adorar los suaves ángulos y las exuberantes curvas de su cuerpo.

Exhalé un fuerte suspiro por la nariz. Había llegado el momento de reconocer que me parecía a mi papá más de lo que quería admitir. Estaba dispuesto a sacrificar mi posición ante los ojos de un hombre al que respetaba para conseguir lo que quería... y solo la quería *a ella*.

Me incliné hacia adelante, con la mano extendida.

—Gracias por la cena, señor. Por favor, dígale a la señora Martin que la comida y la compañía fueron encantadoras. Espero otra invitación pronto.

El jefe Martin apretó su mano contra la mía, colocando la otra sobre mi hombro con un apretón.

—Eres bienvenido a mi mesa cuando quieras, hijo.

Intenté que su desenfado no me hiciera un agujero en el pecho. Acepté su invitación con la intención de hablar del edificio que mi papá pretendía comprar. El único problema era que Marilyn Martin me agradaba y no me atreví a estropear una comida tan agradable con negocios turbios disfrazados de charla.

El hecho de que Emily también estuviera en la cena fue una ventaja inesperada. Tampoco podía preocuparme por lo que mi jefe pudiera pensar de mí si alguna vez se enteraba de la historia entre Emily y yo.

Tenía una misión.

Al cerrar la puerta del garaje, vi a Emily caminando por el césped hacia la entrada. Alargué mis pasos y la llamé.

—Oye, Prim. —Me lanzó una mirada molesta por encima del hombro—. Espera —le dije.

A pesar de la irritación que brillaba en sus ojos, se detuvo con la mano en la cadera. Reprimí una sonrisa, admirando su empeño en despreciarme.

—¿Qué necesitas? ¿Quieres saber qué otros eventos familiares tenemos próximamente para congraciarte con el jefe?

Sacudí la cabeza.

—Cuidado, Prim. Ya sabes que a los héroes nos cuestan las grandes palabras. —Arrugué la frente y me golpeé el pecho con el puño—. Fuego malo. Agua buena.

Me miró fijamente, pero pude ver el esbozo de una sonrisa en las comisuras de su pequeña boca.

Determinando que ese sutil tic era una victoria, saqué el corazón de caramelo del centro de mi brownie de vainilla.

—¿Quieres mi corazón?

Estoy seguro de que supuso que me estaba burlando de ella, pero la pregunta quedó flotando en el aire.

Estiré la mano y lo dejé caer sobre su palma abierta. Con un movimiento rápido, se lo metió en la boca, mordiendo agresivamente.

Hice un gesto de dolor.

—Salvaje.

Emily puso las manos en las caderas.

—Corta la mierda, Whip. ¿Por qué estás realmente aquí?

Parpadeé, fingiendo inocencia.

—Me invitaron.

Ella resopló, con los ojos entrecerrados.

—¿Estás usando a mi papá para intentar conseguir ese ascenso?

La acusación me punzó. Puede que tuviera el impulso enfermizo de inclinar a su hija sobre el capó de mi camioneta, pero nunca aceptaría un trabajo en el departamento que no me ganara.

Sus bromas habían sido divertidas, pero ahora estaba molesto.

—El trabajo ni siquiera estaba en mi radar hasta que *tu* papá me lo planteó, pero me merezco ese ascenso. —Señalé el suelo con el dedo—. Lo conseguiré porque me lo he ganado, Prim.

Levantó la barbilla, demostrando que mi apodo para ella era acertado.

—No me llames así.

El sol colgaba pesado en el cielo, hundiéndose lentamente tras los árboles en la distancia. Los días de verano se acercaban rápidamente, convirtiéndose en bostezos vespertinos que susurraban promesas de calurosas noches de verano. El resplandor naranja y fucsia jugaba con los azules y verdes de sus ojos.

Me arriesgué a dar un paso adelante.

—¿Cómo prefieres que te llame?

Inhaló y elevó sus perfectas y redondas tetas. Le sostuve la mirada.

—Prefiero que *no* me llames nada.

La excitación me recorría mientras la tensión crepitaba en el aire húmedo de la costa. Me acomodé en su espacio, sintiendo cómo sus pezones duros y firmes me rozaban el pecho.

—¿Estás segura?

La furia mezclada con indignación se encendió en sus ojos y mi polla se hinchó en mis jeans.

Me esforcé por no mirarla: el golpe de su pulso en el cuello, el rubor de sus mejillas.

Lo peor era la forma en que mi cuerpo se acercaba a ella como si una cuerda invisible tirara de nosotros. Me dolía por tocarla.

¿Quién no se sentiría atraído por Emily? Era divertida, testaruda, inteligente y hermosa. Salvo porque su papá era mi jefe, me divertía provocarla. Ella podía aceptar un comentario inteligente y devolverlo con su afilada lengua. Lo que realmente deseaba era que esa lengua volviera a envolver mi polla. Mi polla se estremeció solo de pensarlo.

Maldita sea.

Sabía exactamente lo que hacía cuando la agarré de la muñeca. Era plenamente consciente de que era una idea terrible y tenía la sensación de que acabaría mordiéndome el trasero.

Aun así, jalé su brazo y la atraje hacia mí hasta que estuvo tan cerca que la menta de su lengua se mezcló con mi aliento.

Sostuve su mirada salvaje un segundo. Luego dos.

—¿Quieres que te bese?

Emily tragó saliva pero no respondió a mi pregunta.

Mi atención se centró en sus rasgos, sus brumosos ojos aguamarina casi negros de deseo.

—Te dije que te haría rogar por eso.

Emily inhaló con fuerza.

—Whip...

—Suplícame, Prim. —Mi sangre estaba al rojo vivo. Mi puño agarró la parte posterior de su blusa.

—Yo… —Cerró los ojos—. *Por favor...*

Una satisfacción enfermiza me inundó con una sonrisa de lobo mientras se me apretaba el estómago.

—Esa es mi chica.

La devoré, entrando con confianza mientras tomaba su boca. Mis manos subieron por su espalda y bajaron por su trasero. La apreté contra mí mientras mis caderas sobresalían hacia adelante. Quería que ella *sintiera* lo que me estaba haciendo.

Me rodeó el cuello con los brazos y subió por mi cuerpo poniéndose de puntillas. Nuestras lenguas chocaron, rodando la una sobre la otra mientras la saboreaba. La menta y el chocolate la hacían irresistible, no podía saciarme.

Estaba mal y estábamos en medio de su camino de entrada. El jefe podía salir del garaje en cualquier momento y encontrarme con la lengua en la garganta de su hija, pero no me importaba.

Solo ese beso valía toda mi carrera.

Emily era absorbente y prohibida al mismo tiempo, todo lo que siempre había deseado y no había podido tener estaba envuelto en un pequeño y provocativo paquete.

Mi boca recorrió su mandíbula y chupé el punto del pulso en su cuello.

—Dime que pare.

—Whip —susurró.

Mi mano subió por su espalda y se hundió en el cabello de su nuca mientras jalaba su cabeza hacia atrás. Rocé con mi nariz la columna de su cuello, memorizando su aroma.

Sostuve su rostro entre mis manos.

—Dime que me vaya al infierno, que no sientes esto. Dime que pare y me iré.

Su aliento flotó en mi mejilla mientras sus ojos buscaban los míos.

—No puedo.

Gemí mientras plantaba mi boca en la suya, tomando todo lo que ella estaba dispuesta a dar y rezando por sobrevivir.

Necesitaba que ese beso durara. Si era el último que iba a recibir de ella, haría que valiera la pena. Me sumergí en su boca, explorándola, saboreándola y devorándola. En cualquier momento, su papá, *mi jefe*, podría salir y atraparnos. Emily no necesitaba que un hombre como yo irrumpiera en su vida, y yo no necesitaba que me despidieran por follarme en seco a la hija del jefe.

La cabeza me daba vueltas.

Con una última probada, me armé de valor y la agarré por los hombros. Nos separé, nuestras respiraciones se mezclaban mientras jadeábamos. Me moría de ganas de más. Si ella no podía irse, tendría que hacerlo yo.

—No podemos hacerlo. No vale la pena.

El dolor se reflejó en su rostro. A Emily se le pusieron los pelos de punta antes de que pudiera explicarle que no me refería a *ella* que no valiera la pena; estaba a punto de quemar toda mi vida por probarla. Solo quería decir que no debíamos exponer nuestra conexión en la entrada como un par de adolescentes cachondos. Teníamos que ser más listos.

Sus labios hinchados resoplaron antes de apretarlos en una línea plana.

—Bien —me dijo—. No podría estar más de acuerdo.

Se dio la vuelta y subió furiosa los escalones del porche.

—Prim... —Sus ojos brillaron y levanté una mano—. Emily. Emily, por favor. Solo quise decir...

Levantó la barbilla y se le helaron las facciones.

—Sé lo que querías decir y estoy de acuerdo. Buenas noches.

Sin decir nada más, entró en casa de sus papás, dejando que la puerta mosquitera golpeara contra el marco.

Es lo mejor.

Las palabras resonaron en mi cabeza, pero eran huecas. Miré hacia el garaje, donde dejé a mi jefe. Tampoco tenía las pelotas para enfrentarme a él. Resignado, lo achaqué a otra cagada en mi vida.

15

Emily

Me llevé un dedo al labio inferior y cerré los ojos, recordando cómo Whip me besó en la entrada de casa de mis papás. Días después, seguía aturdida por el beso y no tenía ni idea de cómo conseguí conducir de vuelta a mi pequeño apartamento al otro lado del pueblo después de haber sido tan profundamente sacudida.

Dime que pare.

Sus cargadas palabras resonaron en mi mente mientras contaba, y luego volvía a contar, la pila de redacciones aún sin calificar que tenía delante.

Si lo hubiera intentado, no habría podido detenerlo; mi cuerpo nunca lo habría permitido. Whip King encendió algo profundo y salvaje dentro de mí. Era como si mi energía femenina gritara: *¡Sé cómo se siente su polla y necesito más!*

Apreté una mano contra el aleteo que bailaba en mi vientre. El deseo entrelazado con el dolor nubló mi recuerdo de su beso.

No vale la pena.

Apreté los dientes. ¿Cómo puede una chica no tomarse esas palabras como algo personal? Whip no era el primer hombre que decía que yo no valía la pena. Aun así, las palabras fueron como una bofetada en la cara, y la ira ardió en mis mejillas.

Miré el reloj y vi que faltaban pocos minutos para que llegaran mis alumnos.

—Concéntrate, Em. —Exhalé un suspiro, reconociendo que mi pequeña charla de ánimo era totalmente inútil. Desde que Whip me atrajo hacia él y me besó con fervor *-después de decirme que se lo rogara-*, no podía pensar en mucho más.

Cuando sonó el timbre, el parloteo de los alumnos flotó por el pasillo. Dejé los ensayos a un lado mientras rodeaba mi pupitre, decidida a saludar a cada alumno antes de que entrara en mi aula.

Además de las expresiones algebraicas y el contexto cultural en la literatura, la mayor parte de mi tiempo en Outtatowner Junior High lo pasaba construyendo una comunidad. Cada estudiante entraba por mi puerta con diferentes puntos fuertes, y trabajábamos juntos para honrar y celebrar la singularidad de cada uno.

A medida que cada alumno iba encontrando su lugar en la jerarquía social de la escuela, algunos días eran un reto. Saludaba a cada uno de mis alumnos con una sonrisa y un alegre "¡Buenos días!". La mayoría de las veces recibía sonrisas y saludos entre dientes, pero el ceño fruncido de vez en cuando también me ayudaba a comprender el tipo de mañana que estaba teniendo cada uno de mis alumnos.

Cuando los últimos alumnos caminaban por el pasillo, vi a Robbie Lambert caminando penosamente por el piso azul y blanco con la cabeza agachada y expresión triste.

Se me encogió el corazón.

El sutil cambio de actitud que experimentó en los últimos meses no me pasó desapercibido. Su comportamiento dulce y tímido se transformó poco a poco en algo retraído y hosco.

Cuando se acercó, le ofrecí mi soleado saludo, que ignoró por completo.

Preocupada, le puse suavemente la mano en el hombro, pero cuando hizo un gesto de dolor y se apartó de mi contacto, retiré la mano en silencio.

—Hola, Robbie. —Mantuve mi sonrisa fija en su lugar—. ¿Todo bien?

Hizo una pausa, pero sus ojos permanecieron clavados en sus pies.

—Todo bien.

—Ah, okey. —Mi atención se fijó en sus tenis, cuya piel blanca estaba manchada y sucia. Partes del empeine se estaban separando de la suela. Fruncí el ceño. La semana pasada le regalé a Robbie un par de tenis nuevos.

Mis cejas se fruncieron más.

—¿Los tenis nuevos no te quedan bien? Podemos pensar en otra cosa si...

Los movimientos bruscos de Robbie al quitarse la mochila del hombro me detuvieron en seco. Abrió la cremallera y sacó los tenis nuevos de la mochila.

Los empujó hacia mí, pero aún no me había mirado a los ojos.

—No puedo aceptar esto.

Le quité los tenis con cuidado.

—Oh. Okey.

Recordé lo emocionado que estaba Robbie cuando se los di un día después de la escuela.

Me aseguré de que pareciera que los tenis nuevos eran un par de zapatos de hombre que tenía por ahí, cuando en realidad los compré para él. Durante una sesión de tutoría extraescolar, Robbie hizo un comentario despectivo sobre no tener un par decente. Los niños de su edad eran brutales, y sus zapatos gastados no pasaron desapercibidos.

Más tarde, le comenté casualmente que encontré un par por ahí de los que pensaba deshacerme y que podía quedárselos si le quedaban bien. En ese momento, sus ojos se iluminaron y su amplia sonrisa me estrujó el corazón.

Incluso se inclinó hacia mí y me dio un rápido abrazo antes de dejarse caer en medio de mi clase para ponérselos. Este repentino giro de 180 grados era preocupante.

Robbie todavía no me había mirado a los ojos.

—No soy un caso de caridad. —Pasó a mi lado, dejándome aturdida en el pasillo.

Parpadeé para disipar la repentina oleada de emoción mientras miraba el pasillo casi vacío. Caminando con su secretaria a su lado, el director Cartwright se dirigió directamente a mi salón. Me quité la humedad de los ojos y levanté la barbilla.

Me enderecé y le presté atención.

—Buenos días, señor Cartwright. —Saludé con la cabeza a su secretaria—. Señorita Austin.

El director asintió con la boca abierta.

—Señorita Ward. La señorita Austin se ocupará de su clase unos minutos. Necesito hablar con usted en mi oficina.

Mis latidos se agitaron, pero mantuve la compostura.

—Por supuesto. —Me hice a un lado para señalar hacia mi aula—. Por aquí, señorita Austin.

El director Cartwright esperaba en la entrada de mi aula mientras yo le explicaba brevemente a la señorita Austin el procedimiento habitual de la mañana, adaptándome ligeramente al hecho de que alguien distinto a mí iba a abrir la clase de matemáticas de hoy.

Una vez convencida de que los niños estaban en buenas manos, me reuní con el director Cartwright en la puerta. Él asintió con la cabeza y juntos hicimos el silencioso e incómodo camino desde mi extremo del pasillo hasta su oficina.

—Tengo que decir —empecé, riendo—. No recuerdo que me hayan llamado nunca a la oficina del director.

Mi risita fue débil y el chiste cayó por su propio peso. Una vez en la puerta de su oficina, señaló hacia la pequeña mesa y las sillas.

—Por favor, siéntese, señorita Ward.

—Emily, por favor. —Le sonreí. Mis manos estaban nerviosas, así que las apreté contra mi regazo para mantener la compostura.

El director Cartwright se sentó frente a mí. Supuse que tendría más o menos la edad de Whip; más viejo que yo, sin duda, pero en ningún caso un anciano. El marcado contraste entre los dos hombres era casi risible. La luz fluorescente del techo iluminaba la calvicie masculina del director Cartwright y desaparecía en el halo de cabello que rodeaba su nuca.

Se movió en la silla.

—Siento interrumpir su rutina matutina, pero necesitaba hablar con usted sobre un incidente del que me enteré esta mañana.

—¿Oh? —Levanté la barbilla, orgullosa de que mi voz fuera clara y fuerte.

—¿Es cierto que le dio a Robbie Lambert un par de tenis nuevos?

La expresión molesta y casi llorosa de Robbie esta mañana pasó por mi mente.

Respiré hondo y me armé de valor.

—Resulta que tenía un par de tenis de su talla y se los ofrecí, los cuales él aceptó.

Sí, no es una mentira total, pero el director Cartwright no necesitaba saber que me pasé horas obsesionada con si las Nike estaban lo suficientemente de moda como para comprarlas.

El director Cartwright garabateó algo en el bloc de notas que tenía a su derecha.

—Ya veo. ¿Y ha comprado regalos para otros alumnos de su clase?

Un ramalazo de pánico se apoderó de mi pecho antes de que la calma se apoderara de mí.

—Yo no los llamaría realmente un regalo. Sus tenis están a un paso de caérsele de los pies mientras los lleva puestos. Necesitaba unos nuevos y yo tenía un par. Lo veo igual que si un alumno necesitara un cuaderno o lápices nuevos. No rechazaría a un niño necesitado.

Más arañazos y garabatos en su cuaderno. Ojalá pudiera leer sus garabatos para saber qué demonios estaba escribiendo.

Frunció el ceño.

—Pero estará de acuerdo en que un par de tenis caros nuevos es algo diferente a un lápiz. ¿No es así?

Me enfurecí, pero me contuve y respiré tranquilamente.

—"Un trato justo no significa necesariamente igual". Esa fue la afirmación que usted hizo en la formación del personal del Programa de educación individualizada el mes pasado. ¿No es así?

Su labio superior se crispó cuando sonreí dulcemente a través de la mesa de madera de cerezo barata. Se sentó hacia adelante y se alisó la barriga con las manos.

—Sí, quiero decir, ya hablamos de eso... pero fue en términos de alumnos con necesidades especiales.

Asentí con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, y también creo que Robbie tenía una necesidad única y especial de calzado. —Sonreí dulcemente al otro lado de la mesa—. Me disculpo si tomé su presentación y su intención un poco demasiado literal.

El director Cartwright soltó un suspiro exasperado y se pellizcó el puente de la nariz. Me recorrió una sensación de victoria. No era frecuente que alguien pudiera derrotar a la simple lógica presentada con calma.

—Mire, el señor Lambert irrumpió en mi oficina esta mañana, hablando sin parar de cómo esta escuela ve a su hijo y a su familia como un caso de caridad. Amenazó con denunciarnos por discriminación. —Fruncí el ceño y continuó—: Lo sé, ni siquiera tiene sentido, pero es ruidoso, y no necesito el dolor de cabeza. No ande a mi alrededor con esto.

Apreté la mandíbula.

—Lo comprendo. —Estuve a punto de añadir que *no volvería a ocurrir*, pero decidí que mentirle descaradamente a mi supervisor directo no era buena idea.

El director Cartwright escribió un último garabato en su bloc de notas.

—Bien. Gracias, señorita Ward.

Despedida y completamente furiosa por toda la situación, me fui molesta por el pasillo hasta mi clase.

La cervecería Abel's Brewery se erguía orgullosa en las afueras del pueblo, abrazando la escarpada costa del lago Michigan. Tras la idea de las Bluebirds de organizar una noche de trivia, MJ consiguió convencer a su hermano Abel para que organizara el evento, y cuando hice una visita para echar un vistazo al local, no daba crédito a lo que veían mis ojos.

La cervecería en sí era de lujo, y en el exterior destacaban la madera pesada y los detalles de hierro. La pared trasera que daba al lago estaba forrada con puertas de cristal estilo garaje que se abrían durante los meses de primavera, verano y otoño. Las vistas eran impresionantes. El exterior estaba salpicado de fogones con cómodos asientos. Adentro, una gran chimenea de doble cara daba calor en los meses de invierno. Era el lugar perfecto para que la gente del pueblo y los turistas gastaran dinero.

La respuesta a la recaudación de fondos de la noche de trivia fue abrumadora, y me sentí aliviada cuando Abel me aseguró que podían abrir las puertas enrollables del lado del edificio para acomodar mesas adicionales. Por teléfono, Abel era eficiente, aunque un poco hosco, y me recordó un poco a la tía de Whip, Bug.

Tardé casi toda la semana en olvidarme de la conversación que tuve con el director Cartwright. Odiaba sentirme como si hubiera hecho algo malo, sobre todo a los ojos del director que tenía la llave de mi futuro empleo. Seguramente no estaría dispuesto a contratarme a tiempo completo si no se fiaba de mi criterio.

Pero yo solo traté de hacer lo correcto por Robbie. La mirada de dolor en los ojos de mi estudiante todavía me molestaba.

Tenía que haber una forma mejor.

Mi teléfono sonó y el nombre de Rachel apareció en la pantalla. Me sacudí el mal humor antes de contestar.

—¿Ya llegaste? —Sonaba agotada.

Miré el reloj, aliviada por haber llegado antes de lo previsto.

—Acabo de llegar. Voy a asegurarme de que todo esté listo y de que el DJ pueda instalarse. ¿Qué pasa?

—Tengo una crisis. No sé qué ponerme. Por fin me atreví a pedirle una cita a Brooklyn y pensé que la noche de trivia sería la oportunidad perfecta. Aceptó ser mi acompañante.

—Me encanta esa idea —respondí—. Casual, pero divertida.

—Creo que es una gran primera cita, lo que me lleva a mi problema de no tener nada que ponerme. ¿Qué llevas puesto?

Miré mi propia ropa y me encogí de hombros.

—Jeans y una blusa bonita.

Rachel suspiró.

—¿Puedes ser más específica, por favor? Esto es imperativo.

Sonreí.

—Bien. Unos jeans desgastados hasta los tobillos con unos botines estilo vaquero de color marrón claro y una blusa de seda color champiñón. No sabía cómo ponerme el sujetador con los tirantes tan finos, así que opté por ir sin él, pero traje una rebeca por si refresca ahí adentro. No necesito que mis pezones transmitan la temperatura de la cervecería a todo el pueblo.

Mi descripción exagerada le valió una carcajada a mi amiga.

—¿Hablas en serio? ¿Sin sujetador? No creía que lo tuvieras en ti. Estoy orgullosa de ti, chica.

Me reí, feliz de que la tensión hubiera desaparecido de su voz.

—¿Qué puedo decir? Odio los tirantes. Solo estaba siendo práctica.

El zumbido de Rachel sonó en el teléfono.

—Claro que sí. Okey, pensaba ir con falda, pero como tú vas más informal, creo que voy a hacer lo mismo, pero tengo que darme prisa.

Ella llegará en unos minutos. Gracias, amiga. —Rachel terminó con un ruido de beso al otro lado del teléfono.

—¡Buena suerte y diviértete! —la animé—. Te veré cuando llegues.

Sonreí al terminar la llamada y metí el teléfono en mi bolso de piel marrón. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que algunos autos ya habían empezado a llenar el estacionamiento. Me invadió un vértigo de emoción.

Como era de esperar, las Bluebirds habían salido adelante y habían ayudado a generar más expectación para la recaudación de fondos. Sonreí amablemente a algunas caras conocidas al entrar en la cervecería. MJ llegó antes que yo y ladraba órdenes con una sonrisa. Me dirigí directamente hacia ella.

—¿Llego tarde? —Le sonreí a MJ. No era frecuente que alguien me ganara en un evento.

—Hoy no tenía turno en la residencia. Me aburrí, así que opté por venir antes y asegurarme de que Abel no aterrorizaba al personal.

Me suavicé.

—Fue muy amable de su parte dejarnos organizar la recaudación de fondos aquí.

Un golpe nos sobresaltó a las dos y nos giramos hacia el bar. A una mujer rubia se le había caído un vaso y se hizo pedazos en el suelo de madera color nuez.

—¡Mierda!

—¿Estás bien, Sloaney? —preguntó MJ.

La rubia levantó la cabeza y se apartó un mechón de cabello de la cara.

—Sí. Me lo tiré encima. —Se estaba limpiando las salpicaduras de líquido de los jeans con un trapo blanco.

MJ me apretó el brazo mientras pasaba a mi lado.

—Voy a buscar una escoba.

Sloane, la mesera que trabajaba en Abel's Brewery, se rió mientras se enderezaba.

—Tal vez puedas intentar sacarla del gigante trasero de Abel.

Los ojos de MJ flotaron sobre el hombro de Sloane y se abrieron de par en par. En cámara lenta, Sloane se giró para encontrar a su jefe de pie detrás de ella con los brazos cruzados.

—Creo que voy a empezar a registrar a la gente —chistó Sloane y se fue corriendo.

—Yo me encargaré de la limpieza —añadió MJ riendo.

Me chocó el codo alegremente al pasar en busca de la escoba.

Evalué a Abel King. Le ganaba a su hermano tanto en altura como en corpulencia. Tenía un aire más oscuro que daba a entender que había algo peligroso en él.

Como no me dejaba intimidar, le sonreí alegremente y le tendí la mano.

—Señor King. Soy Emily Ward. Creo que hablamos por teléfono. Quería agradecerle en persona el uso de sus instalaciones para nuestra recaudación de fondos.

—Está bien. —Su voz era tranquila pero autoritaria mientras me estrechaba brevemente la mano.

Ookey... aparentemente también era un hombre de pocas palabras.

—Fue muy generoso por su parte donar el espacio. La fundación la habría alquilado encantada, pero se lo agradecemos de todos modos.

Sus ojos duros me miraron de arriba abajo.

—Dije que está bien. Es por los niños, y el tráfico extra siempre es bueno para el negocio.

El silencio y la tensión flotaban en el aire. Abrí la boca para hablar, pero no se me ocurrió nada para hacer avanzar la conversación. Aterricé en: "Genial".

Sin siquiera asentir con la cabeza, Abel se dio la vuelta y desapareció por un oscuro pasillo hacia la parte trasera de la fábrica de cerveza.

—No le hagas caso a Abe —susurró MJ detrás de mí, sosteniendo una escoba—. Realmente hay un buen tipo escondido bajo su ruda apariencia. —Miró cariñosamente a su hermano mayor y se encogió de hombros—. Al menos, eso creo.

Su cara se contrajo, lo que rompió la tensión, y me reí con ella. MJ era divertida y burbujeante, y sentí que se creaba un vínculo entre nosotras.

Era una pena que no pudiera dejar de pensar en su hermano y en si aparecería en la recaudación de fondos. Parecía como si todo el pueblo fuera a acudir, pero a pesar de recorrer la lista de nombres, el de Whip no era uno de ellos.

Volví a concentrarme y le sonreí a MJ, que se apresuró a barrer los cristales rotos.

—Gracias por tu ayuda, no podría haberlo conseguido sin ti y las Bluebirds.

Levantó los hombros como si no fuera nada pedirles esto.

—Es lo que hacemos. Rayos, mi hermano es mi acompañante y acaba de entrar. Tengo que llevarle la pulsera, ahora vuelvo.

Se me aceleró el pulso y abrí mucho los ojos cuando pasó a mi lado. En realidad no sabía cuántos hermanos King más había, pero no podía arriesgarme a girarme y ver a Whip por primera vez desde que me dio ese maldito beso en la entrada de casa de mis papás.

En lugar de eso, opté por la salida cobarde y busqué al DJ para que pudiéramos poner en marcha la recaudación de fondos.

16

Emily

A los cuarenta minutos, los Forrest Grump dominaban *absolutamente* la competencia. El equipo de ocho ancianos parecía modesto, pero su conocimiento combinado de referencias de la cultura pop era asombroso.

No tenía intención de unirme a un equipo, pero MJ y Rachel insistieron en que me sentara a la mesa con ellas, Brooklyn y Whip. Rachel y Brooklyn se sentaron una al lado de la otra y MJ enfrente del dúo. Rápidamente tomé asiento junto a Rachel para evitar cualquier tipo de proximidad con Whip. Supuse que él optaría por sentarse en la cabecera de la mesa alta, pero, por supuesto, se sentó en el taburete de enfrente.

El hombre era totalmente confuso. Primero me agarró en la entrada de casa de mis papás y me destrozó las bragas con un beso que me desgarró el alma; luego me dijo que yo no valía la pena. En lugar de disimular y hacer como si no hubiera pasado nada, como haría una *persona normal*, me miraba fijamente. Miradas furtivas y ojos que pasaban de mis ojos a mi boca, a mis tetas y viceversa. Era como si estuviera interesado pero a la vez castigándose por eso, y yo no tenía energía para seguirle el ritmo.

Me masajeé el cuello y lo estiré mientras esperábamos a que empezara la siguiente ronda.

Rachel arrugó la frente.

—¿Te pasa algo en el cuello?

Estiré el cuello de un lado a otro.

—Creo que solo es un latigazo. —Lancé una mirada mordaz al otro lado de la mesa, y Whip esquivó la suya mientras le daba un sorbo a su cerveza.

—Deberías ver a mi masajista, Ricardo. Es increíble con las manos —me ofreció Raquel.

—Eso suena perfecto. Gracias. —Esbocé una sonrisa recatada, y cuando Whip me lanzó una mirada feroz, una oleada de calor recorrió mis muslos. Mi cuerpo zumbó consciente de su atención. Intencionadamente, ignoré su presencia y centré mi atención y entusiasmo en el resto de la mesa.

Whip frunció el ceño mientras bebía su cerveza, y yo me permití una sonrisa de satisfacción por haberlo molesto un poco.

Apuesto a que Ricardo no me diría que no valgo la pena.

El público que nos rodeaba era completamente ajeno a nuestras mezquinas y silenciosas discusiones. Estaban comprometidos y alborotados, gritando por encima del DJ, chillando y gritando cuando sus equipos ganaban puntos por las respuestas correctas. Abel King y algunos meseros trabajaban en el bar y se aseguraban de que los participantes no se quedaran sin bebida en ningún momento.

Sloane trabajaba en nuestra mesa, y su alegre guiño me hizo sonreír. Era muy dulce, y me prometí a mí misma que le preguntaría a MJ si ella y Sloane querían salir a tomar un café o unas copas alguna vez. Hacer amigas siendo adulta era muy incómodo, pero si Outtatowner iba a convertirse en mi hogar, tenía que superar cualquier miedo al rechazo.

A medida que avanzaba la noche, mi vena competitiva florecía con toda su fuerza. Más de una vez tuve que contenerme para no mirar a las mesas que no se lo tomaban en serio. Estaba claro que Phil y los Blanks eran un equipo que estaba ahí sobre todo para ligar, pero no me importaba porque solo la compra de su entrada beneficiaba a la fundación.

Cuando por fin llegó el descanso entre rondas y MJ desapareció para ir al baño, centré mi atención en evaluar la sala. Para cada mesa, había incluido una tarjeta de agradecimiento escrita a mano en la que se

detallaba cómo sus donaciones beneficiarían a los niños de Outtatowner, junto con otras formas en las que podrían ayudar. Incluso la cubeta vacía de Cheese Balls usada para donaciones adicionales se estaba llenando rápidamente. Cada grupo había recibido también una pequeña cesta con aperitivos, proporcionada por la fundación.

Al otro lado de nuestra mesa alta, Whip captó mi atención cuando sus ojos pasaron de mí al centro de la mesa, donde yo le tenía echado el ojo a una pequeña bolsa de pretzels. Extendió la mano y me la arrebató.

Qué imbécil.

Levantó una ceja, abrió la bolsa y me la pasó por la mesa sin decir palabra. Lo miré con el ceño fruncido a pesar del rugido de mi estómago. De mala gana, quité la bolsa de la mesa y desvié mi atención hacia el DJ, que anunciaba la siguiente pregunta justo cuando MJ volvía a su asiento.

—Primera pregunta de la ronda... ¿Cuál es el único planeta que gira sobre su lado? —La música, que nos servía de cronómetro, sonaba de fondo.

Me animé y hablé con la boca llena de pretzel.

—Urano.

Whip se sentó más recto y se puso la mano en el pecho.

—¿Mi ano?

No *quería* reírme, así que disimulé mi risa con un carraspeo. Le lancé una mirada aburrida y lancé un pretzel en su dirección cuando la risa de Brooklyn se oyó por encima de la multitud.

Tragué mi bocado de pretzels secos.

—Se pronuncia Yoor-ah-nis. No *tu-anus*. —Negué con la cabeza—. Niño.

Whip me dirigió una mirada juguetona, y tosí sobre el codo para ocultar una sonrisa.

Rachel entrecerró los ojos mientras escribía nuestra respuesta en un papelito.

—¿Estás segura?

—Segura. Segura. —Asentí. De hecho, una vez tuve que hablar con algunos de mis alumnos sobre una broma de muy mal gusto acerca de ese mismo tema.

—Si tú lo dices. —Rachel dobló nuestro papelito y lo levantó—. ¡Corredora! —MJ saltó de su taburete y llevó el papel hacia el DJ mientras éste hacía la cuenta atrás de los últimos treinta segundos por el micrófono.

Por debajo de la mesa, la rodilla de Whip chocó con la mía y me moví en mi asiento para evitar el contacto. Ya era bastante malo que oliera tan bien como olía y que no dejara de mirarme con el peligro brillando en sus ojos.

Cuando el DJ anunció la respuesta correcta, nuestro equipo aplaudió y yo añadí nuestros puntos al total de la hoja de papel que usaba para llevar la cuenta.

—Okey. —Miré a nuestro equipo, implorándoles que se pusieran serios—. Si acertamos los siguientes puntos, puede que consigamos el segundo puesto. Necesitaremos un milagro para vencer a los Forrest Grump. —Observé a la multitud, complacida de que todo el mundo pareciera estar pasándosela en grande—. Y Victorious Secret nos pisa los talones.

El equipo del otro lado de la sala estaba formado por Tootie Sullivan y otras cinco mujeres, a algunas de las cuales reconocí de la reunión de las Bluebirds.

MJ se rió y se acercó a la mesa para robarme la hoja.

—Relájate, Emily. Se supone que esto es divertido.

—¿La *alcaide*? —Rachel se burló mientras me chocaba—. ¿Divertirse?

Gruñí juguetonamente en su dirección.

—Sé cómo divertirme —insistí, haciéndole una señal a MJ para que me devolviera el papel—. Es que no quiero que ganen los Smarty Pints. *Smarty* mi trasero —refunfuñé con el ceño fruncido—. Los vi usar sus teléfonos para buscar las respuestas. Eso es hacer trampa.

La estruendosa risa de Whip llenó el ambiente, pero no tuve la sensación de que se riera de *mí*. Era más bien como si se divirtiera a pesar de la actitud glacial hacia él que yo iba a albergar toda la noche.

—Shh, shh. Viene la siguiente pregunta. —Brooklyn rodeó con el brazo el respaldo de la silla de Rachel, y mis mejillas se apretaron con una sonrisa. Parecía que su primera cita iba muy bien y me alegré mucho por mi amiga.

—Bien, equipos, siguiente pregunta. ¿Cómo se llama un grupo de flamencos? —La música volvió a sonar, esta vez era una canción de synth-pop eléctrico que no reconocí.

Me devané los sesos, pero no se me ocurrió ninguna respuesta plausible.

—¿Un asesinato? —MJ ofreció, pero frunció el ceño ante su propia respuesta—. No, eso son cuervos.

—Bandada es demasiado obvio, ¿verdad? —preguntó Rachel al grupo.

—Cuarenta segundos. Vamos a entregar las respuestas —cantó el DJ.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Mis palmas se levantaron en señal de derrota.

—No tengo nada... tal vez solo escribir *bandada*. Una suposición es mejor que no responder.

—Flamboyán[3]. —Todas las miradas se giraron hacia Whip, que dio un sorbo a su cerveza color caramelo. Se encogió de hombros ante la atención—. ¿Qué?

—¿Estás seguro? —insistí, inclinándome sobre la mesa.

Dejó el vaso en la mesa e hizo girar un dedo en el aire.

—Las canciones. Son pistas. Si escuchas las letras, esta sigue diciendo algo sobre ser flamboyán.

[3] También puede significar extravagante.

Hicimos una pausa lo suficientemente larga como para oír al cantante gorjear *Eres tan flamboyán* en el estribillo.

Escepticismo mezclado con furiosa incredulidad en mi voz.

—¡¿Las canciones han sido pistas todo el tiempo?!

—¡Veinte segundos, tic tac! —El DJ chasqueó la lengua como un reloj.

—¿A quién le importa? Escríbelo y ya está. —instó Brooklyn riendo mientras Rachel escribía furiosamente nuestra respuesta. MJ corrió hacia la mesa del DJ, llegando a ella cuando apenas quedaba un segundo.

Claro que Whip tenía razón. Un grupo de flamencos se llamaba, de hecho, flamboyán. Lo cual, si lo piensas bien, tiene mucho sentido, dadas sus elegantes plumas rosas y sus esculturales patas arqueadas.

Después de unas cuantas rondas más, usando la suposición correcta de Whip de que las canciones eran pistas sutiles, nuestro equipo -Cuatro chicas y un tipo al azar-, consiguió un respetable segundo puesto.

Para mi sorpresa y deleite, los Forrest Grump no solo donaron los 100 dólares que ganaron como primeros clasificados, sino que además los igualaron con una donación adicional. Luego Abel rechazó mi oferta de ayudarlo a limpiar, asegurándome que necesitaba el montaje, dada la afluencia de clientes que se quedaban después de que terminara la trivia.

La primera cita de Rachel y Brooklyn no parecía que fuera a terminar pronto, y yo no tenía ningún interés en ser la tercera rueda, así que terminé mi copa y me deslicé del taburete alto. Whip se había alejado para mezclarse y me obligué a no seguir sus movimientos.

No me importaba lo que él eligiera hacer con su tiempo. Ni un poco.

Con un bostezo exagerado, MJ estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Estoy cansada. Hora de irse a dormir.

—¿Ya? —preguntó Rachel.

MJ sonrió.

—Turno temprano mañana, pero enviaré un mensaje pronto.

Se pasó el bolso por la cabeza.

—Yo también me voy —dije, y me despedí de Rachel y Brooklyn con la mano—. Buenas noches, chicas.

—¡Buenas noches! —cantó Rachel. Sonrió y, cuando Brooklyn se giró hacia la barra, soltó un chillido silencioso y un *¡Oh, Dios!*

Me llevé la mano a la cabeza como si fuera un teléfono y articulé: *¡Llámame!*

MJ y yo salimos juntas al oscuro estacionamiento. Las luces del techo iluminaban el lugar y detrás del edificio se oía el rumor de las olas. Unas nubes de color añil oscuro se cernían sobre el agua.

MJ me envolvió en un abrazo inesperado.

—Fue una gran noche.

Sorprendida, me reí y le devolví el abrazo.

—Gracias por tu ayuda.

—Cuando quieras. —Me sonrió mientras empezaban a caer las primeras gotas de lluvia—. Deberíamos repetir esto alguna vez.

Le devolví la sonrisa, protegiéndome la cabeza con las manos.

—Estoy de acuerdo.

Me apresuré a sacar las llaves del bolso mientras corría hacia el auto con la esperanza de esquivar la mayor parte de la lluvia. Hasta ese momento, el tiempo aguantó, pero parecía que la tormenta iba a arreciar.

Mi auto emitió un pitido cuando lo desbloqueé y me senté en el lado del conductor con un resoplido, sacudiéndome las gotas de la rebeca. Suspiré en el asiento.

Realmente fue una buena noche.

Cuando iba a arrancar el auto, no pasó nada y me senté más recta.

—¿Qué? —Me incliné para comprobar y asegurarme de que nada parecía estar mal, pero cuando volví a pulsar el contacto, no ocurrió nada. Pisé el freno y volví a intentarlo, y otra vez.

Aún nada. Justo cuando las cosas mejoraban, el universo me devolvió a la realidad.

Derrotada, recliné la cabeza en el asiento y solté un gruñido de molestia. Un fuerte golpe en la ventanilla me hizo agarrarme el pecho y gritar.

Al otro lado, MJ levantó las manos.

—¡Lo siento! —Se rió a pesar de la lluvia que caía sobre su cabeza—. Lo siento. ¿Todo bien?

Intenté bajar la ventanilla, pero como mi auto era un hijo de puta, no pasó nada. En lugar de eso, puse los ojos en blanco y saqué mi lamentable trasero del vehículo.

—No sé qué pasa. No arranca.

Los rasgos típicamente soleados de MJ se transformaron en un ceño fruncido.

—Mierda. Bueno, no sé nada de autos. En absoluto.

Me reí.

—Yo tampoco. —Busqué en mi bolso para encontrar mi teléfono—. Está bien. Puedo llamar a alguien para que me lleve.

Su mano se aferró a mi antebrazo.

—No seas tonta. ¡Whip!

Levanté la cabeza cuando el brazo de MJ se agitó salvajemente por el estacionamiento.

Diablos. No.

—¡Oye! —volvió a gritar—. Necesitamos ayuda por aquí.

Mis mejillas se sonrojaron y agradecí la poca luz del estacionamiento. Me quedé detrás de la puerta abierta de mi auto, con el metal y el cristal actuando como una forma de protección contra la forma en que él se pavoneaba por el pavimento.

—Algo pasa con el auto de Emily. ¿Puedes ayudar?

Su ceño se frunció y yo fruncí el ceño por la reacción visceral que su malhumor provocó de inmediato.

—¿Qué le pasa? —preguntó en cuanto estuvo a su alcance.

—No estoy segura —ofrecí de mala gana—. No arranca. —Whip me miró fijamente durante un instante, así que me moví—. Está bien. Llamaré a mi papá para que me lleve.

—No seas tonta. —MJ se rió—. Whip, puedes llevarla a casa, ¿verdad?

Clavé los ojos en el rostro de mi nueva amiga. ¿Por qué *ella* no podía ofrecerse a llevarme a casa? Tragué con fuerza mientras esperaba su respuesta.

Se frotó una mano en la nuca, haciendo que sus bíceps se agruparan.

—Uh, claro.

Sacudí la cabeza.

—Estaré bien, de verdad.

Inclinó la cabeza hacia el extremo este del estacionamiento.

—Estoy estacionado ahí —dijo Whip.

Sin darse cuenta de la tensión latente entre nosotros, MJ sonrió.

—Gracias. Te llamaré en unos días, Em. Buenas noches, chicos. —Cuando se dio la vuelta, juro que la vi guiñar un ojo, pero lo descarté porque la poca luz jugaba con mis sentidos.

Cerré la puerta del conductor y volví a cerrar el auto. Whip cruzó el estacionamiento, ahora mojado por las gotas de lluvia, en dirección a su camioneta. Cuando se dirigió hacia el lado del copiloto en lugar de hacia el lado del conductor, me detuve.

Abrió la puerta de un tirón. Cuando no me moví, dejó escapar un suspiro exasperado.

—Sube a la camioneta, Prim. —Sus palabras eran ásperas, como papel de lija deslizándose sobre mi piel.

Mis huesos se derritieron, casi resbalando al pavimento en un charco de hormonas y *reconocimiento*. Por pura fuerza de voluntad, me metí en

la cabina de su camioneta. La puerta sonó al cerrarse y lo miré mientras rodeaba el capó bajo la lluvia y se ponía al volante.

Sin mediar palabra, Whip arrancó su camioneta y el motor rugió. Después de encender los limpiaparabrisas, saludó con tres dedos sobre el volante mientras esperaba a que una pareja cruzara el estacionamiento. En silencio, avanzamos por la calle hacia la arteria principal del pueblo.

Cuando la camioneta tomó una curva inesperada, me removí en el asiento.

—¿A dónde vas?

—A mi casa. La batería de tu auto probablemente esté muerta, y tengo un puente portátil en el garaje.

Como una niña petulante, me crucé de brazos en señal de desafío, sobre todo para disimular el hecho de que mis pezones se habían convertido en duros guijarros gracias al frío de la lluvia.

—Podrías haberme dejado en el estacionamiento esperando a que volvieras.

Whip resopló pero no apartó la vista de la sombría y sinuosa calle.

—No voy a dejarte en el oscuro estacionamiento de un *bar*, Prim.

El tono protector de su voz me produjo un escalofrío y me apreté más la rebeca.

Mi movimiento llamó su atención y encendió la calefacción, jugando con la rejilla de ventilación y apuntando en mi dirección.

—¿Tienes frío?

—Estoy bien —mentí. *No* estaba nada bien. Se me ponía la piel de gallina al estar tan cerca de él. La cabina de su camioneta se convirtió en una pequeña burbuja llena de su aroma masculino con mis pezones adoloridos y necesitados.

Su casa.

A pesar de haber estado ahí una sola vez, estaba repleta de deliciosos y obsesionantes recuerdos. Recuerdos que deseaba olvidar pero que, al

mismo tiempo, no me importaba usar para excitarme de vez en cuando. Me removí en el asiento mientras la presión crecía entre mis piernas.

Santa mierda.

Necesitaba controlarme. La mitad del tiempo no nos soportábamos, y el resto del tiempo estábamos en presencia de mi papá.

El corto trayecto hasta su casa transcurrió en un tenso silencio. Cuando se detuvo en el camino de entrada, exhalé un suspiro de alivio. Podría superarlo. Cuando llegamos a su casa, Whip abrió las grandes puertas del garaje independiente de su propiedad, en lugar de las del garaje anexo.

La lluvia golpeó el parabrisas cuando entró en el estacionamiento. Después de estacionarse, me miró a los labios y se alejó rápidamente.

—Ahora vuelvo.

Una cálida luz inundó el garaje, iluminando el amplio espacio. Me di cuenta de que no era el típico garaje de autos, sino más bien un taller de algún tipo. Vigas a la vista y cabrios de madera enmarcaban el espacio. Los proyectos de madera -que parecían muebles en su mayoría-, estaban en distintos estados de terminados. Intenté casar la naturaleza despreocupada e indiferente del hombre que creía conocer con alguien capaz de crear algo tan bello y con tanta atención al detalle.

Curiosa, salí de la camioneta mientras Whip buscaba el cacharro para puentear la batería del auto. El olor a madera recién cortada se mezcló con la fragancia terrosa del barniz y me llenó la nariz. El taller era luminoso y limpio. Todas las herramientas estaban ordenadas en un enorme banco de trabajo que ocupaba toda la pared del fondo. En el centro de la habitación había una mesa hermosa que parecía recién lijada. Era larga, lo bastante grande para acomodar al menos a ocho personas, y tenía las patas de madera bellamente torneadas.

Pasé la mano por la superficie pálida y lisa como el cristal. El calor de la madera se filtró en las yemas de mis dedos.

Cuando oí sus pasos detrás de mí, no levanté la vista.

—Es bellísima.

—Seguro que sí. —Su voz profunda me acarició la piel.

Me giré y lo encontré mirándome fijamente. Como si mi atención lo hubiera sobresaltado, se giró rápidamente y colocó una pequeña máquina en la parte trasera de su camioneta.

La conciencia se apoderó de mí. La noche y la lluvia nos envolvieron en un capullo de soledad. Aquí, en su propiedad, no había nadie que nos viera. Ni papá, ni jefe, ni fantasmas de nuestro pasado.

Solo nosotros.

Me pasé una mano por el borde desabrochado de la rebeca y me rocé el pezón con las yemas de los dedos. Me quedé mirando el pecho de Whip mientras reunía el valor para mirarlo a los ojos.

Cuando lo hice, su fuego me devolvió la mirada. Su pecho subía y bajaba con respiraciones acompasadas.

—No te entiendo, Whip King. —Me sorprendí a mí misma de lo bajo y sensual que salieron las palabras.

Se acercó un paso más a mí, como un depredador acechando a su presa.

—¿Qué quieres decir?

—Justo cuando creo que te tengo calado, me sorprendes. —Di un paso hacia el banco de trabajo del fondo del taller y pasé la mano por el frío metal de sus herramientas. Le lancé una mirada ardiente por encima del hombro—. No me gustan las cosas que no puedo entender.

Me giré y me apoyé en su banco de trabajo. El calor chisporroteaba en mi interior y la lluvia golpeaba contra el techo metálico, ahogando el resto del mundo.

—Nunca te pedí que te gustara. —Dio otro paso adelante, acortando la distancia entre nosotros.

Se me apretó el estómago y levanté la barbilla en señal de desafío. Su mano se dirigió a mi cadera y me apretó, yo deslicé mi palma por su pecho. Un paso más y su cuerpo estaba pegado al mío. La dureza de su

cuerpo me oprimió mientras me encontraba atrapada entre él y el banco de trabajo.

—No. Solo me pediste que te rogara. —Levanté una ceja y vi cómo sus ojos azules se oscurecían.

Su mano derecha se deslizó desde mi cadera hasta mi pecho y me rodeó la garganta. Mi cabeza se inclinó hacia atrás para mantener el contacto visual mientras mi piel se encendía.

—Me gusta cómo gimes cuando por fin te doy lo que necesitas. —Su mano se apretó débilmente alrededor de mi garganta—. No tengo que gustarte para que me permitas elogiar lo bien que tomas mi polla.

La cuerda de mi control se rompió ante su promesa, agarré con fuerza su camisa y atraje su boca hacia la mía.

17

Whip

Esta maldita mujer me hizo perder hasta el último gramo de control. Mi boca se apoderó de la suya, caliente y salvaje y el gemido que escapó de su garganta no hizo más que avivar el fuego en mi interior mientras mi lengua se introducía en su boca.

Las horas sentado frente a ella en la noche de trivia fueron pura tortura. Cada vez que ella no miraba, yo la miraba a ella. Mi cabeza sabía que era un error siquiera pensar en Emily Ward, pero el mero hecho de estar en su presencia era como un disparo en el pecho.

No podía pensar con claridad cerca de ella, y eso me molestaba. Volqué esa rabia y frustración en mi beso. La frustración contenida durante *días* y semanas me abrumó. Mis manos recorrieron su ropa. Eché la cabeza hacia atrás y el calor me recorrió cuando me di cuenta de que no llevaba sujetador bajo la sedosa blusa.

Una sonrisa sensual se dibujó en su rostro mientras se lamía el labio. Un gruñido me recorrió por dentro y pasé una mano por el banco de trabajo, haciendo que los bloques de madera y las herramientas cayeran al suelo. La agarré por las caderas y la levanté sobre la superficie de madera.

Mis labios se apretaron contra su cuello, mordiendo y lamiendo su palpitante pulso. Sus piernas me rodearon, clavando sus botas en mi espalda y apretándome contra ella. Le acaricié el trasero y le pasé una mano por la cara externa del muslo.

Me enderecé y me puse a su altura.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —Mis pulgares acariciaron sus duros pezones bajo su sedosa blusa.

Estaba sin aliento y nerviosa. Un rubor recorrió sus mejillas y su cuello.

—Sí. Puedes follarme con odio si eso es lo que pides.

Mis cejas se fruncieron.

—¿Odio? —Mi palma recorrió la columna de su cuello y le di un apretón de prueba, y sus caderas se movieron hacia adelante—. ¿No podemos llamarlo simplemente follar con fuerte aversión?

Su respiración se entrecortó mientras su pierna subía por mi espalda.

—Me importa una mierda cómo lo llames, solo fóllame.

Me incliné hacia adelante para gruñirle al oído.

—Solo si dices por favor, Prim. Sabes que me gusta cuando suplicas por mi polla. —Le mordí el lóbulo de la oreja, ganándome un pequeño aullido.

Metió la mano entre los dos y me tocó la erección a través de los jeans.

—Dios, por favor. Por favor, por favor. *Necesito* que me folles.

Me elevé por encima de ella, erguido para alcanzarme por detrás de la cabeza y quitarme la camiseta. Sus uñas me rastrillaron el pecho. Su cabello rubio le caía sobre un ojo mientras su mirada hambrienta recorría mi pecho desnudo. La rebeca se le cayó de los hombros y le colgaba de los codos. Los delicados tirantes de su blusa parecían tan finos que podían romperse, y resistí el impulso de deslizar un dedo bajo uno y jalarlo.

En lugar de eso, la agarré por el trasero y la presioné contra mí. Sus brazos me rodearon los hombros. Girando, me desplacé hacia la mesa inacabada del centro de mi taller. La superficie recién lijada sería más suave para su piel y me daría espacio suficiente para adorarla todo el tiempo que quisiera.

Me sentía abrumado por ella. Nuestras manos rasgaban la ropa: yo le quité las botas, ella jaló el botón de mis jeans y yo le bajé los suyos por

los muslos. Cuando ambos estuvimos desnudos, mi mano patinó sobre su suave piel. Colocó los brazos detrás de su espalda, mostrándome cada centímetro y llevé mi boca hasta su garganta. Ella inclinó la cabeza y suspiró cuando le chupé el hueco de la clavícula.

Emily se metió entre los dos y me agarró la polla con las manos. Mi polla palpitaba y ella ronroneó, deslizando los dedos por las hileras de piercings. Frotó la punta con el pulgar y gemí.

—Me gusta esto —susurró mientras las yemas de sus dedos patinaban sobre cada barra de la parte inferior de mi polla—. ¿Es para ti o para mí?

Miré hacia abajo, lanzándole una mirada de suficiencia.

—Las dos cosas. —Su mirada se clavó en mí mientras continuaba—: Aumentan las sensaciones para mí, claro, pero el verdadero placer es ver cómo tu coño se esfuerza por absorberme y seguir alimentándote un centímetro más.

—Jesús, mierda. —Sus caderas se agitaron y su cabeza se inclinó mientras deslizaba mi mano entre sus muslos. La acaricié con movimientos suaves, pero no la penetré. Todavía no.

Emily balanceó las caderas sobre mi mano y gimió. Su sexo brillaba, listo y esperando a que la follara. Le metí un dedo y presioné el clítoris con el talón de la mano. Ella se echó hacia atrás, apoyándose en los codos, mientras yo le metía otro dedo. Mi polla palpitó al verla tendida sobre mi mesa mientras yo la follaba con los dedos.

Me dolía por estar dentro de ella.

—No. No te muevas. —Mis ojos destellaron una advertencia mientras deslizaba mis dedos fuera de ella y me torturaba con su sabor.

Por suerte, me hizo caso y se quedó donde estaba mientras yo me dirigía a mi camioneta para sacar un condón de la guantera. Guardé unos cuantos después de perder el control y casi follarla contra el auto en la entrada de casa de sus papás.

Todavía acostada para mí, observó cómo enrollaba el preservativo por mi cuerpo. Estaba sin aliento y esperando.

—Es molesto lo jodidamente sexy que eres.

Jadeé mientras la contemplaba.

—¿Cómo crees que me siento? Arriesgo todo porque no puedo alejarme de ti.

La tensión se agolpó en mi espalda. Iba a morir si no me enterraba dentro de ella. Agarrándome la polla, me di unos fuertes tirones para liberar parte de la tensión y ella abrió más las rodillas.

Mis ojos se desviaron hacia los suyos.

—No te burles de mí, Prim.

Bajé la boca hasta su pecho y la acaricié con la lengua. Mi otra mano arrastró mi polla contra sus piernas abiertas, provocando su entrada. Chupé y usé suavemente los dientes para atormentarla y sus brazos temblaron.

Presioné la cabeza de mi polla contra su abertura.

—Whip. Por favor. —Sus muslos se apretaron, pidiendo más.

Deslicé la cabeza de mi polla dentro de su apretado y mojado coño y me detuve. Respiré entre dientes mientras una onda expansiva me recorría. El calor se apoderó de mi espina dorsal. Mi cuerpo me pedía a gritos que la penetrara con fuerza y furia.

En lugar de eso, me quedé quieto y la vi estirarse a mi alrededor.

—Jesús, esto nunca se ha sentido mejor. ¿Más?

Tragó saliva y asintió. Le di otro centímetro, deslizando el primer juego de barras dentro de ella. Sus caderas se movieron hacia arriba, pidiéndome aún más. Arrastré tortuosamente lento antes de ir más profundo.

—Sí. Sí —jadeó—. Eso es lo que necesitaba.

Me agarré la base de la polla, deseando no correrme demasiado rápido.

—Eso no es ni la mitad, Prim. Tienes que relajarte para que pueda llenarte. Necesito llegar más profundo. —La cuerda de mi control se deshilachaba por los extremos. Apreté los dientes mientras su coño se apretaba y se estiraba a mi alrededor—. Puedes soportarlo.

Su respiración se entrecortó y sus rodillas se ensancharon. Gimió y se relajó lo suficiente como para que le metiera otro centímetro.

—Qué jodida buena chica. —Le di un masaje en el muslo mientras la penetraba hasta el fondo y me detuve cuando estaba enterrado hasta la empuñadura—. Mierda, Em.

—Estoy tan llena. Santa mierda.

Sin dejar de agarrarle el muslo, moví las caderas. Su cuerpo se tensó antes de empezar a relajarse. Tenía la mandíbula desencajada y me la imaginaba así, abierta de piernas, mientras le pintaba la boca y las tetas con mi semen.

—Necesito moverme, bebé. ¿Estás bien? —Mis manos se movían delicadamente sobre sus pechos y su vientre. Usé los dedos para acariciar su clítoris y sentir cómo se estiraba a mi alrededor.

Su coño palpitaba.

—Sí. ¿Tú?

—Dios, te sientes tan bien.

Emily balanceó las caderas y una sonrisa perversa se dibujó en su rostro. Atrás quedó la bibliotecaria remilgada y en su lugar había una bromista sexy que suplicaba que me la follara. Un interruptor se encendió dentro de mí y mi cuerpo rugió.

Me abalancé sobre ella, presionando mi polla hasta el fondo, y cubrí su cuerpo con el mío. La inmovilicé con las caderas y le agarré las muñecas, colocándolas por encima de su cabeza.

La penetré con fuertes y profundas embestidas, y dejé que su respiración agitada y el rechinar de sus caderas guiaran mi ritmo. Fui brusco y dominante, pero ella me correspondió golpe a golpe.

El calor y la tensión crecían en la base de mi columna vertebral. Follármela con fuerza y ver cómo sus tetas rebotaban al compás era una tortura. Apreté la base de mi polla contra su clítoris y sentí que todo su cuerpo se tensaba. Jaló sus brazos para liberarse, pero yo se los sujeté con firmeza. Su coño era una prensa alrededor de mi polla, y mi visión se nubló por el calor y la intensidad.

Entonces lo sentí.

Pulsaciones profundas y rítmicas alrededor de mi polla mientras su orgasmo se desataba. Solté una muñeca y pellizqué un pezón entre mis dedos, haciendo rodar y arrancando cada gota de ella. Juró, gritó y maldijo mi nombre. Mi nombre en sus labios era todo lo que necesitaba, y mi polla se engrosó y palpitó. Dos bombeos más y exploté dentro de ella. Todo mi cuerpo se estremeció mientras me ordeñaba hasta la última gota. Mis manos se deslizaron sobre su piel caliente y sudorosa.

Emily tarareó y se quedó flácida debajo de mí. Tenía los mechones de cabello sudorosos pegados a la frente. Mi polla, aún dura, podría haber permanecido enterrada en ella una eternidad, pero me agarré por la base alrededor del condón y salí lentamente de su interior.

Exhaló y se apoyó el dorso de la mano en la frente.

—¿Qué demonios fue eso?

Me reí entre dientes y tomé unas toallas para limpiarla.

—Sexo con odio, supongo.

Tambaleante, se incorporó, sin avergonzarse de su propia desnudez.

—Te dije que era sexy.

Encantado, me abalancé sobre ella, agarrándola por la nuca y besando sus labios hinchados. No me atreví a decir que *no* era sexo con odio. En lugar de eso, la ayudé a limpiarse y me deshice del condón antes de volver a vestirme.

Mientras me ponía la camiseta por encima de la cabeza, eché un vistazo al garaje. Era un desastre total. Suspiré y me pasé una mano por el cabello. Sobre la mesa, en una ligera capa de serrín, estaba la huella del trasero de Emily.

Su mirada siguió la mía y su aguda carcajada llenó el garaje.

—Dios. —Volvió a reír y se acercó a la mesa con la mano levantada.

Le agarré la muñeca.

—Ni se te ocurra. —Sonreí ante la perfecta marca en forma de melocotón—. Eso se queda.

—Ugh. ¿Por qué estás tan enamorado de mí? —Se rió entre dientes y puso los ojos en blanco antes de acomodarse la rebeca—. Supongo que el sexo valió la pena después de todo —bromeó.

Se me secó la boca y se me formó un nudo en la garganta. No existía ningún universo en el que se me permitiera enamorarme de Emily Ward, pero sus palabras fueron un puñetazo en mi pecho. Claro, ella era divertidísima y fuerte de voluntad y el mejor sexo de mi vida, pero ¿amor? De ninguna manera. No en esta vida.

La miré con toda la sinceridad que pude reunir. Se merecía saberlo.

—Tú lo vales, Prim.

Emily se sonrojó y se apartó de mí como si mis palabras fueran demasiado, demasiado pronto. Se detuvo en el umbral de la puerta abierta del garaje y miró hacia la lluvia. Tenía el cabello revuelto y los pies descalzos, pero era innegable que era la mujer más hermosa que vi nunca.

Miró hacia la oscuridad mientras llovía a cántaros.

—Creo que esta tormenta está aquí para quedarse.

Ni siquiera me había dado cuenta de los relámpagos y los truenos que se oían a lo lejos. Estaba demasiado absorto en *ella.*

Me pasé una mano por el cabello.

—Eso parece.

Su mano descansaba delicadamente sobre la cama de mi camioneta.

—Estoy demasiado alterada para volver y averiguar qué le pasa a mi auto. ¿Quieres pasar el rato?

Consideré su propuesta.

—Pasar el rato. ¿Como... amigos?

Sonó su risa.

—Bueno, no sé qué clase de amigas tienes, pero yo nunca he hecho *eso* con ninguno de mis amigos. —Hizo un círculo con el dedo hacia la mesa.

Sonreí.

—Tienes razón.

—¿Sabes lo que siempre he querido hacer? —Inclinó la cabeza pensativa.

—¿Qué?

—Sentarme en la parte trasera de la caja de una camioneta y mirar las estrellas. Como en las películas.

Sonreí al ver cómo en cuestión de segundos podía pasar de embriagadora gatita sexual a irresistiblemente linda.

—No creo que vayas a ver ninguna estrella esta noche, pero espera.

Rápidamente me dirigí al armario metálico del lado del garaje y saqué una gran manta de lana. Tras quitar el puente de la batería del auto, coloqué con cuidado la manta en la parte trasera de mi camioneta.

Golpeé la cama dos veces con la mano.

—Sube.

Con un movimiento rápido y sorprendente, Emily plantó un pie en la rueda de mi camioneta y se metió en la caja, apoyando la espalda en la cabina. Tomé una segunda manta para sus piernas por si la lluvia le daba frío. Luego subí y me senté a su lado.

Su brazo se apoyó en el mío y no intentó apartarse. Me relajé y contemplé la tormenta. Con Emily a mi lado, me sentía bien.

Demasiado bien.

Y no sabía qué demonios hacer al respecto.

18

Emily

Escuchar la lluvia y los truenos en la caja de la camioneta de Whip era surrealista. Mi cuerpo zumbaba con el tipo de satisfacción que solo se obtiene con un sexo increíblemente bueno. Al menos, eso era lo que podía *imaginar*, ya que nunca había practicado sexo de ese tipo.

Bueno... antes de Whip al menos.

Me dolía el cuerpo de la forma más deliciosa y, a pesar del palpitar entre mis piernas, ya tenía ganas de otra ronda. El sexo con Whip me estaba haciendo delirar, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que, de algún modo, lo consideraba una especie de *amigo*.

El golpeteo musical de la lluvia sobre el tejado metálico era relajante. Mis pies rebotaban al débil ritmo.

—Entonces eres bombero.

Whip se rió entre dientes al ver cómo la palabra *bombero* destilaba sorna.

Me miró, sin diversión.

—Me alegro de que seas capaz de mantener el ritmo.

Su suave broma me hizo soltar una risita. Le di un codazo.

—No, ya sé que eres bombero. Por supuesto, pero... ¿por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Mi cara se torció mientras lo estudiaba.

—Bueno, es peligroso, para empezar. Además, los horarios son raros.

Asintió con la cabeza.

—Somos una comunidad pequeña, así que tenemos dos bomberos y paramédicos. Eso mantiene las cosas interesantes. —Se encogió de hombros—. Yo caí en la trampa, y en un pueblo pequeño no es tan peligroso como crees. Los horarios extraños me dan tiempo para hacer otra cosa.

—¿Como hacer muebles? —pregunté.

—Exacto. —Whip se quedó mirando en la oscuridad. Era obvio que no solía hablar de sí mismo.

Incliné la cabeza, realmente curiosa.

—¿Qué te gusta más, ser bombero o paramédico?

Se burló ligeramente.

—Supongo que nunca nadie preguntó.

Me encogí de hombros.

—Bueno, te pregunto. ¿Es porque te encanta la adrenalina de luchar contra un incendio, o es por otra cosa?

Whip me miró atentamente, como si midiera sus palabras. Nuestra relación era conflictiva en el mejor de los casos, y yo era la hija de su jefe, que le preguntaba directamente por su trabajo.

Finalmente, respondió.

—Quería ser paramédico.

Cuando lo miré con ojos esperanzados, instándole a continuar, cruzó los pies descalzos y se acomodó.

—Estaba en una excursión de snowboard en mi último año de universidad cuando me separé del grupo para probar un lado de la montaña en el que nunca había subido. Era arriesgado ir solo, pero no me importó.

Los ojos de Whip se clavaron en la lluvia como si estuviera ensimismado recordando aquel día.

—Fue una carrera épica. La nieve estaba fresca y profunda en el interior. Atravesé unos estrechos grupos de árboles cuando algo me llamó la atención. Me detuve y miré hacia atrás, y se me cayó el estómago cuando me di cuenta de que era la punta azul de una tabla de snowboard que asomaba entre la nieve.

—Mierda. —Mis ojos se abrieron de par en par mientras avanzaba, embelesada por su historia.

—Sí. Fue malo. Sabía en mis entrañas que probablemente había alguien enterrado en la nieve, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba ahí. Estaba bastante convencido de que estaba a punto de descubrir un cadáver. Mi corazón latía con fuerza. Me costaba moverme por la nieve profunda, pero iba tan rápido como podía, usando mi tabla para impulsarme hacia adelante. Cuando llegué hasta él, empecé a cavar.

Me llevé los dedos a los labios.

—¿Estaba muerto?

Sacudió la cabeza.

—Sorprendentemente, no. Le quité la nieve de la boca y la nariz, y estaba consciente. Vivo y alerta. Sus amigos lo habían estado llamando por radio, pero tenía los brazos inmovilizados por la nieve. Había caído en un pozo, y cuanto más se movía, más se acumulaba la nieve a su alrededor.

—Le salvaste la vida. —Un dolor en mi pecho floreció. *Whip es realmente un héroe.*

—Sí, lo hice, pero también él salvó la mía, en cierto modo. Cuando lo bajamos de la montaña y mi pulso volvió a la normalidad, supe exactamente lo que quería hacer. Terminé la carrera de administración solo para tener el título y apaciguar a mi papá, pero luego me di la vuelta y descubrí cómo hacerme paramédico.

Sacudí la cabeza y sonreí suavemente hacia mi regazo.

—¿De qué te ríes?

Me giré para mirarlo. Algo estaba cambiando entre nosotros, y aunque no sabía exactamente qué hacer al respecto, me gustaba.

—Es una gran historia. Llena de peligros y aventuras y un final realmente feliz.

Suspiré, cerré los ojos y me apoyé en la ventanilla trasera de la camioneta. Todavía podía sentir sus ojos estudiando mi cara, así que le eché un vistazo por debajo de las pestañas antes de volver a cerrarlos.

—Mi vida no es peligrosa ni aventurera, y a cómo han ido las cosas... no estoy segura de si al final tendré ese final feliz. —Avergonzada por haberme expresado así, giré la cabeza y le sonreí.

Levantó un hombro.

—La noche aún es joven. —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. Tal vez después de otro orgasmo o dos, pensarás diferente al respecto.

Se inclinó hacia mí, ocupando mi espacio. Sus labios eran sorprendentemente suaves y delicados mientras me besaba en la comisura de los labios. Mi cuerpo zumbaba.

Apreté mi mano contra su pecho.

—¿Qué estamos haciendo, Whip?

Sus ojos buscaron los míos y frunció el ceño.

—¿Esta es la charla de *"¿Qué somos?"*?

—No. —Lo empujé juguetonamente—. ¿Sí? No realmente. Es la charla *¿Cómo seguimos haciendo esto sin arruinar la vida de los dos?*

Reprimió una sonrisa.

—¿Así que quieres seguir haciendo esto?

Le lancé una mirada simple y luego llené mis pulmones antes de poner un aire de despreocupación.

—Quiero decir... no eres *terrible* en la cama. —Me encogí de hombros—. Supongo que podríamos seguir haciéndolo.

Sonrió y se acercó.

—Oh, ¿no soy terrible, eh?

Apoyé la espalda en la cabina de la camioneta, relajándome.

—He tenido peores. —La risa amenazó con salir de mí, pero la contuve.

Levantó las cejas.

—¿Has tenido peores? —Sus dedos se clavaron en mis costados, haciéndome cosquillas mientras me acercaba. Solté un grito de placer y me desplomé sobre la plataforma de su camioneta en un ataque de risa.

—¡Para! ¡Nada de cosquillas! Eso es hacer trampa. —Apenas podía respirar, me estaba riendo tan fuerte.

Su risa burlona se plegó sobre mí, envolviéndome en calidez mientras su cuerpo cubría el mío.

—Dilo. —Sus dedos bailaron sobre mis costillas—. Di que mi polla te parece bonita.

La ridiculez de su petición me hizo estallar en una carcajada estridente y se me saltaron las lágrimas. Intentando recuperar la compostura, me retorcí debajo de él, sintiendo cómo su polla se engrosaba entre nosotros.

—¡Bien! —grité al aire—. Eres mejor que la media.

Whip me maniobró debajo de él, inmovilizándome con sus caderas.

—Eres una mocosa.

Junté los labios y en mis ojos brilló el desafío. Cuando me hizo señas de que volvería a hacerme cosquillas, levanté las manos.

—¡Me encanta tu polla!

Con una sonrisa de satisfacción, Whip se sentó sobre sus talones. Se llevó una mano a la oreja.

—Lo siento. ¿Qué fue eso? No entendí la última parte.

Me apoyé en los codos, pero no me aparté. Mis caderas se apretaron contra él y mis muslos cayeron sobre los suyos. Los dos estábamos sin aliento y nos reíamos.

—Dije: "Me encanta tu polla". ¿Feliz?

La sonrisa de Whip era amplia y blanca.

—Mucho. —Tiró de mis caderas imposiblemente más cerca mientras sus manos se deslizaban por mi blusa y se posaban en mis costillas—. Creo que todo en ti es perfecto.

Sus ojos me recorrieron y un hormigueo inundó mi organismo. ¿Cuántas veces me dijo Craig que no daba la talla? ¿Cuántas veces estuve a punto de romperme para ser la mejor estudiante, la mejor profesora, la mejor *en todo*, solo para sentirme lo suficientemente buena?

Después de toda una vida de no pertenecer, Whip tenía una forma de hacerme sentir *vista* sin esfuerzo. Era desconcertante. Adictivo. Era el tipo de hombre del que estaba segura que podría destruirme, pero había algo en él de lo que no podía alejarme.

La parte racional y superior de mi cerebro no podía descifrar la esperanza que florecía en mi interior cada vez que nos mirábamos. Siempre fui la mujer que hacía las cosas bien, la buena chica que seguía las reglas, pero por una vez quería romper todas las reglas que había establecido. La única chica buena que quería ser era la *suya.*

Me invadieron las emociones, pero intenté disimularlo lo más despreocupadamente posible.

—Mantengamos esto entre nosotros, ¿okey?

Una sonrisa malvada se dibujó en la cara de Whip.

—Puedo hacerlo.

Le puse las manos sobre los hombros.

—No podemos decírselo a nadie, y me refiero a *nadie*.

Un oscuro deseo se arremolinó en sus ojos.

—Me parece bien. Además, un espectáculo público no es realmente lo mío.

Ladeé una ceja, con la esperanza de recalcar mi punto de vista.

—Entonces, ¿estás de acuerdo? ¿Amigos?

—Diría que amigos es una exageración después de lo que acabo de hacerte pero... sí, algo así. —Sus palabras me invadieron, provocándome un hormigueo desde los dedos de los pies hasta el cuero cabelludo. Luego gruñó mientras levantó más mi cadera y me clavaba a la cama de su camioneta con un beso.

19

Whip

No me merecía una mujer como Emily Ward. Eso era un hecho, pero cuando ella me miró con una mezcla de esperanza y deseo en los ojos, yo estaba jodidamente perdido.

No importaba que fuera la mujer más sexy que había conocido. Era rígida y testaruda, pero yo era el afortunado hijo de puta que podía verla deshacerse. Era la cosa más hermosa que jamás había presenciado.

Después de follar -otra vez-, en la parte trasera de mi camioneta, la arropé a mi lado mientras veíamos cómo empezaban a disiparse las nubes de lluvia. No solía abrazar a nadie y era desconcertante lo bien que encajaba en el hueco de mi brazo.

Miré el reloj del garaje y Emily notó dónde se posaba mi atención. Bajé la mirada hacia ella.

—Se está haciendo tarde.

La expresión soñadora y medio dormida de su rostro se transformó en un ceño fruncido y se puso rígida.

—Oh. Cierto. Supongo que debería irme. —Apenas me miró mientras se zafaba de mi abrazo—. Tengo que tomar el auto.

Le apreté el hombro, deseando que se relajara.

—Es tarde. Abel ya habrá cerrado la cervecería. Tu auto estará bien en el estacionamiento hasta mañana.

Se mordió el labio y me miró a los ojos.

—Es que... si alguien lo ve, podría decírselo a mi papá. Se preocuparía y probablemente enviaría a la caballería.

Consideré su lógica por un momento. En Outtatowner, los chismes se extendían más rápido que la mantequilla sobre una tostada caliente. Aun así, no estaba listo para que nuestra noche terminara. Emily era una persona que apreciaba la franqueza, así que pensé que era hora de dejarnos de tonterías.

La miré con el ceño fruncido.

—Quiero que te quedes.

—Oh. —La pequeña sonrisa en la comisura de sus labios la delató—. Okey, claro.

Asentí con la cabeza, me levanté con cuidado y salté de la cama de la camioneta. Estiré la espalda y, a pesar del acolchado de la manta, me di cuenta de que la espalda y las rodillas me iban a sentar fatal por la mañana.

Le tendí la mano a Emily. Ella deslizó la suya en la mía y saltó con elegancia de la parte trasera de la camioneta.

—¿Qué pasa, viejo? ¿No puedes seguir el ritmo?

Se me torció la cara.

—¿Viejo? No soy tan viejo. —Sus cejas subieron por su frente mientras me veía fijamente. Puse los ojos en blanco—. No importa. No soy viejo.

Su risita bailó sobre mi hombro mientras me dirigía hacia la casa principal. Era el sonido más bonito del mundo, aunque se estuviera burlando de mí.

Emily trotó para seguirme el ritmo.

—Bueno, ¿qué edad tienes, a todo esto?

—¿Acaso importa? —La miré y saqué las llaves del bolsillo.

Se encogió de hombros.

—Supongo que no. Solo curiosidad.

Metí la llave en la cerradura e hice una pausa.

—Tengo cincuenta y dos años. —El asombro se reflejó en su rostro y no pude contener la risa—. Acabo de cumplir treinta y uno.

Emily exhaló aliviada.

—Oh. Genial. Estupendo. Tengo veinticinco años.

—¿Aliviada de que no te estés follando a un viejo? —bromeé mientras la puerta se abría con un suave ruido sordo y me hacía a un lado para que ella entrara.

Sin perder un segundo, Emily pasó a mi lado.

—*Eres* un viejo.

Le di una palmada en el trasero cuando cruzó el umbral y fui recompensado con un aullido risueño. Una vez dentro, encendí algunas luces y una luz cálida inundó mi casa. Emily dio unos pasos y miró a su alrededor.

El salón se desplegaba en tonos cálidos y robustos detalles de madera que reflejaban el estilo artesano de mi casa. Emily rozó con la punta de los dedos el brazo de un sillón de cuero antes de caminar hacia la chimenea. Era masculino y sencillo, pero era mi hogar. Intenté leer su expresión mientras giraba en círculo para contemplar mi santuario.

—Esto es hermoso, Whip. —Sonrió frente a las estanterías de madera hechas a mano que flanqueaban la chimenea—. ¿Los has leído todos?

Disfruté viendo a Emily disfrutar de mi espacio como si fuera la primera vez que estaba ahí, lo cual, dada su precipitada salida la primera vez, supongo que tenía sentido. Humilde de que apreciara mi casa, me metí las manos en los jeans.

—Todavía no.

—Esta vista. —Emily se giró hacia el ventanal que enmarcaba las vistas del paisaje boscoso apenas visible en la oscuridad. Se giró y sonrió—. No me esperaba esto.

Entrecerré los ojos hacia ella.

—¿Qué esperabas? ¿Mesas auxiliares de cajón de leche y un colchón en el suelo?

Soltó una risita.

—Quiero decir... más o menos. —Agitó una mano delante de ella—. Eso sería muy del estilo para un bombero.

Sonreí y acorté la distancia que nos separaba en dos zancadas.

—Bueno, quizá no soy como todos los bomberos que conoces.

Inclinó la barbilla para mirarme.

—Y supongo que no soy como todas las bibliotecarias que conoces.

Mis ojos brillaron con humor.

—¿Ves? Sabía que había una bibliotecaria escondida en alguna parte. —Le acaricié la punta de la nariz respingona y sonreí.

Cuando su estómago gruñó audiblemente, la tomé de la mano y la jalé hacia la cocina.

Ahí, la artesanía continuó con armarios de roble hechos a medida y un salpicadero meticulosamente alicatado. El fregadero, de porcelana blanca y reluciente, daba a un huerto donde había plantado diversas hortalizas. Los campos de arándanos se extendían más allá del límite de mi propiedad y se perdían en el horizonte.

Una lámpara colgante proyectaba un ambiente cálido e iluminaba una mesa de comedor artesanal rodeada de sillas de estilo Craftsman, cada una con el sello de un carpintero en prácticas. Ninguna de ellas encajaba, ya que estaba probando diferentes estilos cuando las hice, y distaban mucho de ser perfectas, pero eran mías.

Emily me sorprendió saltando sobre la encimera. Me coloqué entre sus rodillas. Las yemas de sus dedos se entrelazaron mientras sus brazos me cubrían los hombros.

—Siéntete como en casa —bromeé.

—Me gusta tu casa. —Sonrió—. Es tan... tú.

Le acaricié la columna del cuello e inhalé su aroma sutilmente dulce y femenino.

—Gracias.

—¿La construiste tú?

Cantó cuando besé suavemente su piel caliente.

—No, pero he disfrutado remodelándola. Haciéndola mía. —Le rocé la clavícula con los dientes, provocándole un escalofrío de placer—. Me gusta hacer mías las cosas.

Su risa entrecortada disparó calor directo a mi ingle.

—Ya lo veo.

Me eché hacia atrás y la miré a los ojos, sintiendo una oleada de posesividad.

—¿Eres mía, Prim?

En sus ojos azul mar brilló un atrevido desafío mientras arqueaba una ceja.

—Por ahora.

Mis palmas subieron por sus muslos y apretaron.

—Por ahora. —Odiaba como sonaba, pero apreciaba un buen desafío—. Vamos a darte algo de comer.

Me aparté de ella, añorando ya el calor de su piel, y examiné lo que tenía en el refrigerador. Sin mirarla, busqué los ingredientes.

—Sé que es tarde, pero ¿qué tal unos camarones?

—¡Ja! —ladró—. Esperaba mantequilla de cacahuete y mermelada o algo así. Los camarones suenan increíble. ¿No es mucho trabajo?

Saqué algunas cosas del refrigerador y las dejé en la gran isla de la cocina. *¿Para ti? Por supuesto que no.* La miré fijamente.

—No es mucho trabajo.

Emily saltó de la encimera y se unió a mí junto a la isla, buscando entre los ingredientes.

—Bueno, ¿cómo puedo ayudar? No soy muy buena cocinera, pero puedo seguir instrucciones.

—Para. —Puse mis manos sobre las suyas—. Solo déjame cocinar para ti.

Sus ojos se suavizaron y se abrieron de par en par. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que Prim siempre estaba ocupada tratando de ser útil y estar en lo más alto de su juego. Por una vez, solo quería que *se relajara*.

La agarré por las caderas y la subí a la isla. La señalé con el dedo.

—Siéntate.

Hizo un saludo alegre.

—Sí, señor.

Sonreí satisfecho y le cerré el paso.

—Cuidado. Puede que me guste demasiado. —Abrí el cajón junto a sus piernas, saqué un par de pinzas y las aplaudí en su dirección—. Háblame.

Emily jugó con su labio mientras recorría con la mirada los sencillos ingredientes de la encimera: camarones, mantequilla, ajo, limón y perejil. Le picaban las manos por tocarlos.

—Hablamos...

Estaba claro que para ella era un reto quedarse sentada. Sacudiendo la cabeza, saqué orzo del armario y sonreí mientras llenaba una olla grande de agua.

—Háblame del trabajo. ¿Cómo está Michael?

Se relajó con un suspiro.

—Michael ha estado bien. No más incidentes. El trabajo está... —Un surco se profundizó entre sus ojos—. Está bien.

Hice una pausa y bajé el fuego de la sartén.

—¿Solo bien?

—Me metí en un pequeño problema —admitió.

Tarareé mientras añadía mantequilla a la sartén y dejaba que se derritiera, luego pasé a salpimentar los camarones. Mantener mi atención en la comida y no en ella parecía ayudarla a sentirse más tranquila.

—Hice una cosa —continuó. Levanté la mirada para hacerle saber que la estaba escuchando—. Hay un chico en mi clase, Robbie. Es un gran chico, creativo y amable, pero un poco marginado. La escuela es dura.

Bajé el fuego de la sartén e invertí el plato para que todas los camarones cayeran al mismo tiempo.

—¿Cuál es su apellido?

—Lambert.

Fruncí el ceño ante los camarones y empecé a darles la vuelta.

—¿Conoces a la familia? —preguntó—. El papá es...

—Un imbécil resentido —proporcioné.

Emily rió entre dientes.

—Sí.

Centré mi atención en ella.

—¿Te hizo algo?

Su sonrisa se suavizó.

—No, nada de eso. Solo me di cuenta de que Robbie iba a la escuela con tenis que se estaban cayendo a pedazos, así que le compré un par nuevo.

Un dolor me pinchó en el pecho.

—Fue muy amable de tu parte.

—Sí, bueno, ninguna buena acción queda impune, al parecer. Su papá lo obligó a devolvérmelos, y luego irrumpió en la oficina amenazando a mi director. Me acusaron de "trato especial" y básicamente me dieron un tirón de orejas por eso.

Añadí ajo y dejé que los camarones chisporrotearan.

—No suena tan mal entonces. Aunque es una pena que el niño tenga que sufrir porque su papá no acepta la ayuda de otro.

—¡Exacto! Solo odio que este año no esté yendo como esperaba, ¿sabes? Realmente quiero que el director Cartwright vea que sería perfecta para un puesto a tiempo completo.

Saqué con cuidado cada camarón de la sartén caliente y los puse en un plato limpio mientras trabajaba en la salsa. Añadí el jugo de limón y el caldo de pollo y pasé una cuchara de madera por la sartén.

Emily inhaló.

—Dios, qué bien huele. ¿Dónde aprendiste a cocinar?

Se me hinchó el pecho de orgullo. En algún momento disfrutaba de los elogios de Emily tanto como de las burlas.

—Aprendí para la estación de bomberos. Nos turnamos para hacer las comidas, y hay que presumir. —Una idea me asaltó mientras escurría la pasta cocida—. ¿Así que te metiste en problemas porque Robbie era el único que necesitaba los tenis?

Emily reflexionó.

—Bueno, hay otros niños en la escuela que necesitan cosas como zapatos o ropa, pero esencialmente porque Robbie fue el único que *recibió* este supuesto trato especial, me reprendieron por mostrar favoritismo o una mierda así.

—Entiendo. —Reprimí una sonrisa mientras un plan florecía en mi mente—. ¿Por qué no dejas que yo me encargue?

Me vio con una expresión de escepticismo mezclada con incredulidad.

—¿Qué quieres decir?

Añadí la pasta escurrida a la mezcla de caldo en la sartén, luego añadí la ralladura de limón, un poco más de mantequilla y los camarones. Mezclé todo antes de tomar dos cuencos de pasta del armario. La picardía bailó en mis ojos mientras mi plan se solidificaba.

—No quiero que te preocupes de nada más que de comer.

Puse una ración de camarones en un cuenco y se la llevé.

—¿Trato hecho?

Sus ojos se cerraron mientras aspiraba el rico olor a mantequilla. Abrió los ojos y levantó una ceja.

—Tiene mucho ajo. ¿Seguirás queriendo besarme después?

Me reí y le di un beso en los labios.

—Cariño, pienso hacer mucho más que besarte, y también me lo voy a comer. Además, tengo un cepillo de dientes extra si eso te hace sentir mejor.

Su cuello y sus mejillas se mancharon de rosa cuando le guiñé un ojo e hice chocar mi tenedor contra el suyo. Emily seguía sentada en la isla y devoraba los camarones.

La vi pasarse por los labios porciones de pasta y camarones que la mantequilla hacía irresistibles. Nos reímos y hablamos de todo y de nada en el cálido resplandor de mi cocina.

Me pregunté si ella sentiría lo mismo que yo, que de alguna manera habíamos pasado de ir a la garganta del otro a ir a la ropa del otro sin perder el ritmo. Desde luego, no me enojaba.

Absurdamente, me froté el dolor que se formó en el centro de mi pecho, sabiendo que solo empeoraría cuando ella finalmente se fuera.

20

Emily

Con el estómago lleno de los camarones más deliciosos que había probado nunca, me metí en el cuarto de baño anexo al dormitorio principal de Whip. Su habitación era masculina y desprendía un aroma a ropa limpia mezclado con su colonia.

A pesar de mis burlas, no esperaba ver mesas auxiliares hechas con cajas de leche y un colchón en el suelo, pero definitivamente no esperaba ver lo bien organizada que estaba su casa. Hay que admitir que la primera vez que estuve en su casa, no la asimilé; estuvimos demasiado ocupados quitándonos la ropa.

Pero ahora que tenía la oportunidad de mirar a mi alrededor, gritaba calidez masculina. En la suite principal, la cabecera de su cama era una obra de arte con sus vetas de madera y sus líneas elegantes. Era la pieza central bajo un techo abovedado con pesadas vigas de madera. Los tonos apagados y los tejidos cuidadosamente elegidos creaban una atmósfera de serena fuerza, mientras el rítmico chirrido de un ventilador de techo se hacía eco de la brisa costera que se filtraba por las ventanas abiertas.

Me quejé interiormente al pensar en mis sábanas económicas y mi edredón elegido al azar. Estaba *bien*, pero desde luego no estaba tan cuidada como parecía estar la casa de Whip. Mientras me cepillaba los dientes, tomé nota de que debía renovar la ropa de cama por si Whip y yo pasábamos algún tiempo en mi apartamento.

Mirando alrededor del reluciente y enorme tocador del baño, dudé de que fuera necesario. Ir a mi casa también significaría arriesgarse a que alguien viera su camioneta y nos descubriera, algo que yo seguía sin estar dispuesta a hacer.

Se suponía que esto iba a ser divertido. Casual. No podía dejar que la forma sexy en que sus ojos se oscurecían cuando me veía descarrilara toda mi vida.

Puedes hacerlo informal.

Miré fijamente mi reflejo y me peiné antes de acomodarme las tetas en la blusa. Lo único que tenía que hacer era concentrarme en divertirme, y el sexo con Whip era *muy* divertido.

Me detuve en la puerta del cuarto de baño y miré hacia su habitación. Había encendido unas velas y retirado las sábanas azul marino de su cama. Whip se estaba quitando el reloj y colocándolo en una bandeja sobre la cómoda cuando se giró hacia mí.

Mi corazón tartamudeó.

Casual. Casual. Casual.

Tragué saliva y le dediqué una sonrisa sensual antes de cerrar el espacio que nos separaba.

Miré las filas ordenadas de pupitres vacíos de mi clase y se me llenaron los ojos de lágrimas. Lo conseguí. Los niños habían perdido todo el interés por la escuela en las últimas semanas, pero llegamos cojeando al final del curso. Mientras mis alumnos estaban en Educación Física, me preparé para una última hora con ellos como alumnos míos.

Mi aula estaba en silencio: no había zapatos que rozaran, ni el ruido de una silla contra el piso, ni risas estridentes que interrumpieran mi clase. Mi primer destino como profesora en Outtatowner llegaba oficialmente a su fin.

—Es increíble, ¿verdad? —La voz de Rachel me sobresaltó y agaché la cabeza para ocultar la oleada de emociones que sentía.

Gruñí para desatascarme la garganta y me pasé un trapo por debajo de los ojos.

—Hola. —Le ofrecí una sonrisa acuosa y ella se apartó del marco de la puerta y caminó hacia mí. Me rodeó con los brazos y me apretó.

—Siempre es una maravilla cómo salimos adelante, deseando que llegue el verano, ¿y en cuanto llega? Inmediatamente los extraño. —Me apretó el hombro y aspiró—. Al menos el olor sigue con nosotras.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro y solté una risa débil. El hedor de los adolescentes púberes estaba *maduro* y, desde abril hasta ahora, prácticamente necesitamos máscaras antigás para sobrevivir.

—Realmente es algo. Me han estado volviendo loca toda la semana, y hoy me encontré deseando que el reloj se ralentizara.

—Cuando los veas el año que viene, serán 30 cm más altos.

Me dolía el pecho. Para cubrirme las espaldas, presenté varias solicitudes en escuelas de los alrededores, pero no había mucho donde elegir dada la escasa rotación de personal en los pueblos pequeños. La preocupación se apoderó de mi mente. *¿Dónde estaré el año que viene?*

—Espero tener la oportunidad de verlo.

Rachel me soltó de su abrazo.

—¿No te enteraste? —Mis cejas se fruncieron—. Es oficial. Jenny Kirk no va a volver.

Busqué en su cara la verdad.

—¿En serio?

Su sonrisa se amplió.

—En serio. Se rumorea que esta mañana le dijo al director Cartwright que piensa quedarse en casa con sus hijos. Su dimisión es oficial desde hoy.

La esperanza y la emoción brillaron bajo mi piel. Mi mirada recorrió el aula.

Rachel me tocó el hombro cuando las voces de los niños se hicieron más fuertes en el pasillo.

—Así que tal vez no debas empacar el aula tan pronto.

Tragué saliva y sonreí.

—Quizá no lo haga.

—¡Bro! —Michael Marsh se detuvo en medio de la puerta y señaló hacia la pizarra donde había escrito su tarea final—. ¿Qué es esto?

Arqueé una ceja.

—¿Bro?

Su sonrisa tímida casi me hizo sonreír.

—Señorita Ward. —Inclinó la cabeza—. Vamos. —Su encantadora sonrisa no funcionó conmigo, pero eso no le impidió intentarlo—. ¿Una redacción? Es la novena clase y prácticamente las vacaciones de verano.

Miré mi letra en la pizarra y sonreí.

—Llevamos todo el semestre construyendo nuestra comunidad en el aula. Una parte de ella consiste en expresar gratitud. Una vez que terminemos la tarea, haremos una última fiesta de baile de salida, y por fin te librarás de mí.

Le guiñé un ojo a Michael y él sonrió. Se me hizo un nudo en la garganta mientras intentaba encontrar emoción en la perspectiva del final del curso escolar. Los alumnos entraron en fila y me coloqué a la cabeza de la clase. Pulsé el play para que una suave música de fondo sonara por los altavoces de la clase.

—Por favor, saquen sus diarios de gratitud y pasen a una página nueva. —Mis ojos recorrieron a mis alumnos, haciendo todo lo posible por memorizarlos. Señalé el mensaje—. Siéntate en silencio contigo mismo. Respira hondo. Cierra los ojos si te sientes bien. —En ese momento, casi todos los alumnos cerraron los ojos y se relajaron. Llegamos tan lejos en tan poco tiempo—. ¿Cuándo fue la última vez que te sentiste realmente en paz? ¿Con quién estabas? ¿Qué estabas haciendo? Tómate dos minutos para dejar que el recuerdo se reproduzca en tu mente como una película.

Miré a mi alrededor. Incluso la asistente de Michael estaba de pie al fondo de la sala con los ojos cerrados. Dejé que los míos se cerraran y respiré hondo.

El recuerdo del abrazo de Whip me inundó de calidez. Me sorprendió descubrir que le gustaban los mimos. A mí no. Por naturaleza, todo lo

que me impedía avanzar me resultaba intrínsecamente incómodo, pero de algún modo, la fuerza y la calidez de sus brazos a mi alrededor me permitían fundirme en él y simplemente *ser*.

—Ahora abran los ojos e intenten plasmar ese momento en su hoja. —Las expresiones soñadoras y las sonrisas suaves se transformaron en ceños concentrados mientras mis alumnos seguían mis instrucciones. Llevar un diario de gratitud era algo que estaba fuera del plan de estudios, pero yo lo entretejí en nuestras clases, y esperaba que hubiera tenido un impacto significativo en mis alumnos, aunque no continuaran con la práctica después de este año.

Un movimiento en la puerta me llamó la atención. La señora Kuder me miró con el ceño fruncido. Me acerqué a la puerta.

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarle?

Señaló el carrito que tenía detrás.

—Tienes una entrega.

Eché un vistazo al auto. Había cajas apiladas en él.

—¿En serio?

—Cada aula recibe una entrega, pero hay instrucciones especiales para que esta caja sea para *ti*.

Picada por la curiosidad, le hice un gesto para que entrara.

—Pase. Gracias.

Refunfuñó, sin inmutarse por mi amabilidad. Al parecer, seguía molesta porque me hice cargo de la fundación educativa.

Lo que sea.

Podía molestarse todo lo que quisiera. Con mi ayuda -y la de las Bluebirds, por supuesto-, la fundación había recaudado más dinero en unos pocos meses que en los últimos cuatro años *juntos*. Además, aún no habíamos organizado la feria.

La caja superior de su carrito tenía las palabras *Miss Ward* escritas con letra de imprenta pulcra y cuadriculada. Miré a la señora Kuder.

—¿De dónde han salido?

Las profundas arrugas alrededor de su boca se profundizaron.

—La estación de bomberos hizo una colecta benéfica. Cada aula de todo la escuela va a recibir algo. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. Todos los niños. ¿Puedes creerlo?

El corazón me dio un vuelco. *¿Por qué no dejas que me ocupe yo?* Las palabras de Whip resonaron en mi mente. ¿Podría ser?

Parpadeé y volví a centrar mi atención mientras crecía mi emoción.

—Gracias.

Con un gruñido y un manotazo, nuestra gruñona bibliotecaria salió del aula. Llevé la caja marcada con mi nombre a mi escritorio. Con unas tijeras, abrí la cinta con cuidado. Encima había un sobre blanco con la palabra *Prim* escrita con la misma letra masculina.

Miré a mi alrededor y, a pesar de algunas miradas curiosas, mis alumnos seguían trabajando en su diario. Deslicé el dedo bajo el sello y saqué una nota del interior del sobre.

Prim:

Te dije que me ocuparía de eso, y lo hice. El Departamento de Servicios de Emergencia de Outtatowner se complace en proporcionar diversos artículos para hacer que el verano de cada estudiante sea un poco más brillante.

Puedes agradecérmelo reuniéndote conmigo en Trawler's Cove esta noche a las 19:00.

La nota no estaba firmada, pero sabía exactamente de quién era. Se me iluminó la cara. Debajo de la nota, encima de la pila de objetos, había un par de tenis Nike de hombre de la talla 9, exactamente iguales al par que intenté regalarle a Robbie.

¿Cómo demonios...?

Sonó el suave trino de mi temporizador. Levanté la cabeza y guardé la nota en el cajón del escritorio. Varios alumnos siguieron escribiendo en su diario mientras otros se hundían en sus sillas.

Paré el cronómetro y la música, mirando el reloj.

—Bueno, clase, tenemos un acontecimiento inesperado. Antes de hacer nuestra fiesta final de baile de salida, ¡parece que nuestro cuerpo de bomberos local tiene unos cuantos regalos de despedida para nosotros!

Murmullos emocionados y pitidos rodaron como una ola a través de la habitación.

—Robbie, ¿puedes reunirte conmigo en mi escritorio?

La asistente de Michael me sonrió.

—¿Puedo ayudar a repartir las cosas?

Sonreí.

—Eso sería estupendo. Gracias. Supongo que... el caos organizado es lo mejor que podemos esperar. Estaré ahí en un segundo.

Asintió y empezó a abrir las cajas restantes mientras Robbie se acercaba a mi mesa.

De la caja que tenía delante saqué los Nike. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Estos son para ti.

No levantó la vista de los zapatos nuevos.

—Yo... No puedo aceptar un regalo tuyo. Mi papá...

—Estos no son de mi parte —lo interrumpí—. Como dije, el departamento de bomberos generosamente donó algunos regalos. *Cada* estudiante recibirá algo.

Sus dedos rozaron el cuero blanco antes de tomar un tenis.

—Incluso son de mi talla. —Cuando levantó los ojos, le guiñé un ojo.

Robbie se inclinó sobre mi escritorio y me abrazó. Se me *cortó* la respiración cuando él me apretó.

—Gracias —susurró, con la voz cargada de emoción.

Me enderecé y le apreté el hombro. Tomé la caja y me puse delante para ayudar a controlar la emoción.

Regalos del cuerpo de bomberos, camisetas, tarjetas de regalo... realmente había algo para todos los gustos, pero de alguna manera Whip se las arregló para asegurarse de que Robbie fuera atendido.

Whip King estaba lleno de sorpresas.

Miré el reloj.

—¡Oh! La campana va a sonar. Hagamos un círculo para una última fiesta de baile de salida.

Se oyeron gritos de júbilo, pero no me importó. Puse en la cola la música que habíamos elegido como clase y dejé que saliera por los altavoces. Los niños saltaban, bailaban y hacían círculos mientras cantábamos. Varias chicas de mi clase se acercaron a mí, ofreciéndome sonrisas aguadas y abrazos apretados mientras nos despedíamos.

Para alguien que llevaba toda la vida sin sentirse parte del grupo, aquellos veintiséis niños cambiaron algo dentro de mí. Siempre los extrañaría, y también ocuparían un lugar especial en mi corazón.

Cuando el último alumno se despidió de mí, rompí a sollozar detrás de mi pupitre. Al salir de clase, Rachel me encontró escondida detrás del pupitre, con los ojos hinchados y la nariz llena de mocos.

Se sentó a mi lado.

—Así que la alcaide tiene sentimientos después de todo.

La miré con desdén y me limpié la nariz.

—Te estoy tomando el pelo. —Golpeó suavemente su hombro contra el mío—. Siempre supe que había una blandengue escondida ahí.

Me sorbí los mocos.

—Nunca lloro a fin de año. No sé qué me pasa.

Se rió y se secó la comisura de los ojos.

—Yo lloro *todos* los años, así que no puedo decírtelo.

Me levanté, me arreglé la blusa desarreglada y me quité las lágrimas con palmaditas en un intento de salvar el maquillaje.

—Un grupo de nosotros vamos a tomar copas y aperitivos para celebrar el último día. ¿Te apuntas?

Mi mano arrugó la nota de Whip en mi bolsillo. Quería que nos viéramos a las siete, y unos tragos de coraje líquido podrían ser buenos.

—Me encantaría.

—Te enviaré la dirección por mensaje de texto cuando lo resolvamos, pero el plan es trabajar en nuestras aulas durante una hora más o menos y luego ir para allá.

Le sonreí.

—Me parece muy bien. —Mientras caminaba hacia la puerta, la detuve—. Oye, Rach. ¿Escuchaste hablar de Trawler's Cove?

Sus ojos brillaron con interés.

—Sí. Es donde los chicos locales van a enrollarse. —Movió las cejas y sonrió con satisfacción—. ¿Por qué? ¿Vas ahí?

—¿Qué? No. —Sentí que el calor me subía por el cuello y me lo quité de encima. Busqué una excusa plausible—. Un par de chicos estaban hablando de eso hoy durante el trabajo en equipos. Supongo que mi instinto me decía que no tramaban nada bueno.

Rachel sonrió.

—Confía en ese instinto. Es bueno. —Se giró hacia su aula—. Te mando un mensaje dentro de un rato. —En el pasillo, Rachel levantó los brazos y gritó—: ¡Se acabaron las clases, bebé!

Sonaron mis carcajadas y me apresuré a limpiar mi aula. Tenía que volver corriendo a mi apartamento para refrescarme si quería ir con mis compañeros para tomar algo y estar lista para mi cita secreta con Whip.

21

Whip

Para ser un hombre de treinta y un años con las cosas *casi claras*, sudaba como un adolescente en los torpes estertores de la pubertad. No estaba en Trawler's Cove desde que intenté echar el primer vistazo a un par de tetas, pero estaba apartado y lo bastante cerca del puerto deportivo como para que no nos atraparan a Emily y a mí.

La cala estaba al sur del puerto deportivo principal. Había una pequeña playa rodeada por las imponentes dunas de arena, pero la cala en sí era conocida por su afloramiento rocoso.

Estaba aislado.

Silencioso.

Escuché las olas chocar contra la orilla y miré el reloj. *6:57*. Mi mano repiqueteaba contra mi muslo mientras esperaba *-esperanzado-*, que Emily apareciera.

Unas risitas me llamaron la atención cuando un grupo de cuatro chicos en edad de ir a la escuela se encaramaron al borde rocoso de la pared norte de la cala. Dos chicos ayudaban a dos chicas a descender por el borde mientras contemplaban obstinadamente a sus parejas.

Una vez que tocaron la arena, me aclaré la garganta.

—Oh, mierda —comentó un chico, con los ojos cada vez más abiertos—. Eh, eh... —Miró a su compañero en busca de ayuda.

Crucé los brazos e incliné la cabeza.

—Lárguense.

Una de las chicas lo jaló del brazo y me miró con recelo mientras susurraba:

—Vamos. Podemos encontrar otro sitio.

Sabía que estaba siendo un imbécil -al reclamar un lugar de reunión de adolescentes conocido por sus besuqueos-, pero necesitaba intimidad. No me moví de mi sitio.

El otro chico negó con la cabeza.

—Sí, hombre. Vayamos por ahí. —Señaló una franja de playa más arriba.

Satisfecho, los vi desaparecer por la esquina más alejada de la cala y exhalé un suspiro de alivio.

—No sabía que fueras tan cascarrabias. —La suave voz de Emily flotó sobre mi hombro y me giré.

Mi cara se partió en una sonrisa. Emily llevaba unos tenis bajos blancas con una estrella plateada en los lados. Sus pantalones cortos de mezclilla estaban ligeramente deshilachados en el dobladillo con desgaste en los muslos. Era solo el principio del verano, pero su piel ya estaba ligeramente bronceada. Quería pasarle las manos por los muslos y comprobar si eran tan suaves como se veían. Llevaba una camiseta sencilla con cuello de pico metida por dentro de los pantalones cortos y, *por supuesto*, la había rematado con una suave rebeca oversize.

De alguna manera Emily hacía que lo casual pareciera sexy sin esfuerzo.

Le ofrecí mi mano mientras sorteaba las rocas desiguales.

—Me alegro de que hayas podido venir, Prim.

—Tienes suerte de que lo haya hecho. —Los pies de Emily aterrizaron en la arena con un suave golpe—. Tuve que preguntar por ahí para averiguar qué era Trawler's Cove, y suena terriblemente asesino si me preguntas.

—¿Por qué siempre piensas que intento matarte? —bromeé, recordando un comentario similar que hizo sobre el oscuro camino que lleva a mi casa la noche que nos conocimos.

Se encogió de hombros, y el movimiento despreocupado hizo que mi estómago se apretara.

—Una chica nunca puede estar demasiado segura, supongo.

Le tendí la mano.

—Estás a salvo conmigo.

Su mano se detuvo sobre, como si aún tratara de decidir hasta qué punto era cierta mi afirmación. Finalmente, su delicada mano se posó en la mía.

—Quería un sitio tranquilo donde pudiéramos pasar el rato sin miradas curiosas. —Me llevé su mano a los labios.

Sus mejillas se inundaron del tono rosa más bonito antes de sonreír y girar para mirar a nuestro alrededor. Detrás de nosotros, la cala nos aislaba de los excursionistas y playeros que paseaban por las dunas, y el lago Michigan se extendía hasta donde alcanzaba la vista en la dirección opuesta.

—Me gusta estar aquí. —Aspiró profundamente y exhaló—. Se siente como si realmente pudiera respirar en un lugar como este.

Me coloqué detrás de ella y la rodeé con los brazos. Me sentí bien, demasiado bien, al poder abrazarla sin mirar por encima del hombro. Una parte desafiante de mí quería exigir que lo hiciéramos público, que mandáramos a la mierda a cualquiera que no aceptara que estábamos juntos, pero era demasiado pronto para pensar así. Acordamos tener sexo y nada más.

El bote que até a una roca de la orilla se balanceaba en el agua.

—¿Estás lista? —pregunté.

Sus ojos se abrieron de par en par y me miró por encima del hombro.

—¿Lista? Creía que era aquí.

La apreté una vez antes de soltarla.

—No, tengo planes. —Le tendí la mano y ella la tomó sin dudarlo esta vez—. Vámonos.

La jalé hacia el bote. Era elegante y de color verde oscuro. Los asientos eran de roble reluciente, teñidos de un marrón cálido y pulidos hasta que brillaban. Mis provisiones estaban bien guardadas debajo de cada asiento. Metí la mano y tomé un chaleco salvavidas para ella.

—Póntelo.

Miró el chaleco.

—¿A dónde vamos?

Sonreí y me puse mi propio chaleco antes de abrocharlo.

—Solo quería enseñarte algo.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Hmm. Okey...

Puse los ojos en blanco.

—Solo sube al maldito bote, Prim.

Con una carcajada, Emily sujetó los lados del bote y subió con cuidado. Le señalé su asiento y se acomodó en la parte delantera. Después de desatarlo, nos adentré en el agua antes de subir.

Remé alrededor de Trawler's Cove. El sol veraniego colgaba bajo en el cielo, prometiendo días más largos y noches más cálidas. Salpicaduras de color mandarina y amarillo dorado brillaron en el agua.

—El agua es tan clara. Es increíble, y las dunas de arena son *enormes*.

Asentí con la cabeza y me encantó el afecto y el asombro que desprendía su voz. Había algo en Emily apreciando el lugar en el que crecí que me retorcía por dentro.

—Realmente no hay otro lugar como este.

Después de recorrer la cala, amarré el bote a lo largo de un desolado tramo de playa de arena más allá de donde se habían ido los adolescentes, solo accesible en bote. Los nervios se apoderaron de mí como los cangrejos mitones que danzaban por la orilla.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

Ella batió sus pestañas y mi estómago se apretó.

—Siempre.

Me reí y saqué una pequeña manta y una cesta de debajo de mi asiento.

—Esa es mi chica.

Le entregué a Emily la manta y la cesta, y luego descargué del fondo del bote el compacto haz de leña y una pequeña pala plegable. Caminamos hasta un claro de arena e hice un gesto con la barbilla.

—¿Puedes preparar eso?

Sin mediar palabra, Emily abrió la manta, la dispuso sobre la arena blanda y colocó la cesta en el centro. Con la pala de camping, cavé un agujero circular para bloquear el viento. Dentro del círculo, apilé un poco de leña en el centro de antes de ordenar los troncos. Me metí la mano en el bolsillo, saqué un encendedor y encendí la leña. Me incliné hacia adelante y soplé en el fuego creciente.

Atrapé a Emily mirándome mientras me giraba.

—¿Qué?

Su sonrisa se amplió.

—Nada.

Una vez acomodado en la manta, abrí la tapa de la cesta de picnic. Emily se sentó de rodillas en una esquina y miró dentro de la cesta. Saqué media barra de pan francés crujiente, dos peras Royal Riviera, jamón york envuelto en pergamino y un trozo de queso.

Se sentó sobre sus talones, con las palmas de las manos apoyadas en la parte superior de sus suaves muslos, y suspiró.

—Estás *lleno* de sorpresas.

—¿Por qué —Finalmente, saqué una botella de vino espumoso y dos copas sin tallo.

—Creía que me ibas a llevar a Trawler's Cove para enrollarte conmigo. —Sus ojos azules y verdes brillaban a la luz del sol.

Mi ceja se arqueó y una sonrisa diabólica se dibujó en mi cara.

—¿*Quieres* que me enrolle contigo? —Moví las cejas de arriba abajo y me acerqué a ella a cuatro patas.

Emily cortó la corteza del pan y me la lanzó con un chillido juguetón.

Me agolpé en su espacio. El aroma fresco y floral de su perfume me rodeó. Me abrumó. Presioné mis labios contra los suyos. Ella suspiró en el beso, abriéndose a mí sin vacilar.

Quería ahogarme en ella.

Mi polla se engrosó y mi sangre se agitó con el impulso de clavarla en la arena y *follarla*. ¿Cómo era posible que me sintiera tan atraído por la única mujer que no podía tener?

Decidido a hacerlo bien mientras durara, me detuve, pero no sin antes darle un último mordisco en el labio inferior.

Emily sonrió mientras yo volvía a organizar nuestro improvisado picnic. Miró a su alrededor, posando su mirada en el crepitante fuego, y suspiró.

—Esto es... realmente encantador.

La mirada de Emily se detuvo mientras yo buscaba qué decir.

—Te mereces el mundo. —Mis palabras eran suaves, pero las decía en serio.

Emily sonrió suavemente y tarareó un curioso sonido.

—¿Qué? —pregunté.

—Has estado saliendo demasiado con mi papá. —Cuando me callé ante la mención de su papá, Emily continuó, pero su atención estaba en sus manos—. Tuve una ruptura complicada hace un tiempo. No fue lo ideal. Craig era alguien por quien desarraigué toda mi vida. Un nuevo trabajo. Una nueva ciudad. Durante unos años todo iba según mi plan perfectamente pensado. —Dejó escapar una carcajada sin humor—. No funcionó. Entonces llegué a Outtatowner y quise empezar de nuevo,

pero en gran parte me sentí como si no hubiera pasado nada. Papá me entendió, me sentó y me dijo: *Melly, no puedes ir por la vida como si fuera una lista de control. Tendrás que* sentir *tu camino si quieres la vida que te mereces*.

Su voz grave y su impresión del jefe eran adorablemente acertadas, y sus palabras fueron un golpe en mi pecho.

Sus suaves ojos se posaron en los míos y se encogió de hombros.

—A veces las listas de control son más fáciles.

Tragué saliva.

—Tus papás son buenas personas. Tienes suerte de tenerlos.

—¿Y los tuyos? —A la luz del fuego, sus ojos mostraban una tranquila curiosidad—. Mi mamá mencionó que tu mamá está fuera de la foto, pero tu papá...

Apreté los labios y sacudí la cabeza bruscamente.

—Mi familia no es como la tuya. No tenemos corazones sinceros ni conversaciones cariñosas. Mi mamá desapareció cuando yo tenía siete años. Papá dijo que recogió sus cosas y nunca miró atrás.

—Dios... —Su susurro fue ahogado por las olas que llegaban a la orilla.

No quería su compasión, así que seguí adelante, abriéndome de un modo doloroso pero que, a la luz de la chimenea, parecía necesario.

—Mi papá es un hombre duro. Se gana su respeto. Tengo treinta y un años y no estoy seguro de haberlo conseguido todavía.

—¿Cómo te lo ganas? —Su pregunta era sincera y carecía del juicio que yo esperaba.

—Hacer lo que pide sin preguntar ni dudar. —Levanté un hombro—. El ejemplo perfecto es tu mamá.

Arrugó las cejas mientras se incorporaba.

—¿Mi mamá?

Asentí con la cabeza.

—Forma parte de la Asociación Histórica del Condado de Remington, y están intentando declarar edificio histórico un edificio que mi papá quiere comprar. Él quiere que yo intente convencerla de que no lo haga. Papá vio mi relación con el jefe como una entrada. Es su especialidad: intentar ganar.

Durante unos pesados instantes, Emily observó el baile de las llamas.

—Aunque podrías… —se encogió de hombros—, hablar con ella si crees que es lo correcto.

Tiré un palo a un lado, sabiendo que esa nunca fue una opción.

—Lo que mi papá quiere rara vez es lo *correcto*.

Sus ojos buscaron los míos y estiré las piernas hacia adelante.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó finalmente.

Miré a la hermosa mujer que tenía enfrente, con sus rasgos iluminados por la luz dorada del fuego.

—No voy a preocuparme por eso. Él ha gestionado la empresa King sin mí durante todo este tiempo.

Lo que no le dije fue que el jefe Martin y su esposa me habían mostrado más amor que mis papás. Habían llegado a significar más para mí que mi propia sangre.

Cuando se sentó frente a mí, el ambiente se fue animando poco a poco, nos invadió una sensación de comodidad y escuchamos las olas. Nos reímos mientras comíamos Mimolette y pera, y fue entonces cuando caí en la cuenta de una dura verdad que me llenó el estómago de pavor.

Emily Ward era un dolor desgarrador envuelto en un paquetito ordenado y testarudo. No había un mundo en el que yo fuera a ser lo bastante bueno para merecerla, pero por primera vez en mi vida, la perspectiva de quedarme atrás me resultaba insoportable.

22

Emily

—Tengo que encontrarlo —refunfuñó Whip mientras buscaba frenéticamente en la cabina de su camioneta. Se pasó la mano por el cabello que se le erizaba por momentos.

Me aparté, disfrutando de la vista. La camiseta blanca de Whip le quedaba ceñida al pecho, y aprecié el ajuste de sus jeans mientras observaba su musculoso trasero mientras él buscaba en la guantera, miraba debajo de los asientos y en la consola central. Después de nuestro paseo en bote y el picnic, borramos toda evidencia de que estuvimos en la playa, y Whip nos llevó remando de vuelta a Trawler's Cove.

A pesar de que me ofrecí a ayudarlo, Whip insistió en subir él mismo el bote por el saliente rocoso antes de asegurar la goteante embarcación encima de su camioneta. Cuando llegamos, había una pequeña nota debajo de un limpiaparabrisas.

Buena suerte para encontrarlo.

Claramente una broma de uno de los Sullivan, Whip estaba convencido de que de alguna manera se habían metido con su camioneta. Después de minutos de no encontrar nada, me di cuenta.

—¿Cómo sabes que realmente se metieron con algo?

Se giró lentamente hacia mí.

Asentí con la cabeza mientras el pensamiento se formaba por completo.

—Qué mejor manera de joder a alguien que hacerle *creer* que le hizo algo a tu camioneta, pero en realidad no le hizo nada en absoluto. Te carcomería. Te volvería loco. —Me encogí de hombros—. Es lo que yo haría.

Whip se enderezó y cerró de un portazo la puerta de su camioneta.

—Hijo de puta.

Levanté una mano.

—Quiero decir, no me malinterpretes, todavía mantendría un ojo o una nariz fuera por si hay algo raro, pero apuesto a que es un juego mental.

Un músculo de su mandíbula se tensó.

—Guerra psicológica.

Solté una carcajada.

—Bueno, tal vez menos dramático que eso, pero seguro.

Más relajado, Whip se apoyó en la puerta de su camioneta y echó un vistazo a la tranquila calzada.

—¿Te estacionaste cerca?

Sacudí la cabeza.

—Mi apartamento está a solo unas manzanas. Llegué caminando.

Tarareó y miró hacia la calle antes de fijar su atención en sus pies.

—Podría llevarte a casa o... —Sus ojos encontraron los míos—. Podríamos volver a la mía.

El calor floreció en mi interior y reprimí una sonrisa.

—Me encantaría.

Whip se apresuró a acercarse al lado del copiloto y me abrió la puerta mientras subía a su camioneta. Llevaba el cabello enmarañado por la

brisa del lago y sentía un zumbido de expectación bajo la piel. Me apoyé en la ventanilla mientras su camioneta avanzaba por la calle.

Se hacía tarde, pero Outtatowner aún zumbaba con el aleteo de la vida costera. La temporada turística estaba en pleno apogeo y las aceras seguían bullendo. Pude ver que King Tattoo bullía de vida y me pregunté si sería ahí donde Whip se habría hecho todos sus tatuajes y mentalmente hice planes para trazar cada línea con mi lengua. Sonreí al pasar por delante del almacén, recordando la noche en que Whip y yo nos conocimos.

Cuando la camioneta llegó a un semáforo, Whip se quedó quieto y murmuró:

—Mierda.

Me enderecé y miré a mi alrededor para ver qué veía.

Justo delante, en el paso de peatones, la mano de mi mamá estaba metida cariñosamente en el recoveco del brazo de mi padrastro.

Mis ojos se abrieron de par en par, presa del pánico.

—¿Qué hacemos?

Levantó un brazo, llevándose consigo la consola central, abriendo el asiento corrido entre nosotros.

—Agáchate.

Sin dudarlo, giré y apreté el torso contra el asiento central. Mi cara estaba prácticamente en su regazo, y mi corazón tronaba. Después de lo que me pareció una eternidad, el semáforo cambió y la camioneta de Whip se puso en marcha. Mientras atravesaba el cruce, vi con horror cómo levantaba el brazo en un saludo silencioso.

—¿Te vieron? —siseé.

—Oh, sí —gritó con una sonrisa—. Definitivamente visto.

—Mierda. ¿Crees que *a mí* me vieron?

El brazo de Whip se posó despreocupadamente a lo largo de mi espalda, rozando un pequeño círculo donde mi camiseta se separaba de mis pantalones cortos.

Sus cálidos dedos se hundieron más allá de la cintura y acariciaron mi piel.

—Creo que estamos bien, pero mejor quédate abajo para estar seguros.

—Okey. —Miré fijamente hacia adelante, directamente a su entrepierna, y esperé, con las manos agarrando con tensión su muslo. Mi cara estaba en su regazo mientras él seguía conduciendo. Cuando me agaché y me quedé clavada en su sitio, me di cuenta de que se le había puesto dura.

—¿Ya salimos del pueblo? —No me atreví a mirar.

—Sí, desde hace tiempo. —Sus palabras petulantes me hicieron poner los ojos en blanco y golpear juguetonamente su grueso muslo mientras me incorporaba.

—Eres de lo peor. —Volví a mi lado del camión.

Whip se rió.

—No se puede culpar a un hombre por disfrutar de eso, solo un poco. —Se movió en su asiento, ajustándose de la forma más obscenamente masculina. Un rayo de lujuria se disparó a través de mí.

Me crucé de brazos, aún fingiendo estar molesta y ocultando que mis pezones se habían fruncido en puntitos duros. Cuando por fin giramos por el tranquilo tramo de carretera de Whip, me relajé. El sol desapareció por fin entre los árboles y, en la penumbra, pude distinguir la silueta de su amplia casa.

Cuando se estacionó cerca de la entrada y no en su garaje, lo miré interrogante.

—Quería enseñarte algo. —Whip salió y rodeó la camioneta para abrirme la puerta.

Le sonreí mientras salía.

—Podría acostumbrarme al trato de princesa.

Una sonrisa se enganchó en la comisura de sus labios cuando me apartó el cabello del hombro y se inclinó hacia mí.

—Ahora te daré el trato de princesa, porque cuando estés de rodillas suplicando por mi polla, te lo habrás ganado.

Sentí escalofríos y se me ablandaron las rodillas. Agarré su camisa.

—Acepto el trato.

—Bien. —Whip se dirigió al garaje y yo lo seguí. Una vez dentro, encendió las luces del techo. En el centro de su taller había un bote grande con lo que parecían soportes para cañas de pescar y cuerdas atadas a los lados. Estaba sucio y parecía en mal estado.

En la popa se había pintado *Noble King Fishing Tours*, aunque parecía que había algo más debajo.

Incliné la cabeza.

—¿Un bote? ¿Tienes una empresa pesquera o algo así?

La sonrisa de Whip era suave mientras se metía las manos en los bolsillos.

—No. Se suponía que este bote era un gran "*vete a la mierda*" para los Sullivan. Echa un vistazo. —Dio un paso adelante y, con la yema del dedo, delineó la capa de pintura oculta bajo el nuevo nombre del barco. Estaba cubierto de pintura, pero aún se podía ver el contorno de un nombre.

—¿Juney? —pregunté.

—La difunta señora Sullivan se llamaba June.

Una punzada me oprimió el pecho.

Whip apretó los labios y asintió con gesto adusto.

—A mi papá siempre le ha gustado bajarles los humos a los Sullivan.

—Por la rivalidad —confirmé.

Su cabeza se levantó.

—Para él es más que eso. Claro, nos jodemos y nos gastamos bromas, pero todo eso es mierda insignificante e inofensiva. Esto era personal.

Permanecí en silencio, sintiendo el peso de la habitación, y esperé a que continuara.

—Red Sullivan -su papá-, es agricultor, pero vio en las excursiones de pesca una lucrativa oportunidad turística. Probablemente también lo habría sido.

El pavor rezumaba en mi estómago.

—¿Habría sido?

Whip asintió, sin apartar los ojos del barco.

—Red enfermó. Demencia precoz, creo. Papá le compró el barco solo para ponerle su nombre y lo amarró en un muelle destacado del puerto deportivo, simplemente porque podía.

—Eso es... —No tenía ni idea de qué decir a eso.

—¿Una mierda? —El desdén manchó sus palabras—. Sí, lo fue.

—¿Y por qué lo tienes? —Busqué al lado de su cara, con mi pecho apretando.

—Para devolverlo a sus legítimos dueños. Un regalo de mi hermana Sylvie a Duke. Lo guardaremos aquí y haré algunas reparaciones en la carpintería interior si puedo.

La admiración me produjo una oleada de emoción, pero la preocupación me punzó la cabeza. Whip no se parecía en nada a su papá. Me carcomía que Russell King fuera tan despiadado como para ejercer su influencia y su poder sobre sus propios hijos.

—¿Cómo se siente tu papá al respecto?

Resopló ligeramente y me pasó un brazo por los hombros, arrastrándome contra él y dejándome caer un ligero beso en la parte superior de mi cabeza.

—Eres muy lista, Prim. ¿Lo sabías?

Me acicalé y me incliné hacia su cálido abrazo.

—El plan es esperar que no se dé cuenta, pero lidiar con las consecuencias cuando lo haga. Vamos. —Whip suspiró y me guió hacia

la salida antes de apagar las luces y cerrar el taller—. Tengo planes para ti que no incluyen hablar de mi jodida familia.

Con un rápido movimiento, me dio una palmada en el trasero y yo grité, saliendo como loca por la hierba para escapar de él. Corrí, pero unos pasos pesados retumbaron detrás de mí y un crepitar vertiginoso seguido de un chillido primitivo rasgó la oscuridad. A pesar de mis esfuerzos, Whip me agarró por en medio y me levantó. Solté una risita y luché contra su agarre.

Aunque forcejeé y pataleé, Whip me empujó hasta que quedé en posición de bombero, boca abajo sobre su hombro.

—¡No es justo! Ya has hecho esto antes.

Whip me sujetó sin esfuerzo mientras abría la puerta y me arrastraba hacia su dormitorio. Con las dos manos, me sujetó las caderas y me dejó deslizarme por su frente. Sus ojos se clavaron en los míos.

—Te lo prometo, Prim. Nunca he hecho algo así en mi vida.

Me invadió una profunda avidez. No era tan tonta como para pensar que yo era la única mujer que había estado con Whip, pero llevaba dentro una innata conciencia femenina de que, por el momento, él era realmente *mío*.

Mordí mi labio inferior entre los dientes y clavé mis ojos en los suyos. Lentamente, caí de rodillas, sin romper el contacto visual.

—¿Así es como me gano el trato de princesa?

Mis dedos acariciaron la cintura de sus pantalones, rozando la tensa piel de su bajo vientre. Se estremeció ante mi contacto.

—Es un buen comienzo. —Sus ojos azules como el hielo estaban hambrientos y cada músculo de su cuerpo se puso rígido ante mi toque burlón. Puede que estuviera de rodillas, pero yo tenía el poder mientras le bajaba lentamente la cremallera de los pantalones y lo veía desmoronarse delante de mí.

La visión de su polla, incluso entonces, me dejó sin aliento. Se abultó a través de la superficie de sus bóxers negros. La palpé en toda su longitud, recorriendo cada barra que corría por debajo de su anchura.

No sería la primera vez que me arrodillaba por él, pero en lugar de rasgarnos las vestiduras, de luchar por la meta, quería burlarme.

Torturarlo.

Planeaba usar mi boca para hacerle ver estrellas. No me preocupaba en absoluto que Whip se corriera primero; la experiencia me decía que lo compensaría con creces.

—No me fío de esa mirada. —La voz de Whip era un ronquido áspero que hizo que me recorriera un hormigueo por la espalda.

Le lancé una sonrisa perversa mientras le bajaba los pantalones y los bóxers, liberándolo.

—Voy a arruinarte para todas las demás mujeres. —Lamí lentamente una vena prominente en la parte inferior de su polla.

Con un profundo gemido, la cabeza de Whip cayó hacia atrás. Luego me miró penetrantemente antes de que su mano acariciara mi mejilla.

—Ya lo hiciste, Prim.

Los pezones se me apretaron dolorosamente en el sujetador. Quería que me tirara al suelo y me follara, pero estaba decidida a alargárselo. Ajustando mi posición, lo agarré con una mano mientras acariciaba la cabeza de su polla. Poco a poco, empecé a metérmela más profundamente en la boca, rozando con mi lengua las púas metálicas.

Se me humedecieron los ojos y balanceé la cabeza mientras lo tomaba aún más. La saliva se acumuló en mi boca y la usé para chupar y provocarlo. Gemí a su alrededor, sintiendo que mi coño se humedecía cada vez más. El sexo con Whip era salaz y liberador. Nunca había experimentado nada igual, y quería *más*.

Solté mi agarre, mantuve la boca pegada a él y los ojos clavados en los suyos. Mi mano libre se metió entre sus piernas, acariciando suavemente la suave piel de sus pelotas. Aspiré con cuidado una bocanada de aire por la nariz y lo tomé tan profundamente como pude. Whip se estremeció y sus caderas se agitaron. Le acaricié el punto sensible detrás de las pelotas y le tomé más y más hasta que me dolió la mandíbula.

Con Whip me sentía salvaje, libre. Una idea floreció en mi mente, más sucia de lo que jamás me había atrevido a imaginar. Me senté y le pasé la lengua por la cabeza mientras le sonreía.

—Tengo una idea. ¿Podemos intentar algo? —Un tímido rubor calentó mis mejillas mientras bajaba las pestañas.

Whip se agachó y me puso de pie.

—Cualquier cosa.

Me desabroché rápidamente los pantalones cortos, dejándolos caer al suelo, y me quité los tenis. Mi camiseta fue la siguiente en caer al suelo, seguida de mi sujetador y mis bragas. Me quedé de pie, desnuda y zumbando de expectación delante de él, mientras él se desnudaba rápidamente.

Las líneas recortadas de sus abdominales se agolparon mientras su respiración se entrecortó. Se acercó a mí, deslizando un dedo entre mis piernas.

—Estás empapada, Prim. Dime que estás tan mojada por haberte metido mi polla por esa garganta tan pequeña.

Antes de que pudiera empujar el dedo más lejos, retrocedí hacia la cama.

—Quiero más. —Me subí a la cama. Levantó una ceja cuando me acosté boca arriba con los pies estirados lejos de él. Luego me moví hasta el borde y colgué la cabeza de la cama—. Así.

Sus ojos eran oscuros y salvajes mientras se acariciaba la polla con un duro tirón y daba un paso adelante.

—¿Quieres que te folle la garganta?

Me lamí los labios y asentí.

—Abre la boca.

Hice lo que me dijo, presionando mi lengua para acomodarla.

—Buena chica.

Mis dedos encontraron mi clítoris y empecé a trabajarlo en círculos lentos y tortuosos mientras él deslizaba su polla en mi boca.

—*Mierda.*

Una palabra, pronunciada mientras se empujaba hasta el fondo de mi garganta, fue una sacudida para mi organismo. Deseaba con todas mis fuerzas sentir su semen deslizándose por mi garganta porque *yo* había hecho que se desmoronara. Tarareé mi aprobación y ansia mientras él se arrastraba lentamente dentro y fuera de mi boca. Me eché hacia atrás y le agarré las caderas, él me permitió marcar un ritmo cómodo mientras me follaba la boca.

Sus ásperas palmas pasaron por mis pezones, los pellizcó y los retorció. Mis muslos se apretaron mientras todo mi cuerpo zumbaba de placer.

Me agarró los pechos.

—Voy a correrme, Prim.

Me agarré con fuerza a sus caderas y redoblé mis esfuerzos, animándolo a que se dejara llevar por el orgasmo. Las yemas de sus dedos se clavaron con más fuerza y, con un gemido, tomé todos los centímetros que pude mientras su esperma caliente y espeso chorreaba contra el fondo de mi garganta. Me moví con él, tragué y le sujeté más profundamente mientras los últimos chorros de su orgasmo goteaban por mi garganta.

Se estremeció, sus rodillas cedieron mientras se deslizaba de mi boca. Me puse boca abajo, me limpié la suciedad de la barbilla y le sonreí. No había reto que no estuviera dispuesta a afrontar, y chupar su polla no era una excepción.

—Eso fue... —Se rió—. Mierda, Em. Estoy mareado.

—¿Un trabajo de sobresaliente? ¿Cinco estrellas? —bromeé con una risita suave y emocionada.

Whip me sonrió.

—Fuera de este mundo. Creo que vi a Dios.

El calor me abrasó las mejillas y aparté la mirada.

Se acercó a mí y me tomó la cara con las manos mientras me miraba.

—¿Por qué te sonrojas, Prim?

Me apoyé en sus manos, con la esperanza de distraerlo y centrar su atención en otra cosa, pero él me retuvo, esperando.

—Es que... —Me armé de valor y lo miré a los ojos—. Tú me haces sentir diferente. Confiada. Nunca he sido muy aventurera en la cama. Me alegro de que te gustara.

Su boca bajó sin vacilar mientras me besaba larga, dura y profundamente.

—Tú también me haces sentir diferente.

Un brillo perverso brilló en sus ojos mientras su cuerpo cubría el mío.

—Ahora me toca a mí —me amenazó levantando la frente.

Mientras me hundía en la lujosa montaña de almohadas apiladas en la cabecera, las manos de Whip acariciaron mi cuerpo. Esperaba fuego y fervor, pero sus labios eran suaves y cálidos.

Lentamente, bajó por mi cuerpo, separándome las rodillas hasta dejarme completamente desnuda para él. Arrastró mi orgasmo con la cara enterrada entre mis piernas mientras yo me agarraba a las almohadas y gritaba su nombre.

Más tarde, cuando acurrucó sus caderas en las mías, acarició mi abertura antes de deslizarse en mi. Con los ojos fijos, me inmovilizó contra la cama con su delicioso peso, lo rodeé con las piernas y el cuello con los brazos. Le agarré el cabello con las manos. Whip hundió su cara en mi cabello, murmuró mi nombre y se introdujo en mi interior.

En la oscuridad de su dormitorio algo cambió, y alteró algo en mí.

En su abrazo me di cuenta de que ya no éramos dos amigos follando y pasándola bien. Eran dos almas desnudándose la una a la otra y descubriendo que nuestras partes rotas encajaban perfectamente. Su nombre fue un susurro de mi boca cuando por fin me llenó por completo.

23

Whip

Junto a Emily, dormí como un muerto.

No era ningún secreto que los bomberos solían tener problemas con los hábitos de sueño, supongo que era una ventaja del trabajo. ¿Pero junto a Emily? Envuelto en su suave cuerpo, con el olor de mi champú después de lavarle el cabello -algo que nunca me habría imaginado haciendo antes de ella-, podía descansar *durante horas*. Flotando entre el sueño y la vigilia, me acurruqué a su alrededor.

Un buen sexo era una cosa, pero lo de anoche fue algo totalmente nuevo e inesperado. Emily también lo sintió, lo vi en su cara cuando nuestro ritmo se transformó en un suave ir y venir de exploración reverente. Besos suaves. Susurros en la oscuridad. Promesas no dichas.

Debería estar agotado después de horas de trazar cada línea de su cuerpo y memorizarla, pero estaba exaltado. Podría matar un dragón o escalar el Everest.

Era una locura sentirse atraído por la única mujer que no podías tener. La acerqué más y enterré mi cara en su hombro.

—Quédate conmigo.

—Mmm. —Emily tarareó y apretó su trasero contra mí—. No puedo. Tengo un almuerzo de planificación con las Bluebirds para la feria. —Se estiró y gimió antes de girarse en mis brazos para mirarme. Se tapó la boca con la mano.

La miré con el ceño fruncido, reprimiendo una carcajada.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo aliento de gatita —dijo desde detrás de su mano.

Sonreí y le aparté la mano de la cara antes de plantarle un beso en los labios.

—¿Puedo darte de comer antes de que te vayas?

Sus mejillas se sonrojaron antes de mirar el reloj y darse cuenta de que ya era de madrugada.

—Tengo que ponerme en marcha. Me estás convirtiendo en una floja.

Me estiré hacia atrás en la cama, apoyando las manos detrás de la cabeza mientras ella se incorporaba.

—Si me preguntas, trabajaste horas extras anoche.

Me zumbaba la sangre de solo recordar lo intensamente satisfactorio que fue verla arquearse de placer mientras la adoraba.

Emily se levantó, desnuda y desvergonzada, y me dirigió una sonrisa perversa por encima del hombro. Me quedé mirando su trasero desnudo mientras caminaba confiada por el suelo de madera y desaparecía en el cuarto de baño. Cerré los ojos y disfruté del momento, seguro de que nada podría arruinar una mañana más perfecta.

Bueno, mi día estaba a punto de volverse una mierda.

Pero maldita sea si no iba a valer la pena ver la cara de mi papá cuando le dijera que si quería enfrentarse a la Asociación Histórica del Condado de Remington, era cosa suya. Yo no intervendría para hablar con Marilyn Martin ni con nadie en su nombre. De hecho, si la conversación se desarrollaba como yo planeaba, tendría la suerte de aguantar su ira y, cuando viera que mi postura era inamovible, me dejaría de lado por completo.

La única diferencia era que ahora ya no me importaba. Ya no necesitaba que él o su influencia me definieran.

Cuando no estaba de viaje de negocios, mi papá vivía en un edificio de lujo a orillas del lago Michigan. Poco después de que mi mamá se

marchara para siempre, transfirió la propiedad de la casa King a su hermana. Crecimos en esa casa y soportamos las visitas ocasionales de mi papá mientras Bug y el personal remunerado nos criaban lo mejor que podían.

Cuando el Porsche de mi papá no estaba estacionado frente a su edificio, me dirigía por las sinuosas carreteras hacia la finca de los King. Era habitual que mi papá se ausentara por negocios durante largos periodos de tiempo, llenándose los bolsillos con generosas donaciones a organizaciones aparentemente benéficas. Organizaciones en las que, sin duda, tenía algo que ver y recibía abundantes sobornos en forma de exenciones fiscales o favores que podía llevarse al bolsillo.

Donde quiera que estuviera, la tía Bug parecía poder vigilarlo, y yo tenía toda una vida de problemas que descargar sobre él.

La mansión de mi familia se alzaba en el horizonte cuando estacioné el auto en el largo y sinuoso camino de entrada. La gran mansión, testimonio de la riqueza y el orgullo de la familia King, parecía mirarme con la misma altivez con que solía hacerlo mi papá. Al estacionarme, respiré hondo, preparándome para la confrontación que pospuse durante demasiado tiempo.

La ornamentada puerta de roble crujió al abrirse, sus goznes quejándose contra el peso del tiempo y resonando en el silencio de la casa. El aire del interior desprendía un aroma a madera pulida y dinero viejo. Miré a mi alrededor y supe que la casa recordaba cada discusión, cada plato roto lanzado contra la pared con rabia, cada promesa incumplida.

Me dirigí al estudio y me preparé para el enfrentamiento con mi papá, donde esperaba encontrarlo ahogando su arrogancia en un vaso de whisky. La pesada puerta de roble se abrió y reveló una habitación envuelta en sombras. Una figura encorvada tras el escritorio de caoba, con el humo del puro viciado en el aire. La tensión en la habitación aumentó cuando me dispuse a hablar, pero la figura permaneció en silencio.

Mientras estaba ahí de pie, dispuesto a soltar las palabras que ensayé durante años, la figura se levantó, haciéndome detenerme por sorpresa.

En la penumbra, apareció el rostro de la tía Bug, cuya serenidad habitual fue sustituida por un aire de ansiedad.

La tía Bug se sobresaltó al verme.

—Whip —balbuceó, con la voz temblorosa como hojas de otoño en el viento costero. Se rió y se puso una mano sobre el pecho—. Me asustaste.

Di un paso adelante, intuyendo que había algo raro en ella.

—¿Qué pasa, Bug? ¿Estás bien?

Se apartó un mechón de cabello plateado de la cara y volvió a reír.

—Claro que estoy bien. Me asustaste, eso es todo.

—Estaba buscando a papá. ¿Lo has visto?

Sus ojos se desviaron hacia la puerta a mi espalda, como si temiera oídos indiscretos en su propia casa.

—El trabajo lo llevó a la ciudad. Volverá al pueblo en unos días.

Mis labios formaron una línea dura. Quería enfrentarme a mi papá, pero su sorprendente ausencia me quitó el aliento. Me pellizqué el puente de la nariz y exhalé, dejando caer los hombros.

Cuando abrí los ojos, Bug se retorcía las manos. La busqué con la mirada.

—¿Qué está pasando?

Al cabo de un momento, hizo un gesto con la barbilla.

—Encontré algo en el sótano, algo que creo que deberías ver. Sígueme.

Al bajar la escalera de la parte trasera de la casa, la madera pulida gemía bajo nuestros pasos. El aire de los niveles inferiores era húmedo y mohoso, impregnado del aroma de recuerdos olvidados. Bug me llevó a un rincón oscuro donde había una caja vieja y polvorienta.

La abrió tímidamente, mostrando una mezcla de recuerdos: fotografías descoloridas, una chaqueta de mezclilla desgastada y un montón de papeles desordenados. Entre la pila de papeles había

documentos oficiales que transformaron mi curiosidad en un nudo de ansiedad.

—Bug, ¿qué es todo esto? —pregunté, con la mirada fija en los papeles de aspecto oficial.

Bug vaciló, sus ojos evitaban los míos.

—Estaba buscando viejas fotos de bebé para llevárselas a Sylvie cuando me encontré con esta caja. No sabía lo que había dentro, así que la abrí y encontré todo esto.

Metí la mano, tomé un pequeño rectángulo de plástico y le di la vuelta. Ahora tendría unos sesenta años, pero sonriéndome estaba mi mamá congelada en el tiempo, con sus ojos castaños brillantes y el cabello rubio peinado con ondas sueltas. El parecido con mi hermana Sylvie era asombroso, era exactamente como la recordaba antes de que desapareciera.

Yo tenía siete años cuando mi mamá se fue. Era lo bastante mayor para recordar que me tarareaba y me hacía cosquillas en la espalda para ayudarme a dormir, pero lo bastante joven para no recordar la melodía. El nombre de mi mamá -Maryann-, se convirtió en una palabrota, y cada uno de nosotros aprendió muy pronto que los castigos por lamentar su ausencia eran rápidos y duros. Mi papá nunca quiso tener hijos, pero supuse que nos convertimos en una forma de mantener feliz a mi mamá. Al final no fue suficiente y nos dejó con el hombre que nunca nos quiso.

El corazón se me aceleró. La habitación parecía cerrarse a mi alrededor mientras procesaba las posibles implicaciones de que su licencia de conducir hubiera estado en una caja en un sótano todo este tiempo. Hacía tiempo que había caducado.

—¿Por qué dejaría esto? ¿Y por qué los encuentras *ahora?*

—No lo sé, Whip. —Bug sacudió la cabeza, con una mezcla de confusión y miedo en los ojos—. Yo… no lo sé.

Saqué la chaqueta de mezclilla y la apreté en mi puño.

—¿Es de ella?

Bug se limitó a asentir con la cabeza.

Volví a meter la licencia de conducir en la caja y metí la chaqueta encima antes de cerrar las solapas de cartón.

—No importa —dije a pesar de la creciente sensación de temor que me atenazaba.

Me puse de pie, Bug se inclinó hacia la caja y me la empujó.

—Tómala. No quiero esto en mi casa. —Mi tía se aclaró la garganta y se quitó el polvo de la camisa—. Tengo que ir a un almuerzo; planear una feria lleva trabajo, y no quiero llegar tarde.

Con los hombros erguidos y la barbilla levantada, Bug me retó a desafiarla.

Justo como una King, barriendo algo bajo la alfombra.

Al salir del sótano en penumbra, las preguntas sin respuesta flotaban en el aire como sombras, y el peso de los secretos de mi familia me oprimía, dejándome con la inquietante certeza de que las cosas no eran del todo lo que parecían. Bug sabía algo, y o tenía demasiado miedo o era demasiado leal a mi papá como para decir nada. No estaba seguro de cuál de las dos cosas.

Me giré hacia mi tía mientras caminábamos hacia la puerta principal.

—Le enviaré un mensaje y le haré saber que quiero hablar.

Bug sacudió la cabeza y dejó escapar un suave suspiro.

—Los hombros de un niño nunca estuvieron hechos para soportar el peso de las decisiones de su papá, pero tú conoces a tu papá. Si no es bajo sus condiciones, no ocurrirá.

Reprimí el comentario de que quizá llevábamos demasiado tiempo sometiéndonos a su voluntad. Sabía que Bug no tenía la culpa de haberse visto atrapada en los negocios de mi papá; irse habría significado abandonarnos del mismo modo que lo hizo nuestra mamá.

La caja de cartón me pesaba en las manos. Me despedí de mi tía con una inclinación de cabeza y la metí en la cabina de la camioneta. Un dolor inquietante me revolvió el estómago cuando eché un último

vistazo a la caja. Saber que las pertenencias de mi mamá estaban ahí, en una caja olvidada a mi lado, la hacía más real de lo que nunca fue.

Mis pensamientos volvieron a Emily, cerré los ojos y apoyé la cabeza en el asiento de mi camioneta. Ella entró en Outtatowner con su sonrisa perfecta.

La familia perfecta.

Una vida perfecta.

Todo lo que yo tenía era un apellido y, con él, una caja de secretos enredados y espinosos que se negaban a permanecer enterrados.

24

Emily

Ni siquiera recuerdo la última noche que dormí en mi propio apartamento. En realidad, eso era mentira. Fue hace semanas, cuando Whip por fin me dijo que dejara de esconderme por el pueblo y dejara algo de ropa en su casa.

Demasiado informal.

Todavía se me oprimía el pecho cuando eludía las preguntas de mi mamá sobre lo que estaba haciendo, pero, por lo demás, Whip y yo conseguimos mantener nuestra relación en secreto. Si alguien había notado la ausencia de mi auto en el apartamento, nadie dijo nada.

Acurrucados en su edredón de felpa, parecía que nada ni nadie en el mundo pudiera tocarnos. Me estiré y me acerqué a él, solo para encontrar su espacio en la cama vacío. Estaba frío al tacto, así que me moví y junté las mantas a mi alrededor, con la esperanza de robarle su calor. Acostada boca arriba, me limpié el sueño de los ojos y miré las vigas de madera del techo abovedado.

—¿Por qué tener una casa tan grande para una sola persona? —Era un pensamiento incoherente que salió de mis labios.

Por un momento reinó el silencio hasta que oí a Whip contestar desde el baño.

—Quería asegurarme de que mis hermanos tuvieran un lugar donde quedarse si alguna vez lo necesitaban.

El afecto me atravesó el corazón.

—¿Alguna vez se quedan?

—No. —Su respuesta cortante, de una sola sílaba, me rompió el corazón. Rodé sobre mi vientre y me acurruqué en su lado de la cama.

—Buenos días. —Todavía atontada y sintiéndome bien usada, mantuve los ojos cerrados y sonreí a la almohada de Whip.

—Buenos días. —El sueño en su voz hacía que las sílabas fueran ásperas y quebradizas. Sentí que la cama se hundía bajo su peso antes de que un ligero beso me rozara la cabeza. Cuando se retiró tan rápido como llegó, abrí los ojos en un parpadeo.

Al otro lado de la habitación, Whip me daba la espalda mientras buscaba en uno de sus cajones. Ya estaba vestido con pantalones y camisa abotonada.

Me senté, arropándome con las mantas.

—¿Un día temprano? —pregunté.

Eran momentos como estos los que me producían inquietud. Momentos en los que tenía que recordarme a mí misma que no tenía ningún poder sobre ese hombre y que nuestro acuerdo debía ser casual.

Incluso cuando se siente cualquier cosa menos casual.

Se dio la vuelta y me golpeó con toda la fuerza de Whip King, impecablemente vestido con pantalones oscuros y camisa y corbata. Se me hizo un nudo en el estómago al ver cómo su pecho llenaba su camisa y se ceñía a su cintura afilada.

—Mi entrevista para teniente es hoy. —Su rostro era ilegible.

—Te lo mereces. —Le sonreí alegremente, aunque no me llegaba a los ojos—. Papá te quiere.

La respuesta de Whip no fue más que un extraño gruñido, mientras se giraba hacia el espejo para comprobar por última vez su aspecto.

Se me revolvió el cerebro.

—Te mereces el ascenso. Él lo verá.

Whip sonrió y asintió con la cabeza. Me preocupé. Había detectado algunos indicios de que las cosas entre nosotros estaban un poco *mal*, pero encontré formas de racionalizarlos todos y cada uno de ellos.

Horas extra en su taller. *Está terminando su proyecto mientras yo trabajaba con las Bluebirds en los detalles para la feria.*

La búsqueda en internet sobre un investigador privado que vi por encima de su hombro. *Probablemente algo relacionado con el trabajo... ¿quizás?*

La chaqueta de mezclilla de mujer colgada en el fondo de su armario. *Okey, bien. Esa es un poco rara.*

Antes de salir del dormitorio, Whip se detuvo en la puerta.

—¿Nos vemos para comer si estás libre? Tal vez podamos conducir unos kilómetros fuera del pueblo y encontrar un camino rural tranquilo.

Hice un mohín.

—Tengo planes para finalizar la feria. Es nuestro último tirón. Además, le prometí a Bug que ayudaría en la biblioteca. Según ella, su Departamento Infantil es una *parodia*, y es la única forma que conozco de devolverle toda su ayuda con la fundación. ¿Lo dejamos para otro día?

—Claro. —Recibí un gesto cortante antes de que consultara su reloj.

Fruncí el ceño.

—¿Todo bien?

—Solo nervios, supongo. —Cruzó la habitación por última vez y me plantó un beso en la boca.

Quería arquearme contra él, dejar que su colonia me envolviera. En lugar de eso, Whip se retiró, dejando que mi piel caliente se enfriara en el dormitorio vacío cuando se marchó.

Al principio, salir a escondidas era divertido y estaba prohibido, pero últimamente me parecía cada vez más una carga. La semana pasada nos cruzamos en el centro del pueblo y tuve que contenerme antes de abrazarlo. En lugar de eso, sonreí amablemente, saludé y seguí caminando.

Era pura tortura.

No podía negar que mis emociones estaban tomando el timón. Lógicamente, sabía que Whip y yo pasábamos juntos cada momento

libre. Sus acciones coincidían con sus palabras. Lo que estaba floreciendo entre nosotros era natural y estaba evolucionando.

No tenía que preocuparme por inseguridades pasadas ni por que pudiera usar mis sentimientos en mi contra.

Solo tenía que confiar en mi instinto.

El problema era que mi instinto me decía que Whip podía tener más secretos que el simple hecho de andar a escondidas con la hija de su jefe.

El sol de verano se filtraba por las ventanas emplomadas de la Biblioteca Pública de Outtatowner, proyectando un cálido resplandor sobre el chirriante suelo de madera. El aroma familiar de los libros queridos y el murmullo de las conversaciones susurradas me recibieron al entrar en el acogedor edificio. El suave zumbido ambiental de las luces fluorescentes se mezclaba con el chirrido ocasional de las sillas al ser retiradas y el susurro de las páginas al pasar. Las estanterías de caoba, repletas de historias que esperaban ser descubiertas, llegaban hasta el techo y sus lomos pulidos creaban un mosaico de colores. En el aire se respiraba una tranquila reverencia, solo interrumpida por el rítmico tintineo del teclado de la bibliotecaria y el lejano zumbido del antiguo aire acondicionado.

Los rayos de sol pintaban dibujos en la gastada alfombra, guiando mis pasos a través de la puerta, donde la aventura y el romance esperaban a los lectores en cada estante. El aire parecía brillar con la promesa de cuentos ocultos. Aspiré una bocanada de aire y cerré los ojos.

Desde mi infancia, las bibliotecas siempre fueron un espacio seguro.

Un refugio.

Un lugar donde podía leer historias de romance o aventuras o vivir los peligros de un asesinato misterioso desde la seguridad de sus muros.

A pesar de su encanto, la biblioteca estaba sorprendentemente vacía mientras me abría paso por las estanterías hacia el corazón del edificio. Algunos niños hojeaban libros, pero enseguida comprendí por qué Bug pidió mi ayuda. Yo trabajaba con niños todos los días y sabía que, en su

estado actual, la Biblioteca Pública de Outtatowner, con sus verdes apagados y sus monótonos beiges, era muy *poco divertida*.

Cuando Bug me vio, terminó su conversación con la bibliotecaria y se reunió conmigo a mitad de camino.

—Me alegro de que hayas podido venir. Gracias.

—Es lo menos que puedo hacer por todo lo que has puesto en marcha para la fundación. ¿Cómo puedo ayudar?

Bug empezó a caminar y yo le seguí el paso.

—He sido voluntaria en esta biblioteca durante mucho tiempo. No ha cambiado mucho en estos años, pero hay algunos que empezamos a sentir que es un problema.

Tarareé y reflexioné mientras ella continuaba.

—Nuestro programa para adultos es sólido, pero los programas para niños son decepcionantes. Cada día vemos menos niños. No damos abasto contra los teléfonos y los videojuegos. Esperaba que alguien con tu experiencia pudiera ayudarnos a generar algunas ideas nuevas, a animar las cosas por aquí.

Me froté las palmas de las manos.

—En primer lugar, me honra que hayas pensado en mí. Siempre me ha gustado lo que las bibliotecas pueden hacer por sus comunidades. —Miré a mi alrededor y pensé en lo que los niños de Outtatowner podrían ganar visitando la biblioteca—. Supongo que lo primero que se me ocurriría sería si han desarrollado programas para niños de mediana edad o adolescentes.

—¿Mediana edad?

—Los niños de alrededor de primer grado hasta la secundaria. No son bebés, pero tampoco adolescentes. En esos años se produce un aprendizaje muy divertido. Durante esa época crítica, la biblioteca se convierte en una especie de refugio seguro. Será más probable que se queden cuando sean adolescentes si has reducido la barrera de entrada. A los niños les encanta la tecnología, la biblioteca debería aceptarla.

Una visión a medio formar se filtró en mi imaginación. Podía ver a los niños construyendo, explorando y riendo entre aquellas paredes. Podría hacerse con la visión y los recursos adecuados, por supuesto.

Solo esperaba que Bug también pudiera verlo.

—Una biblioteca no tiene por qué ser solo un lugar donde la gente viene a sacar libros. Puede ser un lugar donde reunirse y estar en comunión con sus vecinos. Tiene el poder de cambiar comunidades, incluso de hacer obsoleta la rivalidad entre los King y Sullivan, pero hay que empezar por los niños. Darles un lugar donde reunirse. Un lugar donde puedan explorar, conectar e inspirarse.

Bug se puso una mano en la cadera.

—Un discurso apasionado para alguien tan nueva aquí, pero me gusta tu estilo.

—Siempre ha habido algo en una biblioteca que me hace sentir... no sé... ¿esperanzada? —Pasé los dedos por los lomos de la estantería.

Sus ojos se entrecerraron, pero sus labios esbozaron una leve sonrisa.

—Eres un pájaro un poco raro.

Le sonreí ampliamente.

—Gracias.

Bug sonrió satisfecha.

—Lo digo en el mejor sentido posible, por supuesto. Cuando vives aquí tanto tiempo como yo, te das cuenta de que mucha de la gente nacida y criada en un pueblo pequeño suele tener formas de pensar pueblerinas. Odiamos admitirlo, pero a veces los de fuera pueden aportar nuevas perspectivas. Hablaré con la junta para ver algunos de estos cambios. ¿Puedo pedirte que escribas algunas ideas que pueda presentarles?

Al darme cuenta de que un cumplido de Bug era algo raro, me limité a sonreír.

—Por supuesto. Me alegro de haber podido ayudar.

Me di la vuelta para irme, pero Bug me detuvo al levantar una mano en el aire.

—Una última cosa antes de que te vayas. Esto entre tú y Whip, ¿será un secreto por mucho más tiempo?

Me quedé inmóvil y las paredes de la habitación me oprimieron. Me congelé, sin saber cómo reaccionar.

Como no respondí, Bug levantó una ceja en señal de desafío.

—¿Lo niegas?

Con los ojos muy abiertos, apenas sacudí la cabeza mientras la sangre me *zumbaba* entre las orejas.

Una sonrisa de satisfacción cruzó sus labios.

—Tal y como pensaba.

—¿Cómo...? —balbuceé.

Bug sonrió.

—No se me escapan muchas cosas por aquí. La gente divaga, sobre todo para oírse hablar a sí misma, pero si *escuchas de verdad*, oyes todo tipo de cosas interesantes.

El pánico se apoderó de mi pecho al imaginarme a mi papá descubriendo lo que habíamos estado haciendo.

—¿Crees que mi papá lo sabe?

Frunció los labios.

—¿Sería lo peor del mundo? ¿Que te involucraras con un King? Ambos son adultos que están de acuerdo.

Sacudí la cabeza.

—No es eso. Mi papá, él... —*Ugh, no sé cómo decirlo*—. Para mí, al final, estaría bien. Mi papá es protector, claro, pero Whip... *realmente* se merece ese ascenso, y no quiero ser la razón por la que no lo consiga.

—Todos tomamos decisiones. —El tono ominoso de su voz me produjo escalofríos—. El jefe Martin parece lo bastante racional como

para ascender a un hombre por sus méritos y no por la compañía que tiene. Además, estoy segura de que mi sobrino es lo bastante listo como para saber cuándo dejarlo y cuándo luchar por lo que se merece. No olvides nunca que es un King.

No estaba segura de si se refería al trabajo o a otra cosa, pero la firmeza de su afirmación me hizo asentir como una idiota.

—Sí, estoy... Estoy segura de que está bien. No hablamos de hacer algo *oficial*. Las cosas aún son nuevas.

—Por supuesto, lo entiendo, pero por discreción... —Sus ojos me recorrieron mientras su ceja se deslizaba por su frente—. Es posible que quieras llevar algo más que la camiseta de mi sobrino si estás planeando mantener los chismes al mínimo.

25

Whip

La entrevista era mi momento de brillar.

Normalmente podía sentarme, relajarme y transmitir con confianza cómo pensaba ejecutar con éxito los requisitos del trabajo que tenía ante mí. Eso era mucho más difícil de hacer cuando estabas sentado frente a tu jefe y recordabas exactamente lo duro que te hizo correrte su hija la noche anterior.

El jefe Martin me estudió desde el otro lado de la mesa mientras él y un grupo de entrevistadores repasaban sus preguntas y tomaban nota de mis respuestas finales. El sudor me recorría la línea del cabello y me removí en el duro asiento de plástico.

Me senté en su mesa, comí su comida. Jesús, las cosas que le hice a su dulce niña...

La culpa me atormentaba y no pude reunir las agallas para mirar al jefe Martin a los ojos. En lugar de eso, dirigí mi siguiente respuesta al jefe del batallón. Fui el primero en ser entrevistado, lo cual me pareció bien. Se había corrido la voz de que solo los tres mejores candidatos iban a ser entrevistados, y me alegré de poner el listón por el que se juzgaría a los demás. Solo que ahora empezaba a temer que el listón que yo pusiera fuera patéticamente bajo.

El rostro del jefe Martin era ilegible mientras se recostaba en su asiento y tomaba una última nota en el bloc de papel que tenía a su lado.

—Gracias por tu tiempo. Comunicaremos a todos los candidatos nuestra decisión final en los próximos días.

Asentí y me levanté, tendiéndole la mano.

—Gracias, señor.

Recorrí la sala y estreché la mano de cada entrevistador antes de salir precipitadamente. Cuando la puerta se cerró tras de mí, me jalé la corbata, me la quité del cuello y me la metí en el bolsillo.

—Aww, Bill. No me digas que estás nervioso. —La risa sabelotodo de Lee Sullivan me crispó los nervios. Iba vestido con sus pantalones tácticos azul marino y su camiseta de la OFD. Me moría de ganas de quitarme el traje.

—No estoy nervioso, llego tarde a mi turno. —Me desentendí de él, me saqué la camisa de vestir de la cintura del pantalón y caminé por el pasillo hacia el cuartel para cambiarme.

—Relájate. Solo te estoy tocando las pelotas —me dijo Lee. Me giré a tiempo para ver cómo se metía un M&M en la boca—. Tienes esto en la bolsa.

No necesitaba un voto de confianza de Lee Sullivan de todas las personas.

Durante una fracción de segundo, me pregunté cómo habría sido crecer sin tener que demostrar constantemente tu valía a un hombre que se suponía que te quería. Tener una mamá que no recogiera sus cosas y te dejara atrás por algo mejor.

Pero, ¿y si no?

Aplasté el mismo pensamiento que me estaba atormentando desde que Bug me arrojó aquella caja a los brazos. Se burlaba de mí desde la esquina de mi taller, donde la había tirado. No tenía ni puta idea de por qué sentí el impulso de colgar la cazadora vaquera en el fondo de mi armario, solo que me parecía demasiado deprimente dejarla arrugada en una caja de cartón olvidada.

Apoyé los antebrazos en la litera de arriba y dejé colgar la cabeza. Incluso tener los *pensamientos* que estaba teniendo era una traición al apellido King.

No podía evitar la sensación de que había algo *más*. Algo que me faltaba.

A pesar de años de intentar olvidar, era fácil recordar lo drásticamente que cambiaron nuestras vidas, lo claramente que se podía separar mi infancia en un *antes* y un *después*.

A menudo pensé que mis hermanos menores eran los afortunados, demasiado jóvenes para recordarla, pero tenía que haber algo que yo me estaba perdiendo. Tal vez Abel o Royal recordaban algo que yo no noté o que olvidé en el tiempo. Algo que explicara por qué las pertenencias de nuestra mamá estaban metidas en una caja y enterradas en un sótano.

Sabía que mi papá tenía las respuestas, pero nunca podría acudir a él. La persona más cercana a él, mi hermano menor JP, no era de fiar. Le faltaban pocos años para convertirse exactamente en el hombre que mi papá quería que fuera. Cada año que pasaba se parecía más y más a nuestro papá.

Saqué el celular del bolsillo y le envié un mensaje a mis hermanos mayores, esperando que no fuera el primero de muchos errores.

Yo: *Tenemos que hablar. Es importante.*

Royal: *Si quieres salir del armario, está bien. Ya lo sabemos.*

Yo: *Vete a la mierda.*

Abel: *Royal, deja de ser un imbécil, pero en serio, Whip, si es eso, nos parece bien.*

Suspiré y puse los ojos en blanco. Estaba en plena crisis y mis hermanos aprovechaban para romperme las pelotas.

Yo: *Se trata de mamá.*

Una serie de burbujas aparecieron, desaparecieron y volvieron a aparecer. No había duda de que la bomba que acababa de lanzar los ha sacudido a ambos.

Royal: *La tienda está abierta. Podremos hablar en privado si quieres reunirte aquí.*

Abel: *Puedo encontrar a alguien para cubrir la cervecería. ¿A qué hora?*

Yo: *Me pasaré después de mi turno.*

Royal: *El estacionamiento en el centro será inexistente debido a la feria. Prueba en el callejón de atrás. Dejaré la puerta trasera abierta.*

Probablemente era una paranoia por mi parte borrar el hilo de texto con mis hermanos, pero, de nuevo, era muy consciente del poder que tenía Russell King. Necesitaba volver a concentrarme y, durante el resto de la tarde, dediqué toda mi atención a revisar y volver a revisar el equipo y a cumplir con mis obligaciones.

Más tarde recibí un mensaje de Emily, y fue el único punto positivo de mi día.

Emily: *¿Te veré en la feria esta noche? ¿Cómo estuvo la entrevista? Estoy deseando que me lo cuentes.*

Sonreí mirando el celular mientras escribía mi respuesta.

Yo: *La entrevista estuvo bien. ¿Y me estás pidiendo una cita?*

Cambié de peso mientras me invadían los nervios. La feria sería un lugar muy público para tener una cita.

Emily: *Lo estoy haciendo. Mi mamá mencionó llevar a papá a cenar fuera del pueblo, así que pensé que no tendrías que preocuparte de que tu viejo y malvado jefe supiera de nuestros asuntos. Puedo hacer de ti un hombre honesto. Bueno... más o menos.*

Necesitaba una noche fuera. Tiempo para recuperar la cabeza, y no podía pensar en otra persona con la que prefiriera pasar el tiempo que con ella.

Yo: *Probablemente me convencerían para comer un perrito de maíz y dar una vuelta en la noria.*

Emily: *Me disfrazaré.*

Las cosas estaban cambiando. Emily y yo acordamos ser informales, pero que nos vieran juntos en uno de los mayores acontecimientos de nuestro pequeño pueblo sería lo contrario de informal.

Su año escolar había terminado y mi entrevista había pasado. No podía evitar la esperanza de que el cambio que estaba sintiendo se debiera a que por fin las cosas estaban encajando.

Royal tenía razón, por supuesto. Debido a la feria, el estacionamiento en Outtatowner era inexistente. Incluso en la parte trasera del edificio, los autos estaban apiñados en todas las plazas de estacionamiento disponibles. Tardé veinte minutos, pero finalmente metí mi camioneta entre el Cadillac de la señorita Tiny y un contenedor de basura.

El ritmo metálico de la música de feria resonaba en el aire mientras caminaba calle arriba hacia King Tattoo. Saludé con la mano y la cabeza a las familias y vecinos con los que me cruzaba. En el aire flotaba el entusiasmo por la feria, que se celebraba a dos manzanas de la calle principal del pueblo, en un campo abierto de propiedad municipal.

La feria de dos días se preparó con atracciones, juegos e incluso un escenario para música en vivo. Tenía ganas de ver a Emily, pero antes tenía que ocuparme de algo.

No me cabía duda de que la charla sobre nuestra mamá iba a caer como un globo de plomo, pero necesitaba respuestas. Cuando llegué a King Tattoo, le abrí la puerta a un par de chicas con aspecto de universitarias que presumían y se reían de sus tatuajes a juego.

Observé el brillante suelo de ajedrez blanco y negro de la tienda de tatuajes. El local estaba muy iluminado y las obras de mi hermano estaban enmarcadas en las paredes. Con el tiempo contrató a otros artistas y sus obras colgaban junto a las suyas. Puede que el edificio lleve el apellido King, pero mi hermano valoraba a los artistas que trabajaban a su lado.

El zumbido de las máquinas de tatuar llenaba el ambiente y llamé la atención de Luna, la mujer que trabajaba en recepción y que también era la perforadora residente. Tenía tachuelas en las orejas y los hoyuelos de diamantes parpadeaban bajo la luz fluorescente.

Le señalé la mejilla derecha.

—¿Esa es nueva?

Luna sonrió e inclinó la cabeza para mostrar su piercing más reciente.

—Tenía que ponerme el otro lado a juego. —Batió las pestañas.

—Impresionante como siempre. ¿Está Royal por aquí?

Ella inclinó la cabeza.

—Está atrás. Tu otro hermano ya está aquí. —Se rió y sacudió la cabeza—. Jesús, olvidé lo aterrador que es ese.

Sonreí.

—¿Abel? Vamos. Es un osito de peluche. —Su carcajada arrancó una de las mías. Me pasé la mano por la barbilla—. Sí, tal vez sea una exageración. Nos vemos, Luna.

—Adiós —cantó y movió los dedos en un suave gesto.

Mis botas resonaron en el piso mientras me dirigía a la trastienda, que hacía las veces de oficina de Royal.

La puerta solo estaba parcialmente cerrada, así que llamé dos veces antes de empujarla y pasar.

—Soy yo.

La voz de Royal me saludó.

—Está abierto.

Cuando entré, estaba detrás de su escritorio, estirado en la silla de cuero de la oficina, con las manos cruzadas detrás de la cabeza y sus largas extremidades estiradas, con las botas apoyadas en el escritorio.

Abel acechaba en un rincón, con los hombros encorvados y las manos metidas en los bolsillos. Me reí de la valoración que Luna hizo de mi hermano mayor. No era un osito de peluche.

Cuando cerré la puerta tras de mí, Royal enarcó una ceja en señal de interrogación.

—Tienes secretos, hermanito.

Me crucé de brazos.

—Sí, bueno, no soy el único, pero necesito saber que esta conversación no saldrá de esta habitación.

—¿Lastimaste a alguien? —Un dolor familiar se filtró en la tensa voz de Abel.

Le puse una mano en el hombro.

—No hombre, nada de eso. Estamos todos bien.

Sus fornidos hombros se relajaron al oír mis palabras.

Royal bajó las botas del escritorio y plantó los pies en el suelo.

—¿Por qué quieres hablar de mamá? ¿Por qué ahora?

Eché un vistazo a la oficina de Royal. La probabilidad de que alguien estuviera escuchando era baja, pero seguía sintiéndome incómodo.

—Hace unas semanas, Bug encontró una caja en el sótano. Estaba nerviosa, tenía algunas cosas que eran de mamá.

—Creía que papá lo había quemado todo —dijo Abel.

—Sí, bueno, él no quemó esto. —Suspiré y miré a mis hermanos.

—¿Por qué te la dio Bug? —Royal preguntó.

Me encogí de hombros.

—No sé... porque yo estaba ahí. ¿Quizás?

—¿Qué contenía? —preguntó Abel.

La tensión enrolló sus garras alrededor de mis hombros y se instaló en mi cuello.

—Algunos papeles viejos, un par de fotografías, una chaqueta de mezclilla. Su licencia de conducir.

Los ojos de Royal se desviaron hacia los míos.

—¿Licencia de conducir?

Me paseé unos pasos por su pequeña oficina. *Sabía que no estaba del todo perdido por pensar que era jodidamente raro que su licencia estuviera ahí.*

—¿Cómo puede alguien irse y empezar una nueva vida sin la licencia de conducir? —La voz áspera de Abel apenas superaba un susurro.

Sus palabras validaron las preguntas exactas que me habían estado rondando por la cabeza.

—¿Estaba caducada? ¿Como una vieja, de antes de que se fuera, tal vez? —Royal preguntó.

Lo pensé un momento.

—Supongo que es posible. No me fijé mucho en la fecha de caducidad ni nada parecido. ¿Alguno de ustedes recuerda cuándo se fue? ¿El mes exacto?

—13 de septiembre. —Los ojos de Abel no se apartaron de la mancha en el piso.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Sus ojos oscuros se posaron en los míos.

—Porque fue cuatro días antes de mi doceavo cumpleaños.

—Mierda. —Royal se restregó una mano contra la nuca—. Me olvidé de eso.

—Mira, no sé lo que esto significa, o si significa algo en absoluto, pero todo lo que sé es que esa caja ha estado ahí abajo durante mucho tiempo, y cuando Bug la encontró, ella enloqueció. ¿Alguna vez la han visto perder la calma? —Busqué las expresiones de mis hermanos, y ambos me hicieron un solemne gesto de negación con la cabeza.

No sabía qué más hacer.

—¿Creen que tal vez sea el momento? ¿Quizás deberíamos intentar encontrarla?

Mis hermanos se quedaron callados, hasta que Royal finalmente preguntó:

—¿Estás de acuerdo con el hecho de que tal vez ella no quiera que la encuentren?

Se me revolvió el estómago, pero contesté de todos modos.

—Por supuesto.

Abel se enderezó.

—Conozco a alguien que podría ayudarnos. Mi antiguo oficial de libertad condicional tiene algunos contactos. Puedo ponerme en contacto con él y ver si quiere hacerse cargo. Puede empezar a husmear y hacer preguntas.

Asentí con la cabeza. Abel tenía un antiguo agente de la condicional que se convirtió en una especie de amigo. Cabía la posibilidad de que uno de sus contactos pudiera ayudar, y era mejor a que un lugareño hiciera la investigación.

Miré entre mis hermanos.

—Pero estamos de acuerdo en que esto se queda aquí entre nosotros. No creo que necesitemos arrastrar a las chicas a esto si no es nada, y JP... —Mis pensamientos se interrumpieron.

—Sí, lo sabemos —terminó Abel.

Le tendí la mano a mi hermano mayor.

—Okey. Hazme saber si tu hombre está dispuesto, y seguiremos a partir de ahí.

Me giré para estrechar la mano de Royal, y él apretó la mía.

—Diviértete en tu cita con la hija del jefe. —Me quedé helado cuando sonrió y enarcó las cejas. Royal siempre era un agitador de mierda—. No eres tan astuto como crees, hermanito.

Me reí y negué con la cabeza.

—Parece que no. Solo no me jodas esto.

—No. —Royal se rió y sacudió la cabeza—. Te dejaré tranquilo.

26

Emily

Bajo el aterciopelado manto de una estrellada noche de verano, la feria se desplegaba como un país de ensueño de cuento de hadas. El aire estaba impregnado del dulce aroma del algodón de azúcar, entremezclado con el cálido y mantecoso aroma de las palomitas recién hechas y los perritos de maíz fritos. Las risas lejanas de los niños resonaban en el aire, puntuadas por las alegres melodías del carrusel.

La cálida brisa traía el sabor del lago cercano, infundiendo en el ambiente un toque de agua fresca y alegría. A lo lejos, las luces de colores adornaban las sencillas casetas y atracciones de feria, arrojando un suave resplandor sobre los rostros de los habitantes del pueblo que se deleitaban con la emoción de la feria. La noria, majestuosa centinela del cielo crepuscular, ofrecía unas vistas impresionantes de la lejana costa y de las centelleantes aguas del lago Michigan.

Se trazaron caminos de grava para guiar a la gente desde el estacionamiento hasta los juegos y atracciones. A cada paso, el crujido bajo mis pies creaba un ritmo que coincidía con los latidos de mi corazón a medida que me acercaba al fervor de la gente. Whip y yo quedamos en encontrarnos en la entrada oeste. Miré la hora y me invadió una emoción vertiginosa.

Al cabo de unos minutos insoportables, reconocí su paso familiar. Sus largas piernas se comían la distancia que nos separaba desde el estacionamiento hasta la entrada. Conteniendo una carcajada, saqué los lentes de Groucho del bolso y me los puse.

Se me hizo un nudo en el estómago. Tuvimos algunos momentos *extraños*, y yo tenía más de una pregunta –como por qué había una

chaqueta de mujer colgada en su armario-, pero no quería ser ese tipo de chica. Acordamos ser informales y, en su mayor parte, eso funcionaba para mí. Quería que sus acciones me demostraran la clase de hombre que era, y recé para que fuera suficiente.

En cuanto Whip me vio, su carcajada cortó el aire. Ahogué una carcajada cuando mi nariz se crispó. El bigote adherido me hizo cosquillas, pero puse el rostro serio.

Whip se acercó a mí despreocupadamente.

—¿Disculpe, señor?

Sonreí bajo la ridícula nariz y el bigote.

—¿Cree que puede ayudarme? Busco a Emily Ward. Es más o menos así de alta —Whip levantó la mano hacia mi altura—, tiene el cabello rubio, los ojos como el lago después de una tormenta y un par de tetas increíbles.

Se me escapó una carcajada. Me quité lentamente los lentes de nariz falsa y le dediqué una sonrisa cursi.

Los ojos de Whip se desorbitaron.

—Santa mierda. No tenía ni idea.

Mi cuerpo zumbaba, lo llamaba. Quería fundirme con él y dejarme llevar por la magia atemporal del abrazo de la feria, sin tener que preocuparme de quién pudiera vernos.

En lugar de eso, dejé que se me pasara la risa y volví a meter los lentes en el bolso.

—Qué casualidad encontrarte aquí.

Asintió con la cabeza.

—Total coincidencia. ¿Tienes hambre?

Me giré hacia la entrada.

—Muerto de hambre.

Juntos nos fundimos con la multitud, pasando a través de la entrada rodeada de cuerdas y adentrándonos en el corazón del evento. Era una

cápsula del tiempo de nostalgia infantil, en la que las atracciones parecían haber crecido a la vez que tú: un poco chirriantes, pero aún a flote.

—Es curioso que todas las ferias sean siempre exactamente iguales —señaló Whip.

Me giré hacia él.

—Estaba pensando lo mismo. —Mi atención se desvió hacia la pintura desconchada y las letras oxidadas del cercano Tilt-A-Whirl—. Estoy segura al mil por ciento de que esta empresa de feria es la misma que hacía la feria en el pueblo en el que crecí. La fundación tuvo que pagarles en *efectivo*. —Sacudí la cabeza y me reí—. Probablemente también sean los mismos trabajadores.

Whip miró a nuestro alrededor.

—Yo no lo dudaría. —Aspiró profundamente—. Quién hubiera pensado que el olor a churros y aceite de motor sería tan atractivo.

—¡Sí, churros! —Lo agarré del brazo y lo arrastré hacia el primer vendedor de comida que vi. En cuanto nos pusimos en la cola, solté la mano de su bíceps y me dieron ganas de volver a tocarlo. Estar tan cerca, al aire libre, me resultaba prohibido y excitante.

Me miró.

—Parece que lo lograste.

Eché un vistazo a las caras sonrientes. La música del circo sonaba detrás de nosotros mientras esperábamos para pedir.

—A todo el mundo le gusta la feria. Me sorprendió lo mucho que me gustó toda la planificación que se hacía para recaudar fondos. Supongo que tiene sentido. Me encantan los buenos planes.

Dimos un paso adelante y me miró.

—¿Cuál es tu plan, Prim? ¿Qué es lo siguiente para ti?

Cuando los ojos de pizarra de Whip me miraban así, el mundo parecía desvanecerse. Tenía una forma de hacerme sentir vista. *Elegida*. Lo irónico era que me había elegido el único hombre que no podía tener.

Su pregunta tenía un peso silencioso, como si mi cerebro también se preguntara: *¿Qué nos espera ahora?* Tal y como estaban las cosas, nunca sería más que un secreto. Sabía que sería más seguro no dejar que lo que fuera que se estaba gestando en mi interior fuera demasiado lejos. Las cosas se complicarían si mis sentimientos se volvían incontrolables. En lugar de dejar que mis sentimientos se apoderaran de mí, los reprimí y me concentré en divertirme.

—Bueno, se acabó la escuela. —Sonreí—. La señora Kirk presentó oficialmente su dimisión, así que me gustaría pasar a ser profesora a tiempo completo en Outtatowner Junior High.

Sus ojos estudiaron mi cara y luego se encogió de hombros y miró hacia adelante.

—Lo conseguirás.

Su voto de confianza me infundió placer y sonreí.

—Yo también lo creo.

Después de pedir -una bolsa de churros para mí y un perrito de maíz para él-, seguimos abriéndonos paso entre la gente. Se había reunido tanta gente que solo reconocí un puñado de caras entre la multitud sonriente. A pesar de la cantidad de extraños que nos rodeaban, había algo en Outtatowner que siempre me parecía seguro y acogedor. El cartel del pueblo prometía que era un lugar donde los desconocidos se convertían en amigos, y así era exactamente como se sentía.

Aspiré una bocanada de aire de julio y suspiré.

—Me gusta mucho estar aquí.

Whip miró a su alrededor.

—Es un sitio estupendo. —Su paso se ralentizó y me miró—. Me sorprende que no hayas venido más a menudo.

Tiré mi bolsa de papel usada a una papelera cercana y me quité el polvo de los dedos.

—Visité a mis papás una o dos veces, pero cuando papá consiguió el puesto de jefe, yo ya vivía en Virginia.

Los labios de Whip formaron una línea.

—¿Te gustaba ahí?

La aprensión se me enroscó en el estómago.

—Um. —Odiaba hablar de aquella época de mi vida y de los errores que había cometido—. Al principio estaba bien. —Caminamos uno al lado del otro y me dio espacio para continuar. Con los ojos fijos frente a mí, busqué las agallas para abrirme a él—. El chico con el que salía consiguió un trabajo ahí, por eso acabé en Virginia. Es bombero.

—Ahh... —El humor bailó en los ojos de Whip—. Así que por eso nos odias.

Me reí.

—No te odio, solo... lo *conozco*.

—¿Ah, sí? ¿Qué conoces? —preguntó.

—El tipo. —Agité la mano inarticuladamente en el aire—. Adictos a la adrenalina. Siempre buscando la próxima cosa emocionante. Corriendo hacia incendios y salvando gatos de los árboles para conseguir un beso de la ama de casa.

Sus cejas se fruncieron.

—Eso es extrañamente específico.

Levanté un hombro.

—Bueno, en mi caso, lo siguiente emocionante no fue la ama de casa, fue mi mejor amiga y co-profesora.

Sacudió la cabeza.

—Ouch.

—Sí, fue una información muy poco divertida de averiguar. Después de atraparlos -nada menos que en *mi* auto-, no podía ni mirarla, y mucho menos enseñar en la misma aula y ser todo lo que nuestros alumnos necesitaban. —El dolor familiar de no haber podido terminar el año me pinchó las costillas—. Así que lo dejé. Me fui al final del

semestre. Vine aquí y acepté un recorte salarial y el trabajo de baja por maternidad de la señora Kirk solo para terminar el año escolar.

—Bueno, eso no fue porque fuera bombero. —La aspereza de su voz me envolvió—. Fue porque es un maldito idiota.

Me pavoneé, sabiendo que quizá Whip también pensaba que Craig había perdido algo cuando me fui. Choqué mi hombro con el suyo.

—¿Sabes? Me gustabas más cuando me odiabas.

—Mentirosa. —Se rió—. Además, nunca te odié, pero tal vez odiaba la forma en que me hacías sentir.

Un hormigueo me recorrió el pecho. La luz bailó en sus rasgos cuando me detuve frente a él.

—¿Cómo te hacía sentir?

Su mandíbula se tensó y mi ritmo cardíaco se aceleró.

—Como si fuera a quemar todo mi mundo solo para tenerte.

Me dio un vuelco el corazón y me zumbó la sangre. Señalé con un dedo hacia su nariz y sonreí.

—¿Ves? Imprudente.

Con una carcajada, Whip me agarró del dedo y me acercó a él. Estábamos en las afueras de la feria, rodeados de vecinos y desconocidos, mientras el mundo se movía a nuestro alrededor. La tensión crepitaba entre nosotros y mi atención rebotaba de sus labios a sus ojos. Sacó la lengua para humedecerse los labios.

Un empujón por detrás me hizo chocar contra él. Me giré y vi a Robbie Lambert con las manos en alto.

—¡Oh, mierda! Quiero decir, maldición. Lo siento, señorita Ward.

Me recompuse y sonreí.

—Hola, Robbie. Está bien. —Mis ojos pasaron de sus zapatos nuevos a su cara, y mi corazón se hundió. Me acerqué a un moretón que coloreaba su pómulo alto con tonos de púrpura profundo que se filtraban en un pútrido borde amarillo verdoso.

Extendí la mano, pero la bajé cuando retrocedió unos pasos.

—¿Qué te pasó en la cara? ¿Estás bien?

Las yemas de sus dedos rozaron el moretón.

—Oh, sí. No es nada. Solo estaba jugando. Hasta luego, señorita Ward.

—Adiós... —solté débilmente mientras lo veía correr hacia sus amigos y reunirse con su grupo.

—¿Estás bien? —preguntó Whip.

Sacudí la cabeza.

—Bien, es solo que... ¿le creíste? ¿Sobre su moretón?

Whip miró hacia adelante, donde Robbie y sus amigos habían desaparecido entre la multitud.

—Claro, ¿por qué no?

Algo más siniestro arañó mi cerebro.

—Creo que su papá le pega.

Whip frunció el ceño.

—¿Tienes pruebas? ¿Te lo dijo alguna vez?

Mis labios se apretaron.

—No, es solo una sensación. Ha tenido algunos moretones en los brazos antes, pero nunca en la cara. Ese moretón parecía fresco y doloroso.

—Siempre puedes hablar con el director Cartwright.

Sacudí la cabeza y acomodé los hombros.

—Estoy obligada a informar. Como profesora estoy obligada por ley a informar de *cualquier* sospecha de abuso.

Hizo una pausa y sus ojos se abrieron ligeramente.

—Solo quería dar una segunda opinión. Solo eso. Muchos de esos chicos juegan fútbol en la playa. De vez en cuando nos daban algún codazo. No era mi intención.

—Lo sé, lo siento. Creo que estoy preocupada. Hay algo en su papá que me da mala espina.

—Pokey Lambert es un impulsivo y un imbécil, pero no creo que abuse de los niños.

Me mordí el interior del labio mientras buscaba entre la multitud una última mirada a Robbie.

—Sí, tal vez tengas razón.

Estaba perdido entre la multitud, así que dejé a un lado esa sensación punzante. Se me levantó el ánimo y se me iluminaron los ojos cuando vi la entrada del parque de atracciones más adelante.

—Vamos, quiero enseñarte algo.

27

Whip

El oscuro pasillo de la casa de la diversión se cerraba sobre nosotros mientras el suelo se movía bajo mis pies. Tenía una mano sujeta a la barandilla y la otra en la cadera de Emily. Envuelto en la seguridad de la oscuridad, era libre de tocarla. Mi mano bajó hasta tocarle el trasero.

—Cuidado. —Sonrió por encima del hombro mientras se agachaba bajo el muro que conducía a la siguiente curva.

—Oh, lo estoy viendo. —Volví a acariciar su trasero, dejando que mi mano se deslizara entre sus muslos—. Me gusta lo que veo.

En la siguiente sección de la casa de la diversión, Emily estaba de pie con los hombros encorvados hacia adelante, de cara a la pared.

—¿Y ahora qué?

Me coloqué detrás de ella, observando su reflejo en el espejo del parque de atracciones. Me reí al ver cómo el espejo convexo distorsionaba su imagen, convirtiéndola en una versión de piernas cortas y muy curvilínea de su típico carácter ágil.

—No sé... —Me puse a su lado, viendo mi propio reflejo doblarse y cambiar a medida que me movía—. Como que me gusta.

Emily se tapó la boca para ocultar la risa.

—¿Sabes? Si inclino la cabeza así, te pareces a Dickie Johnson.

Se me cayó la cara y fijé mi atención en ella con una mirada muerta.

—No. Te. Atrevas —bromeé. Me pasé los dedos por el labio inferior—. Ni siquiera tengo el guardador de sabor.

Su carcajada encantada flotó por encima de la música, y sonreí antes de envolverla en mis brazos. Nuestro reflejo se estiró en el espejo, distorsionando la parte superior de mi cabeza hasta el techo.

—¿Te seguiría gustando si mi cabeza fuera así de enorme?

Sus brazos cubrieron los míos y apretaron.

—Bueno, finalmente coincidiría con tu ego sobre inflado.

Le mordí el cuello con un gruñido y sonreí. Pelear con Emily siempre era lo mejor.

Cuando un par de adolescentes pasaron junto a nosotros y desaparecieron al doblar la esquina, se me ocurrió una idea.

—Ven aquí —susurré contra su suave piel.

Tirando de ella hacia atrás en un callejón sin salida, la abracé con fuerza. Escondidos en un rincón, el zumbido sordo de la feria continuaba más allá de las paredes de la casa de la diversión. Rodeados de espejos, estábamos expuestos, pero mi piel era yesca seca, y Emily era el fuego que amenazaba con consumirme.

Apreté su espalda contra el espejo, saboreando cómo su cuerpo se amoldaba instantáneamente al mío.

—Podría follarte. Justo aquí, con todo el mundo esperando afuera, sin saber si alguien vendrá y nos encontrará.

Tarareó y se apretó contra mí.

—Eso sería lamentable. —Levantó una ceja en señal de desafío.

—¿Crees que no lo intentaría? —desafié.

—Bueno... —La voz de Emily era un susurro sin aliento mientras se inclinaba cerca de mi oído—. Tendrás que atraparme primero. —Con una carcajada, se agachó bajo mi brazo y desapareció por una esquina.

—Pequeña traviesa —gruñí y salí tras ella, chocando con una pared y teniendo que tantear el terreno.

El laberinto de espejos continuaba, y cada vuelta aumentaba el suspenso mientras la perseguía. Las risas resonaban distorsionadas en

las superficies reflectantes, y todos los demás sonidos se convertían en una sinfonía lejana. Se me aceleró el corazón, no solo por la persecución, sino por la corriente subterránea de algo más, algo que se estaba formando entre nosotros.

Pasé junto a una pareja de ancianos disculpándome entre dientes hasta que finalmente arrinconé a Emily en un callejón sin salida. Nuestras carcajadas se mezclaron y la atmósfera cargada nos envolvió. Me miró con desafío juguetón, sus ojos brillaban con picardía. Acorté la distancia que nos separaba, deleitándome con la electricidad que crepitaba en el aire.

El ruido ambiental de la feria se difuminó en el fondo mientras apretaba a Emily contra la pared de espejos. Los reflejos distorsionados hacían que el momento fuera surrealista, como un sueño en el que la realidad se plegaba a los caprichos de mi deseo. Su respiración se entrecortó cuando nuestros ojos se encontraron y el mundo exterior desapareció.

—Podría atraparte cuando quisiera — susurré, con una voz grave que reflejaba los lejanos rugidos de antiguas cabalgatas. La tensión entre nosotros era palpable, una fuerza magnética que nos acercaba.

Una sonrisa atrevida se dibujó en sus labios y me desafió con la mirada.

—Entonces adelante, atrápame.

Persiguiendo el juego, me lancé hacia adelante, pero ella se escabulló, navegando por el laberinto con una agilidad que me dejó frustrado y cautivado a la vez. Los espejos retorcían la realidad, creando un caleidoscopio de imágenes mientras bailábamos por el laberinto.

Emily llegó por fin a la salida y saltó de la plataforma de la casa de la diversión. Sin perder un segundo, continuó su huida por la hierba enmarañada y entre la multitud. Nuestra persecución nos llevó a las afueras de la feria, detrás de un juego de dados, donde los sonidos persistentes se convirtieron en un zumbido sordo. Cuando nos metimos en un rincón apartado entre dos juegos, el ambiente cambió. En el aire

de la costa se respiraba una tensión tácita y la risa de Emily se convirtió en un secreto compartido entre nosotros.

Respirando agitadamente, la tomé del brazo y la hice girar, empujándola de espaldas contra la pared oscura y silenciosa del remolque. El pulso de la feria persistía en el fondo, pero aquí, en las sombras, solo estábamos nosotros.

—Sabía que...

En mitad de la frase cedí y mi boca se estrelló contra la suya.

El mundo dejó de existir durante ese instante robado. El sutil sabor de los churros permanecía en sus labios y la emoción de perseguirla se intensificaba. Cuando retrocedí, nuestras miradas se cruzaron y me di cuenta de lo enamorado que estaba de ella.

En el silencio que siguió, los ojos azul mar de Emily se clavaron en los míos.

Mi cuerpo gritaba: *Ella lo es todo*.

Un movimiento me llamó la atención y me di cuenta de que había una figura entre las sombras del pasillo principal de la feria. Mis ojos se abrieron de par en par al encontrarme con la severa mirada del jefe Martin. Los ecos de las risas parecían burlarse de mí, convirtiendo nuestra noche en un juego de alto riesgo con consecuencias que no había previsto del todo. Me quedé quieto, suspendido en un momento de incertidumbre, mientras la energía surgía a nuestro alrededor, con un revoltijo de emociones arremolinándose en el aire.

La mirada del papá de Emily se clavó en mí y mi corazón latió con fuerza. Tragué con fuerza, buscando palabras que se me escapaban.

—¿Qué pasa? —Emily miró a su alrededor, aún riendo y respirando con dificultad por la intensidad de nuestro beso.

El tiempo parecía dilatarse mientras yo permanecía ahí de pie, presa de la conciencia de que este juego, esta persecución, tenía consecuencias más allá de las paredes del parque de atracciones. El aire se espesó con un silencio ensordecedor, los sonidos de la feria ahora eran susurros lejanos.

Emily vio a su papá y sus ojos se abrieron de par en par, reflejando la conmoción que se apoderó de mí. Quisimos mantener nuestra cita en secreto, lejos de miradas indiscretas, pero ahora el secreto había salido a la luz, expuesto en un callejón poco iluminado. Nuestra energía pasó de la excitación a una tensa incertidumbre.

—Whip —dijo el jefe, con voz grave y mesurada, cortando el silencio como un cuchillo. Mi nombre flotó en el aire, cargado de desaprobación y de una amenaza tácita.

Di un paso atrás, distanciándome de Emily, pero el peso de la situación me oprimía los hombros. La feria, con sus luces parpadeantes y sus atracciones giratorias, parecía apagarse a nuestro alrededor. Busqué palabras, cualquier palabra, para salvar el momento, pero se me escaparon como fantasmas que se escurren entre los dedos.

—Papá. —Emily se alisó las palmas de las manos en los jeans cuando su papá dio un paso al frente, con una expresión mezclada de enfado y decepción—. Pensé que estabas en la cena. Yo…

—Tu mamá quería ver la feria.

El pulso me latía en los oídos, un ritmo discordante con la escena que se desarrollaba. El silencio entre nosotros se prolongó.

—Creí que fui claro —dijo, su voz ahora era una fuerza controlada pero hirviente. No sabía si se dirigía a Emily o a mí.

Luché por encontrar mi voz, mi mente se apresuraba a comprender la profundidad de la situación. Emily estaba a mi lado, sus ojos suplicaban comprensión, una forma de calmar la inminente tormenta, pero el torbellino de luces y el caos festivo se habían convertido en testigos silenciosos de nuestros secretos.

—Señor, yo... —Mis palabras vacilaron y sentí el peso de la mirada del jefe Martin. Las risas de fondo se burlaban de mí, como un recordatorio de la libertad y la alegría que habíamos buscado al venir aquí.

El silencio pesaba como una espesa niebla que nos envolvía. El papá de Emily dio otro paso adelante y mis instintos me gritaron que escapara, que huyera de la tormenta, pero tenía los pies clavados en el suelo, enredado en una maraña de secretos y consecuencias.

Y entonces, justo cuando la tensión alcanzó su punto álgido, las luces parpadearon, sumiendo el callejón en una oscuridad momentánea. En esa oscuridad fugaz, vi una sonrisa cómplice en el rostro de Emily. Un destello de picardía bailó en sus ojos y, antes de que las luces volvieran por completo, susurró:

—Corre.

Como atraído por una fuerza invisible, eché a correr agarrado de la mano de Emily. La energía que me rodeaba creció hasta convertirse en un pulso frenético que me impulsaba hacia adelante. Navegué por los recodos de los remolques estacionados, la oscuridad era mi aliada en nuestra inesperada huida.

El mundo a mi alrededor se desdibujaba mientras corría, los ecos de la risa de Emily y la voz severa de su papá se desvanecían en la noche.

Nos desparramamos por el estacionamiento, las luces vibrantes nos dieron la bienvenida de nuevo al torbellino de la diversión. El corazón me latía con fuerza y eché una rápida mirada por encima del hombro, casi esperando ver al papá de Emily persiguiéndonos, pero el callejón permanecía silencioso y vacío.

Emily resopló y se agachó para recuperar el aliento.

—¡Dios! No puedo creer que hayamos hecho eso.

Sostuve el agudo dolor a mi lado, luego la señalé mientras me paseaba.

—Tú... eres un problema.

Se rió y se apartó un mechón de cabello de la cara.

—No sé qué me pasó. Le vi la cara y me asusté. Parecía *molesto*.

Se estaba riendo. *¿Por qué demonios se reía?*

—Es porque *estaba* molesto —resoplé.

Y confundido.

Traicionado.

El caleidoscopio de colores y los vertiginosos paseos habían vuelto a su despreocupada fachada. Sin embargo, el encuentro en el callejón persistía como una sombra, como un recordatorio de que los secretos tenían consecuencias reales, incluso en medio de una noche que se suponía divertida.

Las luces parpadeantes y las risas eran un telón de fondo agridulce para el tumulto de emociones que se arremolinaban en mi interior. La noche dio un giro inesperado, y el subidón de la divertida persecución se vio atenuado por la aleccionadora realidad de nuestra cita poco secreta.

Puse las manos en las caderas.

—¿Por qué te ríes?

Emily suspiró, y su cara se torció divertida.

—¿Porque es divertido? Whip, mi papá nos atrapó besándonos y *salimos corriendo*. —Se tapó la boca con las manos y gritó al cielo nocturno—: ¿Qué te parece eso para tachar algo de mi lista, papá?

Emily volvió a reírse.

—Corrimos como unos adolescentes. —Su profundo suspiro llenó el aire—. Dios, tenía razón. Esto se siente tan bien. No me había divertido tanto en mucho tiempo.

No podía deshacerme de la imagen de la sonrisa traviesa de Emily en el callejón oscuro y de cómo el fuego chispeaba en sus ojos cuando susurró *corre*. Era una sonrisa que prometía futuras aventuras, y retos aún por afrontar.

—Un King no huye. Aceptamos las palizas con la cabeza bien alta. —Me dio un tic en la mandíbula.

Emily pasó junto a mí hacia el estacionamiento, rozándome juguetonamente con el dedo la punta de la nariz.

—Eso está jodido.

Suspiré y dejé caer las manos.

—Sí, supongo que probablemente lo esté.

—Hablaré con mi papá mañana. —Caminó hacia atrás, aparentemente imperturbable por la revelación de nuestra relación secreta. Emily torció el dedo—. Ahora ven aquí.

28

Emily

El tintineo de una cuchara contra su taza de té era el único sonido que llenaba la cocina de mi mamá. Sus ojos se desviaron hacia los míos mientras las yemas de mis dedos tamborileaban en silencio sobre la encimera. Sentada en mi sitio -sobre la encimera de la cocina, en un rincón-, esperé como lo hice cualquier otra vez que sabía que estaba metida en un buen lío.

Mamá agitó la cuchara en su taza.

—William es...

—Lo sé.

Sus cejas se fruncieron.

—Y su familia...

—Lo sé.

Suspiró.

—Y tu papá...

—Lo sé.

Lo pensé un momento.

—Entonces, ¿está molesto tipo *llegué veinte minutos tarde al toque de queda* o porque *Poppy Kerr y yo tuvimos un accidente*?

Mi mamá dejó de remover y levantó las cejas.

—Él está molesto tipo *"te emborrachaste en el baile de graduación"*.

Mierda.

A nadie le sorprendería saber que fui una buena chica en la escuela. Sacaba buenas notas, me juntaba con chicos simpáticos y rara vez me metía en problemas, pero una vez, durante mi tercer año de preparatoria, salí brevemente con un chico un año mayor que yo. Me llevó a la fiesta posterior al baile de graduación de los mayores, y me preguntó: "Bebes, ¿verdad?" mientras preparaba un destornillador que era casi todo vodka y solo tenía una pizca de jugo de naranja.

A lo que, por supuesto, mentí y tropecé:

—Definitivamente. Sí. Me encanta… esa bebida alcohólica.

Spoiler: No me encantaba.

De hecho, incluso pensar en un destornillador todos estos años después me hacía subir la bilis al fondo de la garganta. Un trago y estaba totalmente ebria. Por suerte mi novio era un tipo decente y después de que derramara agua sobre mi regazo en un intento fallido de ser sexy y dejara mi falda caqui completamente transparente, decidió llevarme a casa temprano.

Por desgracia para él y para mí, mi padrastro me estaba esperando por si necesitaba algo. Fue la única vez que vi esa mirada en sus ojos, la que decía claramente: "*No estoy molesto, solo decepcionado*".

Mierda, odiaba esa mirada.

Hubiera preferido que me castigara con tareas extra o servicios a la comunidad, literalmente cualquier cosa menos tener que aguantar la expresión decepcionada de su cara, o cómo se callaba y se limitaba a sacudir la cabeza e irse. No importaba la edad que tuviera, decepcionar al hombre que no estaba obligado por la biología a quererme, pero que lo hacía de todos modos, era desgarrador.

Cuando dejé caer la cabeza en señal de derrota, mi mamá cruzó la cocina y me puso la mano en la rodilla. Cuando la apretó, reuní el valor para mirarla a los ojos.

Sus ojos azules eran suaves y comprensivos.

—Solo escúchalo, cariño. Creo que te sorprenderá lo que tiene que decir.

Me limpié una pelusa inexistente en el dobladillo deshilachado de mis pantalones.

—¿Y tú qué tienes que decir al respecto?

Su mano me acarició la rodilla.

—Creo que realmente has salido de tu caparazón en los últimos meses. Sonríes más. Por supuesto que me encanta que estés aquí en el pueblo. Esa pequeña Melly feliz que conozco está aquí... —Me dio un golpecito en el pecho, justo debajo de la clavícula—. He podido ver más a esa niña en los últimos meses que en años, y si eso es obra de William King, me alegro por ti.

Sus pesadas palabras aterrizaron con un ruido sordo en mi vientre. *¿Se dio cuenta de que había cambiado? ¿Era cosa de Whip o de estar en este pueblo? ¿Este lugar que de repente sentía como mi hogar?*

—Él es parte de eso, creo —admití—. Pero también es que por primera vez siento que estoy donde debo estar. —Suspiré y dejé que mis manos descansaran sobre mi regazo—. No sé cómo explicarlo.

Mi mamá apretó su mano contra la mía.

—Sé exactamente lo que quieres decir. Hay algo mágico en estas aguas de Michigan. —Me dio un apretón en la mano y, cuando la miré, me guiñó un ojo—. Los hombres de por aquí tampoco están nada mal.

Me eché a reír y me incliné para abrazar a mi mamá. Toda mi vida fue firme y fuerte, un faro que me guiaba y me permitía encontrar mi propio camino.

No siempre podía protegerme de mis decisiones, pero siempre estaba ahí para capear el temporal de las consecuencias que vinieran después.

—¿Crees que las Bluebirds lo saben? —pregunté.

La suave risa de mi mamá llenó su cocina.

—Cariño, se estaban chupando la cara en un rincón oscuro de una feria muy esperada en un pueblo pequeño. Dudo que nadie vaya a creer

que él simplemente estaba haciendo una reanimación cardiopulmonar. Creo que es seguro decir que todo el mundo lo sabe.

Desde el otro lado de la habitación, mi papá se aclaró la garganta y mamá se apartó de nuestro abrazo. Salté de la encimera y mamá me dio un último apretón tranquilizador en el brazo.

—Buena suerte, pero no dejes que te engañe. Sigue siendo un gran malvavisco —susurró.

La saludé con una rápida inclinación de cabeza y crucé la cocina, pasé junto a papá y entré en su oficina por el pasillo.

Su oficina en casa era mucho más agradable que la de la comisaría, con el *jefe Martin* pintado en la puerta. Aquí, el escritorio de su computadora estaba ordenado, pero las fotos enmarcadas cubrían casi todas las superficies disponibles. Instantáneas de vacaciones familiares, navidades y viejas fotos en blanco y negro de su abuelo, que también fue jefe de bomberos, añadían un ambiente acogedor a la oficina. A pesar de ser verano, su camisa oversize seguía colgado del respaldo de la silla.

Me giré hacia él, apoyé el trasero en su escritorio y crucé los pies por los tobillos. En los treinta pasos que separaban la cocina de su oficina, decidí que debía aceptar mi nueva condición de Emily.

Así que me armé de valor para enfrentarme a mi padrastro. Respiré hondo y me puse las manos sobre el regazo para no inquietarme.

—Entonces… creo que te debo una disculpa. Estoy segura de que fue un shock ver anoche a la mujer que criaste en una posición un poco comprometida, pero Whip y yo somos adultos y no necesito tu permiso para salir con nadie, así que no me disculparé por eso.

—Okey. —Mi papá parpadeó—. ¿Crees que necesitas disculparte por huir de mí?

—Tal vez. —Reprimí una sonrisa—. Entré en pánico.

Papá rodeó su escritorio y se hundió en la silla con un suspiro.

—Oh, Melly. ¿Qué voy a hacer contigo?

Me giré y me senté en el sillón frente a él.

—Ya no soy una niña, papá. No tienes que *hacer* nada.

Se frotó los ojos. Con los años, las finas líneas lo habían envejecido, pero seguía siendo exactamente como siempre lo recordaba.

—¿Sabes que me enamoré de ti incluso antes de querer a tu mamá?

Parpadeé mirando al hombre que tenía enfrente.

—Es verdad —continuó—. Tenías tres años y tu mamá y yo llevábamos un tiempo viéndonos. Me hizo esperar seis meses antes de conocerte. Llevabas el cabello recogido en coletas rubias y *te encantaban* los vestidos de fiesta. En el patio te tirabas al barro, lo ensuciabas todo y te la pasabas en grande. —Sus ojos se desenfocaron, como si pudiera ver esa versión diminuta de mí con tanta claridad—. Me acerqué a saludarte y tú me miraste, extendiste tu manita regordeta y dijiste: "Bueno, vamos". —Se rió—. No hizo falta más. Dos palabritas y estaba perdido.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Nunca conocí a mi papá biológico, pero el hombre que tenía delante estaba destinado al mil por ciento a ser mi papá.

—Sigo siendo esa niña, papá. Solo soy... —Me miré y suspiré—. Mayor.

—El tiempo es un ladrón. Un día te despertarás y te darás cuenta de que todos esos días que deseabas que pasaran, *han pasado*, y darías lo que fuera por ralentizarlo.

La emoción se agolpó en mi garganta. Odiaba pensar en mis papás haciéndose mayores y en lo que eso significaba. Quedarme en Outtatowner significaría pasar más tiempo con ellos, y me aferré a ese pensamiento.

—Por eso —continuó papá—, no deberías desperdiciarlo con la persona equivocada. Tú y tu mamá son las razones por las que mi vida es tan feliz y plena.

Fruncí el ceño, no me gustaba su insinuación.

—¿Qué te hace pensar que Whip es la persona equivocada?

Sonrió.

—Nunca dije que lo fuera. Es un buen hombre. Su ética de trabajo no tiene rival...

—¿Pero? —Me puse de pie, con una pequeña chispa de indignación creciendo en mi pecho—. ¿No te parece suficiente?

Papá soltó una risita y levantó la mano para darme un respiro.

—Ningún hombre será nunca lo bastante bueno para ti, Peanut[4]. Así son las cosas, pero si dices que él es el hombre, entonces, bueno... —Suspiró y dejó caer las manos sobre su regazo—. Entonces será él. Cambia de opinión, y habrá cien más en fila detrás de él esperando su oportunidad.

Me reí de la ridícula imagen que había pintado.

—Dudo que hubiera *cientos* haciendo cola —bromeé.

Se inclinó hacia adelante.

—Prestas tanta atención al hombre que tienes delante que no puedes ver nada más, y eso no siempre es malo, pero lo vi con ese imbécil de Craig, y te digo que si hubieras echado un vistazo a tu alrededor, habrías visto lo que yo vi mucho antes.

Mi voz apenas superaba un susurro.

—¿Qué es eso?

—Tú eres el premio. Siempre lo has sido.

Mis ojos se posaron en mi regazo.

—Gracias, papá.

—Ah, vamos. —Se rió y se aclaró la emoción de la garganta—. Eres una mujer adulta. Ve a vivir tu vida.

Sonreí, me levanté y me incliné sobre su mesa para abrazarlo.

—Te quiero, papá. Siento si te he decepcionado.

Sonrió.

---

[4] Maní.

—Yo también te quiero. Solo espero que sepas que no tienes que esconder las cosas... no de mí. Tu mamá y yo estamos siempre a tu lado.

—Gracias, papá.

Empecé a caminar hacia la puerta, sintiéndome más ligera que en toda la mañana, cuando su voz me detuvo.

—Oye, Melly... No olvides que... si te rompe el corazón, puedo hacerlo desaparecer y que parezca un accidente.

Con la cabeza bien alta, dejé que el sol de julio me calentara la cara mientras caminaba por el pueblo. Me moría de ganas de poner a Whip al corriente de mi conversación con mi papá. Sabía que estaba preocupado por el ascenso, pero vería que mi papá no era el tipo de hombre que le echaba en cara nuestra relación personal. Si Whip era el mejor hombre para el trabajo, lo conseguiría.

No más secretos. No más preocupaciones de que nos atraparan. No más mentiras sobre dónde estaba.

Si era sincera conmigo misma, iba a extrañar las miradas cargadas que me lanzaba desde el otro lado de la barra o el roce de la yema de su dedo por mi brazo cuando pasaba, pero lo superaría. Podríamos *salir juntos*.

El vértigo que me invadía me animaba mientras sonreía y saludaba a cada persona con la que me cruzaba. Cada día era más capaz de distinguir a los pueblerinos de los turistas y de distinguir lo que hacía vibrar a este pequeño y peculiar pueblo.

Parecía una tarde para celebrar. Me detuve y miré el cartel de la tienda: *El Sugar Bowl.* La panadería del pueblo siempre estaba llena, y con razón. El café estaba caliente y el dueño, Huck Benton, era un genio de la cocina. Se me ocurrió una idea. Whip dijo que la gente siempre estaba dejando cosas en la estación para los bomberos. Podría conseguir una caja de pasteles y llevarla a la estación yo misma. Podría sorprender a Whip cuando le diera un beso, ahí mismo, delante de todo el mundo.

Abrí la puerta de cristal del Sugar Bowl y ahogué un chillido de emoción mientras la escena se reproducía en mi mente. La sujeté para que salieran dos ancianitas mientras soñaba despierta con Whip.

Sería perfecto, y estaba segura de que, tras el shock inicial, los ojos tormentosos de Whip se oscurecerían y me advertirían de las deliciosas promesas que estaban por llegar.

29

Whip

Miré el celular por enésima vez y fruncí el ceño cuando ella aún no me había enviado un mensaje. Media docena de veces escribí un patético mensaje para ver cómo estaba, pero no quería interrumpirla si todavía estaban discutiendo. No quería que ella me viera como una *persona pegajosa*, pero la verdad era que tenía la piel de gallina. Estaba pasando los últimos minutos de mi turno en la sala de descanso y estaba ansioso por saber cómo había ido la conversación con su papá.

Se corrió la voz rápidamente sobre Emily y yo, y mi teléfono estaba zumbando toda la mañana con mensajes entrometidos de amigos y mis hermanas.

MJ: *Deja de ignorarnos. Somos tus hermanas y las amigas de Emily. DANOS LOS DETALLES.*

Yo: *Si es tu amiga, entonces puedes preguntarle a ella.*

Sylvie: *Arruinador de diversión.*

Sylvie envió inmediatamente una adorable selfie de ella aplastando la cara babosa del pequeño Gus.

Sylvie: *¿Cómo puedes tener secretos con esta cara tan linda?*

Yo: *Si la memoria no me falla, él y su papá *eran* un gran secreto.*

MJ: *Te tiene ahí, Syl.*

Sylvie: *Bieeen. Iremos a molestar a Emily por respuestas.*

Yo: *Por favor, no lo hagas.*

Con media sonrisa, levanté la vista del teléfono y recorrí la comisaría. El jefe aún no llegaba, y el miedo se apoderó de mis entrañas, borrando el alivio que me habían dado mis hermanas. Antes de hacerlo, sabía que perseguir a Emily no era lo correcto: su papá era mi jefe y mentor. Yo era una mierda en las relaciones y, cuando inevitablemente la cagara, nos pondría a los dos en la incómoda situación de tener que tomar partido, pero ahora que estaba en ella, no podía y no quería terminar. Mi alma la llamaba, y *siempre* la elegiría a ella.

Solo esperaba que no me obligaran a tomar esa decisión.

Cuanto más tiempo flotaba la incertidumbre en el aire, más me agitaba. Esperar sentado a que cayera el martillo era insoportable. Golpeaba la encimera con los dedos mientras esperaba impaciente a que la cafetera se diera prisa.

Con el primer sorbo, mi café me supo a amargura y ansiedad mientras reflexionaba sobre los posibles resultados de la charla de Emily con su papá. Mis ojos no dejaban de mirar el reloj, cada segundo que pasaba era un doloroso recordatorio de la tensión no resuelta. No podía deshacerme de la imagen del Jefe irrumpiendo en la comisaría, con el rostro severo y la decepción grabada en las líneas de la frente. El corazón me latía con fuerza, con un pavor constante que acompañaba cada tictac del reloj.

—¡Hey, Whip! —La voz de Connor llamó por el intercomunicador—. Tienes un visitante abajo.

Me acerqué al último escalón y miré su cara sonriente. Suspiré.

—No me jodas. No puedo soportar otro striptease de abuelita gorila.

Connor soltó una carcajada. El año pasado había recibido una "visita" y resultó ser alguien disfrazado de gorila anciana. En cuanto me acerqué a la puerta, la gorila empezó a tocar música y a quitarse la ropa, *incluso las bragas de abuela*. Sabía que Lee estaba detrás. Diablos, estaba bastante

seguro de que era *él* disfrazado, y era jodidamente cómico, aunque nunca se lo confesaría.

Connor movió la cabeza hacia un lado.

—Vamos. Creo que vas a querer ver esto.

Bajé las escaleras de dos en dos. El corazón me dio un vuelco cuando vi a Emily de pie, con una gran caja blanca de panadería en los brazos y una amplia sonrisa en la cara.

—Aww... —Su labio inferior sobresalía—. Pensé que tal vez montarías el poste hacia abajo.

Connor se tapó la risa con la mano y yo le lancé una mirada, diciéndole que se largara.

Me acerqué a Emily. *Está aquí, de pie en la zona de aparatos, rodeada de camiones y olores a goma y limpiador de limón.*

Levantó la caja.

—Tengo algo para ti.

—¿Ah, sí? —Abrí la tapa y me encontré con un surtido de pasteles del Sugar Bowl—. Al equipo le encantarán. Gracias.

Me sonrió y nos sonreímos como tontos.

¿Cómo es posible?

Emily se aclaró suavemente la garganta.

—Hablé con mi papá.

Busqué en sus ojos, pero eran claros y seguros. La tensión de mis hombros se relajó lo más mínimo.

—Creo que vamos a estar bien, tú y yo.

Tú y yo.

Me gustaba cómo sonaba.

Claro que aún quería hablar con mi jefe de todo lo que pasó, pero por el momento, Emily me aseguró que las cosas iban a estar bien. Casi no

parecía real. Las cosas así no funcionaban para tipos como yo. Las mujeres como Emily Ward no se enamoraban de hombres indignos.

—¿Entonces estamos bien? —pregunté.

Su asentimiento suave y emocionado bastó para que mi mente se pusiera a volar. Se encogió de hombros cuando le quité la caja de pasteles.

—Estoy segura de que va a haber un nivel de tocarte las pelotas que realmente no entiendo, pero desde mi punto de vista, papá se tomó las noticias tan bien como podría haberlo hecho.

Tenía la lengua echa un nudo y la mandíbula tensa. *¿Era realmente tan fácil?* Si confiaba en la despreocupación con la que se presentó en la estación de bomberos y en el brillo de sus ojos verdeazulados, entonces sí... Suponía que sí.

—Te voy a llevar a dar una vuelta. —Sonreí.

Sus cejas se alzaron.

—¿En serio?

Mis muelas se apretaron para ocultar mi sonrisa cursi.

—Ya lo creo. Si esto ya no es un secreto, todo el maldito pueblo va a saber que eres mía.

Sus labios se levantaron mientras un tímido rubor rosaba sus mejillas.

—Creo que me gustaría.

—Estate lista a las siete. Te recogeré en tu casa. —Señalé con la cabeza hacia la puerta abierta de la bahía—. Ahora vete de aquí. Me distraes demasiado como para andar por aquí viéndote tan linda.

Me saludó con dos dedos.

—Entendido.

Cuando se dio la vuelta, balanceé la caja de pasteles en una mano y usé la otra para golpearle juguetonamente el trasero. Gritó y soltó una risita antes de salir a la soleada tarde de julio.

—Es difícil de decir. —Emily se inclinó hacia mí y me susurró mientras le acercaba su bebida afrutada. El Grudge estaba lleno, y en la máquina de discos sonaban viejos clásicos del country mientras una nueva banda se instalaba en el escenario.

Gruñí como respuesta y le di un sorbo a mi cerveza.

—Es sutil, pero está ahí. —Me incliné para señalar discretamente hacia el lado oeste del bar—. Si te fijas, esos son todos Sullivan y sus aliados. Se nota porque les salen rayos de sol por el trasero.

Me miró de reojo y sonrió burlonamente.

—¿Y qué pasa con los King?

Me reí entre dientes y me senté.

—Eso es fácil. Cualquier King lleva el peso del mundo. Se nota en los hombros.

Sus ojos recorrieron el lado este, observando a los miembros de mi familia y a los relacionados con nosotros.

—Siempre listos para luchar, ¿eh?

Asentí y bebí un sorbo.

—Más o menos.

—Es increíble que esta disputa haya durado tanto tiempo sin que nadie que no sea de aquí se entere. Los turistas simplemente conviven con eso y no tienen ni idea.

Estiré el brazo sobre el respaldo de su silla y dejé que las yemas de mis dedos rozaran la suave piel de la base de su cuello.

—No somos tontos. Este es un pueblo turístico y, eso nos mantiene controlados. Puede que el pueblo esté dividido por años de rivalidad, pero ninguna de las partes pondría en peligro el pueblo alienando la principal fuente de ingresos. Dependemos de las familias que visitan Outtatowner y vuelven cada año. Lo que nuestras familias piensen las unas de las otras no importa. Así son las cosas.

Mi hermana entró, metida bajo el brazo de Duke Sullivan, y yo observé cómo ocupaban espacio directamente en medio de la barra.

—Quizá no esté tan dividida después de todo. —Emily le sonrió a mi hermana y le hizo un gesto amistoso con la mano, que Sylvie devolvió.

Duke y yo nos miramos y él inclinó la barbilla en señal de saludo. Yo levanté mi copa para devolvérselo.

—Puede que tengas razón.

Las cosas estaban cambiando en Outtatowner, se podía sentir en el aire. Los límites se difuminaban por todas partes y, si yo sabía algo, mi papá sería el primero en responder. Casi había repudiado a mi hermana.

Tomé otro trago de cerveza y aparté de mi mente cualquier pensamiento sobre Russell King. Esta noche se trataba de Emily y de mí, y él no podía arrebatármelo.

Cuando la banda empezó su primera actuación, tamborileé con las manos sobre la mesa de madera. Luego acerqué la palma a ella.

—¿Me concedes este baile, Prim?

La emoción bailó en los ojos de Emily mientras deslizaba su mano en la mía.

—Me encantaría.

Lentamente, la conduje a la pista de baile y sentí cómo los ojos giraban en nuestra dirección. Emily llevaba ya suficiente tiempo en Outtatowner como para que todo el mundo supiera que era la hija del jefe Martin. La noticia de que nos besamos en la feria, y de que su papá nos descubrió, también se había extendido por el pueblo como pólvora.

Hice girar a Emily bajo mi brazo cuando llegamos a la pista de baile y juntos nos balanceamos al ritmo de la música. Emily se apoyó en mi pecho, la abracé y le di un beso en la cabeza. Los recuerdos de la noche en que nos conocimos se agolparon en mi mente. Entonces supe que era especial, pero no tenía ni idea de hasta qué punto iba a cambiar mi vida.

Cuánto *ansiaba* eso.

Las miradas curiosas se posaron en nosotros cuando confirmamos las especulaciones de que Whip King estaba, de hecho, con Emily Ward. Me regocijé al saber que esta mujer ardiente y asombrosa era *mía*.

Y la única persona que podía arruinarlo era yo.

30

Emily

Salir públicamente con Whip King era como ir en una carroza de desfile: el deportista estrella se fijaba en *ti* y todo el mundo lo sabía. Solo que en lugar de los días gloriosos de la escuela y unas habilidades mediocres para besar, Whip tenía un piercing en la polla y besaba como un dios.

El mes de julio pasó flotando en una nube de días de playa bañados por el sol y noches calurosas en las que las extremidades se enredaban. Prácticamente me había mudado a casa de Whip, y era tan liberador saber que ya no tenía que cargar con el peso de nuestro secreto.

Con Whip trabajando, tenía el día libre, y pensaba pasármelo todo estirada en la playa, trabajando en mi bronceado, pero primero, café. Abrí de un empujón la puerta del Sugar Bowl. Aún me sorprendía la cantidad de turistas que acudían a este pequeño pueblo costero. De pie en la cola, apenas reconocía a nadie mientras los olores a canela y granos de café tostados se mezclaban con la crema bronceadora recién aplicada.

Miré rápidamente el menú antes de tomar una decisión. Cuando sonó el teléfono, busqué en el bolso para ver si era mamá, confirmando que nos había reservado un sitio en la playa. Me detuve y miré el teléfono mientras en la pantalla aparecía *Outtatowner Junior High*. Avancé en la fila y me llevé el teléfono a la oreja mientras tapaba la otra con el dedo.

—¿Hola? —respondí.

—¿Señorita Ward? Soy el director Cartwright. ¿Es un buen momento?

—Oh, uh-sí. Sí. Lo siento, estoy en la panadería y hay mucho ruido —Ofrecí una pequeña sonrisa de disculpa a la pareja contra la que estaba encorvada y me aparté mientras la cola avanzaba sin mí.

Me refugié en un rincón de la bulliciosa panadería e infundí a mi voz la calma practicada de una profesional alegre.

—Gracias por llamar, señor. Como mencioné en mi carta de interés, esperaba hablar de mis cualificaciones para el puesto de profesora vacante.

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Por eso la llamo.

Sí! Reprimí un baile de felicidad y apreté los labios para que pudiera continuar.

—Es una llamada de cortesía para informarle de que el puesto fue cubierto.

El zumbido en cámara lenta entre mis oídos ahogó el murmullo de las voces en la panadería. La habitación dio vueltas mientras me esforzaba por comprender las palabras que había pronunciado.

—¿Perdón? —Tenía que haberlo oído mal.

—El puesto de la señora Kirk fue cubierto. Quería ser la persona que se lo dijera y agradecerle su tiempo en OJH.

—Oh, yo... —Parpadeé.

—Si necesita una referencia, no dude en usar mis datos de contacto y estaré encantado de ofrecerle una recomendación firme. —Su incómoda pausa hizo que me picara la piel—. En general, su trabajo fue más que satisfactorio.

—¿Más que satisfactorio? —La simple repetición de sus palabras aún no hacía que calaran.

El director Cartwright suspiró.

—Sé que esto no es lo que quería, señorita Ward.

Se me desencajó la mandíbula.

—¿Tuvo algo que ver con mi actuación? Lo siento. No lo entiendo.

Hizo una pausa y el silencio ensordecedor lo dijo todo.

—No. Fue... —Exhaló un suspiro irritado y se me cayó el estómago—. Recibimos una llamada telefónica que arrojaba algo de luz sobre los esfuerzos de recaudación de fondos de la fundación educativa que el consejo escolar simplemente no podía pasar por alto.

Me quedé quieta con los pelos de punta. Puede que estuviera confundida, pero estaba segura de que no me rendiría sin luchar.

—¿La fundación? Recaudamos más dinero en esos tres eventos que la fundación en *años*. ¿No es eso bueno?

—Todos apreciamos sus esfuerzos, de verdad, pero...

—¿Pero no fue suficiente? —Mi profesionalidad estaba decayendo -lo sabía-, pero el rechazo me quemaba las entrañas. Lágrimas calientes asomaron bajo mis párpados mientras sentía que mi futuro se deslizaba entre mis dedos como arena.

En la línea, mi antiguo director suspiró.

—¿Ignoró o no mis órdenes directas de dejar en paz a Robbie Lambert y su necesidad de zapatos?

Mi mente daba vueltas. Claro que me habían reprendido por darle los zapatos, pero fue Whip quien organizó a los bomberos para que les dieran algo a *todos* los alumnos y así Robbie no fuera señalado.

—Bueno... yo…. —Una ira ardiente burbujeó en mi interior—. ¿Por qué su papá está tan molesto porque alguien cuide de su hijo?

—Señorita Ward, no fue el señor Lambert quien presentó la denuncia. De hecho, la cuestión del cuidado de su hijo es exactamente lo que nos metió en este problema. ¿Sabía que se presentó un informe de sospecha de abuso infantil contra la familia?

Me callé. Incapaz de quitarme de la cabeza la imagen de Robbie y su cara moreteada, hice una llamada después de la feria para informar de mis crecientes sospechas. Me metí tanto en mi secreto con Whip que no aproveché la oportunidad para informar a la escuela de mi informe todavía.

—Um...

Mierda.

Los nervios me recorrían la espalda mientras mi mente daba vueltas.

El director Cartwright resopló al otro lado de la línea.

—Exactamente como sospechaba. Señorita Ward, aunque aprecio que todos los profesores se preocupen por sus alumnos, acusaciones de esta naturaleza son muy graves.

—Estoy completamente de acuerdo, por eso yo...

—Señorita Ward, en lugar de seguir el protocolo -confiar en su equipo-, intentó resolver esto por su cuenta. Robbie Lambert está inscrito en tae kwon do. ¿Estaba al tanto de eso?

Fruncí el ceño, confundida.

—No, no lo estaba.

—También participó recientemente en una competencia de sparring en la que, muy públicamente, fue el desafortunado receptor de un ojo morado bastante feo. ¿Estaba al tanto de *eso*?

El pavor se agolpó en mi estómago.

—No.

—Ganó el concurso, por cierto, pero debido a su llamada a los Servicios de Protección de Menores, en lugar de celebrar esa victoria, él y su familia están siendo interrogados activamente en relación con su acusación. Me han encargado que reúna los nombres de los profesores de Robbie que también puedan aportar su punto de vista.

Una terrible sensación de hundimiento amenazó con ahogarme.

—Pensé que estaba haciendo lo correcto...

El director Cartwright se ablandó.

—Lo entiendo, y creo que es nuestro derecho proteger a todos los niños, pero también necesita primero todos los hechos.

—¿Robbie está bien? —No podía creer lo que hice.

—Lo siento, pero no hay más información que pueda proporcionar. La investigación está en curso.

Derrotada, mis hombros se desplomaron.

—Comprendo. Gracias, señor.

—La mejor de las suertes en su futuro, señorita Ward.

Ni siquiera oí su deslucida despedida mientras colgaba el teléfono. Tenía la lengua seca y espesa.

¿Cómo pudo ocurrir?

Un trabajo en la escuela era mi oportunidad de echar raíces y, por fin, quedarme plantada. Mi visión se nubló mientras miraba alrededor de la pequeña panadería, sintiendo que todo se me escapaba de las manos.

Estábamos tan cerca de tenerlo todo.

No había nada.

Escondida en un rincón tranquilo del Bluebird Books, rastreé todos los sitios web de escuelas y motores de búsqueda de empleo en busca de *algo* que estuviera a una distancia razonable en auto de Outtatowner. Profesores de aula, especialistas en contenidos, apoyo técnico a profesores, desarrollo curricular, *cualquier cosa* relacionada con la educación para la que mi título de profesora me capacitara, y seguía sin encontrar nada.

Frustrada, cerré el portátil de golpe. *Creía que había escasez de profesores, ¡mierda!*

Odiaba admitir la derrota, pero no podía negar que había apostado y perdido. Se suponía que Outtatowner iba a ser mi gran oportunidad, pero resultó ser otro fracaso.

Una mano en el centro de mi espalda atrajo mi atención y me hizo sentarme más derecha. Rachel me sonrió y me puso una taza de café al lado antes de sentarse en la silla de mi derecha.

—¿No ha habido suerte?

Fruncí el ceño ante el café y negué con la cabeza.

—Todavía no.

Acomodó las piernas y le dio un sorbo a su espumoso café con leche.

—No puedo creer que ese idiota sin carácter de Cartwright no te defendiera. Se supone que un director debe cubrir las espaldas de sus profesores. No hiciste nada malo.

Sonreí débilmente, agradeciendo su apoyo.

—Tenía todo el derecho a contratar a otra persona, y este caso de la CPS es un desastre total. El pobre chico ni siquiera puede celebrar su victoria en taekwondo porque no pude frenar ni un minuto y me lancé a toda velocidad. Además, fui en contra de una orden directa de dejar en paz a Robbie y su necesidad de zapatos, y él me lo reprochó.

—Pero *tú* no lo hiciste —ofreció.

Me encogí de hombros.

—No, en vez de eso el tipo con el que me acostaba en secreto hizo un escándalo exagerado al respecto y le demostró a mi director que estaba más que dispuesta a burlar a mi jefe para hacer lo que quisiera.

—Me parece romántico que Whip intentara ayudar. —Sus ojos se volvieron melancólicos y le dio un sorbo a su café.

A mí también.

—Desafortunadamente el romance no se gana la confianza de tu supervisor. Creo que no pudo mirar más allá de *dos* cagadas. —Suspiré y dejé que el café me calentara las manos—. Whip está en el trabajo. Todavía no sabe que no conseguí el puesto.

Su ceño se frunció.

—¿No quieres decírselo? Él podría ayudarte a no deprimirte.

Solté una risa burlona y desganada.

—Aún no. —Me mordí el labio—. Esperaba poder suavizar la noticia con una emocionante perspectiva laboral, pero... —Señalé vagamente el ordenador—. Nada.

Se inclinó hacia mí.

—Por favor, no te rindas. Es solo el primer día y no soporto la idea de que te vayas. Aún queda mucho tiempo antes de que empiecen las clases en otoño. Surgirá algo, lo sé.

—Eso espero —respondí, a pesar de no creerlo del todo con la misma confianza que ella.

—¿Quieres tomar algo esta noche? Brooklyn y yo iremos a un bar a unos pueblos de aquí a escuchar un grupo de covers de los ochenta.

Sacudí la cabeza.

—No, gracias. Me quedaré un rato en la librería. Quiero seguir buscando. Las Bluebirds también se reúnen esta noche, y quiero agradecerles todo lo que hicieron por mí.

A Rachel se le cayó la cara.

—Haces que suene como una despedida.

Las lágrimas amenazaron con derramarse sobre mis pestañas, pero reprimí las emociones y fingí una sonrisa.

—No lo es.

Solo esperaba que fuera cierto.

Las largas sombras de la tarde se deslizaron por el suelo alfombrado del Bluebird Books. Habían pasado horas desde que me senté en un rincón junto al alféizar de la ventana. Entre búsqueda y búsqueda de trabajo, observaba cómo la vida en Outtatowner se desarrollaba frente a mí: parejas que paseaban tomadas de la mano, familias que caminaban hacia la playa, sonrisas amistosas y olas.

A medida que avanzaba el reloj, la iluminación ambiental se atenuaba gradualmente y los pasillos antes bulliciosos se rendían a una intimidad más tranquila. Las luces del techo se apagaron, dejando la librería bañada por el suave resplandor de las lámparas de mesa colocadas estratégicamente por todo el espacio. Las mantas adornaban los

acogedores rincones de lectura, invitando a los clientes a acurrucarse con un buen libro.

El aire cambió cuando los últimos clientes se dirigieron a la salida y la puerta sonó suavemente al cerrarse tras ellos. El sutil susurro de las páginas al pasar y el tintineo ocasional de las tazas de café resonaban en el ambiente ahora silencioso. Una sensación de expectación flotó en el aire, como si la propia librería contuviera la respiración, preparándose para la llegada de las Bluebirds.

Y entonces, justo cuando el reloj marcaba la hora del atardecer, empezaron a llegar las caras conocidas de las Bluebirds. Las risas y los saludos llenaron el espacio, marcando el silencio con una cadencia alegre. Las mujeres, cargadas con bandejas de aperitivos y botellas de vino, se movían con facilidad y familiaridad, transformando la librería en su lugar de encuentro.

Respiré hondo y me armé de valor antes de caminar hacia la parte trasera de la librería, donde se reunían las Bluebirds, con una sonrisa en la cara.

—Emily, por aquí. —MJ sonrió y saludó desde su lugar en una silla de respaldo alto—. Te guardé un sitio. —Palmeó el sofá a su lado.

—Gracias. —Sonreí y me hundí en el asiento de felpa.

—Entonces —dijo, con sus cejas rebotando arriba y abajo—. Tenemos que ponernos al día.

Un rubor recorrió mis mejillas. La noticia de que Whip y yo nos besamos en la feria se extendió rápidamente en el pequeño pueblo, y nuestra salida pública en el Grudge cimentó la curiosidad de todo el mundo.

Sonreí débilmente.

—Dale un respiro, MJ. —Sylvie se acercó y le dio una taza a MJ, luego se volvió y me sonrió—. Hola, sé que nos hemos visto antes pero no hemos tenido la oportunidad de hablar mucho. Soy la hermana de Whip, Sylvie King, quiero decir, Sullivan. —Soltó una carcajada y sacudió la cabeza—. Lo siento, todavía me estoy acostumbrando a decirlo. —Su sonrisa era suave y genuina—. Parecía que te la pasaste

bien bailando en el Grudge. Siento que no nos quedáramos lo suficiente para charlar, al parecer mi esposo tiene un máximo de dos bailes.

Sonreí, recordando el amor en los ojos de Whip cuando me enseñó la caja de juguetes que estaba construyendo para su nuevo sobrino. Le tendí la mano para estrechársela.

—Me alegro de volver a verte. Felicidades por tu adorable bebé.

Sonrió dulcemente y se acomodó en la silla del lado opuesto al mío.

—Ya tiene más de un año. No lo puedo creer.

—Es el niño más guapo —añadió MJ—. Tiene la sonrisa de su mamá.

Sylvie se rió.

—Sí, pero también la actitud de su papá.

Las dos mujeres compartieron una carcajada mientras sorbían sus bebidas, y no pude evitar sentir una cálida sensación de camaradería. Como hija única, nunca supe lo que era tener una hermana con la que compartir secretos, o hablar de chicos, o eventualmente tener a alguien con quien criar a mis hijos.

Cuando se reunieron las últimas mujeres, Tootie Sullivan se situó al frente del grupo y agitó una pequeña campana para llamar nuestra atención.

—Buenas noches, Bluebirds. Antes de que todas nos instalemos, quería tomarme un momento. Tenemos una invitada especial aquí con nosotras esta noche. —Sus amables ojos me encontraron mientras señalaba hacia donde me sentaba—. Emily, ¿te gustaría subir?

Me removí en mi asiento y me levanté para ordenar mis pensamientos mientras me dirigía a la parte delantera de la sala.

—Emily preguntó si podría hablar con todas nosotras esta noche. —Tootie señaló delante de ella—. Son todo oídos, querida.

La saludé con la cabeza y sonreí.

—Gracias. Hola. —Miré hacia el mar de caras sonrientes y amistosas—. Gracias a todas. Me siento un poco tonta delante de todas ustedes.

Unos murmullos suaves recorrieron la multitud y un par de mujeres se encorvaron juntas, susurrando en secreto. Me pregunté si estarían chismeando sobre mí y la noticia de que Whip King y yo estábamos saliendo oficialmente. Un bombero y la hija del jefe eran carne de chisme.

Me aclaré la garganta y continué.

—Solo quería darles las gracias. Con la ayuda y la generosidad de las Bluebirds, la Fundación Educativa Outtatowner ha recaudado más dinero en los últimos meses que en años. Gracias.

Unas suaves palmadas y unos alegres gritos recorrieron la pequeña reunión de mujeres. Su amistosa camaradería me tranquilizó.

—Cómete eso, Scooter Kuder —dijo alguien juguetonamente desde el fondo.

Una carcajada brotó de mi pecho y la tensión de mis hombros se disolvió.

—¡El año que viene podemos ser más grandes! —gritó MJ desde su asiento, levantando la copa.

Mis ojos se clavaron en los de mi mamá, que me dedicó una suave sonrisa tranquilizadora. Ella sabía lo mismo que yo: que si las Bluebirds volvían a apoyar a la fundación el año que viene, sería otra persona la que llevaría el timón en vez de yo. Confiarle a mi mamá ese mismo día casi me destrozó. Mamá me aseguró que todo saldría bien, pero a medida que avanzaba el día, me faltaba la confianza que ella tenía.

Sonreí y esperé que no me temblaran los pulmones.

—Los niños de este pueblo tienen suerte de tenerlas. Gracias de nuevo, señoras.

Me alejé de la parte delantera de la sala para controlar mis emociones.

Tootie me puso la mano en el codo.

—Antes de que te vayas, hay una cosa más. —Miró a su derecha—. Bug, el piso es tuyo.

Bug King, siempre fuerte y orgullosa, dio un paso al frente. Cuando nos miramos a los ojos, su rápida inclinación de cabeza me sorprendió.

—En nuestra última reunión, las Bluebirds votaron por unanimidad. Nos gustaría extender una invitación para que te unas oficialmente al Bluebird Book Club.

El shock fue la única emoción que registré, seguida rápidamente de una abrumadora gratitud. Miré a mi alrededor mientras las mujeres me sonreían.

—No sé qué decir.

—¡Di que traerás el ponche de ron la próxima vez! —Lark Sullivan dijo desde el fondo, y las risas rebotaron por todo el club de lectura.

Me reí con ellas, sintiendo que las lágrimas me picaban en la comisura de los ojos.

—Es un honor. Gracias.

Mi barbilla se tambaleó y respiré tranquilamente.

—Bueno, ahora que eso está arreglado, puedes sentarte. —Bug hizo un gesto con la barbilla—. Tenemos que averiguar cómo conseguirle una esposa a Stumpy Larson para que deje de estropear nuestra Gala de Casamenteras.

Reprimí una sonrisa y volví a mi sitio junto a MJ. No sabía cuánto tiempo duraría, pero por esta noche, yo era una Bluebird.

31

Emily

Después de reunirme con las Bluebirds, estaba agotada.

Revolcarme sola en mi apartamento como un troll miserable tenía cierto atractivo, pero más que nada quería perderme en el cálido confort del abrazo de Whip. Necesitaba contarle lo de mi llamada con el director Cartwright, así que después de la reunión me apresuré a escribirle un mensaje rápido.

Yo: *El club de lectura acaba de terminar. ¿Te apetece compañía?*

Whip: *Te he estado esperando toda la noche.*

Una chica podía acostumbrarse a que un hombre como Whip la atendiera. El deseo, ardiente e intenso, se arremolinó con anhelo en mi interior.

Yo: *¡Estoy en camino!*

Tras una rápida parada en mi apartamento para cambiarme de ropa, me dirigí a su casa. El trayecto por su sinuosa calle se convirtió en una experiencia familiar. En cuanto mi auto se sumergía bajo la copa de los árboles que bordeaban su largo camino de entrada, me sentía segura.

Fiel a su palabra, Whip estaba esperando sentado en una de las sillas Adirondack del porche, descalzo y en jeans. Bajé del auto y él se puso de

pie, con una sonrisa radiante en la cara. Se me saltaron las lágrimas al verlo. Whip era fuerte, sexy y *mío*.

—¿Tienes hambre? —gritó—. Tengo cena si quieres.

Sonreí, pero se me apretó el estómago al subir las escaleras del porche. Caminamos juntos, como si fuera lo más natural del mundo, y me fundí en su abrazo. Las yemas de mis dedos se clavaron en su camiseta mientras lo agarraba con más fuerza.

Whip me miró.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Esto no sigue siendo por tu papá? —Me apartó un mechón de cabello de los ojos con la yema del dedo, y la inseguridad bailó sobre sus apuestos rasgos—. Pienso hablar con él... solo necesito encontrar el momento adecuado. Vamos a resolver esto.

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—No, no es eso. Como dije, él está sorprendentemente bien con todo. Hoy ha estado enviando memes de capibaras al azar, actuando como si nada hubiera pasado. Está bien.

Sus cejas se alzaron.

—¿Ah, sí?

Enterré la cara en su pecho, esperando robarle su calor.

—Quiero decir, claro, no estaba *entusiasmado* con la parte de escondernos, pero parece que está dispuesto a ser un adulto al respecto.

El abrazo de Whip se estrechó.

—Todavía me gustaría hablar con él, si te parece bien.

Levanté la vista y sonreí.

—Por supuesto.

Dejó caer un beso sobre mi cabeza.

—Ven. Deja que te dé de comer.

Seguí a Whip hasta su cocina. Encima de la estufa había una fuente rectangular cubierta con papel de aluminio. Quitó el papel de aluminio y el vapor se elevó por encima de la cubierta de queso.

—Lasaña. Espero que esté bien. Estoy probando algo nuevo para la estación. Se recalienta bien y alimenta a una multitud.

Mi estómago gruñó ruidosamente, apreté la mano contra él y me reí.

—Sí, creo que servirá.

Sonrió y me pregunté si habría sido así: llegar a casa después de un largo día y vivir juntos en este espacio. Se me hizo un nudo en el estómago. Sabía que tenía que darle la noticia a Whip de que me quedé sin trabajo y que no tenía claro cuáles debían ser mis próximos pasos.

Siempre tenía un plan, y este nivel de inestabilidad sobre mi futuro me estaba volviendo loca.

Whip se dirigió hacia el refrigerador, sacó una pequeña ensalada para dos y la colocó en la isla de la cocina. Luego sacó una espátula metálica de un cajón y empezó a cortar la lasaña en porciones grandes y cuadradas.

—Ahora, tienes que decirme si esto apesta. —Puso un cuadrado en un plato y lo deslizó a un lado—. Ser buen cocinero es importante para un bombero.

Me reí.

—¿La parte de salvar vidas no? —bromeé.

Se encogió de hombros.

—Sí, quiero decir... eso también, pero ¿el derecho a presumir de la mejor cena de la semana? —Extendió las manos con las palmas hacia arriba y sonrió—. Vamos.

Tomé los platos de su lado y los coloqué uno al lado del otro en la isla. Con un tenedor, nos serví a cada uno un cuenco de ensalada y los dispuse también. Las palabras *no tengo trabajo ni futuro aquí* se atascaron en mi garganta. Whip se sentía claramente aliviado de que la

conversación con mi papá hubiera ido bien, y yo odiaba arruinar el momento.

Después de devorar su lasaña y su ensalada, me deshice en elogios hacia su cocina.

—De verdad, estaba delicioso. Diez de diez.

Sonrió, parecía más joven y juguetón de lo que nunca lo vi.

—Gracias. Me gustan las esquinas crujientes, pero me preocupaba haberlo dejado en el horno demasiado tiempo.

Lamí mi tenedor con una floritura.

—Estaba perfecto. Gracias de nuevo.

Lavamos los platos uno al lado del otro, pero casi en silencio. Con tan poca vajilla, él lavó a mano nuestros platos y cuencos, y yo dejé que la calma del agua corriente aliviara la tensión de mi mandíbula.

Cuando Whip terminó de secarse las manos, se giró hacia mí.

—¿Segura que estás bien?

No pude mirarlo a los ojos, pero asentí con la cabeza.

—Estoy bien. Solo cansada, creo.

Whip sacó una cerveza y levantó otra en señal de pregunta. Negué con la cabeza y la volvió a meter en el refrigerador.

—¿Cómo están las Bluebirds?

Sonreí débilmente.

—Increíbles, como siempre. Me pidieron que formara parte del grupo oficialmente.

Sonrió.

—¡Muy bien! Estás en el club de las chicas geniales.

Asentí con la cabeza. Tenía un nudo en la garganta.

—Acepté, pero creo que tal vez no debería haberlo hecho.

Whip se detuvo con la botella de cerveza a medio camino de la boca.

—¿Qué quieres decir?

Las lágrimas amenazaban con derramarse sobre mis pestañas.

—No conseguí el trabajo, Whip. El director Cartwright contrató a alguien más.

Los hombros de Whip se hundieron, y su cabeza se inclinó hacia un lado antes de cerrar la brecha entre nosotros.

—Aww, Prim. Lo siento mucho. —Sus brazos me rodearon y me acercó, apoyando su barbilla en mi cabeza—. Sé que realmente lo querías.

Me limpié la nariz antes de apartarme.

—No lo entiendes. No solo *quería* ese trabajo, sino que contaba con él. He buscado y no hay nada más a una distancia razonable. —Respiré hondo y bajé las manos—. Creo que tengo que mudarme.

Su mandíbula se tensó y sus ojos se cerraron. Suspiró.

—¿Mudarte a dónde?

Sacudí la cabeza.

—Todavía no lo sé. ¿Lo más cerca del pueblo, probablemente? Créeme cuando te digo que he buscado y buscado. En este momento no hay ningún trabajo de profesora que pueda hacer a menos de una hora en auto. Los pueblos pequeños no tienen ni de lejos la demanda de profesores que tienen los suburbios más grandes.

Su cuerpo se puso rígido y sus hombros firmes. Un gruñido zumbó en su garganta.

—No quiero que te vayas.

El júbilo me recorrió, seguido de cerca por una dolorosa tristeza.

—Yo tampoco quiero irme.

Exhaló profundamente, como si necesitara que yo pronunciara esas palabras en voz alta. Con una firme inclinación de cabeza, me miró a los ojos.

—Entonces no lo hagas. Busca un trabajo haciendo otra cosa. —Se frotó la nuca con una mano y empezó a caminar—. Puedo preguntar por ahí, a ver quién contrata. Llamaré a Huck de la panadería o veré si hay algo en la fábrica de cerveza. Diablos, siempre puedo preguntarle a Wyatt Sullivan si sabe de algo en la universidad. —De repente, sus pasos se detuvieron y me miró—. Pero espera. ¿Por qué no conseguiste el trabajo? ¿Te lo dijo el director?

Las palabras se me agolparon en la garganta mientras abría la boca, pero no me salió nada. No quería mentirle, pero tampoco sabía cómo decirle que, en parte, él hizo que no me tuvieran en cuenta para el puesto de profesora a tiempo completo. También temía decirle que debería haberle hecho caso desde el principio con lo de llamar a los Servicios de Protección de Menores para Robbie.

—Um... —Suspiré y me resigné a los hechos—. El director se enteró de nuestro pequeño truco para conseguirle a Robbie esos tenis. No le hizo mucha gracia que fuera en contra de sus deseos de mantenerme al margen. —Exhalé y dejé que el resto saliera de mí—. Luego, para colmo, me adelanté y llamé a Protección de Menores por los moretones de la cara de Robbie, y resulta que es un artista marcial muy bueno y yo solo soy una profesora sustituta paranoica. —Mi mano cayó y se golpeó contra mi muslo.

—Oh, mierda. —Whip suspiró—. Lo siento mucho, Prim. Todo esto es culpa mía. Nunca debí haber intervenido. Te jodí todo esto. —Apoyó las manos en la isla y luego las empujó bruscamente—. Dios, podría matar a ese imbécil de Pokey Lambert. Qué hijo de puta.

—No es culpa tuya. Debería haber hablado con mi director antes de llamar a los Servicios de Protección de Menores, como me dijiste. Hice un completo desastre para Robbie y su familia. Me siento fatal. —Me retorcí las manos—. Tampoco fue el señor Lambert quien se quejó de los tenis. No sé quién lo hizo, pero el director Cartwright me confirmó que fue otra persona. —Me encogí de hombros—. Supongo que me hice algunos enemigos de alguna manera.

La furia contorsionó sus apuestos rasgos mientras levantaba la cabeza.

—Lo dudo.

Whip se puso delante de mí y me frotó los brazos con las manos.

—Hiciste algo bueno: intentar proteger a tus alumnos. Me alegro de que él esté bien, pero siento que te haya pasado lo que te pasó.

Me miré los pies descalzos.

—Yo también.

—¿Pensarás en lo que dije? —La esperanza en su voz fue un cuchillo en mi pecho—. Podrías trabajar en otro sitio y quedarte aquí. ¿Realmente tienes que enseñar?

Nos quedamos encerrados en un incómodo abrazo durante horas. Finalmente, tomé aire.

—Soy profesora, Whip. No puedo concebir no trabajar con niños todos los días. ¿Estar rodeada de aprendizaje, risas y alumnos? No sé quién soy sin eso.

Sus ojos se cerraron y asintió derrotado.

—Lo sé.

—Encontraré algo. —Dios, esperaba no estar mintiéndonos a los dos. Odiaba esta sensación, *cualquier* sensación en la que me punzaban las costillas y se me revolvían las tripas. Escapar era la única respuesta lógica. Siempre había funcionado antes—. Creo que me gustaría darme una ducha caliente. Enjuagarme el día y acomodarme. ¿Te parece bien?

Dudó como si quisiera decir algo más, pero cerró la boca y asintió.

—Por supuesto. Yo terminaré aquí.

—Gracias. —Me apresuré a pasar junto a él y fui directo al dormitorio principal antes de disolverme en una bola de mocos y lágrimas. No podía dejar que me viera derrumbarme.

Ni siquiera podía explicar lo que sentía. El placer de que él quisiera que me quedara. La esperanza en su voz profunda cuando ofreció soluciones para quedarme cerca. Craig nunca hizo nada aparte de esperar que lo siguiera a todas partes y que me callara todas las cosas en las que no estaba a su altura.

¿Pero no era lo mismo? ¿Dejar mi pasión por la enseñanza simplemente para estar cerca de un hombre? El hecho de que Whip fuera el mejor sexo de mi vida no cambiaba el hecho de que las intensas emociones contra las que luchaba se debían en parte a mis miedos. Whip era apasionado, temerario. Tendía a saltar antes de mirar y, por un breve instante, pensé que tal vez yo podría hacer lo mismo.

En cambio, carecía de red de seguridad y había caído de nalgas.

Si me quedaba solo por él, toda esa Emily que mi mamá estaba tan contenta de volver a ver podría perderse para siempre. Si me metía de lleno con Whip, sabía que mis sentimientos por él no harían más que profundizarse. Enamorarme de él me parecía lo más natural del mundo. Si me lo permitía, mis emociones quedarían al descubierto, emociones que él podría usar inevitablemente para herirme de alguna manera. ¿Cuánto tardaría en esperar que yo cambiara? ¿No empezó ya por preguntarme si tenía que enseñar?

32

Whip

Me quedé de pie en la cocina mirando la isla, escuchando a Emily llorar en cuanto llegó al dormitorio. Apenas cerró la puerta cuando se le escapó un sollozo ahogado y desgarrador.

Se iba a ir.

La cocina se arremolinó y se hizo chica a mi alrededor: las suaves luces se difuminaron en los bordes hasta que solo quedamos la distancia que me separaba de ella y yo. No podía soportar los sentimientos de impotencia y desolación que me invadían. Sabía que Emily dijo que estaba cansada y que quería ducharse. Probablemente no quería que la viera llorar, pero...

Puse el paño de cocina en la isla y caminé por el pasillo hacia el dormitorio principal. Tras la puerta cerrada, oí sus sollozos ahogados a pesar del agua corriente.

Entré en silencio en la habitación. La luz asomaba por debajo de la puerta del baño, iluminando mi camino. Fuera de la puerta del baño, su respiración agitada era aún más evidente. Levanté el puño para llamar a la puerta.

La duda se arremolinó en mi mente.

Te agarraste con las dos manos, y ella se irá de todos modos.

Siempre fue demasiado bueno para ser verdad.

Nunca fuiste lo suficientemente bueno para quedártela.

Se me revolvieron el estómago y se me desencajó la mandíbula.

—A la mierda.

Sin llamar, giré el pomo de la puerta y entré en el cuarto de baño. La ducha estaba abierta y, a través del espejo, vi inmediatamente la pequeña figura de Emily acurrucada en el suelo de la ducha, con los hombros temblorosos.

Me quité rápidamente la camisa y me deshice de los jeans y la ropa interior. Sin mediar palabra, abrí la puerta de la ducha y entré detrás de ella. Me tumbé en el suelo, me incliné sobre ella y dejé que mis hombros recibieran el chorro de agua caliente que salía de la ducha. Mis piernas y mis brazos la acunaron mientras sus sollozos la sacudían.

No sabía qué decir. No sabía cómo mejorar las cosas. Todo lo que podía mostrarle era que estaba ahí.

Yo me quedaría, incluso si ella no pudiera.

Emily tenía grandes sueños y se merecía algo más que cambiar su vida por *mí*. Tampoco me pidió que me fuera con ella. Fue un pensamiento de pánico que me pasó por la cabeza cuando le estaba soltando opciones, pero lo ridículo que resultaba me obligó a contenerme. Solo llevábamos saliendo en secreto unos meses, y sería precipitado por mi parte suponer que Emily quería que la siguiera a todas partes.

Pero yo lo haría.

Si me diera la orden, le daría mi preaviso al jefe y empezaría a buscar otra cosa.

Solo que fui demasiado cobarde para ofrecérselo.

Estaba furioso porque Emily estaba siendo castigada por preocuparse por sus alumnos, y más aún que alguien hubiera llamado a la escuela para hablar de las donaciones que hizo la estación de bomberos con el único propósito de meterla en un problema.

Mientras estábamos en la ducha en silencio, la abracé. Juré averiguar quién le había hecho esto... y se lo haría pagar.

Una vez que los sollozos de Emily se convirtieron en silenciosos moqueos, se relajó en mí. Le lavé el cabello y el cuerpo, dándole espacio en mi silencio para procesar todos los cambios que parecían estar sucediendo demasiado deprisa.

Cuando terminamos, la llevé a la cama y la ayudé a vestirse con una de mis camisetas. En la tenue luz de mi dormitorio, distinguí un atisbo de rubor al bajar sus pestañas. Le pasé el pulgar por la mejilla.

Metí sus piernas en la cama y la rodeé con mi cuerpo, rezando para que no fuera la última vez que pudiera abrazarla. Con respiraciones acompasadas, miré fijamente en la oscuridad mientras su espalda subía y bajaba contra mi pecho. Mis dedos rozaron la parte exterior de su brazo, memorizando cada línea y cada curva.

Emily movió las caderas, apretando suavemente su trasero contra mí, y yo reprimí un gemido. Iba a ser una noche larga si tenía alguna posibilidad de ser un hombre decente y ofrecer solo consuelo en lugar de un rapidito.

Su susurro se abrió paso en la oscuridad.

—Whip —respiró—. Por favor, tócame.

Siguiendo su ejemplo, le acaricié el hombro con las yemas de los dedos, bajé por el brazo y le acaricié la cadera. Recogí el dobladillo de su camiseta y deslicé la mano por debajo para sentir la suave piel de su abdomen.

Ella suspiró dentro de mí.

Subí las rodillas y la arropé mientras acariciaba su suave piel. Mis labios salpicaron de besos suaves su cuello y su hombro. Mi boca se ablandó contra su piel y me tomé mi tiempo para empaparme de su calor y saborearla.

Emily se movió y rodó en silencio hacia mí. En la penumbra, busqué respuestas en sus ojos. Su suave mirada recorrió mi rostro antes de inclinarse para besarme. No eran los besos apresurados y frenéticos que habíamos compartido antes. Era suave y profundo. Respiré mientras nuestras bocas se encontraban y nuestras lenguas se exploraban.

Usando mi peso para acostarla suavemente boca arriba, me cerní sobre ella. Sus pestañas se deslizaron por su mejilla y apreté cada centímetro disponible de mi cuerpo contra el suyo.

—Eres tan hermosa sin esfuerzo. ¿Lo sabes?

Emily sonrió, pero enterró tímidamente la cara en mi pecho con una risa incrédula.

Me moví para darle un suave toque.

—Lo digo en serio. Me pregunto todos los días cómo tengo la suerte de estar con una mujer como tú. —No siempre tenía las palabras adecuadas. No sabía exactamente cómo articular el tierno dolor de mi pecho, pero tenía que intentarlo—. Eres mi lugar seguro, Prim.

Emily me rodeó la espalda con el brazo y tiró de mí para acercarme más, inclinando su boca sobre la mía. Mis manos subieron por sus costados, arrastrando la camiseta con ellas. Rompí nuestro beso para quitarle la camiseta y tirarla a un lado. Mi polla se engrosó entre los dos y bajé la mano para deslizarla entre sus piernas.

Emily gimió en la oscuridad, abriendo las piernas y permitiéndome el acceso. La froté y la acaricié, conteniéndome para no penetrarla hasta que estuviera lista. Le besé la mandíbula y el cuello mientras la acariciaba. Cuando sus caderas se movieron hacia adelante, introduje un dedo en su interior, luego dos.

Sus uñas se clavaron en mi hombro y me deleité con el agudo dolor cuando su coño se apretó alrededor de mis dedos.

—Solo tú —respiró—. Quiero *sentirte*

—Estoy aquí, bebé. —Mis dedos bombeaban dentro y fuera de ella, cada vez más lento y más profundo.

Me apretó los hombros, exigiéndome que la mirara a los ojos.

—Por favor.

Me incliné hacia la mesita de noche, donde guardaba los condones, pero su agarre en mi hombro se hizo más fuerte.

—Solo tú.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios mientras bajaba para besarla. Abrí sus piernas y me acerqué a su entrada. Todo mi ser ansiaba liberarse, pero esta vez estaba decidido a ir despacio, a mostrarle cómo se merecía ser adorada.

Lentamente, introduje la cabeza de mi polla en su interior. Nuestros gemidos llenaron el dormitorio mientras me hundía en ella, cada barra de mis piercings abriéndola.

Cuando estaba enterrado hasta la empuñadura, me detuve y la miré.

—Te sientes como el hogar para mí.

Sus ojos se abrieron de par en par y sus brazos me jalaron hacia abajo, envolviéndome. Me moví con ella, leyendo sus señales y dándole todo lo que necesitaba. Me parecieron horas mientras nos movíamos juntos en la oscuridad.

Cuando los dos estábamos agotados y sin aliento, la acerqué a mí y hundí mi nariz en su cabello. Saciado y agotado, mi mirada se desvió hacia el vestidor, al fondo del dormitorio. Escondida en un rincón, una chaqueta de mezclilla me perseguía como un arañazo en el interior de mi cabeza que no podía alcanzar. *Nunca* me había planteado hablar de mi mamá, pero en los momentos de tranquilidad con Emily, casi me sentía seguro.

—¿Puedo contarte algo? —le susurré al oído.

Tarareó y me miró con ojos soñolientos.

—Hay una chaqueta de mujer colgada en mi armario —empecé.

Emily me miró.

—Me preguntaba de dónde venía eso.

Levanté una ceja juguetona.

—¿Celosa?

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Por supuesto que no. Soy demasiado madura para eso.

Mis brazos la apretaron más fuerte.

—Nunca tienes que preocuparte por eso. En realidad... —Mierda, me dolía el estómago hasta de decir esas palabras—. La chaqueta era de mi mamá. —Los ojos azul mar de Emily me mantuvieron en mi sitio, dejándome espacio para continuar—. Bug la encontró en una caja cualquiera del sótano, junto con otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —preguntó.

—La chaqueta, algunas fotos, su licencia de conducir... —Se me cortó la voz con el último dato, el que *aún* no me cuadraba.

Emily frunció el ceño.

—Es difícil que alguien se vaya del pueblo sin eso.

Su simple afirmación me confirmó lo que ya sospechaba, pero lo rechacé.

—Recuerdo a mamá llevando esa chaqueta de mezclilla. Solía doblarle las mangas. —Me reí ante el detalle mundano que tenía grabado en el cerebro—. No sé si la recuerdo de verdad o solo la recuerdo de las fotos. Era muy pequeño cuando se fue.

Las yemas de los dedos de Emily recorrieron suavemente mi ceja y bajaron por mi cara.

—No entiendo cómo una mamá puede irse como lo hizo. Siento que hayas tenido que soportarlo.

La emoción se me agolpó en la garganta. No quería pensar en mi mamá ni en por qué no podía olvidarla. No quería preocuparme de que mis momentos con Emily pasaran demasiado rápido.

En lugar de eso, quería saborear cada segundo, así que acerqué a Emily y me acurruqué en su calor. Me destrozaba el alma pensar que esto que habíamos encontrado, esta magia, podría llegar a su fin por algo tan simple como un trabajo.

Tiene que haber otra manera.

33

Whip

A la mañana siguiente me desperté y vi que la mitad de la cama de Emily estaba fría. Me puse un pantalón deportivo y fui a buscarla. Estaba sentada en la isla de la cocina, peinada, maquillada y vestida con unos jeans y una camisa de manga corta. Tenía los pies desnudos y apoyados en el taburete.

—Buenos días. —Me dirigí a la cafetera.

Levantó la cabeza, como si la hubiera sacado de sus pensamientos. Se aclaró la garganta.

—Hola. —Sonrió—. Buenos días.

La miré mientras me servía el café y la observé mientras daba el primer sorbo. Algo no estaba bien, pero no sabía qué.

—¿Todo bien?

Frunció el ceño como diciendo: *No, tonto, no todo está bien.*

En su lugar, parpadeó y rápidamente sustituyó su boca torcida por una sonrisa brillante.

—Por supuesto.

Se había ido la versión cruda y muy real de Emily que experimenté la noche anterior. En su lugar estaba la Prim pulida y siempre lista para afrontar el día a día que solía presentar al mundo. Aunque todas sus versiones me habían enamorado, no podía evitar sentir que esta falsa alegría era un paso en la dirección *equivocada*.

—¿Qué tenemos hoy en la agenda? —pregunté, apoyando los codos en la isla junto a ella.

Emily se bajó del taburete, evitando mi contacto.

—Un día ajetreado. —Sonrió, pero no llegó a sus ojos suaves—. Tengo planes con mi mamá y luego… —se encogió de hombros—, no estoy segura. Seguir buscando trabajo, supongo.

Miré mi taza de café.

—Hoy es mi día libre. ¿Voy a poder verte?

Ella sonrió.

—Tal vez. Puedo hacerte saber lo que estoy haciendo más tarde.

Mis ojos se entrecerraron en su dirección.

—Prim... ¿estoy malinterpretando esto? ¿Me estás despachando?

Su risa era demasiado aguda y rápida.

—No. —Levantó un hombro y sonrió antes de dejar caer un beso contra mi boca—. Te veré cuando te vea. Te lo prometo.

La serena máscara que presentaba al mundo se volvió a colocar en su sitio, y realmente la odiaba. La noche anterior fue intensa y profunda, pero la mujer que tenía delante parecía no haberse inmutado en absoluto.

—Sí. Supongo que te veré más tarde. —Irritado por mi obstinado orgullo, pasé junto a ella y salí por la puerta principal hacia mi taller. Desollarme por ella la noche anterior para simplemente despertarme y que me mirara fijamente era demasiado. Necesitaba una distracción. Minutos después, cuando no me buscó sino que se subió a su auto y se marchó, fue toda la confirmación que necesitaba.

Anoche no cambió nada.

Me pasé las horas siguientes trasteando en el taller. El aserrín se me pegaba al sudor y lamenté no haberme puesto camisa y zapatos antes de empezar a trabajar. Estaba molesto conmigo mismo por abrir mi estúpida boca, con ella por no tener *nada* que decir a cambio, con toda la maldita situación. Todo estaba jodido y no veía forma de arreglarlo.

Un motor se detuvo en la entrada, y estúpidamente esperé que fuera ella. En lugar de eso, mi papá salió de su Porsche. Cuando se dirigió hacia la puerta principal de mi casa, me planteé seriamente esconderme en el taller e ignorarlo por completo.

En lugar de eso, como un tonto, lo llamé. Se tomó su tiempo para cruzar el césped hasta mi taller. Nadie apresuraba a Russell King.

—¿Qué quieres? —pregunté, demasiado cansado para falsas sutilezas.

—¿Esa es la forma de saludar a tu papá? —Sus ojos recorrieron mi pecho y suspiró—. Jesús. Nunca entenderé esa afinidad que tienes por trabajar con las manos.

Me limpié las palmas de las manos, enviando pequeñas partículas de aserrín flotando entre nosotros.

—Sí, ya lo sé, papá. ¿Necesitabas algo?

Una sonrisa resbaladiza se dibujó en su rostro.

—Vine a felicitarte.

El palpitar de mi cabeza se intensificó.

—¿Felicitarme?

—Teniente King tiene un toque especial. —Guiñó un ojo—. Casi tan bueno como Jefe, pero llegaremos a eso algún día.

Teniente. Mierda, tengo el trabajo.

Extendió la mano como si fuera a posarla en mi hombro, pero lo pensó mejor y se la metió en el bolsillo.

—Esto beneficia a toda la familia, hijo. Bien hecho. Cuando la hija pequeña del jefe se mude y se quite de en medio, estaremos en buena forma.

Mi cerebro se enganchó en su despido sin esfuerzo de Emily. *¿Cómo demonios sabía lo del probable traslado de Emily? Malditos chismosos de pueblo...*

Cuando me quedé callado, él llenó el silencio.

—Créeme. Conozco a mujeres como ella. Llenas de grandes ideas y un corazón blando. Ese no es el tipo de compañera que necesita un futuro jefe de bomberos. —Una sonrisa pomposa se dibujó en la comisura de sus labios antes de que sus ojos se endurecieran—. Que esto te sirva de recordatorio para el futuro, que cuando te pido algo, no te lo estoy preguntando.

Los engranajes se agitaron y tintinearon en mi cabeza como si estuvieran oxidados y gimieran con esta información. Había algo más oscuro en lo que decía.

Irritado, me puse más recto.

—No tienes ni idea de lo que necesito.

Se burló y su rostro se endureció.

—Sé exactamente lo que necesitas. Ocuparte de mujeres problemáticas no es algo de lo que tengas que preocuparte. Yo puedo ocuparme de eso. Tú céntrate en el trabajo y sigue trabajando para ascender.

Una terrible sensación de hundimiento me oprimió los hombros. Emily mencionó que el director Cartwright confirmó que no fue Pokey Lambert quien se quejó de los tenis. Alguien más llamó al director y puso en evidencia la insubordinación de Emily.

No fueron los chismosos los que le avisaron de los problemas laborales de Emily… lo sabía porque fue él.

De repente estaba claro que mi papá había llamado al director como castigo por desobedecer su petición de que hablara con la señora Martin sobre el edificio de la sociedad histórica. Socavar la carrera de Emily era su forma de ejercer su poder... y jodidamente había funcionado.

La furia ardió en mis venas.

Mi papá no tenía reparos en pelear sucio para conseguir lo que quería, y lo que realmente quería era que su hijo ascendiera en el cuerpo de bomberos para poder usarme como palanca. Vio lo que estaba floreciendo entre Emily y yo antes que yo. Lo vio y se ocupó de eso de la única manera que sabía: destruyéndolo.

El silencio y la tensión se extendieron entre nosotros.

—Whip —empezó mi papá, con ojos fríos y calculadores—, ya tienes edad suficiente para comprender la importancia del legado familiar. El pueblo nos admira, y es nuestro deber mantener el apellido King.

Me puse frente a él. Había llegado el momento de empezar a enfrentarnos a los fantasmas de nuestro pasado. Mis pensamientos volvieron a la caja con las pertenencias de mi mamá, guardadas en el sótano y olvidadas hacía tiempo. La confirmación de mis sospechas por parte de Emily se repitió en mi mente, infundiéndome determinación.

—Legado, ¿eh? —dije, con una pizca de amargura en la voz—. ¿Y mamá? ¿Cuál es su lugar en este legado que tanto te empeñas en preservar?

Una sutil conmoción recorrió su rostro ante mi atrevimiento de hablar de mi mamá.

—Tu mamá... —Vaciló, una rareza para un hombre acostumbrado al control—. Tu mamá tomó las decisiones que determinaron su destino, Whip. Todos seguimos adelante.

Apreté la mandíbula y cerré los puños. La habitación giró a mi alrededor.

—Cuando se fue, quieres decir.

—¿Qué? —Las arrugas de su cara se hicieron más profundas.

—Dijiste que sus elecciones determinaron su destino, pero a lo que realmente te referías era a cuando nos dejó. ¿Verdad, papá?

En el rostro de mi papá parpadeó una emoción inidentificable: ¿Miedo? ¿Arrepentimiento? ¿O algo mucho más oscuro?

Se recuperó rápidamente cuando su mano alisó el saco de su traje, y una sonrisa practicada jugó en sus labios.

La habitación parecía estrecharse a nuestro alrededor, el aire espeso de palabras no dichas y el acre aroma de la desconfianza. Los ojos de mi papá, antes calculadores, tenían un brillo de incomodidad. El peso de mi sutil acusación flotaba en el aire, una sombra que se deslizaba sobre las pulidas superficies de su vida cuidadosamente elaborada.

—Hijo, le estás dando demasiadas vueltas a las cosas —dijo, intentando recuperar su tono autoritario—. Tu mamá tomó sus propias decisiones. No podíamos controlarlas.

Me quedé mirándolo fijamente, con la mirada inquebrantable.

—¿Qué decisiones, papá?

Una pausa inestable se instaló en el aireado taller. Las arrugas del rostro de mi papá se hicieron más profundas y, por un momento, vi una vulnerabilidad, una grieta desconocida en la fachada del todopoderoso Russell King.

Se aclaró la garganta, sus ojos evitaron los míos y miraron alrededor de mi taller.

—Tu mamá tenía sus razones, Whip. Eras solo un niño, demasiado pequeño para entenderlo.

Me acerqué más, la distancia entre nosotros se cerraba como un tornillo de banco.

—Pruébame, papá. Ya no soy un niño.

Un parpadeo de duda cruzó su rostro, un sutil reconocimiento de que tal vez, en este momento, no podía controlar la narración como siempre lo hizo.

—Tu mamá era... problemática —admitió finalmente, eligiendo las palabras con cuidado—. Se sentía atrapada en este pequeño pueblo, en esta vida. Decidió irse y buscar algo más satisfactorio.

Las palabras resonaron en el taller y mi inquietud aumentó. Había algo en su explicación que parecía ensayado, como si ya hubiera recitado esta historia muchas veces para sí mismo.

Recordé la cara sonriente y feliz de su licencia de conducir.

Entrecerré los ojos. Estaba decidido a obtener respuestas.

—¿A dónde fue, papá?

Su mandíbula se movió mientras sus manos se metían en su pantalón de traje.

—De vuelta a Detroit, supongo.

—¿Por qué? ¿Por qué dejaría atrás a sus hijos? ¿Qué me estoy perdiendo? —La desesperación se filtró en mi voz.

Una mirada impasible y un profundo suspiro fueron las únicas respuestas que mi papá estuvo dispuesto a dar.

—Cuando alguien se siente atrapado, encuentra la forma de liberarse —insistí—. ¿Pero y si no se fue por decisión propia, papá? ¿Y si le pasó algo?

Sus ojos se desviaron, buscando algo, antes de que una risa desdeñosa saliera de su pecho.

—Whip, estás dejando volar tu imaginación. No hay nada más que contar. Céntrate en el futuro, en tu carrera. No en mujeres que no importan.

Di un paso atrás, con la sospecha creciendo en mi interior. Sabía que era la última persona en dar una respuesta directa, y hablar con él era como discutir con una pared. Sacudí la cabeza.

—Por supuesto, papá. Me concentraré.

Pero no me olvidaría de mamá. Iba a averiguar qué pasó realmente.

Una mirada siniestra, una advertencia que decidí ignorar.

—Eso es lo que quiero oír. Solo recuerda, algunas piedras es mejor dejarlas sin remover, hijo.

Cuando mi papá salió del taller, dejándome solo con el peso de las preguntas sin respuesta, no pude evitar la sensación de que el legado del que hablaba encerraba secretos más oscuros de lo que jamás imaginé. Mi determinación por descubrir la verdad sobre mi mamá y proteger mi relación con Emily ardió con más fuerza, alimentada por una creciente sensación de inquietud y desconfianza hacia el hombre que se suponía que era mi papá.

34

Emily

Aún no había trabajo.

Y déjame decirte...confiar en que esto de *alguna manera* va a funcionar jodidamente me está cansando.

Asunto: No encaja del todo bien.

Señorita Ward:

Gracias por solicitarlo, pero buscamos una profesora que rompa con la monotonía. Su estilo no es el adecuado.

Director Jennings.

Asunto: Gracias por su solicitud

Querida señorita Ward:

Tras considerarlo detenidamente, lamentamos informarle que su solicitud no se ajusta a nuestra visión de una educadora innovadora. Buscamos a alguien con un enfoque más dinámico de la enseñanza. Le deseamos éxito en la búsqueda de una mejor opción.

Atentamente:

Comité Educativo Douglas.

Asunto: Un paso cortés a sus talentos docentes.

Querida señorita Ward:

Confío en que este correo electrónico la encuentre en medio de las intrigantes mentes de sus alumnos. Nuestra prestigiosa escuela privada ha tenido el placer de examinar su solicitud y debo decir que sus cualificaciones brillan con luz propia.

Sin embargo, después de pensarlo mucho, hemos decidido embarcarnos en un viaje con alguien cuyo enfoque de la enseñanza se alinea más con la danza interpretativa y menos con los planes de lecciones tradicionales. Creemos que ha llegado el momento de dejar que nuestros alumnos saquen el prodigio de danza que llevan dentro.

Por favor, no considere esto un rechazo, sino más bien una invitación a explorar el mundo de la enseñanza a través del arte del movimiento. Quién sabe, ¡quizá descubra a la bailarina oculta que lleva dentro!

Le deseo lo mejor en sus futuros proyectos,

Director Dandecaff.

El moretón de golpearme la cabeza contra el escritorio empezaba a ser permanente.

Suspiré.

Pero finalmente, después de buscar en los sitios web de las escuelas, enviar correos electrónicos fríos a los directores y asistir a innumerables entrevistas virtuales y en persona, mi corazón se detuvo cuando leí la línea de asunto más reciente.

Asunto: ¡Felicidades! ¡Bienvenida al equipo!

Estimada señora Ward:

¡Es con gran emoción que extendemos nuestras más cálidas felicitaciones! Entre muchos candidatos dignos, su entrevista se destacó, y estamos encantados de invitarla a unirse a Stella Baines Middle School como nuestra nueva educadora.

Su pasión por la enseñanza y su dedicación a fomentar un entorno de aprendizaje atractivo encajan perfectamente con nuestra visión. Creemos que su enfoque único aportará un soplo de aire fresco a nuestras aulas.

¡Bienvenida a bordo, Emily! Esperamos embarcarnos en un viaje educativo lleno de inspiración, risas e innumerables momentos de crecimiento para nuestros alumnos.

Saludos cordiales,

Hermana principal.

Se me aceleró el corazón al leer y releer el correo electrónico. *Me habían hecho una oferta de trabajo.* Claro, aún tenía que resolver detalles como el sueldo, la fecha de inicio y los montones de papeleo de Recursos Humanos, pero la oferta estaba ahí, en blanco y negro.

Debería haberme sentido eufórica. En lugar de eso, lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que la escuela estaba al otro lado del estado de Michigan, en el suburbio de Ann Arbor. La desesperación me llevó incluso a solicitar la plaza, pero ¿ahora? Una sensación de malestar se apoderó de mi estómago.

¿Qué demonios iba a hacer?

35

Whip

Al día siguiente, en el trabajo, la irritación seguía persiguiéndome. Emily pasó la mayor parte del día con su mamá y buscando trabajo como profesora. Volvió, callada y con la tristeza acechando en sus bordes, pero ambos lo ignoramos.

Odiaba no poder hacer las cosas bien para ella.

En la estación, el chasquido de la puerta llamó mi atención. Levanté los ojos y vi a Lee entrando en la sala de descanso. Por encima de su hombro, vi cómo el Jefe entraba en el cuartel y caminaba por el pasillo hacia su oficina con nuestro jefe de batallón. Su expresión era ilegible, el dúo estaba inmerso en una conversación. Se me revolvió el estómago al enderezarme. Aún tenía que aclarar con él todo lo sucedido. Recursos Humanos me confirmó que el puesto de teniente era mío, pero el jefe aún no hablaba conmigo al respecto.

Mientras caminaban, el jefe me miró y solo me dedicó una pequeña inclinación de cabeza, pero sentí alivio. Al menos por el momento, no me estaba echando a la calle y dándome lo que sin duda merecía.

Lee se acercó a mí con una sonrisa en los labios.

—Esquivaste la bala. El jefe no parecía muy contento esta mañana, pero está demasiado ocupado para morderte el trasero.

Un creciente nudo de preocupación me apretó el pecho. *¿Y si el jefe no fue tan comprensivo como Emily lo hizo parecer? ¿Querría que dejara de verla ahora que iba a ocupar el puesto de teniente? ¿Y si mi imprudencia me costó lo único que por fin estaba bien en mi vida?*

Podía sentirme en espiral, pero el silbido bajo de Lee llamó mi atención.

—Hombre. —Se rió entre dientes y sacudió la cabeza mientras tomaba una taza de café limpia del armario—. La hija del jefe... tienes pelotas, Bill.

Mi mandíbula se tensó.

—Hoy no, Sullivan.

Quería arrancarle de un puñetazo la sonrisa arrogante de la cara, pero la estación era uno de los lugares donde habíamos trazado la línea: era una expectativa tácita que dejáramos la rivalidad fuera de sus muros.

La voz de Lee atravesó mis pensamientos, aguda y burlona.

—Deberías saberlo, la gente está hablando.

Lo fulminé con la mirada, mi paciencia pendía de un hilo.

—¿Hablando de qué?

Su mandíbula se tensó.

—Se dice que tienes una erección por la hija del jefe, pero que solo la estás usando.

El instinto se apoderó de mí y lo empujé contra el mostrador.

—¿Qué demonios dijiste? ¿Estás hablando por hablar?

Lee me empujó con fuerza en el pecho, haciéndome retroceder unos centímetros, y me fulminó con la mirada. Se inclinó hacia mí, con un tono bajo pero sincero.

—Solo intento ayudarte, imbécil. Dicen que solo estás con ella porque es la hija del jefe. Se rumorea que intentabas conseguir un trato especial en tu candidatura a teniente. Pensé que deberías saberlo.

Las palabras me golpearon como un puñetazo. La furia me recorrió las venas, una rabia al rojo vivo que amenazaba con consumirme. Apreté los puños, luchando por mantener la compostura.

—No es así. No lo tergiverses.

Se rió, un sonido chirriante que avivó el fuego en mi interior y levantó las manos.

—No estoy tergiversando nada. Lo único que te digo a es que eso es lo que dice la gente. Te estaba avisando, más te vale que el Jefe no se entere.

Un destello de duda se mezcló con mi ira.

—Ya sabe lo nuestro.

¿Y si Emily escuchó los rumores? ¿Y si los creyó?

La necesidad de aclarar las cosas pudo más que mi instinto de pasar desapercibido. No podía dejar que esas mentiras envenenaran lo que teníamos, sobre todo cuando ya parecía que estábamos en terreno inestable.

La ira se deslizó por los bordes de mi visión, y Lee era la única persona que estaba cerca para captar mi ira. Me acerqué con un dedo a su cara, con la furia ardiendo en mis ojos.

—Escúchame, Sullivan. Mi relación con Emily no es asunto tuyo. Si difundes esas mentiras, te juro que haré que te arrepientas.

Levantó las manos y puso los ojos en blanco, aparentemente indiferente a mi arrebato.

—Te lo dije como *amigo*, imbécil. Este pueblo tiene buenas intenciones, pero mierda si no meten las narices en los asuntos de todo el mundo. Si me entero de los rumores, lo aclararé, pero tal vez quieras cuidarte las espaldas.

Con eso, tomó su café y salió de la sala de descanso, dejándome hirviendo de frustración y sintiéndome como un completo imbécil. La camaradería familiar de la estación parecía ahora una fachada, un fino velo que cubría la hostilidad que se cocía a fuego lento bajo la superficie. Lee no se merecía mi ira, pero se había llevado la peor parte.

Mientras Lee se alejaba, respiré hondo e intenté recuperar el control de mi temperamento. El jefe estaba demasiado ocupado en ese momento como para interrumpirlo con mis excusas sin sentido y mis disculpas a

medias. Tenía que encontrar a Emily y arreglar las cosas antes de que esos rumores se extendieran sin remedio.

El viaje a casa se me hizo más largo de lo normal, con el peso de la inminente conversación con el jefe y la insistencia de Lee presionándome sobre los hombros. Cuando entré en casa, esperaba encontrarme a Emily esperándome, dispuesta a hablar y a aliviar mi mente atormentada, pero la sala de estar estaba vacía, el aire estaba cargado de una ausencia que me hizo sentir un gran fastidio.

—¿Prim? —dije, mi voz resonó en la casa tranquila. No obtuve respuesta. La ansiedad se agitó en mis entrañas mientras revisaba la cocina, el dormitorio, cada habitación un recordatorio de su ausencia.

Tomé el teléfono y marqué su número esperando como un adolescente. La llamada saltó directamente al buzón de voz, y la frustración me hirvió bajo la piel. *¿Dónde estaba? ¿Por qué no volvió a casa?*

La débil excusa que me dio a través de un mensaje de texto no hizo más que aumentar mi malestar.

Emily: *Hola, lo siento. Surgió algo en casa. No puedo ir esta noche. ¿Nos vemos después?*

Había algo en su mensaje que no encajaba, el tono era demasiado vago, demasiado distante. Escribí una respuesta rápida, mi preocupación se reflejaba en las palabras.

Yo: *Claro, no hay problema. ¿Está todo bien? Avísame si necesitas algo.*

Los minutos pasaban, convirtiéndose cada uno en una eternidad agonizante. El teléfono permanecía en silencio y Emily no respondía. Me

paseaba por el salón, la tensión aumentaba con cada mensaje sin respuesta.

Justo cuando mi frustración alcanzaba su punto álgido, mi teléfono zumbó. Lo tomé con impaciencia, esperando una explicación. Sin embargo, la respuesta de Emily solo hizo que se me hiciera un nudo en el estómago.

Emily: *Gracias, Whip. Es solo un asunto familiar y de búsqueda de trabajo. Nada de qué preocuparse. Hablamos mañana.*

El vago consuelo no contribuyó a aliviar mis preocupaciones. ¿Cosas de familia? ¿Búsqueda de trabajo? ¿Qué podía ser tan urgente para que no pudiera confiar en mí? La duda roía los bordes de mis pensamientos, un temor creciente de que algo más pesado acechaba bajo la superficie.

Justo cuando me debatía entre pedir más información o no, sonó mi teléfono y el nombre de Abel parpadeó en la pantalla. Contesté con una mezcla de frustración y curiosidad en la voz.

—¿Qué pasa, Abel?

Su voz, normalmente ronca e impaciente, mantenía una quietud inusual.

—Oye, tenemos que hablar. Es sobre mamá.

Se me hizo un nudo en la garganta, la mención de nuestra mamá despertó recuerdos que sería mejor dejar enterrados.

—¿Qué pasa con ella?

—Quizá quieras sentarte —me instó Abel, y me senté en una silla—. Me puse en contacto con un investigador privado, cortesía de mi agente de la condicional. El tipo investigó un poco y no hay nada, ningún registro, ningún rastro de mamá después de que se fuera hace tantos años. Nada. Es un fantasma.

Las palabras flotaron en el aire y se hizo un gran silencio entre nosotros. Mi mente se agitó, lidiando con las implicaciones de lo que

Abel estaba diciendo. Nuestra mamá desapareció sin dejar rastro. La incertidumbre, el misterio que rodeaba su ausencia, me produjo un escalofrío.

—¿Estás diciendo que está... muerta? —La palabra se me quedó en la garganta, como un sabor amargo en la lengua.

Abel suspiró, con el peso de la revelación evidente en su voz.

—Sinceramente no lo sabemos. Lo extraño es que el investigador tampoco pudo encontrar un registro de defunción. Solo... desapareció. Va a investigar si se cambió el nombre o algo parecido. No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero pensé que deberías saberlo.

Un gran silencio envolvió la conversación, las implicaciones se hundían. La revelación sobre nuestra mamá, unida a la tensión tácita con Emily, crearon un torrente de emociones en mi interior. El suelo bajo mis pies se sentía inestable y las sombras del pasado proyectaban largos e inquietantes zarcillos en el presente.

Mientras asimilaba la impactante noticia, la voz severa de Abel atravesó la bruma.

—Lo resolveremos. No podemos seguir viviendo en la oscuridad. Hablaremos luego.

La llamada terminó, dejándome en un estado de confusión. La nueva información sobre mi mamá me pesaba sobre los hombros. El aire de la habitación estaba cargado de una energía inquietante y no podía evitar la sensación de que las respuestas que buscaba estaban fuera de mi alcance.

Me obligué a salir de casa y me dirigí a mi taller. Tal vez unas cuantas horas agotadoras creando algo aliviarían el pavor que me corroía el estómago.

Yo quise a mi mamá. Ella también nos quiso. De todas las cosas que olvidé, *eso* lo recordaba.

Levanté la vista. Negros nubarrones se cernían sobre el horizonte mientras me dirigía hacia el granero y luchaba contra las sombras de mi pasado que se filtraban en mi presente. Puede que solo fuera un niño

cuando ella desapareció, pero a su paso dejó la lección más importante que jamás aprendí: por mucho que yo quisiera a alguien, no valía la pena quedarse conmigo.

36

Emily

El estrés me estaba comiendo viva.

No pude evitar la inminente sensación de pavor que se me agolpó en el estómago. Me sentía *apagada* y nada yo misma. Además, aún no había tomado una decisión ni le había contado a Whip lo de la oferta de trabajo. Llevaba *días* actuando de forma extraña y, a pesar de nuestra salida pública, los cuchicheos a nuestras espaldas no hacían más que intensificarse. Me sorprendió darme cuenta de que las presiones de la vida en un pueblo no eran ninguna broma. En cuestión de días pasé de sentirme en la cima del mundo a tambalearme en un silencio desalentador.

Whip no tenía trabajo por la mañana, así que, en un esfuerzo por encontrar algo de normalidad, le pedí que me acompañara. Cuando llegamos al Grudge, casi todas las mesas estaban llenas y el grupo estaba inmerso en una sesión de clásicos country. La pista de baile estaba abarrotada, y bordeamos la multitud para encontrar un sitio donde sentarnos en el lado King.

Como no había ni un solo asiento, le apreté el brazo.

—Hay unos cuantos por ahí. —Hice rebotar la barbilla hacia el lado opuesto de la barra—. Quizá una noche no importe.

Su cara se arrugó.

—Claro que importa. No nos sentaremos ahí.

—Okey... —Molesta por su tono cortante, seguí buscando—. ¿Qué tal en medio? Quizá podamos ser como Sylvie y Duke.

Su única respuesta fue un gruñido desdeñoso. Cuando los minutos pasaban y la multitud se hacía cada vez más densa, Whip me agarró de la mano.

—¿Sabes qué? A la mierda. Vámonos.

Sorprendida por su brusquedad, dejé que Whip me condujera hacia la salida y saliera a la cálida tarde de verano. Sin detenerse, siguió por la acera principal en dirección a la playa.

—Oye, más despacio. —Pisé a fondo el acelerador y nos detuvimos. La molestia onduló en las facciones de Whip. Odiaba no entender por qué. Todavía había muchas cosas del hombre que tenía delante que no entendía del todo. Cuando nos lanzamos de cabeza, éramos temporales, en el mejor de los casos. Luego, sin darme cuenta, se convirtió en el centro de mi mundo.

En parte me sentía tan *bien*, mientras ignoraba activamente las campanas de alarma que sonaban en el fondo de mi mente. Las mismas que me recordaban este patrón familiar, pero algo cambió la otra noche, cuando hicimos el amor. No me dijo que me amaba, pero había una intensidad en él que era inconfundible.

¿Seguiría importándole si tuviera que irme? ¿Por qué no me sustituiría por algo más fácil *y cercano?*

Quería que me rogara que me quedara. Si solo dijera las palabras, lo haría.

La súplica que se filtraba en mis ojos era incómoda. Quería gritarle que lo amaba. Temerosa de ser tan vulnerable, me contuve.

Quizá no sea suficiente.

Me preocupaba que arrancarme un pedazo de mí misma, dejando atrás todo por lo que había trabajado, solo nos pudriría por dentro.

Whip suspiró y me tomó de la mano, sin decir las palabras que tan desesperadamente necesitaba oír. Sacudió la cabeza.

—Resulta que puedo liar las cosas como Dickie Johnson.

Arrugué las cejas.

—¿Qué?

Negó con la cabeza y se dirigió a su camioneta.

—Tal vez él era la mejor opción después de todo.

Me guiñó un ojo, pero en lugar de sentir el cierre juguetón, se me hundió el pecho.

—¿Por qué dices eso?

No miró hacia mí.

—Solo estaba bromeando.

—Bien. —Me burlé, sintiéndome agotada y molesta—. Haz una broma para evitar el problema.

Cuando llegamos a su camioneta, abrió de un tirón la puerta del copiloto.

—No es ninguna broma. Solo que aún no te has dado cuenta.

Me invadió una oleada de emociones, demasiado cansada para contenerlas. Las lágrimas se agolparon en mis ojos cuando me paré frente a la puerta abierta, pero no entré. Por fin comprendía al hombre que tenía delante.

—¿Sabes qué? Muy bien. Creo que por fin te creo.

Bajó la mano, pero sus defensas se levantaron visiblemente al cruzarse de brazos.

—¿Y qué es eso, Prim?

Mordí mi labio para no llorar. Después de respirar tranquilamente, por fin lo miré a los ojos.

—No puedo hacer que quieras ver lo bueno que hay en ti. Claro, puede que no siempre sea la mejor mostrando mis sentimientos, pero sería la mejor cuidando al hombre que escondes del mundo, y solo puedo hacerlo si dejas de esconderte.

Extendió los brazos.

—No me escondo. Estoy aquí mismo. Tal vez simplemente no te gusta lo que ves.

Resoplé mientras el dolor se transformaba en ira y burbujeaba en mi interior.

—De alguna manera siempre se reduce a mí, ¿no?

—Yo no... —Whip suspiró—. Prim, vamos.

Sacudí la cabeza.

—No. En cuanto las cosas se ponen difíciles o feas, te vuelves distante.

Sus ojos reflejaban consternación e irritación.

—¿*Yo* soy el distante?

Sus palabras fueron una bofetada en la cara, demasiado acertadas para que no me sintiera herida.

Y lo próximo será que encuentre a alguien menos cerrada.

Haciendo acopio de valor, pasé a su lado.

—Me quedaré en mi apartamento esta noche.

—¿Por qué? —Era imposible ignorar el fastidio y el pánico en su voz—. Mira, siento haber dicho eso... es que estoy pasando una mala noche.

Resoplé y me odié por eso.

—Está bien. Solo necesito un poco de espacio para pensar. No hagas de esto la gran cosa.

Whip cerró de golpe la puerta del pasajero.

—*Es* la gran cosa. Por si no te has dado cuenta, te has convertido en *todo* mi asunto, y ahora actúas como si fuera un novio necesitado.

Se me escapaba el control y mi voz se quebró en la noche.

—¡Mira, me estoy esforzando *mucho* aquí!

Sacudió la cabeza mientras la tristeza se filtraba por su atractivo rostro.

—Esa es la cosa, Prim. No tienes que *esforzarte*.

Me pasé la mano por debajo de los ojos y solté un gemido de frustración.

—¿De verdad tenemos que hacer esto en la acera? Los dos sabíamos lo que era esto.

Apoyó las manos en las caderas y me miró con el ceño fruncido.

—Creía que sí. ¿Tú?

—Nos estamos divirtiendo. Casual, ¿no? —Forcé una sonrisa, pero no llegó a mis ojos.

Por favor, Whip. Dime que me equivoco.

La tensión vibró entre nosotros. Whip levantó una mano para señalar en dirección a su casa.

—¿Te olvidaste por completo de los últimos días? ¿De los últimos *meses*? Esperaba tener un poco más de tiempo antes de que jalaras la alfombra bajo mis pies, pero por lo visto ha llegado el momento. ¿Sabes qué? Está bien. Si quieres correr, corre. —Se burló con desdén mientras yo me encogía sobre mí misma—. Tu salida estaba prevista de todas formas.

Sacudí la cabeza mientras el dolor me calaba hasta los huesos.

—¿De qué estás hablando? Estoy *aquí mismo*.

Podía sentir físicamente cómo se alejaba a pesar de los escasos metros que nos separaban. Un nudo se me retorció en el estómago hasta hacerme sentir mal.

—¿Por qué haces esto? —Tenía la voz quebrada.

—¿Hacer qué? —supliqué. *¿Por qué estaba tan mal pedir espacio para pensar?*

Sus muelas rechinaron.

—Sabes lo que te pido. Tú eres la que se está alejando. Puedo ver que está pasando.

Mis emociones se amontonaban -una encima de otra-, y notaba cómo se me escapaba el control.

Hizo un gesto entre nosotros antes de que pudiera hablar.

—¿Por qué actúas como si no sintieras esto?

Necesitaba desesperadamente controlar esta conversación antes de perder completamente el norte y arrojarme a sus pies. Una parte profunda de mí necesitaba demostrarme a mí misma que no necesitaba a nadie, que podía valerme por mí misma, pero mi mundo se desmoronaba. Me aferraba, desesperada por controlar el desenredo de mi vida.

—Tengo una oferta de trabajo. —Las palabras salieron planas y sin emoción.

—¿Qué? —Se ablandó—. Eso es genial. ¿Por qué no me lo dijiste?

Apreté la mandíbula.

—Está cerca de Ann Arbor. Si la acepto, tendré que mudarme, no hay manera de que pueda hacer ese viaje.

Su mirada era férrea mientras el dolor se reflejaba en su rostro.

—Oh. Ya veo.

—Tengo que pensar qué hacer. —Tragué con fuerza contra la amarga verdad que traqueteaba en mi cerebro—. Hablamos de esto, ¿no? —Hice una pausa, deseando que las palabras no sonaran tan huecas como se sentían—. Los dos estuvimos de acuerdo en que era solo sexo.

Reprimí las palabras, pero ya era demasiado tarde. La vieja Emily asomó la cabeza y, en lugar de apoyarme en lo que sentía, me escondí detrás de mis muros. Claro que las palabras eran ciertas, pero *no* lo eran.

Durante un breve instante, sus ojos rebotaron entre los míos como si buscara la mentira, la confirmación de que lo que había entre nosotros distaba mucho de ser casual.

—Deberías haberme hablado de la oferta de trabajo. —Su ira burbujeó por mi despido mientras rodeaba la camioneta.

Levanté la barbilla.

—Quería encontrar el momento adecuado. No pensaba hacerlo *aquí*. —Extendí los brazos para dejar claro que estar delante del Sugar Bowl y airear nuestros problemas no era lo ideal.

Whip sacudió la cabeza y abrió de un tirón la puerta del conductor.

—Créeme, Prim, ¡yo no planeaba enamorarme de ti!

Darme cuenta de lo que dijo me sacudió. Me quedé estupefacta ante mi propia ignorancia, pero sabía que sus palabras eran ciertas. A pesar de mi lengua afilada y de haber reprimido mis sentimientos, Whip seguía luchando por mí.

Estaba enamorado de mí, y sabía que yo haría todo lo posible por retenerlo.

El asombro se apoderó de mi rostro, mis ojos se abrieron de par en par y mi boca formó una pequeña O.

—Espera, ¿qué? Whip. No lo he decidido...

Frustrado, Whip se pasó una mano por el cabello.

—Mira, entiendo que te vayas. Lo odio, pero al final tenías que irte, pero no trates lo que tuvimos como si solo hubiera sido un verano en el que te follaste a un bombero a escondidas de tu papá.

Y sin mirar atrás, Whip cerró la puerta y se fue.

37

Emily

Whip King estaba enamorado de mí.

Tan enamorado de mí que me lo gritó y luego me dejó a un lado de la calle.

Suspiré y dejé caer la cabeza entre las manos.

¿Qué. Demonios?

Él estaba enamorado de mí, y yo tomé la salida fácil metiendo la cola y corriendo a mi apartamento solitario en lugar de encontrar una manera de arreglar las cosas con él. Después de apagar el teléfono, me dormí llorando y me desperté sintiéndome como una mierda.

Ninguna parte de mí quería ese trabajo en Ann Arbor, pero ¿qué otra opción tenía?

Me golpeé ligeramente la cabeza contra el tablero del asiento de la ventana del Sugar Bowl y gemí.

La panadería zumbaba con el murmullo de las conversaciones y el tintineo de las tazas de café. Me senté sola junto a la ventana, removiendo ansiosamente mi café latte. El aire desprendía el aroma de los granos de café recién molidos y sonaba una suave música de jazz de fondo.

Una suave mano en mi espalda llamó mi atención y me incorporé. Sylvie estaba a mi lado con una cálida sonrisa. Sus ojos contenían una genuina amabilidad y, aunque aún no éramos amigas, había cierta comprensión entre nosotras.

Somos Bluebirds.

Me recorrió un doloroso calor.

Sylvie me puso delante una porción triangular de tarta de queso y me la señaló.

—Parecía que necesitabas un estimulante. Esta es de chocolate blanco con frambuesas, mi favorita. —Su voz transmitía la calidez de una amiga y me guiñó un ojo—. Invita la casa.

Sonreí y acerqué el plato.

—No sabía que aún trabajabas aquí.

Sylvie apoyó una cadera en la encimera a mi lado y suspiró.

—Ahora hablas como mi esposo. —Pasó la mano por la encimera blanca—. Disfruto viendo cómo se desarrolla la vida en este pueblo. —Se inclinó y bajó la voz—. Ves mucho cuando nadie piensa que estás mirando.

Un vergonzoso rubor calentó mis mejillas al preguntarme cuánta gente habría visto nuestra pequeña crisis pública de anoche.

—¿Nos viste?

Su risa era ligera y entrecortada.

—Claro que sí. —Señaló el gran ventanal—. Se pueden ver muchas cosas desde esta ventana. —Se dio un golpecito en la nariz—. Pero lo sé todo sobre guardar secretos.

Sonreí, recordando la historia de cómo inició una relación con un Sullivan y la ocultó durante casi un año antes de quedar embarazada. Una pequeña semilla de esperanza se clavó en mi pecho.

A veces las cosas imposibles salen bien, ¿no?

Suspiré y clavé el tenedor en la tarta de queso. Después de que los delicados sabores explotaran en mi lengua, dejé escapar un suave gemido.

—Dios —murmuré alrededor del delicioso bocado.

—Te lo dije —cantó.

Fruncí el ceño ante mi postre mientras tragaba.

—Esto es difícil, Sylvie. —No podía levantar la vista del plato mientras le hacía confidencias—. Sé que él quiere que me quede, pero no sé qué hacer. Toda mi vida fue trabajar duro y ser la mejor profesora que podía ser.

Sylvie asintió suavemente, dándome espacio para divagar.

—Por un lado, haría casi cualquier cosa por quedarme, no solo por él, sino por todo. Mis papás, este pueblo, y sí... por él también, pero, ¿qué dice eso de mí si renuncio a todo por lo que he trabajado tan duro?

Se encogió de hombros.

—No creo que tenga que decir nada. La única persona a la que tienes que responder es a ti misma.

Se abrió la puerta y entró Russell King. Su imponente presencia era como una tormenta de hielo que se avecinaba en el horizonte eliminando cualquier calidez de la panadería. Me tensé y sentí un escalofrío que me recorría la espalda. Sylvie se dio cuenta de mi incomodidad y me apretó el hombro mientras seguíamos los movimientos del hombre en la pequeña panadería.

Russell emanaba un aire de autoridad que atraía a la gente como un imán. Pueblerinos y curiosos por igual acudían a él como si fuera la persona más importante que cruzaba aquellas puertas. La panadería se convirtió en un mar de excesiva adoración, y no pude evitar una sensación de incomodidad. El papá de Whip tenía una forma de llamar la atención que no hacía más que erizarme la piel.

Mientras Russell se abría paso entre la multitud sonriente, sus ojos se clavaron en los míos. Pude ver un destello de reconocimiento, pero enseguida quedó eclipsado por su aparente desinterés. Desde mi lado, Sylvie le lanzó una sutil mirada de molestia apenas velado. Ella sabía mejor que nadie las cicatrices emocionales que dejó en sus hijos.

¿Cuántos pequeños cortes le dejó a Whip para causarle tantas cicatrices?

Lo odiaba.

Observé a Russell, aparentemente ajeno al desdén de Sylvie, mientras continuaba su regio paseo por la panadería. Sus ojos recorrieron la habitación y, cuando por fin se encontraron con los de su hija, se limitó a apartar la mirada, como si fuera invisible.

La mirada de Sylvie se detuvo un momento en su papá, algo se arremolinó en sus ojos. No pude evitar sentir dolor por ella, la hija que anhelaba el reconocimiento de un papá que parecía demasiado absorto en su propio mundo como para darse cuenta. La tristeza me invadió cuando me di cuenta de que Russell King ni siquiera reconocía la existencia de su propia hija, pero cuando la miré, ella no parecía tan triste por eso.

Sylvie estaba feliz con sus elecciones. *Quizá yo también podría estarlo.*

Justo cuando Russell estaba a punto de salir con el café en la mano, nuestras miradas se cruzaron en un tenso confrontamiento. La habitación pareció desvanecerse, dejándonos a los dos solos en un silencioso enfrentamiento. Era una batalla de voluntades, un choque entre la indiferencia de un papá y la determinación de una mujer enamorada.

Mantuve el contacto visual con Russell, negándome a dejar que me intimidara. Su mirada dura y fría se clavó en la mía, pero me mantuve firme, sin apartar la vista. Podía sentir la tensión que se estaba creando, el desafío tácito que persistía en el aire cargado.

Los segundos se hicieron eternos y me pregunté si no me habría pasado de la raya, pero entonces, muy sutilmente, la expresión severa de Russell vaciló. Apareció una grieta en su fachada y sus ojos bajaron primero, rompiendo la intensa conexión.

Sentí una oleada de triunfo. No se trataba solo de defender en silencio a Whip, se trataba de plantarle frente a un hombre que usó el control como arma durante demasiado tiempo. Cuando Russell se alejó, me invadió una sensación de poder. Me giré hacia Sylvie, que me miró a los ojos con una mezcla de gratitud y admiración.

—Jesús. —Las palabras salieron de Sylvie en una exhalación—. Odio cuando viene aquí.

En silenciosos susurros y secretos compartidos solo en la oscuridad, llegué a conocer las dificultades de ser criada por un hombre como Russell King. Podía imaginar hasta qué punto la ausencia de la mamá de Whip no hacía sino ahondar esas heridas. La tristeza se me agolpó en el pecho por el niño que perdió a su mamá y por el hombre apasionado y generoso en que se convirtió.

El hombre del que estoy locamente enamorada.

—¿Sabes? —dijo Sylvie y chocó su hombro contra el mío—, es solo mi opinión, pero creo que eres exactamente lo que esta familia necesita. Espero que te des cuenta.

Tragué con fuerza mientras las lágrimas me punzaban detrás de los párpados.

—Lo haré. —Sylvie se dio la vuelta para irse, pero la detuve—. ¿Puedo preguntarte algo?

Ella asintió.

—¿Valió la pena?

Sus cejas se movieron hacia abajo antes de que una sonrisa floreciera en su rostro.

—No puedo imaginar mi vida sin Duke y Gus. Nada me hará arrepentirme de mis elecciones.

Me levanté y abracé a Sylvie, que soltó un sorprendido *¡Oh!*

—Gracias. —La apreté más fuerte—. Gracias.

Amar a Whip valía la pena el riesgo.

Claro, una parte de mí estaba aterrorizada de estar repitiendo con Whip los mismos errores que cometí antes: renunciar a partes de mí misma para satisfacer a otra persona, pero él *no* era como Craig. Ni una sola vez me pidió que cambiara. Fui yo la que me puse esa carga en el hombro y me presioné para ser perfecta. Me negaba a que los malos recuerdos de mi ex arruinaran lo que podía tener con Whip.

En algún momento, Whip me ayudó a darme cuenta de que cuando te permites *sentir* de verdad, ocurren cosas buenas. Él tenía fe en mí, y yo tenía fe en nosotros. Podíamos superar la tormenta.

Juntos.

Estaba cansada de tener miedo. Whip sentía las cosas profundamente, de una forma que yo sabía que era aterradora, pero ya había dejado de sentir miedo.

Whip ofrecía una versión de sí mismo reservada solo para *mí.*

—¡Lo siento, Sylvie, pero tengo que irme! —Una sensación de urgencia me impulsó hacia adelante y dejé atrás el plato y el café.

—¡Buena suerte! —exclamó Sylvie riendo.

No miré atrás, pero lancé al aire un emocionado saludo de despedida. Tenía que trazar un plan, contárselo *todo* a Whip y finalmente hacer esto bien.

38

Whip

No sabía que era posible sentirse tan mal. Había revisado y vuelto a revisar mi teléfono por millonésima vez y Emily seguía sin ponerse en contacto conmigo.

¿Cómo se desviaron las cosas tan rápidamente?

Cuando me fui, solo tardé un minuto en volver en mí. Di media vuelta para pedirle perdón por haber perdido la cabeza, pero me encontré con que ya se había ido. Preocupado, pasé por delante de su apartamento y, cuando la vi subir las escaleras y entrar, decidí que tenía que darnos un poco de espacio a los dos.

Me pasé la noche mirando al techo y repitiendo nuestra discusión una y otra vez en mi mente.

Ambos estuvimos de acuerdo en que era solo sexo.

En el momento en que pronunció esas palabras supe que se trataba de un desafío. Necesitaba que luchara por ella y, sin embargo, yo fui el idiota testarudo que hirió sus sentimientos porque tenía miedo de que se fuera. En lugar de hablar tranquilamente con ella y elaborar un plan, me puse a la defensiva y le grité a la cara que la amaba.

Realmente agradable.

A la mañana siguiente, todavía irritado e inquieto, fui en busca de la única persona que sabía que podía enderezarme.

Mis nudillos golpearon la puerta de la casa de los Martin y me moví dentro de las botas. La puerta principal se abrió y la señora Martin me sonrió.

—William. Es un placer.

Abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara.

Entré, con el rabo entre las patas y los hombros caídos por la vergüenza.

—Gracias, señora.

Su risa era suave y rápida.

—Marilyn, por favor.

Asentí y me aclaré la garganta.

—¿Está el jefe?

Una sonrisa burlona se dibujó en su rostro. Inclinó la barbilla hacia el largo pasillo que dividía el centro de la casa.

—Está en su oficina.

—Gracias. —Me di la vuelta para irme cuando su mano me detuvo.

—Gracias *a ti*. —Mis hombros se movieron para mirar a la mamá de Emily. Estaba radiante—. Gracias por verla y preocuparte tan profundamente por ella.

El calor me atravesó la caja torácica y me pasé una mano por la mandíbula.

—No estoy seguro de que fuera una buena elección, si te soy sincero. —Una risita suave me sacudió.

Me dio una palmadita en el brazo.

—Aun así. No podría ser más feliz.

Se me hizo un nudo en la garganta. La insinuación de que la señora Martin no se molestó, sino que se *alegraba* de que Emily y yo estuviéramos juntos, fue abrumadora.

Tengo que arreglar esto.

Con una leve inclinación de cabeza, dejé a la señora Martin en la cocina y encontré la oficina del jefe al final del pasillo. Llamé a la puerta con rapidez y seguridad.

—Está abierto.

Entré por la puerta y encontré al jefe Martin detrás de su escritorio, con los pies apoyados y leyendo un libro. A pesar del caluroso día de verano, llevaba un suéter sobre los hombros y los lentes bajos sobre la punta de la nariz. Sus ojos acerados se cruzaron con los míos y cerró el libro.

Mis labios formaron una línea plana e incliné la barbilla.

—Señor.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro del Jefe, que dejó a un lado sus lentes de lectura.

—Siéntate, hijo.

Sus palabras me atravesaron el corazón y me acomodé en el sillón de felpa frente al suyo. Tenía el estómago apretado y ya me sudaban las palmas de las manos.

—Iba a esperar a verte en la estación, pero supongo que ahora es tan buen momento como cualquier otro. —Su mano se extendió sobre su escritorio—. Felicidades, Teniente.

Le di la mano y lo miré a los ojos.

—Gracias, señor. No lo defraudaré.

—Sé que no lo harás. —Sus piernas se estiraron bajo el escritorio—. Sin embargo, quiero dejar algo en claro. —Sus ojos estaban concentrados y eran intensos—. Te *ganaste* ese puesto. No tiene nada que ver con ninguna relación personal que tengas fuera del trabajo ni con ninguno de mis sentimientos personales hacia ti.

Una oleada de orgullo me apretó el pecho. El jefe Martin era un hombre honesto, y significaba mucho que él tuviera tanta fe en mí.

—De nuevo, gracias. —Mi rodilla rebotó—. Aunque el trabajo no es realmente el motivo por el que vine a hablar con usted.

Su risa retumbó en su pecho.

—No creí que lo fuera. —Busqué en sus ojos, pero no había en ellos más que amabilidad. El nudo de mi estómago se deshizo lentamente.

—Eh... —Me aclaré la garganta—. No estoy exactamente seguro de cómo empezar esto.

El Jefe se encogió de hombros y juntó las manos.

—Desde el principio suele ser un buen lugar.

Mis labios se apretaron.

—Tal vez, pero en este caso probablemente sea mejor empezar por el final. Estoy enamorado de Emily.

Sus cejas rebotaron una vez.

—¿Ah, sí?

Se me desencajó la mandíbula.

—Sí. —Nunca había estado más seguro de algo en toda mi vida—. Ahora, si hablamos del principio, cuando nos conocimos, no sabía que Emily era su hija... ¿Hijastra? —Miré a mi mentor en busca de ayuda, pero se limitó a asentir para que continuara—. Cuando lo supe, quiero que sepa que me tomé esa información muy en serio. No tenía intención de continuar una relación con ella en ese momento.

Una risita llenó la oficina.

—¿Y por qué diablos no?

Parpadeé.

—Oh, supongo que me imaginé que usted tendría una opinión sobre eso...

El jefe Martin sonrió.

—La tengo, como cualquier papá, pero también tengo fe en la capacidad de mi hija para tomar sus propias decisiones respecto a su vida personal.

Solté una carcajada sin gracia.

—Sí, pero, vamos. —Me hice un gesto—. Ya conoce nuestro tipo.

—¿Y qué tipo es, William?

Así que, después de todo, no me lo iba a poner fácil.

Me senté más recto en la silla.

—Adictos a la adrenalina. Cónyuges que trabajan muchas horas y persiguen la emoción. Infieles. Gente por la que no vale la pena quedarse. —Dar voz a mis miedos más arraigados era agotador. Este último lo consideraba más personal que un rasgo ampliamente reconocido de nuestra profesión.

La silla crujió cuando el Jefe suspiró y se sentó hacia atrás sacudiendo la cabeza.

—Tenemos una reputación. —Volvió a suspirar y continuó—: Pero aprendí que cualquier reputación puede estar equivocada. Ser bombero, policía o cualquier cargo de poder no te convierte en un infiel. Solo te da más oportunidades de hacer lo que habrías hecho de todos modos. ¿De verdad vas a decirme que Lee Sullivan va a dejar a su esposa? ¿Que Amanda Gates no es la mamá más feroz y leal que conoces? —Su cara se torció—. Por favor.

Reflexioné sobre los ejemplos que me dio. Tenía toda la razón: a Lee jamás se le ocurriría engañar a Annie Crane, y yo fui testigo de primera mano de cómo se veía cuando Amanda se ponía en plan mamá osa.

—Quizá sea yo —admití finalmente, incapaz de mirar a los ojos a mi amigo y mentor—. La amo, pero ella se va a ir. Probablemente sea lo mejor porque sé que no soy digno de una mujer como ella, pero duele mucho, señor.

—Eres un buen hombre, William. —Su voz era grave y severa, y sus palabras me hicieron arder el pecho—. ¿Estoy decepcionado de que no confiaras en mí lo suficiente como para tener una conversación conmigo, en lugar de hacerlo a escondidas? Por supuesto.

La vergüenza me quemaba el cuello y la columna vertebral.

—Lo siento, tenía miedo.

—Ni lo menciones. —Su sonrisa volvió y el humor bailaba en sus ojos.

—¿Eso es todo? —Estaba acostumbrado a que mi propio papá nos ocultara cosas durante *años* después de cualquier desaire. Me pareció mal que el jefe Martin simplemente dijera basta y siguiera adelante.

—Si estás de acuerdo en que, de cara al futuro, confiamos el uno en el otro lo suficiente como para tener las conversaciones difíciles, entonces sí.

Una oleada de emoción casi me robó la voz. No merecía la amabilidad y el respeto que me ofrecía tan gratuitamente. Gruñí para aclararme la garganta y me puse de pie.

—Sí, señor.

El jefe Martin se levantó y rodeó su mesa. Cuando puso la palma de su mano sobre la mía, me jaló hacia adelante. A pesar de mi altura sobre él, sus gruesos brazos me rodearon y me apretaron en un fuerte abrazo. Se me desencajó la mandíbula mientras luchaba contra las lágrimas.

Me mantuvo a distancia.

—Eres un buen hombre, y nunca pensé que fueras tonto, pero eso es exactamente lo que eres si te rindes.

—Gracias. —Mi susurro rocoso me dejó sintiéndome más vulnerable en su presencia de lo que jamás recordaba—. No lo haré.

Su mano me dio una palmada en la espalda mientras me soltaba.

—No hace falta que me des las gracias. Pero quiero que sepas que le dije a Emily que me desharía de tu cuerpo si alguna vez le hacías daño. Me gustas, William. Por favor, no me conviertas en un asesino.

Sonreí.

—Haré lo que pueda, señor.

Su mano me dio una palmada en el hombro.

—Ya está bien. —Dirigió la cabeza hacia la puerta—. Ahora ve a buscarla. Marilyn dijo que ha estado deprimida por el pueblo todo el día.

La emoción se apoderó de mí cuando un pensamiento floreció en mi mente. Tenía que moverme, y rápido si quería conseguirlo. Me giré hacia la puerta, pero antes de salir, me giré de nuevo y dije:

—¿Cree que podría mantenerla ocupada el resto del día? Tengo una idea, pero necesito tiempo.

Una sonrisa de conspirador movió la comisura de sus labios.

—Veré lo que puedo hacer.

Una emoción que nunca había sentido me recorrió por dentro. Si lo conseguía, le demostraría a Emily hasta qué punto pertenecía a nuestro pequeño pueblo.

39

Emily

Whip: *Lo siento por todo. Me gustaría demostrarlo en persona. ¿Puedes reunirte conmigo mañana por la mañana en Bluebird Books sobre las nueve?*

Miré mi teléfono y fruncí el ceño. *¿Mañana?*

Primero, ¿el hombre me suelta que está enamorado de mí y luego me ignora?

El fastidio me zumbaba bajo la piel mientras mi crítico interior susurraba: *Apesta ser un fantasma, ¿verdad?*

Casi gruño de irritación mientras pisoteo el paseo marítimo, levantando arena como una niña y frunciendo el ceño ante todas las caras felices y pecosas de los turistas que disfrutan de la inmaculada playa de Outtatowner. Después de darme cuenta de que haría cualquier cosa por quedarme, fui en busca de Whip y me encontré con las manos vacías.

Derrotada, elegí la playa para esperar el momento oportuno.

Miré el muelle de concreto que se adentraba en las aguas del lago Michigan y me detuve en el faro que había al final. Siempre me había parecido tan pintoresco y mágico. Los pescadores salpicaban, lanzando largos sedales al agua. Todo en Outtatowner se sentía *como estar en casa*.

Mi teléfono volvió a vibrar y mi ritmo cardíaco aumentó. Cuando bajé la vista y vi un mensaje de mi mamá, suspiré.

Mamá: *¿Puedes venir? Necesito que me ayudes con algo.*

Su mensaje era irritantemente vago, pero como hija obediente que soy, escribí rápidamente mi respuesta.

Yo: *Por supuesto.*

Con las sandalias en la mano, giré y volví por la playa, pasando por Sand Dollar Snack Shack y en dirección al puerto deportivo. El sol me dio de lleno, me calentó los hombros levantándome el ánimo. Las risas se arremolinaban a mi alrededor mientras los niños construían castillos de arena y corrían entre las olas.

Delante de mí, vi a Lark, apoyada en una silla de playa junto a Wyatt Sullivan tomando el sol mientras ambos observaban a la pequeña Penny jugar en las aguas poco profundas con una amiga. Wyatt se inclinó hacia ella, susurrándole algo al oído, y sonó una carcajada. Ella se dejó envolver por su brazo en un abrazo que contenía promesas secretas.

Me dio un vuelco el corazón. *Eso también podría ser mío.*

Desde luego, Whip y yo empezamos con el pie equivocado: nadie esperaba que una aventura de una noche se convirtiera en lo que fue. Demonios, asumí que si tenías una aventura de una noche, no volvían a verse nunca más... *Nunca* esperé que nuestra relación se convirtiera en lo que se convirtió.

Independientemente de cómo empezaron las cosas, Whip y yo siempre nos sentimos atraídos el uno por el otro. Miré hacia el faro y sonreí. Al igual que la torre, él era fuerte e inquebrantable. Como uno de los barcos que se mecen en las aguas, encontraba consuelo en su brillo tranquilizador, su afecto y confianza en nosotros me guiaban a través de las turbias aguas de vivir mi vida tan vigilada. Nunca me pidió que cambiara, que fuera menos rígida o menos cuidadosa. Whip incluso me demostró que un hombre te apoyaría cuando la vida se tambaleara.

El amor y el afecto por él me invadieron. No podía esperar hasta mañana para verlo. Mis pies patearon la arena mientras corría por la playa. Me abrí paso entre los bañistas, esquivé un partido de voleibol y salí a la acera jadeante y eufórica.

Cuando sonó mi teléfono, contesté sin siquiera mirar a quien llamaba.

—¿Hola? —Estaba jadeando y sin aliento, pero ansiosa por encontrar a Whip.

—Emily. —Reconocí la voz de Bug King en dos segundos.

—Hola, Bug. ¿Cómo estás? —Tragué saliva y traté de nivelar mi respiración.

—Mejor que tú, parece. ¿Es un mal momento? —La voz de Bug insinuaba la ligera irritación que siempre llevaba en su voz.

—Eh... no. No, está bien. ¿Qué puedo hacer por ti? —Mi mente se agitó, segura de que se había corrido la voz sobre la discusión entre su sobrino y yo.

—Necesito que vengas a verme a la biblioteca inmediatamente. ¿Puedes hacerlo? Es importante. —*Siempre al grano.*

Sonreí cuando por fin se me calmó la respiración y miré el reloj. Aunque tenía ganas de buscar a Whip, desde luego no quería interrupciones cuando me arrojara a sus pies, le suplicara perdón por nuestra discusión y pasara las siguientes horas -si no días-, completamente enredada con él.

—Puedo pasar ahora, si te parece bien.

Una rara sonrisa flotó a través del teléfono.

—Perfecto. Te veo pronto.

Colgamos, me quité la arena del vestido y me limpié las plantas de los pies. Me calcé las sandalias y subí la colina en dirección al pueblo. Convencer a Bug no era tarea fácil, así que decidí volver al Sugar Bowl y llevarle un café o un pastelito para ayudarme.

Al pasar por delante de King Tattoo, vi a Royal, el hermano de Whip, pegando grandes hojas de papel kraft marrón sobre el escaparate.

—Hola, Royal —grité.

La bestia tatuada se giró con su eterna sonrisa. Cuando vio quién lo había llamado, sus ojos se abrieron de par en par.

—Oh, hola. Emily, ¿verdad?

Le tendí la mano.

—Encantada de conocerte oficialmente.

Su sonrisa se ensanchó mientras se pasaba la mano por los pantalones negros antes de extendérmela.

—Un placer.

Miré el papel marrón sobre su hombro.

—¿En qué estás trabajando?

Desvió la mirada y se hizo a un lado, como si pudiera impedirme ver lo que estaba haciendo.

—Solo un pequeño proyecto de pueblo.

Entrecerré los ojos. Me olía a mentira pero no sabía por qué.

—Okey, bueno... tu tía Bug me pidió que nos viéramos en la biblioteca. Espero ganar algunos puntos extra. ¿Alguna sugerencia antes de ir al Sugar Bowl?

El brillo travieso en los ojos de Royal me dio esperanzas.

—Junkers.

Mis cejas se alzaron.

—¿Qué?

Sonrió.

—Junkers. Eso seguro que la convence. Son unos trocitos de restos de masa de galletas caseras que se rebozan en azúcar con canela y luego se hornean. Huck los vende hasta que se acaban, así que puede que no tengas mucha suerte, pero… —se encogió de hombros—, vale la pena intentarlo.

—Entendido. —Sonreí y le envié un saludo—. ¡Gracias, Royal!

Lo dejé con su extraño y reservado proyecto de escaparate y me metí en el Sugar Bowl. Por suerte, el producto que no estaba en el menú estaba disponible, y salí con una bolsa de papel blanco en la mano y un gran ánimo en el paso.

Cuando llegué a la biblioteca, me quedé mirando el vetusto edificio. Tenía mucho potencial si la persona adecuada le diera el cariño que merecía. Una vez dentro, me moví entre las estanterías hasta que encontré a Bug detrás de uno de los pequeños escritorios.

Su sutil ceño se transformó en una pequeña sonrisa cuando me reconoció.

—Me alegro de que hayas podido venir.

Sonreí y le tendí la bolsa de papel.

—Me detuve a comprar algo para la tarde.

Su ceja se alzó cuando tomó la bolsa y desenrolló la parte superior. Cuando reconoció los panes que había dentro, soltó un pequeño suspiro.

—Eso no es jugar limpio.

Sonreí.

—No tengo la menor idea de lo que quieres decir. ¿En qué puedo ayudarte, Bug?

Metió los postres en un cajón y rodeó el escritorio.

—Camina conmigo.

Juntas recorrimos las estanterías, observando a la gente de Outtatowner. Un joven le explicaba a un cliente mayor cómo acceder a su cuenta de correo electrónico. Otra pareja se acurrucaba en los asientos de felpa apilados en un rincón tranquilo. Una bibliotecaria empujaba un carrito para volver a apilar los libros devueltos. El zumbido y el ritmo de la biblioteca eran sorprendentemente reconfortantes, como la tarde que pasé en Bluebird Books.

—Hay alguien que me gustaría que conocieras. —Bug señaló hacia la fila de puertas de las oficinas que había en un pasillo trasero de la

biblioteca. Tras llamar, nos dejaron entrar y nos plantamos frente a una mujer mayor de con ojos amables—. Dottie, esta es Emily. Es la mujer de la que te hablé.

Dottie se acercó a su mesa y me ofreció la mano, que tomé.

—Encantada de conocerte. Bug ha estado hablando *maravillas* de ti.

Miré a mi derecha y vi el rostro severo de Bug, que hizo un sutil gesto con los ojos. Reprimí una carcajada, pero dejé que el cumplido se apoderara de mí.

—Muy amable. Encantada de conocerte, también, aunque no estoy segura de por qué estoy aquí exactamente.

Dottie se rió y dio un manotazo al aire.

—Oh, deja que Bug sea tan reservada al respecto.

Bug gruñó suavemente a mi lado.

—Iré al grano —continuó Dottie—. Me gustaría ofrecerte un puesto de trabajo. Bibliotecaria en jefe del Departamento Infantil, para ser exactos.

Me quedé boquiabierta.

—Oh... lo siento. ¿Qué?

La sonrisa de Dottie se ensanchó.

—Creo que ya lo sabes, pero llevamos un tiempo intentando revitalizar nuestra sección infantil sin mucha suerte, por desgracia. Nos vendría bien alguien con tu experiencia con los niños, además de tus conocimientos sobre recaudación de fondos. Fue bastante impresionante lo que lograste para la fundación educativa y las ideas que Bug compartió con la junta fueron un gran éxito.

Parpadeé.

—Oh, bueno... en realidad fueron las Bluebirds las que se pusieron manos a la obra con toda la recaudación de fondos.

—Tonterías —interrumpió Bug—. Hicimos una lluvia de ideas, pero fue Emily quien lo planeó y ejecutó todo con precisión. Seríamos tontas si no la contratáramos.

Me quedé mirando con los ojos muy abiertos a Bug King.

La risa entrecortada de Dottie llenó su pequeña oficina.

—No estoy en desacuerdo contigo. —Volvió su atención hacia mí—. Emily, creemos que serías perfecta.

Mis pensamientos se agolpaban, unos encima de otros en un revoltijo.

—Bueno... soy profesora. ¿No necesito una certificación especial o algo así?

Dottie negó con la cabeza.

—No. De hecho, creo que es tu experiencia como profesora lo que te hace especialmente cualificada. Si te interesa estudiar biblioteconomía, es una posibilidad, pero no un requisito. Aquí, en nuestra biblioteca pública, buscamos a alguien apasionado por los niños, el aprendizaje y este pueblo. La biblioteca pública es la columna vertebral de la comunidad de Outtatowner, y necesitamos a alguien que pueda llegar a los corazones de nuestros estudiantes más jóvenes. Me encantaría que lo consideraras.

—¡Sí! —Mi respuesta salió disparada, más fuerte de lo que había previsto y me eché a reír—. Lo siento. Sí. Me encantaría.

—¡Maravilloso! —Dottie aplaudió mientras Bug asentía a mi lado—. En tu puesto te encargarías de la programación y dirigirías el programa de extensión juvenil. Como pronto empezarán las clases, nos encantaría empezar tu orientación lo antes posible.

—Gracias. —Las lágrimas amenazaron con derramarse sobre mis pestañas, pero las reprimí y mi profesionalidad se deslizó en su sitio—. Es un honor. No las defraudaré.

—Por supuesto que no —dijo Dottie—. Ven la semana que viene y tendremos todo lo necesario para que empieces.

Al terminar, intercambiamos agradables despedidas y salimos de la oficina de Dottie. Una vez en el pasillo, abracé a Bug.

—Gracias —dije llorando.

—De nada. —Me dio una pequeña pero amable palmada en la espalda—. Te has ganado ese puesto por méritos propios.

Me pasé un dedo por debajo de los ojos y la miré.

—Estoy enamorada de Whip.

Me invadió la necesidad de decírselo mientras las palabras salían de mis labios.

Su rostro severo se suavizó.

—Esperaba que por fin te hubieras dado cuenta. —Me palmeó la espalda una vez más—. Creo que ustedes dos lo resolverán con el tiempo.

Sus ojos se desviaron hacia el reloj de la pared.

—Ahora tengo que volver al trabajo, pero te veré el lunes.

Asentí y me moría de ganas de encontrar a Whip para contárselo todo.

Me quedaba.

Estaba enamorada de él y por fin todo encajaba. Sin inmutarme por no haber sabido nada de él después de su mensaje anterior, salí de la biblioteca y me dirigí hacia mi auto.

40

Whip

Esconderme de Emily Ward no era una maniobra fácil. Esa mujer era tenaz. Durante casi dieciocho horas, esquivé llamadas, me escondí por el pueblo y moví todos los hilos que pude para conseguir la mayor hazaña de mi vida.

Pero ya era hora.

El corazón me latía con anticipación, una mezcla de emoción y nervios. Hoy era el día en que Emily vería cómo se transformaba el pueblo, el día en que esperaba que se diera cuenta de que *pertenecía* no solo a mí, sino a mi pequeño pueblo.

Me planté delante de la librería treinta minutos antes de lo previsto porque, si mi instinto no me fallaba, mi Prim llegaría pronto. Por supuesto, dieciocho minutos antes de lo previsto, vi a Emily caminando por la acera principal.

Llevaba un suave vestido azul que ondeaba con la brisa y me hizo palpitar el corazón. Llevaba los pies metidos en unos informales tenis blancos y seguí el camino por sus suaves y bronceadas piernas. Mi corazón latía al compás de cada paso que daba.

Sus ojos se cruzaron con los míos y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios antes de salir corriendo hacia mí. Me paré frente a la librería y sonreí. Cuando me alcanzó, se lanzó a mis brazos. La levanté y la abracé con fuerza, apretándole el trasero y acercando su boca a la mía.

El mundo que nos rodeaba se derritió cuando me dejé perder en ella, en nosotros.

Cuando por fin la puse de pie, me sonrió.

—Hola.

Le pasé un dedo por la frente para acomodarle un mechón suelto detrás de la oreja.

—Hola, Prim.

—Eres un hombre difícil de encontrar —bromeó mientras su mano alisaba la parte delantera de mi camisa.

—Eres una mujer difícil de quitarme de encima. —Le guiñé un ojo y uní nuestras manos.

—Lo siento, yo...

Sacudí la cabeza para detenerla.

—No. Soy yo quien te debe una disculpa. Fui un paranoico impulsivo y dejé que mis dudas se apoderaran de mí. ¿Damos un paseo? Hay algo que quiero enseñarte. Es mi disculpa.

Sin dejar de sonreír, Emily me miró atentamente cuando me giré hacia la librería. En lugar de caminar, nos desvié hacia el escaparate de Bluebird Books. La tensión latente en el ambiente se hizo palpable cuando Emily me miró con curiosidad un segundo más. Prácticamente podía *sentir* cómo se ponían en marcha los engranajes de su preciosa cabecita mientras intentaba averiguar qué le tenía preparado.

Le apreté la mano y señalé hacia la ventana.

—Echa un vistazo.

Unos pájaros azules pintados a mano adornaban la ventana, cada uno con el extremo de un cartel en el pico que decía: “Bienvenida a casa”.

Emily jadeó y se tapó la boca con la mano.

—¿Qué es esto? Es hermoso.

Miré a la mujer que amaba.

—Es solo el principio de lo que *espero* sea una disculpa bien recibida. —Escudriñé la calle—. Bien, ven por aquí. Vamos a ver éste después.

Con una emoción vertiginosa, Emily me siguió.

El escaparate del Sugar Bowl mostraba a una pareja compartiendo una taza de café, rodeada de tazas humeantes con dibujos de latte en forma de corazón. Me dio un apretón en la mano y sentí que su calor me atravesaba. A través de la ventana, mi hermana Sylvie me saludó con la mano y levantó el pulgar.

—Vamos. —Guié a Emily calle abajo mientras nos dirigíamos a la siguiente ventana.

Me detuve frente a King Tattoo. En el escaparate, Royal había pintado un intrincado mural. Remolinos de color violeta y azul eléctrico se arremolinaban alrededor del retrato de un hombre que se parecía mucho a mí. En un lugar destacado, el hombre llevaba tatuada en el cuello la palabra *Prim* en grandes letras.

Emily abrió mucho los ojos y respiró hondo. Se acercó a mí, me bajó el cuello y se rió.

—Oh, gracias a Dios. —Se inclinó hacia mí—. Me preocupaba que te hubieras hecho un tatuaje en el cuello.

Sonreí y la jalé.

—Pensé en pedirle a Royal que lo hiciera oficial, pero *Prim* en letra Old English me pareció un poco exagerado. —Me encogí de hombros—. Al menos en el cuello.

Se rió, y la electricidad crepitó dentro de mi piel.

—Tomaste la decisión correcta.

Con cada revelación, el pueblo parecía cobrar vida, desde la ferretería hasta la biblioteca y el Snack Shack. Los murales de los escaparates reflejaban nuestra relación, desde la escuela hasta la feria, pasando por una pareja tomada de la mano en la playa. Los dueños de los escaparates me dieron vía libre para ayudarme a convencer a Emily de que no solo pertenecía a este lugar, sino que pertenecía a este lugar... conmigo.

A continuación estaba la estación de bomberos. El escaparate mostraba con orgullo el dibujo de un bombero en acción, rescatando a una damisela en apuros. Al acercarnos, fruncí el ceño y Emily soltó una

carcajada. En lugar del bombero rescatando a su chica, era muy evidente que la mujer sostenía al bombero en brazos.

Señaló a la damisela.

—¿Se supone que soy yo o tú?

Reprimí una carcajada.

—Lee estaba a cargo de éste. —Negué con la cabeza—. Qué idiota...

Su risa no hizo más que redoblarse cuando me apretó el antebrazo y se dobló en un ataque de risa.

—Es perfecto. Te lo prometo, lo amo.

Sonreí, siguiéndole el juego y acercándola a mí.

—Bueno, supongo que es apropiado ya que me salvaste, después de todo.

Ella pestañeó hacia mí coquetamente.

—Oh, ¿es así?

La seriedad se apoderó de mi rostro mientras mi corazón martilleaba.

—Lo hiciste. Me rescataste de una vida sin sentido. Una vida de esconderme.

Emily llenó sus pulmones.

—Tú también me salvaste. Tenía tanto miedo de soltarte, miedo de que me volvieran a hacer daño, pero ya no tengo miedo.

Llené mis pulmones, esperando poder decirle todo lo que tenía que decirle.

—Te amo, Prim. Perdidamente enamorado, estoy ahogándome sin ti, amor. —Puse su mano en mi pecho y la cubrí con la mía.

—Whip, yo...

Sacudí la cabeza y cerré los ojos.

—Necesito seguir con esto. —Mi mano apretó la suya—. Soy tuyo. Sea lo que sea lo que te depare el futuro, estoy contigo. Si tenemos que

trabajar a larga distancia debido a tu trabajo, lo haré. Si encuentras algo que te guste, puedo ir contigo si eso es lo que quieres. Si necesito esperar aquí hasta que las cosas se solucionen, lo haré. Esperaré por ti.

Emily se quedó callada y yo reuní valor para abrir los ojos. Me miraba radiante y el corazón me retumbó en las costillas con un latido desgarrador.

Se tragó las lágrimas y negó con la cabeza.

—No. —El pavor se apoderó de mis entrañas mientras la miraba a los ojos. Una lágrima se deslizó bajo sus pestañas—. No vamos a hacerlo a distancia, y no vas a dejar tu trabajo por mí... —Sus brumosos ojos aguamarina se alzaron hacia los míos—. Porque no iré a ninguna parte.

Exhalé un suspiro de alivio y apreté sus hombros. La emoción se expandió en mi garganta. *Ella no se irá.*

—Te amo, Whip. Nunca fue solo sexo para mí, y no debería haber dicho eso, lo siento mucho. —Los hombros de Emily se pusieron rígidos. Mi pecho se abrió cuando sus palabras se asentaron sobre mí—. Te amo y amo este pueblo. Nunca iba a aceptar ese trabajo. En cuanto recibí la oferta, supe que no soportaría no vivir aquí contigo, pero... al final todo salió bien. —Levantó la barbilla y una sonrisa orgullosa se dibujó en su hermoso rostro—. Estás ante la nueva bibliotecaria en jefe del Departamento Infantil de la Biblioteca Pública de Outtatowner.

El instinto se apoderó de mí cuando la rodeé con mis brazos y la alcé en el aire. Mi boca se apoderó de la suya y lo volqué todo en ese beso.

Desde las puertas abiertas de la bahía, se oyeron gritos y chillidos de mi equipo. La voz de Lee Sullivan gritó por encima del barullo:

—¡Qué asco! Consigan una habitación.

Sonreí mientras besaba a mi mujer y le daba la espalda. No importaba quién nos viera.

Solo por esta vez, todo en mi vida encajaba en su sitio. Emily era mi alma y mi corazón y, aunque quizá nunca llegara a merecerla, aprovecharía cualquier oportunidad para demostrarle mi amor cada día.

Epilogo

Emily

Es curioso cómo puedes tener un plan perfecto para tu vida, solo para que un bombero engreído con una sonrisa encantadora lo desbarate por completo, y aún es más gracioso que *no* tener un plan me haya creado una vida mucho mejor de lo que jamás podría haber soñado.

El otoño llegó a Outtatowner, Michigan, y yo temía que me entristecieran los alumnos y profesores que volvían a la escuela. En cambio, encontré mi pasión en convertir el Departamento Infantil de la biblioteca en un espacio cálido y acogedor para nuestros niños. Apenas era octubre, pero nuestros programas se llenaban rápidamente y, cuando llegaban las tres y cuarto de la tarde, se podía encontrar a niños de todas las edades terminando los deberes, acurrucados en acogedoras sillas o escuchando música mientras se perdían en un buen libro. Mi idea de convertir la biblioteca en un refugio seguro para nuestros chicos ya empezaba a tomar forma.

—¿Disculpe, señorita Ward? —una voz grave se quebró detrás de mí.

Cuando me giré, tuve que levantar la vista para mirar a Robbie Lambert a los ojos.

—¡Robbie! Santo cielo, ¡eres medio metro más alto!

Su sonrisa dulce y tímida me hizo sentir un pellizco en el pecho.

—Mamá dice que di un estirón.

Me reí.

—Eso veo. Me alegro mucho de verte. —Me costaba encontrar las palabras para disculparme por los problemas que le causé a su familia.

Mi llamada a su mamá fue bien recibida, aunque Pokey Lambert seguía siendo comprensiblemente frío conmigo.

—Quería saber si querría ir a mi ceremonia de ascenso de cinturón el próximo fin de semana. Voy a ganar mi cinturón negro.

Tragué más allá del nudo en la garganta.

—Es un gran logro. Sería un honor verlo.

Su sonrisa cursi lo hizo verse más joven de nuevo.

—Okey, le daré los detalles. Gracias, señorita Ward.

Asentí y sonreí entre lágrimas.

—Claro.

Robbie se giró para reunirse con sus amigos, luego hizo una pausa y volvió.

—Todos pensamos que este lugar es bastante genial. —Se encogió de hombros—. En caso de que nadie se lo haya dicho.

Le di las gracias con la cabeza, demasiado asustada para hablar por miedo a echarme a llorar encima de él, y eso *no* estaría nada bien. Mientras se alejaba, me di cuenta de que sus tenis eran los mismos Nike que tanto me costó conseguirle. Estaban rotos, pero limpios y claramente bien cuidados.

Gracias a Dios que aún le quedan.

Me reí de mí misma mientras me afanaba en ordenar los lápices y controlar mis emociones. Los niños que reconocía de clase y las caras nuevas y sonrientes saludaban y encontraban su sitio al filtrarse después de clase.

—¿Disculpe, señorita? —El estruendo familiar de Whip me hizo sonreír y girarme hacia él. Se me secó la boca cuando lo vi parado, con los pies bien plantados y los brazos cruzados, vestido con su uniforme táctico. Me le quedé viendo solo porque podía—. ¿Puede decirme dónde puedo encontrar a la bibliotecaria en jefe de este departamento?

Parpadeé inocentemente y puse una suave mano en mi clavícula.

—Vaya, esa soy yo.

Levantó una ceja.

—¿Ah, sí? Estamos haciendo el mantenimiento rutinario del sistema contra incendios. ¿Le importa si echo un vistazo?

Maldita sea, se veía muy sexy de uniforme, y su voz de mando *hizo* que mis entrañas se convirtieran en papilla.

—Por aquí. —Rodeé mi escritorio en el centro de la sala y lo conduje al pasillo donde se encontraba el panel de control. Durante todo el trayecto sentí sus ojos clavados en mí, así que me aseguré de añadir un poco de movimiento a mi paso.

En el silencioso pasillo, Whip se agolpó detrás de mí y me susurró al oído.

—Te ves muy bien, Prim. Te dije la noche que nos conocimos que me gustaban las bibliotecarias.

Su cálido aliento me produjo escalofríos. Me giré y le rodeé el cuello con los brazos.

—Cuando llegues a casa esta noche, tengo una sorpresa para ti bajo esta falda.

Su sonrisa se amplió.

—¿Una bibliotecaria traviesa? ¿Cómo tuve tanta suerte?

Tras terminar mi jornada en la biblioteca, llegué a casa, a la acogedora casa de Whip, ahora compartida por los dos. Entré por la puerta principal y me recibió el aroma de comida casera. A pesar de su largo turno, Whip estaba muy ocupado en la cocina.

—Haces milagros con ese uniforme, pero resulta que tampoco se te da nada mal la cocina —bromeé, rodeándole la cintura con los brazos mientras removía la olla en la estufa.

Sonrió y me dio un beso rápido en la frente.

—Bueno, un hombre debe tener algunos talentos ocultos, ¿no?

Me incliné hacia él. Juntos nos acomodamos en la comodidad de nuestra rutina, cocinando juntos y contando nuestros respectivos días. La conversación, llena de risas y anécdotas compartidas fluía sin esfuerzo. Cuando nos sentamos a cenar, la mirada de Whip se clavó en mí con una calidez que aún me tomaba por sorpresa.

—¿Sabes? Tu papá fue hoy a la biblioteca buscando a Bug. —Dejé mi copa de vino.

Whip frunció el ceño.

—¿Te dio algún problema?

Una carcajada estalló en mi pecho.

—Para nada. Casi siempre me evitaba. Creo que sigue molesto por no haber podido echarme. —Entrecerré los ojos y susurré—. Él sabe que lo sé.

Whip sacudió la cabeza y se rió.

—Creo que eres la única persona a la que Russell King le teme.

Una sonrisa burlona se dibujó en mi boca.

—No sé si me tiene miedo, pero creo que entiende que estoy dispuesta a decirle lo que pienso o, al menos, a mirarlo fijamente para que se sienta incómodo.

—Realmente eres perfecta, Prim. —Whip dejó su copa y me miró—. Nunca esperé sentirme así. Tan completo sin esfuerzo. Es como si hubieras cosido los agujeros de mi corazón que ni siquiera sabía que estaban ahí.

Sonreí con la barbilla apoyada en la mano y mi pecho se hinchó de amor. Desde que nos convertimos oficialmente en pareja, Whip se mostró generoso con sus cariñosas palabras; ya no necesitábamos escondernos el uno del otro ni de nadie.

—Tú trajiste a mi vida un tipo de felicidad con la que no me atrevía a soñar. Es como si cada día fuera una aventura contigo.

Después de la comida, nos trasladamos al salón, donde las vacilantes llamas de la chimenea proyectaban un cálido resplandor. La

conversación giró en torno al misterio que rodeaba a la mamá de Whip. Esperábamos con impaciencia las noticias del investigador privado, con la esperanza de encontrar respuestas que pusieran fin a la fractura de la familia de Whip.

—No puedo creer que estemos haciendo esto juntos, Prim. Significa el mundo para mí —confesó, sus ojos reflejaban tanto gratitud como vulnerabilidad.

Le apreté la mano, asegurándole que estábamos juntos en este viaje.

—Encontraremos la verdad, Whip. Cueste lo que cueste.

Se hizo un silencio confortable entre nosotros, con el crepitar del fuego como relajante banda sonora. En ese momento, me sumergí en la profundidad de mis emociones, dándome cuenta de lo mucho que había cambiado mi vida desde que Whip entró en ella. No se trataba solo del amor o las risas, sino de los sueños compartidos, las confesiones susurradas y el consuelo de saber que alguien te comprendía de verdad.

Ni una sola vez me pidió que cambiara.

—No sabía que la vida pudiera ser tan bella —susurré, más para mí misma que para él.

Whip se giró hacia mí con expresión tierna.

—Me hiciste un hombre mejor, Prim. Antes de ti, arrastraba miedos que me esforzaba por ocultar con bromas y con ir de puntillas por la vida, pero contigo esos miedos se han desvanecido. Me diste confianza y un sentido de pertenencia que nunca creí posible.

Sus palabras flotaron en el aire, como un testimonio del poder curativo del amor. Tomé su mano y la apreté contra mi corazón.

—Y tú me haces sentir querida, valorada. Me has mostrado un amor que repara y construye, no uno que rompe.

Los ojos de Whip brillaron con un destello travieso.

—Hablando de construcción, hay algo que quería preguntarte.

Lo miré con la curiosidad mezclada con expectación, mientras me sentaba en el sofá. Antes de que pudiera pronunciar palabra, Whip se

bajó del sofá, se arrodilló y sacó del bolsillo una caja de terciopelo. La habitación pareció contener la respiración cuando la abrió, mostrando un anillo asombroso. Era un brillante diamante de talla redonda engastado en una banda de platino de intrincados detalles. Delicadas filigranas y pequeños diamantes adornaban la banda, añadiendo un toque de romanticismo clásico.

—Emily Ward —empezó, con voz segura e inquebrantable—, nada me gustaría más que llamarte mi esposa. ¿Quieres casarte conmigo?

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras asentía con la cabeza, incapaz de encontrar palabras que pudieran corresponder a la profundidad de mis emociones. Una risita se escapó de mis labios cuando por fin pude decir un "¡Sí!".

Whip deslizó el anillo en mi dedo, sellando nuestro amor con una promesa que resonó en los silenciosos momentos del acogedor salón.

Whip rió y me envolvió en un cálido abrazo mientras caíamos al suelo en una maraña de miembros y besos frenéticos.

En sus brazos, me sentía segura, cálida y *en casa*.

Fin

Escena extra

Whip

Su primera noche...

—¿Te parece bien?

Los ojos confiados de Emily se encontraron con los míos y asintió.

Una sonrisa ladina se dibujó en la comisura de mis labios.

—Bien. Ahora quítate los zapatos.

Se pasó la lengua por los labios, me miró con los ojos muy abiertos y obedeció. Se quitó los zapatos y yo me arrodillé. Mis manos subieron por sus piernas, se deslizaron por debajo de su falda y encontraron la tira superior de sus medias. Con cada jadeo, aminoré el ritmo hasta descender tortuosamente por cada pierna, dejando que las yemas de mis dedos recorrieran sus muslos mientras le quitaba las medias.

Una vez que sus piernas estuvieron libres, mis manos empujaron hacia arriba la falda de su vestido de flores. Solo una fina franja de sedosa tela negra la cubría. Apreté la cara contra la tela mientras ella levantaba una pierna con una fuerte inhalación. Desde ese ángulo, pude ver la mancha de humedad que se le había filtrado.

Apreté el pulgar contra la mancha húmeda.

—¿Ya estás mojada para mí, Emily?

Bajó la rodilla mientras un tímido rubor rosaba sus mejillas. Mi polla palpitaba bajo mis jeans, odiando cada momento en que no estaba enterrado hasta la empuñadura dentro de esta hermosa y embriagadora mujer.

Levanté la vista desde mis rodillas y la miré.

—No te avergüences. No conmigo.

Sus brazos me cubrieron los hombros mientras sus ojos azules y verdes me miraban.

—Si quieres saber lo mojada que estoy... —Ver cómo aumentaba su confianza era lo más sexy que vi nunca. Me dolió cuando su ceja derecha se levantó—. Podrías comprobarlo tú mismo.

Mi mandíbula se tensó mientras arrastraba la palma de mi mano por su coño cubierto. Estaba empapada.

Gruñí con una exhalación áspera.

—Mierda, Em.

Enrollando la tela alrededor de mi mano, jalé, bajándola por sus muslos. Emily se quitó con cuidado la tanga negra y yo la hice bola, metiéndome las bragas en el bolsillo.

Subí su pierna para que descansara sobre mi hombro mientras enterraba mi cara entre sus piernas. Gemí dentro de ella mientras jugaba y exploraba con la lengua. En un jadeo, se abrió para mí, permitiendo el acceso a su apretado y húmedo calor. Deslicé mi mano por su muslo y le metí un dedo en el coño caliente mientras le chupaba el clítoris.

Ella gimió y movió las caderas. Mi polla palpitó y luché contra las ganas de tirarla al suelo y follarla como a un animal.

No, esta mujer se merecía mucho más que eso.

Sus dedos se enredaron en mi cabello y lamí y chupé. Con cada tirón de mi cabello, me acercaba más al límite. Le agarré el trasero con las dos manos y le lamí y chupé su coño. Emily me sujetó la cabeza mientras cabalgaba sobre mi cara y, con un gemido gutural, se corrió en mis labios. Gemí por lo dulce que sabía su coño, pidiendo más con avidez.

Contra la pared, Emily se quedó sin fuerzas. Me senté y contemplé su hermoso rostro desde mis rodillas. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, vi que un destello salvaje cobraba vida. Se agachó, me agarró de la camisa y me levantó. Me levanté y ella acercó su boca a la mía.

Mis labios, aún impregnados de su dulzura, se movieron sobre su boca. Ella gimió dentro de mí. Mi lengua exploró y saboreó. Cuando nos separamos, la miré a los ojos.

—¿Te gusta? ¿Saborear tu dulce coño en mis labios?

Se quedó boquiabierta antes de que su lengua recorriera su labio inferior para probar otra vez.

—Eres tan sexy.

Resoplé y sonreí satisfecho. Era tan jodidamente linda.

—Vamos. No he terminado contigo. —Agarrándola por la cintura, la llevé a mi dormitorio, susurrándole cosas sucias y deliciosas al oído mientras ella se reía.

El dormitorio estaba oscuro, pero me sentí aliviado de que no fuera un desastre total. Si Emily notó algunas cosas fuera de lugar, no dijo nada. Su atención se centró únicamente en mí, que estaba empalmado y listo para ella.

Las yemas de sus dedos se deslizaron por mi parte delantera, hasta llegar al botón de mis pantalones. Sonrió mientras desabrochaba el botón y me bajaba la cremallera. Se arrodilló y me sonrió.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Sonrió.

—Devolviéndote el favor.

Emily me bajó los jeans y los bóxers negros. Mi polla sobresalió a la altura de mis ojos cuando me quité los pantalones. Me acaricié la polla con el puño.

Ella abrió mucho los ojos.

—Es...

—Piercings —asentí.

Sus ojos se desviaron hacia los míos.

—Iba a decir enorme, pero sí... eso también.

Su cara se contrajo con la expresión más tierna mientras miraba mi mano subir y bajar por mi polla. Se lamió los labios.

—¿Quieres probarla, Emily?

Asintió, inclinándose hacia adelante. Su lengua salió disparada, lamiendo las barras de la parte inferior de mi polla. Gemí. Su boca era caliente, sedosa y jodidamente buena.

Vacilantemente, abrió la boca y la deslizó sobre la corona. Lentamente, la alimenté centímetro a centímetro antes de que se detuviera. Su mano sustituyó a la mía y me acarició mientras se esforzaba por absorberme por completo.

Sus gemidos de placer hicieron que la electricidad me recorriera la espina dorsal.

—Tómala —gemí. Con la cara inclinada hacia el techo, me deleité con el movimiento de su boca sobre mí. Ella estaba ansiosa y entusiasmada, y yo estaba jodidamente cerca.

Emily se acomodó sobre sus rodillas y miré hacia abajo mientras sus labios se estiraban alrededor de mi polla.

—Ahógate con ella.

Sus ojos brillaban de deseo mientras me acariciaba y chupaba, llevándome hasta el fondo de su garganta antes de que su reflejo nauseoso se activara.

—Mierda. Eres una chica tan buena.

La levanté, necesitaba enterrarme dentro de ella. Se tiró a la cama mientras yo buscaba un condón en la mesita de noche. Una vez puesto, me arrastré sobre ella, abriéndole las piernas y colocando mi polla en su entrada.

La miré con asombro mientras me deslizaba dentro de ella.

—Emily, vas a ser mi muerte.

Sus brazos me rodearon la espalda, me jaló y su apretado coño se estiró a mi alrededor.

No pude evitar el único pensamiento que me rondaba por la cabeza:

Esta maldita mujer estaba a punto de cambiarlo todo.

Fin... otra vez.

Siguiente libro

Tal vez pienses que es una imprudencia que una mamá soltera contraiga un matrimonio de conveniencia con su jefe…

Estarías en lo cierto.

Para empeorar las cosas, Abel King es un malhumorado cervecero local con un pasado criminal. También resulta que es mi jefe y un vago total. Cada vez que vengo a trabajar con una sonrisa y un saludo, tengo suerte si consigo un gruñido como respuesta.

Cuando me entero por casualidad de que tiene problemas para conseguir un préstamo debido a sus antecedentes penales, urdo un plan para ayudarnos a los dos.

El acuerdo es perfecto: una transacción comercial y nada más. Como tener un compañero de casa sin la molestia de que otras personas te molesten para tener citas.

Definitivamente no me voy a enamorar de él, no importa cuántas veces diga "mi esposa" y el cosquilleo baile en *todos los lugares adecuados.*

El problema es que, a medida que pasa el tiempo, las cosas dejan de parecerse a los negocios y empiezan a parecerse mucho al placer... y, en realidad, esa es *solo mi suerte...*

The Kings, libro 2.

THE KINGS #1

LENA HENDRIX